

Introducción, selección y notas a cargo de Francisco Madrid

Anselmo Lorenzo, un militante proletario en el ojo del huracán

Antología





LICENCIA CREATIVE COMMONS

autoría - no derivados - no comercial 1.0

- Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:

Autoría-atribución: se deberá respetar la autoría del texto y de su traducción. Siempre habrá de constar el nombre del autor/a y del traductor/a.

No comercial: no se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.

No derivados: no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.

Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto. Estas condiciones sólo se podrán alterar con el permiso expreso del autor/a.

Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NoDerivs-NonCommercial. Para consultar las condiciones de esta licencia se puede visitar: <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/> o enviar una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, EEUU.

© 2008 de la presente edición, Virus editorial

Francisco Madrid (compilador)

Anselmo Lorenzo, un militante proletario en el ojo del huracán (Antología)

Maquetación: Virus editorial

Cubierta: Julián Lacalle

Primera edición: septiembre de 2008

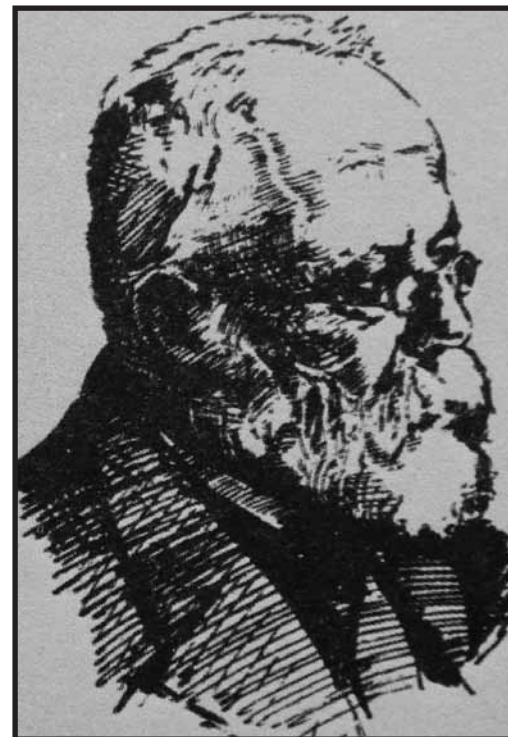
Lallevir SL
VIRUS editorial
C/ Aurora, 23 baixos 08001 Barcelona
T. / Fax: 93 441 38 14
C/e.: virus@pangea.org
www.viruseditorial.net

Impreso en:

Imprenta LUNA
Muelle de la Merced, 3, 2.º izq.
48003 Bilbao
Tel.: 94 416 75 18
Fax.: 94 415 32 98
C/e.: luna-im@teleline.es

ISBN-13: 978-84-96044-99-9

Depósito legal:



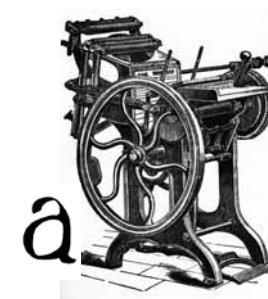
Índice

Introducción: Anselmo Lorenzo, un tipógrafo anarquista	7
Bibliografía	45
 ANTOLOGÍA	53
Los escritos de Anselmo Lorenzo	55
 Una entrevista en <i>El Liberal</i>	57
 De la propaganda	65
El libro y el periódico	67
 In memóriam	71
Fermín Salvochea	73
Manuel Montaner	75
Clemencia Royer	77
Miguel Bakounine	79
Alfredo Calderón	89
José López Montenegro	92
 De filosofía social	95
Entre dos evoluciones	97
La desesperación de Costa. ¡Ya es tarde! o ¡Ya es hora!	100
La solución del problema social	103
¿Qué es el pueblo?	107
Vía libre al progreso	117
El proletariado invencible	127
De la violencia	130
Contra un sofisma	134
La Columna Vendôme	137
Mi patria	140
La fuerza proletaria	147
A «Clarín», el ebionista	150

Queremos expresar nuestro especial agradecimiento a la central sindical Solidaridad Obrera por la cesión de la mayoría de las imágenes que componen el cuadernillo central de este libro y que nos consta que son el fruto de un importante trabajo de investigación en diferentes archivos. Agradecemos también a la Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo la cesión de la imagen en la que figuran Anselmo Lorenzo, Ignacio Clariá y Francisco Ferrer y Guardia, que pertenece al fondo de esta entidad.

De filosofía política	153
Mi Majestad no vota	155
A la «Joven España»	157
El Estado	160
El Puente	182
El Poder Político	184
Ni Catalanistas ni Lerrouxistas	188
 Sobre la ley y el derecho	193
El derecho ante la ley	195
La Reforma del Código Penal	200
¿Es justa la justicia?	204
El Derecho	207
 Sobre anarquismo y sindicalismo	217
Fundamento y principales tendencias del Anarquismo	
Contemporáneo	219
Acracia	234
A los anarquistas	236
La muerte del anarquismo o los intelectuales de pega	239
La decadencia anarquista	242
 Sobre el sistema de explotación capitalista	247
La ganancia	249
 Ciencia versus religión	273
La religión y la ciencia	275
 Sobre la mujer	285
La mujer	287

Introducción: Anselmo Lorenzo, un tipógrafo anarquista



En pocas ocasiones, por razones eminentemente azarosas, podemos contemplar la reunión en un mismo punto crítico de los personajes que podríamos considerar arquetipos representativos del desarrollo posterior de un movimiento organizado con el objetivo de crear las condiciones necesarias para luchar contra la explotación capitalista. En el caso que nos ocupa, se produjo la reunión en ese punto crítico de los tres personajes que simbólicamente representaron a las principales tendencias en que el movimiento obrero en España se diversificaría tras la puesta fuera de la ley de la I Internacional.

En efecto, como más adelante veremos con más detalle, la represión contra la Internacional española reunió en Lisboa a tres miembros del Consejo Federal elegido en el primer congreso obrero de esta organización, celebrado en Barcelona en 1870. Los internacionalistas aludidos fueron Francisco Mora, Anselmo Lorenzo y Tomás González Morago. Este hecho nos permite enfocar el desarrollo del movimiento obrero de tendencia anarquista y del propio anarquismo desde una perspectiva óptima para analizar la evolución de uno de estos personajes que se convirtió, seguramente sin él desearlo, en el referente simbólico del movimiento obrero de tendencia anarquista, Anselmo Lorenzo; y, al mismo tiempo, extraer de esta evolución los elementos esenciales para entender a través de su persona la propia evolución del anarquismo y del movimiento obrero de tendencia anarquista, así como la relación que se estableció con otros movimientos, especialmente el republicano, pero también el socialista.

Por otro lado, los historiadores en general —con alguna honrosa excepción— han procurado cargar las tintas en los efectos que tiene la venida de Fanelli a España para imprimir al movimiento obrero una determinada

orientación, en este caso la tendencia bakuninista¹. Se olvida que cuando el anarquista italiano arribó a Barcelona en octubre de 1868, el movimiento obrero tenía ya una larga historia de luchas y experiencias y además su tendencia era marcadamente federalista, como lo demuestran sus formas organizativas. En todo caso, Fanelli actuó como catalizador para impulsar a ese mismo movimiento obrero —a través de los núcleos primitivos que ayudó a organizar— por la senda del internacionalismo proletario. Porque debemos tener presente que la Internacional era ya conocida en nuestro país, puesto que habían aparecido algunos artículos en la prensa obrera de la época². No obstante, los republicanos no le prestaron la más mínima atención, hasta que empezó a desarrollarse en sus mismas narices y entonces se dedicaron a desacreditarla.

Otro de los problemas históricos de esta época hace referencia a la supuesta escisión que se produjo en la Internacional española entre la tendencia bakuninista y la marxista. Lo que en realidad sucedió fue una escabrosa campaña mediática contra la tendencia mayoritaria que tomó el movimiento obrero, y este hecho marcó todo el desarrollo posterior del movimiento revolucionario. La fracción marxista, que fue expulsada definitivamente de la Internacional en julio de 1872, se vio impotente para llevar a la práctica sus planteamientos autoritarios, e incluso después de constituirse como partido en 1879, únicamente fueron capaces de ir ocupando los huecos que iba dejando el movimiento obrero de tendencia anarquista³.

El particular talante de Anselmo Lorenzo y las críticas circunstancias que atravesó la Internacional española en sus primeros años de vida fueron

¹ Para más detalles sobre esta cuestión remito a la introducción a la *Antología Documental del Anarquismo Español. Volumen 1: Organización y revolución: De la Primera Internacional al Proceso de Montjuic (1868-1896)* (2001).

² Al menos dos periódicos obreros dieron cuenta en sus páginas de la Internacional. Uno de ellos, *El Obrero* de Barcelona, dirigido por Antonio Gusart, en el número correspondiente al 1.º de noviembre de 1865, hacía una breve referencia a la Conferencia de Londres que tuvo lugar entre el 25 y el 29 de septiembre del mismo año. Pocos meses después, el mismo Antonio Gusart publicaría el artículo «La Asociación Internacional», en el número correspondiente al 18 de marzo de 1866, donde analizaba sus presupuestos, tendencias y objetivos. El otro periódico fue *La Asociación*, el cual en el número correspondiente al 3 de junio de 1866 publicó el artículo «Los obreros en Europa», firmado por José Güell y Mercader.

³ De nuevo me veo precisado, por razones de espacio, a remitir a la introducción a la *Antología Documental del Anarquismo Español. Volumen 1: Organización y revolución: De la Primera Internacional al Proceso de Montjuic (1868-1896)* (2001), para aquellos que estén interesados en los detalles de las ideas expuestas.

la causa de que adoptara posiciones que en el mejor de los casos resultaban ambiguas, y esto hizo que se viera cada vez más aislado en el seno de sus antiguos compañeros de lucha, lo cual le obligaría a adoptar resoluciones probablemente muy dolorosas para él. Nuevamente se vería inmerso —pocos años después— en el centro de una vorágine que le impulsaría una vez más a apartarse de la lucha. Sin embargo, estas vicisitudes no le apartaron ni un milímetro del camino que ya desde el principio se había trazado, y cuando de nuevo se integró en la organización, a mediados de los años ochenta del siglo XIX, su temple revolucionario no había disminuido un ápice y así continuó hasta su muerte.

Tanto la vida de Anselmo Lorenzo, como la de su *alter ego*, Tomás González Morago, resultan totalmente insólitas en el panorama del anarquismo español, aunque por motivos muy diferentes. El primero ha sido considerado el patriarca del anarquismo y su fama se extendió por todo el mundo, hasta el punto de que, a raíz de su fallecimiento, la noticia del mismo apareció en toda la prensa anarquista del planeta, pero también en un considerable número de periódicos no anarquistas, tanto de este país como de otros lugares⁴. En 1938, en pleno fragor de la destrucción de la obra anarquista en este país, se le rindió un homenaje al viejo militante y muchas plumas anarquistas ofrecieron su contribución, pero en la práctica totalidad de las mismas el panegírico ensombrece el análisis crítico de la época que le tocó vivir, si es que este análisis aparece por algún lado⁵. Por lo que respecta al segundo, su figura sería explícitamente reivindicada por los primeros anarcocomunistas de Gracia que recogieron su herencia y la hicieron suya, pero a partir de ese momento silencio absoluto⁶; sin embargo, los ecos de su acción resona-

⁴ Una pálida muestra la suministra Fernando Tarrida del Mármol (1915), *passim*, ya que este folleto está dedicado casi en exclusiva a recoger las opiniones vertidas en periódicos de todo el mundo. El semanario *Tierra y Libertad* de Barcelona así como también *El Motín* de José Nakens le dedicaron sendos números extraordinarios en 1915.

⁵ De entre todas las biografías que se le dedicaron destacaría las de Juan José Morato Caldeiro (1972), 55-77; Federica Montseny (1938), *passim*, y Higinio Noja Ruiz (1938), *passim*.

⁶ Paradójicamente la única biografía que disponemos de este anarquista se la debemos al socialista J. J. Morato, a petición de algunos lectores del periódico *La Libertad* de Madrid, en el cual publicó las biografías de destacados militantes obreros de la primera hora que más tarde serían recogidas y anotadas por Víctor Manuel Arbeloa. Véase Juan José Morato Caldeiro (1972), 95-101.

rían en cada uno de los grupos anarquistas que se formaron en este país⁷. No obstante, ambos se unirían simbólicamente para hacer surgir una organización simbiótica, fruto de la unión de las prácticas de autoorganización anarquistas con la experiencia organizativa del movimiento obrero de tendencia anarquista: la Confederación Nacional del Trabajo (CNT).

Anselmo Lorenzo Asperilla nació en Toledo el 21 de abril de 1841, en el seno de una familia muy humilde. Su destino no hubiera sido muy diferente al de todas aquellas personas de su generación pertenecientes a los estratos mas bajos de la sociedad, pero su férrea voluntad y su insaciable sed de conocimiento le condujeron por otros derroteros mucho más gratificantes, sin duda, pero también mucho más peligrosos. Apenas instruido en las primeras letras, sus padres lo enviaron a Madrid para trabajar en una cerería regentada por un tío suyo, pero este oficio le repugnaba y se decantó por el de tipógrafo que le proporcionaría, al menos así lo creyó al principio, la posibilidad de completar su instrucción. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que componiendo originales para el *Diario Oficial de Avisos de Madrid* poco iba a instruirse.

Pero aquella no era la única vía; en Madrid funcionaba el Fomento de las Artes, fundado algunos años antes con el nombre de Velada de Artistas, Artesanos, Jornaleros y Labradores y que actualmente se conoce como Ateneo de Madrid. Allí recibió Lorenzo cursos nocturnos de aritmética, gramática y francés con un gran aprovechamiento, completando sus conocimientos con la lectura de los libros que llenaban las estanterías de la biblioteca de la referida institución o asistiendo a las conferencias que periódicamente allí se impartían; de ese modo llegó a conocer los escritos de Pi y Margall y, a través de él, de Proudhon. En su corazón se había instalado ya la piedra angular de un edificio ideal que iría construyendo a lo largo de toda su vida⁸.

7 En palabras de Álvarez Junco en *El proletariado militante* (1974), 444, nota 7, fue «el personaje más pintoresco y vitalmente “libertario” del núcleo internacionalista inicial».

8 Las memorias de Anselmo Lorenzo, *El proletariado militante*, se extienden hasta las primeras crisis que se abrieron en la FTRE, es decir, hasta mediados de los años ochenta del siglo XIX y es el mejor material disponible para seguir su trayectoria de militante en ese período, además de ser una buena cantera de información sobre esos agitados años del nacimiento del movimiento obrero de tendencia

La venida de Fanelli a España, poco después del destronamiento de Isabel II, cambiaría la vida de muchos de estos jóvenes entusiastas, entre los cuales se contaba naturalmente nuestro tipógrafo, y sería justamente González Morago quien incitaría a Lorenzo y a su amigo Cano a integrarse en el grupo de elegidos; este encuentro tuvo lugar en el café La Luna, en Madrid, lugar en el que posteriormente se desarrollaron muchas de las reuniones de los primeros iniciados con el revolucionario italiano. Después de haber constituido en Madrid el primer núcleo organizador de la Internacional española, Fanelli hizo lo propio en Barcelona, y ambos grupos comenzaron sus actividades a fin de extender la organización a todo el país. Aunque los comienzos fueron difíciles, el entusiasmo de los componentes de ambos grupos pronto comenzó a dar sus frutos. Su actividad fue frenética en la propaganda oral en las reuniones de la Bolsa o dando mítines improvisados en lugares concurridos; y a finales de 1869 el núcleo madrileño publicó el primer manifiesto salido de la pluma y del corazón de Tomás González Morago, un manifiesto «largo, difuso, lleno de doctrina, desmenuzando demasiado la crítica social y la de los partidos políticos», en palabras de Lorenzo⁹. No podía comenzar con mejores augurios la propaganda de la Internacional en España. En este punto conviene añadir que Fanelli formaba parte de la Alianza Internacional para la Democracia Socialista, fundada por Bakunin en septiembre de ese mismo año, y el revolucionario italiano habló de esta organización como parte integrante de la Internacional. El resultado fue que buena parte de los miembros de los núcleos organizadores se afiliaron también a la Alianza. Este hecho serviría después para justificar las intrigas de los partidarios del Consejo General de Londres, liderado por Carlos Marx¹⁰, en contra de los partidarios de Bakunin.

anarquista. Salvo indicación contraria, la información de esta parte de la vida de Lorenzo la he extraído de este libro, lo cual me evitará insertar notas que resultarían inútiles —salvo lógicamente cuando sean frases textuales tomadas de dicho libro— teniendo en cuenta además que todos los que han escrito sobre Lorenzo han bebido principalmente de esta fuente.

9 El manifiesto íntegro puede consultarse en *Antología Documental del Anarquismo Español. Volumen 1: Organización y revolución: De la Primera Internacional al Proceso de Montjuic (1868-1896)* (2001), 97-110.

10 Todavía está muy poco estudiada esta cuestión crucial para entender el desarrollo y la posterior ruptura que se produjo en la Internacional en el Congreso de La Haya, aunque disponemos de dos obras que tratan el tema con bastante extensión: Max Nettlau (1977), *passim*, y Abel Paz (1992), *passim*.

Pocos meses después, en junio de 1870, se celebró en Barcelona el primer congreso obrero organizado por la incipiente Internacional. Tras largas deliberaciones se decidió, entre otras muchas resoluciones, rechazar la vía política para conseguir la transformación social. El primer Consejo Federal elegido en dicho congreso lo formaron Tomás González Morago, Enrique Borrel, Francisco y Ángel Mora y Anselmo Lorenzo. Había nacido la Federación Regional Española (FRE), sección de la I Internacional¹¹.

I Internacional: la Federación Regional Española (FRE) (1868-1881)

Bogando por el Tajo

Pasado poco menos de un año de la celebración del Congreso —en marzo de 1871— fue proclamada la Comuna en París, hecho que tendría graves consecuencias en nuestro país cuando dos meses después fuera derrotada por las tropas de Versalles. En efecto, el espectro del peligro rojo y de la revolución comunista planeó por Europa y la joven Internacional española se vio amenazada por la actitud de los Gobiernos que, desde Francia, habían sido advertidos del mismo. Ante esta situación se decidió que tres miembros del Consejo Federal se trasladaran a Lisboa con toda la documentación, mientras los dos restantes permanecían en Madrid, sede de residencia de dicho Consejo. Los elegidos para viajar a Portugal fueron Morago, Francisco Mora¹² y Lorenzo. Una vez en la capital, se entrevistaron con Fontana y Antero de Quental; el objetivo era exponerles los objetivos que perseguía la Internacional y la conveniencia de que los trabajadores portugueses se inte-

¹¹ En mi opinión el mejor análisis sobre los dos períodos de la Internacional en España lo constituye el estudio de Max Nettlau (1969), *passim*, pero por desgracia no está traducido al castellano y, si alguna vez se tradujo, nunca fue publicado en esa lengua. Quien esté interesado puede consultar con provecho a Josep Termes Ardévol (1977), *passim*, posteriormente reeditado y que contiene además una abundante bibliografía sobre el tema.

¹² Aunque en el núcleo inicial madrileño figuraban los hermanos Mora, Ángel y Francisco, quien más protagonismo iba a tener en el desarrollo posterior de la Internacional sería Francisco; por tanto, siempre que aparezca el apellido Mora me refiero a éste.

grasen en la misma. Como resultado de esa entrevista se convino en celebrar una reunión con otros jóvenes, y para evitar problemas dicha reunión se celebró en una barca en medio del Tajo pilotada por uno de los congregados.

Las consecuencias del traslado forzoso de los tres representantes del Consejo Federal a Lisboa fueron múltiples, pero dos de éstas tuvieron importantes repercusiones. Una de ellas, que se repetiría después en numerosas ocasiones, fue la de extender la propaganda internacionalista —en esta ocasión al país vecino— y establecer estrechos vínculos con los militantes portugueses. La otra fue mucho más crítica y señalaría el punto de partida de futuras disensiones en el seno de la Internacional española, ilustrándonos también sobre las posiciones adoptadas por Anselmo Lorenzo, las cuales mantendría invariables a lo largo de toda su vida, pese a que tuvo que sufrir por ello la incompreensión de muchos de sus compañeros de lucha. Se ignora qué es lo que en realidad provocó los enfrentamientos entre los tres internacionalistas exiliados, especialmente entre Mora y Morago, porque las noticias que nos han llegado de sus protagonistas no dejan de ser confusas y además uno de ellos, González Morago, nada ha dejado escrito al respecto.

Lorenzo dice escuetamente: «Por mi parte tuve el sentimiento de ver los primeros síntomas de la disidencia, surgida ya en Lisboa por incompatibilidad de carácter entre Mora y Morago, pero aquel dolor que afectaba primero a la amistad por ver enemigos entre sí a los que tanto aprecié como amigos, y luego porque calculé los resultados que habrían de sobrevenir en el curso de la propaganda y de la organización, no disminuyó mi vivísimo deseo de proseguir mi obra»¹³. Es muy difícil aceptar que una simple diferencia de carácter pudiera dar lugar a una disputa tan profunda; mucho más probable es que se refiriese al concepto que cada cual tenía de la organización.

Ante la precaria situación en que se encontraba la organización, debido sobre todo a las persecuciones gubernamentales, el Consejo Federal decidió suspender el segundo congreso que debía celebrarse por aquellas fechas, pero esto no fue muy bien comprendido por algunas secciones y los tres componentes del Consejo Federal que se encontraba en Lisboa tomaron la resolución de presentar su dimisión el 13 de julio; sin embargo, esta dimisión no fue admitida por la mayoría de federaciones locales. Este rechazo a

¹³ *El proletariado militante* (1974), 172.

su dimisión fue suficiente para que Mora y Lorenzo decidieran continuar al frente del Consejo Federal, pero no así Morago que mantuvo su dimisión, arguyendo que había suscrito la circular de dimisión con la irrevocable resolución de no continuar en el Consejo pasada la fecha en ella consignada, añadiendo que tenía una resolución que no podía manifestar, como tampoco las razones en que la apoyaba¹⁴.

Abel Paz, analizando un documento poco utilizado por los historiadores, *La Cuestión de la Alianza*, un folleto escrito por los aliancistas españoles en 1872 para salir al paso de las calumnias y difamaciones de los partidarios del Consejo General, apunta que Morago se sentía disgustado porque sus dos compañeros no estaban a la altura de la misión que tenían asignada¹⁵. No obstante, el enfrentamiento sigue sin aclararse, pero si nos atenemos a la posterior trayectoria de los protagonistas del drama, deberíamos inclinarnos a considerar que Morago pensaba más en una organización revolucionaria que en una organización estructurada burocráticamente y sujeta a reglamentos.

Todavía en Lisboa los tres internacionalistas, apareció en Madrid el periódico *La Emancipación*, que poco después se convertiría en el protagonista principal de los ataques a los aliancistas españoles, iniciando una campaña de descrédito contra éstos.

Anselmo Lorenzo en la Conferencia de Londres, *La Organización Social*

Ante la imposibilidad de celebrar el congreso anual por temor a la represión gubernamental, se decidió celebrar una conferencia secreta en Valencia, la cual desarrolló sus trabajos entre el 10 y el 18 de septiembre de 1871. Asistieron 13 delegados, 11 representantes de distintas federaciones locales y dos miembros del Consejo Federal: Mora y Lorenzo. Entre los acuerdos más importantes que se tomaron en aquella magna asamblea cabe destacar la disminución de la cuota de los federados; la división del país en cinco comarcas, el centro y los cuatro puntos cardinales; la distinción entre los objetivos

de la lucha de las secciones de oficio y los de las federaciones locales, para ello se crearon las federaciones de oficios similares; la celebración del siguiente congreso en Zaragoza en abril y la elección de Anselmo Lorenzo como delegado de la Internacional española a la Conferencia de Londres, además de la designación del nuevo Consejo Federal, para el cual fueron reelegidos Mora y Lorenzo, además de otro personaje que se había alistado hacía muy poco tiempo, José Mesa —y que jugará en el seno de la Internacional el papel de manipulador político—, y junto a ellos a cinco miembros de la federación local madrileña, entre los que se encontraba Paulino Iglesias.

Anselmo Lorenzo, mediante esta designación, tendrá oportunidad por primera vez de ponerse en contacto con personajes notables de la organización internacional, pero al mismo tiempo tendrá ocasión de pecar de las intrigas que la socavaban. Vale la pena transcribir el relato de sus sensaciones: «De la semana empleada en aquella Conferencia guardo triste recuerdo. El efecto causado en mi ánimo fue desastroso: esperaba yo ver grandes pensadores, heroicos defensores del trabajador, entusiastas propagadores de las nuevas ideas, precursores de aquella sociedad transformada por la revolución en que se practicará la justicia y se disfrutará de la felicidad, y en su lugar hallé graves rencillas y tremendas enemistades entre los que debían estar unidos en una voluntad para alcanzar un mismo fin»¹⁶. Lo extraño es que, después de constatar estos hechos, siguiera con su actitud conciliadora y no supiera discernir entre aquellos que realmente tenían voluntad revolucionaria y aquellos que sólo buscaban el poder personal, especialmente cuando aparezca en escena otro de esos personajes a los que se refería hablando de su visita a Londres y cuya misión en este país fue la de boicotear la obra hasta entonces realizada: Paul Lafargue.

Anselmo Lorenzo llevó consigo a la Conferencia de Londres un extraordinario documento emanado del congreso celebrado en Barcelona el año anterior y que fue reformado en la Conferencia de Valencia, *La Organización Social*, un perfecto diseño de sociedades y federaciones de todos los oficios que prefiguraba la sociedad futura tal como la concibieron los internacionalistas españoles, pero —como señala Lorenzo— «el Consejo General y la mayoría de los delegados no estaban para eso».

¹⁴ Francisco Mora (1902), 91.

¹⁵ Abel Paz (1992), 162. El folleto citado puede consultarse íntegro en Clara E. Lida (1973), 289-332.

¹⁶ *El proletariado militante* (1974), 183.

Además, varias de las resoluciones tomadas en esta Conferencia afectarían de modo directo a la Internacional española, especialmente la resolución IX referente «a la acción política de la clase obrera».

A su vuelta a Madrid, Anselmo Lorenzo se encontró con la sorpresa de que había sido designado como miembro del Consejo Federal y nombrado secretario de la comarca del Este, continuando con su trabajo de cajista en el diario *El Imparcial*.

Paul Lafargue en España y Anselmo Lorenzo bajo sospecha

La diáspora que produjo el fracaso de la Comuna de París y la salvaje represión que le siguió, condujo a muchos comunistas a refugiarse en España. A Barcelona llegaron tres bakuninistas: Charles Alerini, Paul Brousse y Camille Camet, que de inmediato sacaron a la luz *La Solidarité Revolutionnaire*, dirigido a sus compatriotas refugiados en este país. Unos meses más tarde haría lo propio Paul Lafargue, no implicado directamente en los hechos de la Comuna, pero cuya actividad en Burdeos como internacionalista hacía aconsejable abandonar el campo y refugiarse en la Península, acompañado de su compañera y la hermana de ésta, ambas hijas de Carlos Marx. Por esas fechas, finales de 1871, y después de intensos debates en el Parlamento, la Internacional fue declarada fuera de la ley, porque —en palabras de Sagasta— era la «utopía filosófica del crimen».

Ante estos graves hechos se decidió efectuar una excursión de propaganda por el país para prevenir a las federaciones locales y al propio tiempo intentar poner en pie una organización secreta que recibió el nombre de «Defensores de la Internacional». El propósito era constituir un organismo clandestino que asumiera las tareas revolucionarias en caso de que la Internacional fuera desmantelada. Se encargaron de esta tarea Francisco Mora que recorrió el este de la Península, y Anselmo Lorenzo, que lo hizo por el sur.

Por otro lado, Tomás González Morago no permanecía inactivo y en enero de 1872 inició la publicación de un nuevo periódico, *El Condenado*, con el explícito objetivo de defender la Internacional, el cual iba a tener una importancia decisiva en los acontecimientos posteriores. De todos modos, conviene señalar que este periódico no surgió para combatir las intrigas de

los redactores de *La Emancipación*, como aseguran algunos historiadores, ya que en la primera etapa de esta primera época incluso lo defendió del ataque de algunos de sus oponentes¹⁷. Cuando reaparezca en julio las cosas habrán ya tomado otro cariz, porque esta vez lo hará «en cumplimiento de un sagrado deber que las circunstancias por las que la Asociación Internacional de los Trabajadores atraviesa en estos momentos, impone a todos los que, a más de pertenecer a nuestra grande y querida Asociación, se han hecho de sus fines, que son la emancipación no sólo política, sino económica y social de todos los individuos, su única religión»¹⁸.

En España se inicia un combate mediático, mientras el Consejo General prepara la escisión en el Congreso de La Haya

El primer síntoma¹⁹ de la trayectoria inusual de los redactores de *La Emancipación* se insinuó cuando éstos enviaron —en febrero de 1872— una carta a la asamblea de los republicanos federales reunida en Madrid. En ella se pedía que los republicanos definieran su actitud respecto a la Internacional y a la emancipación de los trabajadores. Desautorizada por la Federación madrileña, Mesa la elevó a documento oficial al declarar que había sido enviada en nombre del Consejo Federal; ante este hecho sin precedentes, la Federación Local madrileña los expulsa de su seno, pero se decidió que quedaría en suspenso hasta la reunión del siguiente congreso, que debería tener lugar en Zaragoza dos meses después²⁰.

Efectivamente, este Congreso anuló las expulsiones y se llegó a una fórmula conciliatoria bastante precaria. Lorenzo, seguramente por las consecuencias que se derivaron, lo vio así: «La reconciliación fue sólo un aplaza-

¹⁷ *El Condenado* tuvo dos épocas. La primera se extiende entre 1872 y 1873, y la segunda entre 1873 y 1874, pero en la primera época pasó por dos etapas, extendiéndose la primera entre enero y abril de 1872, y no volviendo a reanudar su publicación hasta julio de ese mismo año.

¹⁸ «Declaración», n.º 11 (8 julio 1872), 1. Efectivamente es una declaración de guerra en toda regla a *La Emancipación* de la «que hoy exclaman todos los que por darle vida trabajaron: "cría cuervos y te sacarán los ojos"» (id.).

¹⁹ Había habido ya otros, aunque más larvados, especialmente cuando en noviembre de 1871 se criticaba al Consejo Federal por su política abstencionista.

²⁰ Clara E. Lida (1972), 164.

miento de los odios». Además, en este congreso se nombró un nuevo Consejo Federal íntegramente partidario de la Alianza. Francisco Mora rehusó formar parte de él, pero no así Lorenzo que aceptó el cargo, pero en su recuerdo aún perduraba la trampa en la que, según él, le habían hecho caer: «Los neutros fueron engañados con ese acuerdo, y yo además, fui víctima del engaño. Sin él yo no hubiera aceptado el nombramiento por tercera vez de individuo de la Comisión Federal, y no habiéndolo aceptado, mi vida hubiera seguido otro curso, imposible saber si mejor o peor, pero al fin es lo cierto que no hubiera pasado por las vicisitudes consiguientes a mis cambios de residencia»²¹.

Dos meses después se puso de manifiesto. Los miembros del consejo de redacción de *La Emancipación* y algunos otros enviaron el 2 de junio una circular a las secciones de la Alianza invitándolas a autodisolverse. Su intención seguramente era demostrar públicamente que la Internacional española estaba dirigida por esta asociación. No tuvieron éxito. Pocos días después, Mesa, Pagés y Lafargue eran expulsados de la sección de Oficios Varios de Madrid, siendo ratificada la misma por la Federación madrileña el 9 de junio. El Consejo Federal se inhibió alegando que no le incumbía.

La posición de Lorenzo era políticamente insostenible. Desde su asistencia a la Conferencia de Londres el año anterior y sus contactos con Marx y Engels, se sintió moralmente al margen de la polémica, seguramente convencido de que podía actuar de mediador entre las dos posturas encontradas²².

De todos modos su actuación fue honrada. Al menos esto se desprende de las confidencias que le hizo a Federico Urales: «Estando en los Doks, paseándome con el amigo Anselmo Lorenzo, este me dijo que, de querer, el sitio que ocupaba Pablo Iglesias, en el socialismo español, lo hubiera ocupado él, porque Lafargue, por indicación de Marx, a quien primero ofreció la jefatura del nuevo partido obrero o del partido obrero que se iba a formar fue a él»²³.

El Consejo Federal se instaló en Valencia, la sede que había sido acordada en el Congreso y allí se trasladó Lorenzo, pero su forma de proceder le había vuelto sospechoso tanto a los unos como a los otros. En estas condiciones tomó la resolución de dimitir de su puesto de secretario el 20 de junio. «Consigno estos recuerdos con tristeza [escribe Lorenzo]. En aquella dimisión no sólo había el choque contra un obstáculo insuperable, sino también el sentimiento de haber de plegarme a un convencionalismo y ser objeto de convencionalismo análogo por parte de aquellos compañeros de quienes me separaba; porque la verdad era que ni ellos estaban satisfechos de mí, ni yo de ellos; unos y otros nos habíamos sometido a una especie de homogeneidad política, a una falsedad, que nos separaba del objeto principal que constituía nuestra misión»²⁴.

Anselmo Lorenzo, con la angustia en el corazón, se trasladó a Barcelona y dos días después se dirigió a Vitoria a casa de su «antiguo y verdadero amigo, Manuel Cano». Pero no permaneció al margen de la organización ya que ayudó a crear una sección varia de jóvenes entusiastas, compañeros de su amigo Cano; no obstante, para no continuar siendo una carga para su amigo decidió trasladarse a Bilbao y entró a trabajar en una pequeña imprenta, relacionándose con los compañeros de aquella ciudad «que aún no se habían contaminado con el personalismo y aceptaban las ideas de la Internacional en su pureza primitiva y la orientación anarquista como una aspiración poco concreta y rudimentariamente formulada»²⁵. En Bilbao permaneció apenas dos meses, porque había decidido ya trasladarse a Francia, y en cuanto se le presentó la oportunidad se dirigió a Burdeos, donde pudo constatar que los internacionalistas de aquella ciudad, aunque le ayudaron en todo lo que pudieron, se decantaban más por el radicalismo político que por trabajar por la emancipación del proletariado. De Burdeos se trasladó a Marsella donde permaneció hasta marzo de 1874, empleándose en los trabajos más dispares. De allí se trasladó a Barcelona, donde fijaría su residencia definitiva.

Durante el año 1872, los acontecimientos en la organización internacional se precipitaron; en el Congreso de la Haya la fracción afecta al Consejo General consiguió que se aceptara la expulsión de Bakunin y Guillau-

²¹ *El proletariado militante* (1974), 283.

²² *El proletariado militante* (1974), 283; 289 y ss. y también p. 315.

²³ Federico Urales (s. f. [1930]), I, 146.

²⁴ *El proletariado militante* (1974), 311

²⁵ *El proletariado militante* (1974), 316

me, pero lo único que consiguieron es que la mayoría de federaciones regionales se apartaran de la Internacional, que a partir de ese momento comenzó a ser denominada autoritaria por los partidarios de Bakunin, y decidieran la continuación de la misma dentro de las coordinadas antiautoritarias en un congreso celebrado en Saint-Imier, mientras el Consejo General enviaba la Internacional a Nueva York donde murió dulcemente.

En España se celebró, del 25 de diciembre de 1872 al 3 de enero de 1873, el Congreso de Córdoba en el cual la Federación Regional Española rechazó los acuerdos de La Haya y se adhirió a los acuerdos de Saint-Imier; en este congreso se acordó también que la Comisión Federal residiera en Alcoy, ciudad que poco tiempo después se convertirá en el epicentro de una insurrección proletaria. La denominada Internacional antiautoritaria celebraría su último congreso en Verviers en el año 1877.

La revolución cantonal y la insurrección de Alcoy

El cansancio monárquico de Amadeo de Saboya y la imposibilidad de encontrar un nuevo candidato que ocupase el trono hizo que el Parlamento votase la república, que quedó instaurada el 11 de febrero de 1873. Las dificultades de los gobernantes republicanos y sus indecisiones a la hora de dar un golpe de timón a la política del país motivaron la rápida sucesión de sus presidentes. A Estanislao Figueras le sucedió Pi y Margall que dimitió de su cargo cuando sus correligionarios se sublevaron, haciéndose cargo de la presidencia Nicolás Salmerón que, ante la imposibilidad de controlar la situación, le cedió el puesto a Emilio Castelar, uno de los presidentes más sanguinarios y el que puso la alfombra roja al caballo de Pavía.

El 11 de junio de 1873, Pi y Margall accede a la presidencia de la República y unas semanas más tarde, el 5 de julio, un Comité de Salud Pública instituido en una reunión en Madrid proclamó la federación de las autonomías locales; apenas unos días después muchas ciudades del país se erigen en cantón soberano, siendo Cartagena la primera en hacerlo.

La única parte activa que la Internacional española como organización tomó en esos agitados meses fue en los sucesos de Barcelona y en la insurrección proletaria de Alcoy, ya que la insurrección cantonal tuvo como prota-

gonistas a los republicanos llamados intransigentes y si algunos internacionalistas participaron en la misma, como de hecho así fue, lo hicieron a título personal. No obstante, esto no fue óbice para que Engels arremetiera contra los bakuninistas españoles, acusándoles de aventureros y de otras lindezas por el estilo²⁶.

Por lo tanto, la insurrección de Alcoy no tiene ningún punto de contacto con el fenómeno cantonalista que se desarrolló por aquellas mismas fechas del mes de julio. De hecho, este acontecimiento es algo insólito en la trayectoria de la Internacional a lo largo de todo este primer período. Habría que relacionarlo más bien con el particular desarrollo del movimiento republicano, cuya ambigüedad en los meses siguientes al destronamiento de Isabel II sólo sería superada por su ineptitud política y la felonía de algunos de sus partidarios.

La ciudad de Alcoy y la comarca que la envuelve era en aquellos años un gran centro industrial que contaba con numerosas fábricas textiles y papeleras, y desde luego era la comarca más industrial de toda la región levantina. Por ello, cuando la Comisión Federal se instale en la ciudad en enero de 1873 encontrará un terreno suficientemente abonado para la propaganda internacionalista, lo cual seguramente sí influyó decisivamente en el carácter de la insurrección obrera.

El 7 de julio, la Comisión Federal convocó una asamblea para decidir la actitud a adoptar frente a la huelga de papeleros de Cocentaina, que ya duraba varios meses, en la cual se decidió apoyarlos. Al día siguiente la Federación alcoyana declaró una huelga de solidaridad, reclamando además todas las demandas obreras entre las que se contaba un aumento del jornal de 4 a 6 reales y la reducción de la jornada laboral. Las delegaciones obreras que se entrevistaron con el alcalde republicano Agustín Albors en los dos días siguientes no pudieron convencerlo de la legitimidad de sus demandas; antes bien, el alcalde ordenó disparar contra los obreros que esperaban en la plaza el resultado de las negociaciones. El resultado fueron varios muertos, lo cual hizo que la huelga, pacífica hasta ese momento, se convirtiera en una huelga insurreccional. El Ayuntamiento fue tomado al

²⁶ Friedrich Engels (1968), *passim*.

asalto y el alcalde asesinado. Después de varios días, una columna del ejército desplazada desde Alicante, apoyada por una columna de guardias civiles, toma el control de la situación.

Los hechos son claros: una manifestación pacífica de trabajadores en demanda de sus reivindicaciones es dispersada a tiros; la provocación del Gobierno municipal, en este caso republicano, es clara. La confusión, a la que aluden algunos historiadores²⁷, la generaron, como casi siempre, los medios de comunicación contrarios a los trabajadores y especialmente a los internacionalistas, ya que iniciaron una campaña de prensa en la que vertieron toda clase de calumnias, a las cuales respondieron con contundencia los órganos de expresión de los internacionales²⁸.

El brioso corcel de Pavía anuncia el paso a la clandestinidad de la Internacional

La I República española acabó nueve meses después de ser proclamada²⁹, cuando el general Pavía a lomos de su brioso caballo entró en el Parlamento y mandó a sus señorías de vacaciones. Una de las primeras disposiciones del Gobierno provisional que se formó tras la disolución del Parlamento fue la de declarar a la Internacional española fuera de la ley.

Las detenciones de destacados dirigentes obreros fueron muy numerosas. En unas ocasiones se deportaba de forma masiva a grupos de militantes obreros. En otras, eran los propios obreros los que huyendo de la represión emigraban a otras tierras, especialmente a América Latina³⁰. Esta emigración masiva fue el factor determinante de la extensión de las ideas internacionalistas y anarquistas por toda Latinoamérica. A partir

27 Clara E. Lida (1972), 207-215.

28 Max Nettlau (1969), 199-208; *El proletariado militante* (1974), 330-333.

29 Conviene señalar que la República siguió existiendo formalmente hasta el golpe de Estado del general Martínez Campos el 29 de diciembre de ese mismo año y la consiguiente restauración borbónica, pero bajo la égida de los militares.

30 Max Nettlau (1969), 300-302, nos informa de algunas de estas persecuciones y procesos contra los internacionales españoles. La Memoria de la Comisión Federal española —con el título: «A los internacionales»— es un espeluznante relato de las condiciones infrahumanas en que se encontraban los deportados a las islas Filipinas. Cfr. *El proletariado militante* (1974), 369-371, y Max Nettlau (1969), 263, nota.

de ese momento los miembros activos de la Internacional se vieron obligados a pasar a la clandestinidad. Durante los siete años siguientes, hasta febrero de 1881, la táctica de los internacionalistas se basó en crear la estructura necesaria para burlar las persecuciones policiales y la represión del Estado.

No obstante, aún se celebró un cuarto congreso en Madrid, naturalmente secreto, resolviéndose que la Comisión Federal residiera en Barcelona, mientras que Lorenzo, ya en la Ciudad Condal, se integró en la sección de su oficio siendo elegido poco después miembro del Consejo Local y pasando —por mediación de García Viñas— a formar parte de la Alianza, organización que seguía funcionando para sorpresa de nuestro tipógrafo, ya que «se había dejado creer que la Alianza había sido disuelta para mejor asegurar su existencia y funcionamiento, y gracias a ella, la Internacional existía aún en España, conservando la pureza de sus ideales»³¹.

Para Anselmo Lorenzo la vida en Barcelona fue muy dura en los primeros meses de su estancia, pero al fin consiguió regularizar su situación al encontrar trabajo bien retribuido como corrector en la imprenta de una casa editorial. Casi al mismo tiempo que su situación económica mejoraba, su gran amigo Miranda que tanto le había ayudado murió. La situación en que dejaba a su compañera y a su hijo de corta edad era en extremo precaria, por ello Lorenzo se ofreció para ser el sostén económico de la familia; y de la profunda amistad que les unía surgió el amor y la unión entre ambos que duraría hasta la muerte del insigne luchador.

«Han pasado treinta y cinco años, y en el momento de escribir estas letras, ante mi buena compañera, mis hijos, mi hijo adoptivo y mis nietos, bendigo la dichosa resolución que me ha dispensado inmensos beneficios, y que me ha permitido dedicar gran parte de mi vida a la emancipación del proletariado en virtud del grandioso impulso que recibí en Madrid por obra de Fanelli»³².

Por lo que respecta a la Internacional, en estas difíciles condiciones y ante la imposibilidad de celebrar congresos regulares, se decidió poner en práctica el sistema de conferencias comarcales que serían celebradas cada

31 *El proletariado militante* (1974), 349.

32 *El proletariado militante* (1974), 336.

año «con la asistencia a cada una de ellas de un delegado de la Comisión Federal, portador de la orden del día, de los acuerdos y de los votos, para reunirlos después en un todo común en el seno de la Comisión Federal»³³.

Lo sorprendente de este largo período de clandestinidad fue que siguieron publicándose una buena cantidad de periódicos, algunos de ellos de larga duración —como *El Orden*—, que entre 1875 y 1878 llegó a publicar 65 números. De la forma en que se realizaba la impresión de alguno de estos periódicos nos informa Lorenzo al decir que «la imprenta clandestina de Barcelona fue adquirida por la comisión ejecutiva de la Federación barcelonesa y estuvo situada en un taller de tonelería de la derruida muralla del mar, en lo que es hoy paseo de Colón; después en un piso bajo de la Barceloneta, donde había abundancia de papel procedente de la Aduana, y por último, en una zapatería de la calle Provenza»³⁴.

Lógicamente este hecho inquietó a la autoridades hasta el punto que «el Gobierno del señor Cánovas ofreció considerables premios en metálico para quien descubriera los lugares donde se estampaban los tales periódicos, más *La Crónica de los Trabajadores*. Pues aun siendo muchos los hombres enterados forzosamente, ninguno se envileció con el feo oficio de soplón»³⁵. Ésta es una prueba bastante concluyente de la integridad de los componentes de la organización revolucionaria y, aunque con toda seguridad existieron espías en el seno de la Internacional, no nos han llegado noticias de los mismos, ni tampoco de ningún incidente del que pueda sospecharse su participación. De todos modos, no se puede pasar por alto que si no existieron soplones directos en el seno de la Internacional, sí que fueron espiados de manera indirecta. Como ya hemos visto, José Mesa y el grupo de *La Emancipación*, incapaces de penetrar la sólida organización que los bakuninistas españoles habían construido, adoptaron el papel de delatores, especialmente su direc-

tor³⁶. La actitud de José Mesa será ejemplar y representativa frente al anarquismo; siguiendo con su táctica desarrollada ampliamente en España, se dedicó, en este período y desde su dorado exilio en París, a difamar a los internacionalistas españoles desde las páginas del periódico *L'Egalité* de Jules Guesde. Aquéllos, por su parte, estaban en esos momentos sufriendo una dura represión en el interior del país. Esta infamia llevó al anarquista italiano Errico Malatesta a retar en duelo al director del periódico para exigirle una rectificación³⁷.

La Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE) (1881-1888)

La disolución de la FRE y el alejamiento de Anselmo Lorenzo

La práctica de la clandestinidad continuaría incluso después de que se abrieran nuevas vías de participación política, cuando los fusionistas accedieran al poder en febrero de 1881, y esto iba a generar una serie de tensiones entre las prácticas legalistas y las insurreccionalistas. Una de las primeras víctimas de estos enfrentamientos fue, de nuevo, Anselmo Lorenzo. Miembro de la Comisión Federal en 1880, se vio envuelto en una campaña de difamación por manipulación en la constitución de aquella. En febrero del año siguiente fue convocada la Comisión Federal a una Conferencia Regional para responder a las acusaciones. El único en asistir fue Anselmo Lorenzo, quien se vio expulsado de la Federación Regional³⁸. El tipógrafo anarquista concluye con estas palabras: «Nada hice en mi defensa; sobre todo tuve especial cuidado en no ofender a nadie, y así pasé tres o cuatro años en una

³³ A este fin España fue dividida en diez comarcas: Cataluña, Valencia, Aragón, Andalucía del Oeste, Murcia, Castilla la Nueva, Castilla la Vieja, Extremadura y Vasco-Navarra-Santanderina (Josep Termes Ardévol, 1977: 257). Lorenzo (*El proletariado militante*, 1974, 350-351) señala el destacado papel jugado por la Alianza en la adopción de este método. En las conferencias de 1875 fueron aprobados los nuevos estatutos por los que se había de regir la Federación Regional a partir de entonces.

³⁴ *El proletariado militante* (1974), 415.

³⁵ Juan José Morato Caldeiro (1972), 68-69.

³⁶ A partir de julio de 1872, el periódico *La Emancipación* inició una campaña de descrédito de los miembros de la Alianza. Entre otras cosas publicó listas de afiliados a dicha organización.

³⁷ En *Le Revolté*, del 3-IV-1880, se publicó la carta de los internacionalistas españoles en protesta por las difamaciones de José Mesa que firmaba sus correspondencias desde Madrid. La intervención de Malatesta está recogida en la carta dirigida a Andrea Costa del 15-IV-1880, ahora en Errico Malatesta, *Epistolario*, Avenza, 1984 (2ª), pp. 43-44.

³⁸ Véase con detalle el desarrollo de este trágico asunto en *El proletariado militante* (1974), 418-424.

especie de retiro, que me sirvió de descanso, dedicado al estudio, preparándome para futuras campañas, confiado en que aquel turbión pasaría, y con un ambiente renovado podría dedicarme a la lucha por la conquista del ideal»³⁹.

En ese mismo mes de febrero se celebró una conferencia extraordinaria de la Internacional en la que se acordó su definitiva disolución, pero apenas transcurridos unos meses, en septiembre de aquel mismo año, se celebró en el teatro Circo de Barcelona un congreso que constituyó la Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE).

Desarrollo de la Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE)

La nueva organización siguió manteniendo los mismos planteamientos programáticos que su antecesora y su estructura organizativa fue prácticamente idéntica, pero con la salvedad de que la Comisión Federal tuvo, en esta nueva etapa, un peso bastante más considerable. Este factor fue quizá decisivo en su evolución, ya que las críticas comenzaron muy pronto a manifestarse. En el Congreso de Sevilla de 1882, pero muy especialmente en el de Valencia celebrado al año siguiente, se hizo patente la disidencia, a lo cual se sumó el ataque directo de las instituciones represivas.

La FTRE consiguió, en apenas dos años, una potencia organizativa extraordinaria. Los afiliados a la misma llegaron a ser, en el apogeo de su desarrollo, alrededor de 50.000 y naturalmente el Gobierno se alarmó ante un crecimiento tan espectacular. Por ello, a fin de dismantelar la Federación andaluza no dudó un instante en crear el montaje denominado «la Mano Negra», asociación existente únicamente en los documentos prefabricados por la Guardia Civil. El resultado final sería el encarcelamiento de los personajes más relevantes de la Federación de Andalucía y el dismantelamiento de la organización en aquella región; pero lo más grave de todo ello es que la Comisión Federal residente en Barcelona se desentendió del asunto, dando crédito a las patrañas urdidas por las fuerzas represivas.

Anselmo Lorenzo se afilia a la masonería

La afirmación de Lorenzo de que, después de ser expulsado, pasó «tres o cuatro años en una especie de retiro» no es completamente cierta; para un activista como él eso hubiera significado un constante sufrimiento, aunque sí que es cierto que su actividad en aquellos años hasta su reingreso en la organización obrera algunos años después se desarrolló exclusivamente en una entidad completamente diferente: la masonería.

Aunque algunos historiadores⁴⁰ ya habían hecho alusión a la afiliación de Lorenzo a esa institución, quien ha estudiado en profundidad este aspecto de su vida ha sido Pedro Sánchez Ferré⁴¹. Por otro lado, es bien conocida la estrecha relación que existió, especialmente durante la segunda mitad del siglo XIX, entre anarquismo y masonería en casi todos los países latinos. Desde Bakunin hasta Ferrer y Guardia, son numerosos los anarquistas que estuvieron afiliados a ella.

Anselmo Lorenzo se adscribió a la misma el 13 de diciembre de 1883, siendo iniciado en la logia barcelonesa Hijos del Trabajo y como referente simbólico de su oficio adoptó el nombre de Gutemberg. Su ascenso en la logia fue fulgurante, alcanzando en 1893 el grado 30.º.

Lorenzo no sólo no ocultó su afiliación a la masonería, sino que la reivindicó públicamente en un acto celebrado en el Ateneo Barcelonés en abril de 1887, junto al internacionalista y también masón Josep Llunas, afirmando rotundamente la compatibilidad entre anarquismo y masonería.

Desde luego, no cabe duda de que en su caso fue así, ya que su actividad en la logia fue idéntica a la que desarrolló en el seno de la organización obrera.

El retorno al seno de la organización

Anselmo Lorenzo se reincorporó a la Federación de Trabajadores en torno a 1886, cuando la crisis era ya evidente, pero en esta ocasión se apartó completamente de cualquier puesto administrativo o dirigente y todos sus

³⁹ *El proletariado militante* (1974), 424

⁴⁰ Víctor Manuel Arbeloa en Juan José Morato Caldeiro (1972), 76, nota 38.

⁴¹ Pedro Sánchez Ferré (1985), *passim*.

esfuerzos los dirigiría hacia la propaganda. A él precisamente se le atribuye la autoría del manifiesto que la FTRE publicó en febrero de 1886, suscrito por varias secciones de oficio y al que se adhirieron otras muchas. Ante la eventual posibilidad de una transformación política para resolver la crisis que el país atravesaba, los anarquistas exponían su posición, sobre todo frente a los partidos republicanos y en especial el federal, al mismo tiempo que detallaban su alternativa, uno de cuyos apartados decía: «Organización de la sociedad sobre la base del trabajo de cuantos sean aptos para la producción; distribución racional del producto del trabajo; asistencia de los que aún no sean aptos para ella, así como de los que hayan dejado de serlo; educación física y científico-integral para los futuros productores»⁴².

En enero de ese mismo año había aparecido *Acracia*, una de las mejores revistas anarquistas decimonónicas, siendo Lorenzo uno de sus impulsores y el principal redactor de la misma. La impronta del tipógrafo anarquista se observa en la ausencia de firmas en los artículos, ya que únicamente aparece una inicial, con esto recogía la vieja costumbre de los antiguos internacionalistas que decidieron no firmar sus artículos para evitar exaltar la vanidad de los autores, especialmente en el periódico *La Solidaridad*, que fue órgano oficial de la FRE entre 1870 y 1871. La publicación no pudo pasar de julio de ese mismo año, pero en febrero del año siguiente aparecería *El Productor* que se publicó diariamente durante más de un mes. También fue Lorenzo uno de sus principales impulsores, formando parte de la redacción.

Su frenética actividad cultural

La cultura anarquista se ha desplegado siempre en todos aquellos frentes susceptibles de abrir brecha en la estructura de la opresión social. Si durante esta década de los años ochenta del siglo XIX la publicación de revistas y periódicos fue muy intensa, también se publicaron libros y folletos, y —lo que quizá es más importante— se celebraron dos certámenes literarios en

⁴² El manifiesto íntegro puede consultarse en *Antología Documental del Anarquismo Español. Volumen 1: Organización y revolución: De la Primera Internacional al Proceso de Montjuic (1868-1896)* (2001), 301-308.

los que participaron un nutrido grupo de escritores, algunos muy conocidos y entre ellos, lógicamente, Anselmo Lorenzo.

El primero de estos certámenes se celebró en Reus en 1885, organizado por el Centro de Amigos de Reus; y el segundo en Barcelona, los días 10 y 11 de septiembre de 1889, en honor de los mártires de Chicago, organizado por el grupo «11 de noviembre». Lorenzo contribuyó en el primero con un ensayo titulado «El ciudadano y el productor», en el cual sentaría las bases de sus trabajos posteriores sobre su concepción de la sociedad y el significado profundo de algunos conceptos mistificados por la propaganda oficial; en el segundo se prodigaría aún más presentando cuatro estudios en los que seguía ahondando en las relaciones sociales y en la capacidad del proletariado para construir una sociedad mucho más justa e igualitaria.

Proceso de exterminio del anarquismo (1888-1898)

El Pacto de Unión y Solidaridad y la celebración del 1.º de Mayo

La crisis definitiva de la FTRE se resolvió en 1888 creando dos organizaciones separadas, una que atendería a las cuestiones de intervención anarquista en lo social y que recibió el nombre de Organización Anarquista de la Región Española, y otra que se ocuparía de los problemas de los trabajadores, el Pacto de Unión y Solidaridad. Esta última organización cobraría una extraordinaria importancia en la celebración de los Primeros de Mayo, el primero de los cuales se instituyó en 1890 y significaría para la organización obrera de carácter anarquista una jornada de lucha revolucionaria, hasta el 1.º de Mayo de 1893. A partir de ese momento el Pacto de Unión y Solidaridad parece desvanecerse; sin embargo, continuó sus actividades, aunque no hayan llegado hasta nosotros noticias de las mismas, ya que unos años más tarde, a finales del siglo XIX, le pasaría el testigo a una nueva organización creada en 1900 y de la que hablaré más adelante.

Con todo, conviene señalar que la importancia de esta organización radica en el hecho de que en ningún momento en el desarrollo y evolución de la teoría y la práctica anarquistas ha habido el abandono de unas determinadas tácticas y la adopción de otras, como señalan algunos historiadores, porque la acción anarquista se ha diversificado siempre. Y si en algunas épocas el peso de unas tácticas parece imponerse sobre las demás, es en realidad el resultado del peso que los historiadores le conceden para apoyar sus tesis, aunque para ello tengan que violentar los hechos. Esto es en la práctica lo que ha sucedido en el estudio de la última década del siglo XIX; era necesario cargar las tintas sobre la vertiente violenta del anarquismo para de esa forma poder incriminarlo con comodidad y así poder desacreditarlo históricamente sin demasiado esfuerzo⁴³. De todos modos, este proceso de aniquilación intelectual del anarquismo no se ha hecho de una vez por todas, sino que ha seguido un proceso largo y bastante larvado.

Los atentados anarquistas

En historia existen unas constantes que se repiten indefectiblemente y que podrían sentar las bases para una comprensión mayor, no del pasado que ya no importa demasiado, sino de nuestro propio presente y de las posibilidades de futuro. Una de estas constantes es la dominación, la cual ha adoptado muchas formas, pero ha permanecido invariable en su esencia. La forma moderna de la dominación es el Estado y las instituciones que lo apoyan, el cual, como cualquier otra forma de dominación, lleva a cabo tareas que le son propias y que también son constantes históricas. Entre estas tareas, resultan particularmente evidentes el control de la disidencia mediante la represión, cuando no su exterminio. Por ello, el terrorismo es una práctica exclusiva del Estado, como forma de dominación, tanto si éste está ya suficientemente consolidado, como si sólo lo está en germen. En cualquier caso, el terror sólo lo pueden practicar quienes aspiran a ejercer el poder.

Aunque las críticas a las formas de dominación se han sucedido a lo largo de la historia, quizá una de las mejores definiciones del Estado (si

exceptuamos la contundente definición de Proudhon) nos la proporcionó Girolamo Vida, un obispo de Alba, ciudad del norte de Italia, al afirmar: «¿Para qué sirven las leyes? Para constituir la servidumbre, que los sabios califican de peor que la muerte; para obligarnos a vivir bajo el dominio ajeno; para darnos una naturaleza artificial y rebelarnos contra nosotros mismos; para convertirnos, no en mejores, sino en más astutos; para enseñarnos, no la justicia, sino el arte del litigio [...] ¿Habéis visto, acaso, alguna vez una sola reunión de hombres en que se cumpla la justicia y en que se retribuya a cada cual según su mérito? Si el sabio vive con el cuerpo entre la multitud, con el pensamiento huye de la Sociedad. Y ¿cómo surgen los Estados? Con latrocinios, con usurpaciones, con invasiones, y viven oprimiendo a una multitud innumerable de operarios y domésticos, no ciudadanos, sino esclavos, a quienes se prohíbe como delito lo que constituye las delicias de sus señores»⁴⁴.

Como antítesis de la dominación se sitúa el complejo mecanismo de la sumisión, otra constante histórica. El equilibrio entre ambas se rompe en momentos singulares que definen una crisis; pero esta ruptura adquirirá tintes diferentes si se produce por una voluntad de tomar el poder, sustituyendo el anterior por otro nuevo o por el contrario se busca acabar definitivamente con la dominación. Precisamente, es el estudio de esos períodos críticos los que nos pueden hacer avanzar en el conocimiento de nuestro presente, porque suponen un excelente barómetro para medir la altura ética de una sociedad dada.

Como ya dije con anterioridad, la última década del siglo XIX ha sido definida por los historiadores que se han ocupado del tema como la década terrorista, pero no se refieren desde luego al terrorismo estatal, sino al terrorismo anarquista, lo cual es bastante elocuente. Incluso aquellos historiadores menos cínicos intentan abordar el problema con una perspectiva más amplia, pero acaban decantándose siempre del lado del poder. Nadie puede negar que hubo atentados anarquistas, el más espectacular de los cuales fue

⁴⁴ Marco Girolamo Vida, *Dialogi de rei publicae dignitate*, Cremona, 1556, citado por Eduardo Sanz de Escartín en *De la autoridad política en la sociedad contemporánea*, Discurso de recepción y contestación de Gumersindo de Azcárate, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, Tomo VI (1894), 583-697.

⁴³ Véase, p. ej., Rafael Núñez Florencio (1983), 43 y ss.

sin duda el de Santiago Salvador en el Liceo barcelonés, pero eso no puede en ningún caso implicar a personas que nada tuvieron que ver con los hechos, como así sucedió en numerosas ocasiones. Por otro lado, los montajes policiales han jalonado la historia del anarquismo tanto en este país como en otros. Recordemos el caso conocido como «la Mano Negra», un burdo montaje para dismantelar la temible y poderosa FTRE, pero no fue el único como enseguida veremos.

Existe otro hecho bastante significativo y muy poco conocido: entre el 24 de noviembre y el 21 de diciembre de 1898 se desarrolló en Roma una Conferencia Internacional «para la defensa social contra el anarquismo». Se pretendía en ella incriminar las ideas anarquistas, considerando delinquentes a todos aquellos que las defendieran. Esta conferencia fue un completo fracaso y quizá por ello no tuvo ninguna repercusión mediática en nuestro país. Que yo sepa, el único periódico anarquista en castellano que publicó un artículo sobre la misma fue *El Despertar*, de Nueva York, y su autor afirmaba entre otras cosas: «Os habéis reunido los representantes de la tiranía, no para buscar un medio con que aliviar en algo las miserias del trabajador, sino para maquinar una nueva infamia que añadir a las innumerables iniquidades vuestras»⁴⁵.

Curiosamente, el primer historiador que se ocupó del «terrorismo» anarquista, Núñez Florencio, no alude para nada a esta conferencia, pero recientemente ha aparecido un libro que reúne la colaboración de diversos estudiosos y que trata de desvelar el nacimiento del terrorismo en Occidente —como ya se habrá comprendido no se refiere al terrorismo de Estado— en el cual un tal Avilés traza una breve síntesis del desarrollo de dicha conferencia⁴⁶. De lo que se trata en este libro es de colocar, con la justificación del «terrorismo», a todas las ideologías que según ellos han practicado la violencia revolucionaria en el mismo plano de análisis, lo cual no deja de ser una infamia más. Pero se inscribe en un proceso muy elaborado, ya que lo que hace más de cien años fracasó, hoy es generalmente asumido y no se

trata de acabar con lo que denominan «terrorismo», sino de aniquilar, tanto física como intelectualmente, las ideas de aquellos movimientos sociales que todavía se plantean la transformación social revolucionaria.

Todo este proceso de aniquilación de las ideas anarquistas a través de leyes cada vez más represivas tuvo el efecto de incriminar y provocar el asesinato de muchísima gente que nada tenía que ver con la violencia. Anselmo Lorenzo, que hasta ese momento había sabido burlar la represión, se verá a partir de entonces constantemente incriminado y encarcelado en cuanto se generaba una situación crítica.

La iniquidad gubernamental: el Proceso de Montjuïc

De lo dicho en el apartado anterior se comprende que el Gobierno de este país llegase a los más bajos estadios de la infamia en el tristemente célebre Proceso de Montjuïc. El hecho es bastante conocido, así que no me extenderé demasiado.

El 6 de junio de 1896, el día del Corpus, fue arrojada una bomba al paso de la procesión en la calle de Cambios Nuevos de Barcelona. La bomba fue lanzada en la parte trasera de la comitiva —las autoridades y demás gente notable iban en cabeza— causando numerosas víctimas entre los congregados, todos de las clases más humildes. Lógicamente el hecho fue atribuido a los anarquistas y así comenzó una terrible persecución contra todas aquellas personas conocidas por sus ideas progresistas. Se vieron encartados más de cuatrocientos sospechosos y trasladados al castillo maldito, donde muchos de ellos fueron salvajemente torturados y varios acabaron en el paredón.

También Anselmo Lorenzo daría con sus huesos en los fosos del castillo y, después de unos meses de encarcelamiento, sería deportado en compañía de otros muchos militantes, refugiándose en París. En la capital francesa trabaría amistad con los militantes más notables del anarquismo, entre los cuales se contaban Charles Albert, Malato, Faure... A pesar de que su salud era bastante precaria y añoraba a su familia, se negó rotundamente a pedir el indulto y sólo pudo regresar a su entrañable Barcelona cuando, en 1899, fue promulgada una amnistía. A su regreso en los primeros meses de ese año, no cesó en su actividad, pero ésta iba a tomar unos

⁴⁵ P. Anceume Martínez, «La conferencia anti-anarquista», *El Despertar* (Nueva York), IX, 183 (30 enero 1899), 4.

⁴⁶ Juan Avilés y Ángel Herrerín (editores), *El nacimiento del terrorismo en occidente. Anarquía, nihilismo y violencia revolucionaria*, 2008, 13-17.

derroteros completamente diferentes, pero no por ello menos peligrosos, porque aún sería encarcelado en dos ocasiones.

Reorganización de la vieja Internacional (1898-1907)

La Federación de Sociedades Obreras de Resistencia (FSORE)

Aunque nos han llegado muy pocas noticias de las actividades del Pacto de Unión y Solidaridad, esta organización siguió funcionando hasta finales del siglo XIX y le entregó el testigo a la organización que se constituyó en 1900, la FSORE. Nacía esta organización recuperando las experiencias de las anteriores, afirmando la autonomía, la negación de la política burguesa y la acción directa, y recuperando como forma de lucha la huelga general. Precisamente su apogeo como organización lo alcanzaría en las sucesivas huelgas generales que fueron proclamadas en diversas ciudades del país entre 1901 y 1902, especialmente en la huelga general de Barcelona que estalló en ese último año y acabó fracasando, después de durísimos combates en las calles de la Ciudad Condal. Aunque su participación en dicha huelga general fue prácticamente nula, esto no fue obstáculo para que el viejo internacionalista fuera de nuevo encarcelado durante algunos meses.

A partir del fracaso de la huelga general de Barcelona, la joven organización comenzó a languidecer y, aunque aún se mantuvo en pie durante unos cuantos años más, su actividad fue más bien discreta. Se necesitaba una organización que ciertamente recuperase lo mejor de las organizaciones decimonónicas, pero que se sustentase sobre bases mucho más efectivas; y a sentar estas bases teóricas y prácticas se dedicaría el «abuelo» con denuedo.

Después de su regreso a Barcelona tras su exilio en París, Anselmo Lorenzo inició la etapa más fructífera de su vida en la vertiente literaria. Hasta el mismo día de su muerte su trabajo de escritor fue incesante. Inició la redacción de sus memorias, cuyo primer volumen apareció en 1901 y al acabarlo expresaba: «Al llegar a la época de la celebración del Congreso de Zaragoza doy por terminada esta primera parte de mi trabajo, dudando mucho,

a pesar de mi voluntad, de poder emprender la segunda, a causa de graves dificultades propias de mi estado»⁴⁷. Efectivamente, su estado de salud comenzaba a dar síntomas de desfallecimiento, pero su férrea voluntad superó todos los obstáculos. El segundo volumen de sus memorias apareció en parte como folletín en el periódico *Tierra y Libertad* de Barcelona y no sería publicado en libro hasta 1923, nueve años después de su muerte.

El proyecto Ferrer y Guardia

Como ya es bien conocido, Francisco Ferrer y Guardia fundó en Barcelona La Escuela Moderna en 1901, pero esto no era más que una parte de un proyecto que abarcaba todas las vertientes de la lucha por la emancipación humana. Para llevarlo a cabo se rodeó de un selecto grupo de colaboradores, entre los cuales se contaba Anselmo Lorenzo.

Es de suponer la inmensa satisfacción que experimentaría este luchador al percatarse de que la obra de Ferrer y Guardia era casi idéntica a la suya y se dirigía a cubrir los frentes de lucha que el anarquismo había desarrollado a lo largo del último tercio del siglo XIX: el revolucionario, el educativo y el cultural. La actividad de este infatigable luchador fue incesante en la editorial que Ferrer inició para apoyar los trabajos de la escuela racionalista. Su labor de traducción posibilitó que se editaran en castellano obras tan importantes como los seis volúmenes de *El Hombre y la Tierra* de Eliseo Reclus o *La Gran Revolución* de Kropotkin. También durante esos años de principios del siglo XX sería reclamado desde diferentes sociedades obreras para que impartiera charlas, conferencias o debates; precisamente muchos de sus libros y folletos tienen como base un acto de este tipo.

La Huelga General

Si la Escuela Moderna cubría la vertiente educativa para rescatar a la enseñanza de las garras de la Iglesia católica y la editorial del mismo nombre se ocupaba del aspecto cultural, el tercer pie lo desarrolló el periódico *La*

⁴⁷ *El proletariado militante* (1974), 240.

Huelga General que apareció entre 1901 y 1903. Uno de los principales redactores de esta publicación fue naturalmente Anselmo Lorenzo, y a través de sus páginas comenzó a divulgar las teorías del sindicalismo revolucionario que se estaban desarrollando en Francia de la mano de Fernand Pelloutier, Emile Pouget y otros. Para apoyar las labores propagandísticas del periódico, se inició la publicación de una colección de folletos con el mismo nombre que el periódico; la mayoría de los trabajos que se publicaron en esta colección tenían como tema principal la huelga general o el sindicalismo, como los folletos de Émile Pouget, o bien cuestiones relacionadas con el mismo. Fueron publicados sendos folletos de Lorenzo, fruto de un par de conferencias que tanto se prodigaron en aquellos años.

Aunque resulta bastante difícil asegurar la influencia de toda esta propaganda desplegada en la posterior fundación de un sindicalismo de nuevo corte, en la cual destacó también José Prat, es posible conjeturar que el prestigio de que gozaba Anselmo Lorenzo en las sociedades obreras —quizá a su pesar— tuvo un peso bastante considerable.

El ave Fénix renace de sus cenizas con un ropaje nuevo (1907-1911)

La Federación Local Solidaridad Obrera de Barcelona

Tras el fracaso de la huelga general de 1902, algunas sociedades obreras decidieron agruparse y dos años más tarde crearon la Unión Local. Esta Unión Local participó activamente en la preparación de las luchas del 1.º de Mayo de 1906, en el que se pretendía confluir internacionalmente para conseguir la jornada de ocho horas. Éste sería el germen del que tres años más tarde, en 1907, surgiría la Federación Local Solidaridad Obrera y en octubre de ese mismo año aparecería su órgano de expresión con el mismo nombre, periódico que con el correr del tiempo ocuparía un lugar central en el desarrollo del movimiento obrero de tendencia anarquista. Este periódico sería en parte financiado por Ferrer y Guardia, y Anselmo Lorenzo

dedicaría una buena parte de su energía a difundirlo y a conseguir que fuera el órgano de expresión de una nueva organización, de la que esperaba que pronto diera sus frutos.

En el primer congreso obrero regional celebrado en Barcelona los días 6 al 8 de septiembre de 1908, la Federación Local se transformó en Confederación Regional de Sociedades de Resistencia Solidaridad Obrera. En este congreso estuvieron representadas alrededor de 109 agrupaciones por 142 delegados.

Como vemos, la organización se hacía extensiva a Cataluña y su ejemplo comenzaba a cundir en toda España. En el periódico *Solidaridad Obrera* se insertaban constantemente noticias con la constitución de sociedades Solidaridad Obrera por todo el país, sobre todo en la región valenciana y en Asturias. El siguiente congreso debería haberse celebrado al año siguiente, pero los luctuosos sucesos de julio de 1909 lo impidieron.

La Semana Trágica y el asesinato de Ferrer y Guardia

Las tensiones sociales que se generaron en la ciudad de Barcelona durante los primeros años del siglo XX alcanzaron su punto álgido en 1909, cuando el Gobierno decidió que en esa ciudad se realizara el embarque de tropas que deberían engrosar el ejército que masacraba a los magrebíes en el territorio ocupado de Marruecos.

La provocación era manifiesta y el pueblo de Barcelona se sublevó para impedir dicho embarque. De inmediato se levantaron barricadas en los puntos neurálgicos del centro de la ciudad y durante una semana, que sería más tarde denominada «la Semana Trágica», los trabajadores sublevados tuvieron en jaque a las tropas enviadas para sofocar la sublevación.

Desde principios de siglo y hasta el momento en que los obreros de Barcelona decidieron tomar la iniciativa para oponerse al embarque de tropas, el republicanismo radical de Alejandro Lerroux había conseguido atraer a su órbita a un buen número de sociedades obreras ofuscadas por su verbalismo radical; pero la cobarde actitud de los dirigentes republicanos —casualmente Lerroux se encontraba en Argentina—, que optaron por esconderse, decidió su suerte futura.

El proyecto de Ferrer, pero especialmente su actividad en la enseñanza racionalista, le atrajo los odios concentrados de la Iglesia católica que deseaba su desaparición. Ya lo intentaron en 1906, a raíz del atentado de Morral contra los reyes en la calle mayor de Madrid, acusándolo de cómplice; pero en ese momento nada pudo probarse, aunque la Escuela Moderna fue cerrada y el pedagogo racionalista pasó unos meses en la cárcel. No sucedería lo mismo en esta ocasión, las fuerzas de la reacción no quisieron dejar pasar de nuevo la oportunidad de acabar para siempre con su enemigo y para ello no dudaron en diseñar un siniestro plan para involucrarlo en los trágicos sucesos. Fue acusado de instigador y después de una farsa de juicio, el 9 de octubre de 1909, sería asesinado en los fosos de Montjuïc.

Tampoco escaparía a la ferocidad de la reacción el viejo tipógrafo anarquista que a sus sesenta y ocho años de edad, con la salud muy quebrantada, sería desterrado a Alcañiz primero y poco después a Teruel. También Cristóbal Litrán, que colaboraba en las publicaciones de la Escuela Moderna, fue incluido en la cuerda de deportados, conviviendo con su amigo y maestro, al igual que parte de su familia que se desplazó al lugar para poder atenderle.

No tardó mucho el viejo luchador en poder volver con los suyos, pero su situación económica era angustiosa. Todas las actividades de la Escuela Moderna habían sido embargadas y el viejo luchador, pobre y enfermo, se encontró sin recursos; pero afortunadamente el embargo de la editorial fue levantado y el albacea testamentario de Ferrer y Guardia, Lorenzo Portet, cumpliendo las últimas voluntades del pedagogo, reincorporó a Lorenzo en su puesto de traductor en la editorial.

El nacimiento de la CNT

Como ya dije más arriba, los acontecimientos de la Semana Trágica impidieron que se celebrara el anunciado segundo congreso de la Confederación Regional Solidaridad Obrera, que tuvo que aplazarse hasta el año siguiente. Entretanto, las adhesiones a la organización catalana habían sido numerosas desde distintos puntos del resto del país, y este hecho motivó que este segundo congreso de la Confederación Regional catalana se convirtiera en el congreso fundacional de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT).

El corazón del viejo luchador debió llenarse de satisfacción al ver que al final de su vida asistía al nacimiento de una organización que suponía sustentada en los ideales por los que él siempre había luchado, y quizá intuyó que después de cuarenta años las teorías que sustentaba Tomás González Morago se fundían en las suyas propias y alcanzaban un acuerdo por encima de las pasiones humanas. El historiador Álvarez Junco lo interpreta de este modo: «la polémica anterior no podía por menos de estar presente en el anarcosindicalismo, como lo prueba lo singular de su organización; su flexibilidad y espontaneísmo como principios, el carácter subrayado constantemente de confederación entre individuos y sociedades adheridas —siempre de abajo a arriba—; lo reducido de las cuotas —prácticamente voluntarias—, la inexistencia de jerarquización, de burocracia, de disciplina, ni de más obligación que la solidaridad»⁴⁸.

Los últimos años de un viejo Internacionalista (1911-1914)

El primer congreso de la CNT y de nuevo a las catacumbas

La necesidad de un primer congreso de la recién nacida organización, para definir sus planteamientos y formas de organización y funcionamiento internos, se hizo evidente. De esta forma se reunió los días 8, 9 y 10 de septiembre de 1911 en el Palacio de Bellas Artes de Barcelona el primer congreso de la CNT.

Inmediatamente después de finalizado el Congreso, se celebró una reunión secreta de los delegados al mismo y se acordó la huelga general en solidaridad con los obreros de Bilbao y como protesta por la guerra de Marruecos.

Mientras en Barcelona se desarrollaban los trabajos finales de este primer congreso de la CNT, Anselmo Lorenzo se encontraba en Madrid para dar una charla en el teatro Barbieri sobre *El proletariado emancipador*. La

⁴⁸ José Álvarez Junco (1976), 397.

huelga general decidida por los delegados de la CNT asistentes al primer congreso de la central sindical tuvo efectos inmediatos, el presidente del Gobierno, Canalejas, suspendió de inmediato las garantías constitucionales y cerró y clausuró ateneos y sindicatos. El tipógrafo anarquista, de salud bastante precaria, temió que no le dejaran regresar a Barcelona y pidió ayuda a Morato que era amigo personal del mandatario. Por su mediación pudo regresar a Barcelona sin contratiempo, pero el gobernador de Barcelona, señor Portela, que había ido a Madrid a entrevistarse con Canalejas, le confesó a éste: «Es quizá el anarquista más peligroso de Barcelona, pero es tanta su sagacidad que nunca hay motivo para procesarle»⁴⁹. Resulta muy sorprendente esa afirmación —sobre todo porque fue procesado varias veces, como hemos visto—, pero lo más probable es que fuera cierto que era muy peligroso.

Estalla la gran masacre, mientras la vida del insigne luchador se extingue

El 14 de agosto de 1914, las tensiones cada vez más fuertes entre las potencias europeas estallaron en una conflagración general que duraría cuatro años. Después de la frustración que debió suponer para él la ilegalización de la organización en la que había puesto tantas esperanzas y que ya no llegaría a ver en su siguiente desarrollo, el estallido de la gran guerra lo sumió en una profunda desesperación, porque para él, como para tantos otros, la guerra suponía el fracaso de la revolución. No obstante, aún tendría ocasión de hablar y escribir sobre las nefastas consecuencias de la conflagración mundial. A los pocos días de desatarse las hostilidades, fue invitado a dar una charla con motivo de la inauguración del nuevo local de la sociedad de albañiles «La Federación Local», y en ella quiso transmitir a las nuevas generaciones un mensaje de esperanza: «Como, a pesar de la tremenda catástrofe, la humanidad ha de continuar viviendo, como el producto de su vida anterior ha de ser transmitido a las generaciones sucesivas, ha de quedar necesariamente un agente transmisor, y éste no puede serlo quien

represente las instituciones y las clases privilegiadas causantes del desastre, sino los representantes de las entidades compuestas de desheredados que a tales instituciones y clases vivían supeditadas»⁵⁰.

Pero lo que más impacto debió causar en su ánimo, y posiblemente acelerara su muerte, fue la defección de quien para él había sido un inspirador y un referente simbólico: Kropotkin, aun siendo contrario a la guerra, la analizó como una terrible necesidad para acabar con el amenazante imperialismo alemán y así lo expuso en varios escritos.

Anselmo Lorenzo murió el 30 de noviembre de 1914, de modo súbito, sin agonías ni estertores, y la noticia corrió como reguero de pólvora por la Ciudad Condal. El día de su entierro, frente al número 32 de la calle Casanova, un enorme gentío se había reunido para rendir un último homenaje al viejo luchador.

Paco Madrid

⁴⁹ Juan José Morato Caldeiro (1972), 76.

⁵⁰ *Tierra y Libertad* (Barcelona), 228 (26 agosto 1914), 3.



Bibliografía

Sería una quimera intentar siquiera una bibliografía exhaustiva de la producción literaria de Anselmo Lorenzo. Si los libros y folletos, incluidas las sucesivas reediciones de algunos de ellos, ocupan ya un volumen apreciable, los artículos abarcarían muy probablemente varios tomos, ya que prácticamente colaboró en todas las publicaciones anarquistas o anarcosindicalistas editadas en este país y en muchas publicadas en otros lugares (Buenos Aires, Costa Rica, La Habana, etc.), todo ello sin contar las traducciones que fueron innumerables. De hecho, pocos esfuerzos se han realizado en esa dirección, ya que por otra parte —como apunto en otro lugar— nadie ha intentado tampoco una biografía seria sobre este notable militante anarquista; la única bibliografía un poco extensa la debemos a las primitivas investigaciones del profesor Álvarez Junco, incluida en una de las reediciones de *El Proletariado Militante*, que es precisamente la que he utilizado en este trabajo, el cual incluye artículos publicados en las revistas anarquistas más conocidas de este país; aunque desde luego no puedo dejar de señalar el trabajo pionero de Rene Lamberet, *Mouvements ouvriers et socialistes (Chronologie et Bibliographie). L'Espagne (1750-1936)* (París, 1953, 204 páginas).

Por tanto, lo único que voy a incluir en esta bibliografía son aquellos libros y folletos de Anselmo Lorenzo que me parecen más importantes y aquellas biografías o referencias al tipógrafo anarquista que me han resultado más sugerentes. Lógicamente he añadido otros libros utilizados para trazar someramente la trayectoria de Lorenzo.

Por lo que respecta a la notación, en el caso de libros y folletos de Anselmo Lorenzo utilicé el título seguido del año de publicación entre paréntesis y a continuación las páginas en que se encuentra la cita o el escrito en

cuestión; en los demás casos utilizo la clásica notación americana, es decir, apellido y nombre del autor, seguido del año de publicación entre paréntesis y a continuación la página o páginas donde se encuentra la cita. De este modo es muy sencillo encontrar la referencia bibliográfica completa para aquellos que estén interesados en ello.

Trabajos de Anselmo Lorenzo

- *A la masa popular*, conferencia sociológica, bajo los auspicios del Ateneo Sindicalista de Barcelona, leída en el Teatro Español el día 13 de julio de 1913, Barcelona, 1913, 31 páginas.
- *¿Acracia o república?* Refutación al discurso pronunciado por Luis Carreras el día 20 de febrero de 1886 en la fiesta del Círculo Democrático Federal Instructivo de Sabadell, Sabadell, 1886, 32 páginas.
- *La anarquía triunfante*, Barcelona, Imp. J. Ortega, Biblioteca Liberación, II, 1911, 31 páginas.
- *El banquete de la vida. Concordancia entre la naturaleza, el hombre y la sociedad*, Barcelona, Luz, (1905), 88 páginas, Ilustraciones. Numerosas reediciones: Biblioteca Vértice, Comisión de Propaganda Confederal y Anarquista (Región Centro), etc. Muy recientemente (2007) ha sido reeditado por la editorial Sintra de Barcelona.
- *Capacidad progresiva del proletario*, Barcelona, Imp. Luz, 1904, 16 páginas.
- *Contra la ignorancia*, conferencia sociológica, leída en Pueblo Nuevo el 20 de abril de 1913 bajo los auspicios de la sociedad de «Cultura Racional», s. l., s. e., (Ortega, 1913), 23 páginas.
- *Criterio Libertario*, Barcelona, Imp. Germinal (Biblioteca Tierra y Libertad), s. a., 64 páginas. Numerosas reediciones: Tierra y Libertad, Dogal, Olañeta, etc.
- *El derecho a la evolución*, Conferencia sociológica, leída en el Teatro Español de Barcelona el 18 junio 1911, Barcelona, Confederación Nacional del Trabajo, (1911?), 32 páginas.
- *El derecho a la salud*, Conferencia leída en el Ateneo Barcelonés auspiciada por el «Institut mèdic social de Catalunya» el 21 de abril de 1912, Barcelona, 1912, 22 páginas. Numerosas reediciones: (El Libro Popular), Vértice, etc.

- *Episodio dramático social. Justo Vives*, prólogo de José Lluas sobre «La Literatura Obrerista» y «La Ley y el Orden», guía práctica para ejercer los derechos individuales según la ley con formularios para todos los casos de tener que dar aviso o dirigir petición a una autoridad con ocasión del ejercicio de los derechos individuales consignados en las leyes de Reunión, Asociación, Imprenta y Registro Civil y nota del sello correspondiente a cada documento según la Ley del timbre del Estado, Barcelona, Biblioteca de La Tramontana, 256 páginas.
- *El Estado. Consideraciones generales sobre su esencia, su acción y su porvenir*, Barcelona, Tip. La Publicidad, Biblioteca Ácrata, 1895, 47 páginas.
- *Evolución proletaria. Estudios de orientación emancipadora contra todo género de desviaciones*, prefacio de F. Tarrida del Mármol, Barcelona, Casa ed. Publicaciones de La Escuela Moderna s. a. (3.^a), 216 páginas.
- *Fuera política. Demostración de la justicia y conveniencia de que los trabajadores se separen de la utopía política para dedicarse al positivismo social*, Sabadell, 1886, 46 páginas.
- *La ganancia. Consideraciones generales según el criterio libertario*, conferencia dada en Barcelona en la Asociación de la Dependencia Mercantil el 16 de enero de 1904, Mahón, Biblioteca El Porvenir del Obrero, 1, 1904, 32 páginas.
- *Generalidades sociales*, conferencia sociológica leída el 7 nov. 1909 en el Centro obrero de Zaragoza, Barcelona, Imp. J. Ortega, 1910, 29 páginas.
- *Hacia la emancipación. Táctica de avance obrero en la lucha por el ideal*, Mahón, Biblioteca El Porvenir del Obrero, 1914, 159 páginas. Tuvo varias reediciones: Vértice, Sindicato Único de Artes Gráficas, etc.
- *El Hombre y la Sociedad*, conferencia en la Escuela Moderna, 15-XII-1901, Barcelona, s.a. (1901), Biblioteca La Huelga General, 2, 24 páginas.
- *Igualdad, libertad y fraternidad*, Valencia, Humanidad Nueva (Col. Cuentos racionalistas, 2), 1908, 15 páginas.
- *Incapacidad progresiva de la burguesía*, Mahón, El Porvenir del Obrero, 1905.
- *El obrero moderno*, plática familiar, leída en la sociedad de metalúrgicos de Barcelona el 28 de noviembre de 1903, Barcelona, Biblioteca El Productor, 1903, 32 páginas.

- *Las olimpiadas de la paz* y *El trabajo de mujeres y niños*, artículos presentados con desgracia al concurso para obreros abierto por *El Liberal*. M. Gómez (Latorre), *El 1.º de Mayo, fiesta de paz*, artículo que ganó el primer premio en dicho concurso, Madrid, Biblioteca de La Revista Blanca, 1900, 31 páginas.
- *El patrimonio universal*, conferencia sociológica, Mahón, Biblioteca El Porvenir del Obrero, 2, 1905, 31 páginas.
- *El poseedor romano*, conferencia sociológica leída el día 27 de marzo de 1910 en el local de la Sociedad de panaderos «La Espiga» de Barcelona, Barcelona, Editado por la comisión pro presos y a beneficio de Los Mis-mos, 1910, 32 páginas. Reeditado en varias ocasiones: Acracia, etc.
- *El proletariado emancipador*, conferencia sociológica leída en Madrid, Barcelona, CNT, 1911, 30 páginas.
- *El proletariado en marcha*. A todos los trabajadores de lengua española residentes en América, Nueva York, Biblioteca Cultura Proletaria, Panno-mia Printing and Bookbinding Co., s. a., 40 páginas.
- *El proletariado militante* (1974), prólogo y notas de José Álvarez Junco, Madrid, 490 páginas. Este libro histórico-autobiográfico ha sido el más ree-ditado de Anselmo Lorenzo. El primer volumen apareció en 1901 y el se-gundo en 1923. Posteriormente serían agrupados en un sólo tomo. Ha sido reeditado recientemente (2005) por la Confederación Sindical Solidaridad Obrera de Madrid.
- *El pueblo* (Estudio libertario) (s. a.>1909), Valencia, Sempere, 233 pá-ginas.
- *Rémora societaria*, conferencia leída en Sabadell el día 15 de abril de 1905, Sabadell, Ribera (Biblioteca de la Agrupación sindicalista, 1), 1905, 32 páginas.
- *Sinópsis ortográfica*, Barcelona, tip. La Académica Serra Hnos. y Rusell, 1920 (2.ª), 20 páginas.
- *Solidaridad*, conferencia sociológica leída en Solidaridad Obrera el 31 de octubre de 1908, dos discursos del autor en el primer Congreso obrero de Barcelona en junio de 1870, tomados de *La Federación* y una carta al Con-greso de Solidaridad Obrera en septiembre de 1908, Barcelona, Sociedad del Arte de Imprimir, 1909, 48 páginas.

- *El trabajador libre*. Impulso a la creación del diario obrero sindicalista (Solidaridad Obrera. Diario Sindicalista), 1 mayo 1914, (Barcelona), s. e. (Solidaridad Obrera), s. a. (1914), 15 páginas.
- *Vía libre. El trabajador. Su ideal emancipador. Desviaciones políticas y económicas*, Barcelona, Atlante editorial (Biblioteca contemporánea), s. a.>1905, 157 páginas.
- *Vida anarquista* (1912), Barcelona, Biblioteca Tierra y Libertad, 1912, 207 páginas, ilustraciones (antología).

Escritos sobre Anselmo Lorenzo

- GARCÍA PRADAS, José (s.a. [1938]): *Pasado y presente del movimiento obrero español. Loa de Anselmo Lorenzo*. Discurso pronunciado en el cine Pardiñas de Madrid el día 11 de diciembre de 1938, en el acto organizado por la FAI para honrar la memoria de Anselmo Lorenzo, s. l. (Madrid), Frente Libertario, 35 páginas.
- GUZMÁN, Eduardo de (1938): *Vida y lección de Anselmo Lorenzo*, Ma-drid, Comisión de Propaganda Conferencia y anarquista, 27 páginas.
- MONTSENY, Federica (1938): *Anselmo Lorenzo. El hombre y su obra* (*Los precursores* antecede al título), s. l. (Barcelona), ediciones españolas, 39 páginas, 7 fotografías (láminas) interesantes de Lorenzo entre ellas la fotografía de los componentes del grupo constitutivo de la I Internacio-nal.
- MORATO CALDEIRO, Juan José (1972): *Líderes del movimiento obrero español, 1868-1921*, selección y notas de Víctor Manuel Arbeloa, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 398 páginas. La biografía de Lorenzo ocupa las páginas 55-77.
- NOJA RUIZ, Higinio (s. a. [1938]): *Anselmo Lorenzo: su vida y su obra*, portada (con dibujo de Lorenzo) de Tolosa, s. l. (Valencia), editado por la Comisión de homenaje a Anselmo Lorenzo, del Movimiento Libertario, en el XXIV aniversario de su muerte, 26 páginas.
- PEIRATS, José (1978): *Figuras del movimiento libertario español*, Barcelo-na, editorial Picazo, 311 páginas. La biografía de Lorenzo ocupa las pági-nas 7-25.

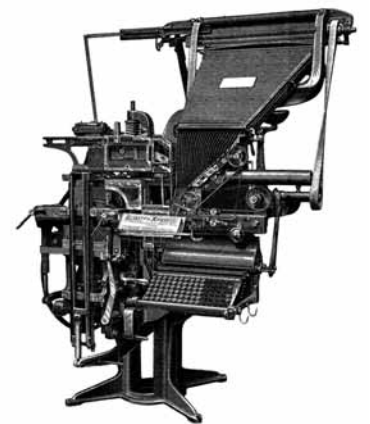
POMMERCY, Mario (s. a.): *Anselmo Lorenzo y la Internacional* (bosquejo histórico), Valencia, editorial Lux, 30 páginas.
 SÁNCHEZ FERRÉ, Pedro (1985): «Anselmo Lorenzo, anarquista y masón», *Historia 16*, X, 105 (enero 1985), 25-33.
 TARRIDA DEL MÁRMOL, Fernando (s.a. [1915]): *Anselmo Lorenzo. Estudio crítico biográfico*, nota Introducción de Tarrida desde Londres, marzo de 1915, Barcelona, Publicaciones de La Escuela Moderna, 54 páginas.

Otro material documental

ÁLVAREZ JUNCO, José (1976): *La ideología política del anarquismo español*, Madrid, Siglo XXI, 660 páginas.
 AVILÉS, Juan y HERRERÍN Ángel (eds.) (2008): *El nacimiento del terrorismo en occidente. Anarquía, nihilismo y violencia revolucionaria*, Madrid, Siglo XXI, 267 páginas.
 ENGELS, Friedrich (1968): *Los bakuninistas en acción. Memoria sobre el levantamiento en España en el verano de 1873*, Madrid, Editorial Ciencia Nueva, 1968, 54 páginas.
 LIDA, Clara E. (1972): *Anarquismo y revolución en la España del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 334 páginas.
 —(1973): *Antecedentes y desarrollo del movimiento obrero español (1835-1888). Textos y documentos*, Madrid, Siglo XXI, 499 páginas.
 MADRID, Francisco, y CLAUDIO VENZA (eds.) (2001): *Antología Documental del Anarquismo Español. Volumen I: Organización y revolución: De la Primera Internacional al Proceso de Montjuic (1868-1896)*, Madrid, Fundación Anselmo Lorenzo, 489 páginas.
 MORA, Francisco (1902): *Historia del socialismo obrero español desde sus primeras manifestaciones hasta nuestros días*, Madrid, Imp. de I. Calleja, 271 páginas.
 MORATO CALDEIRO, Juan José (1930): *Historia de la sección española de la Internacional (1868-1874)*, Madrid, gráfica socialista, 237 páginas.
 NETTLAU, Max (1969): *La première internationale en Espagne (1868-1888): révisions des textes, trad., intr., notes, append., tableaux et cartes aux soins de Renée Lamberet*, Dordrecht, D. Reidel, XXVII + 683 páginas.

—(1977): *Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España (1868-1873)*, Madrid, La Piqueta, 156 páginas.
 NÚÑEZ FLORENCIO, Rafael (1983): *El terrorismo anarquista, 1888-1909*, Madrid, Siglo XXI, 250 páginas.
 PAZ, Abel (1992): *Los internacionales en la Región Española, 1868-1872*, Barcelona, ediciones de autor, 336 páginas.
Primer (I) Congreso Obrero Español (1972): estudio preliminar y notas de Víctor Manuel Arbeloa, Madrid, ediciones de autor, 376 páginas.
 TERMES ARDÉVOL, Josep (1977): *Anarquismo y sindicalismo en España. La Primera Internacional (1864-1881)*, Barcelona, Crítica, 447 páginas.
 URALES, Federico (s. a. [1930]): *Mi vida*, Barcelona, 3 tomos, 253 páginas cada uno.

Antología



Los escritos de Anselmo Lorenzo

Ya he señalado en otro lugar la abundancia de escritos del tipógrafo anarquista, muchos de ellos además escondidos en los pliegues de antiguos periódicos anarquistas. Esta abundante dispersión hacía bastante difícil una selección de sus trabajos que fuera representativa del pensamiento y la acción del insigne luchador, pero a nuestro favor jugaba el hecho de que ya se hubieran publicado varias antologías de sus artículos, especialmente dos de ellas que habían sido confeccionadas por el propio autor: *El Pueblo* y *Vida anarquista*. Buena parte de esta antología se compone de trabajos incluidos en éstas, a los cuales se han añadido otros de mi propia cosecha a fin de abarcar todos los campos de su interés.

No es preciso extenderse sobre sus cualidades de escritor, el propio Lorenzo explica cómo llegó a convertirse en emborronador de cuartillas en la entrevista que le hizo *El Liberal* y que incluyo en el primer lugar de esta antología. Creo que tampoco tiene mucho sentido discutir si fue o no un teórico; es cierto que la mente de Lorenzo parecía actuar como una esponja absorbiendo completamente aquellas ideas que le interesaban para luego verterlas con su sello personal. Y creo que es en este proceso donde hay que situar el genio de Anselmo Lorenzo, el cual confiere a sus escritos esa peculiaridad que lo distingue del resto: método, racionalidad y sencillez. Si no fue un teórico, se lo pareció al menos a muchos de los que hablaron del tipógrafo anarquista, en especial a Errico Malatesta que lo consideraba uno de los escritores anarquistas españoles más brillantes.

Por lo que respecta a sus áreas de interés, el profesor Álvarez Junco las ha analizado con gran meticulosidad: la relación entre el individuo y la sociedad, la fe en la razón, la ciencia y la cultura, la concepción optimista y armónica de la naturaleza, la crítica moral y política del poder, el antipoliticismo

y espontaneísmo tácticos¹, a los cuales yo añadiría dos que también me parecen fundamentales: la reivindicación de la mujer como elemento crucial en la transformación social y el reconocimiento de la personalidad de las masas obreras, a las que otorgó inteligencia y sentido constructivo: el pueblo trabajador, algo que ya había sido destacado por Federica Montseny².

Por último señalaré que en las escasas notas a pie de página que aparecen en esta antología de los escritos de Anselmo Lorenzo, sólo las que aparecen como nota del compilador son mías, las demás son del editor del periódico donde originalmente se publicaron, del editor de la antología de la que está extraído el trabajo o del propio autor del escrito.

Una entrevista en *El Liberal*

¹ *El proletariado militante* (1974), 19.

² Federica Montseny (1938), 45.



Entre dos biombos y bajo la benevolente mirada de una fotografía de Reclus, este atrevido manipulador de ideas archiprogresistas me declara*:

—He de manifestar a usted que no me es posible contestarle detalladamente, por la sencilla razón de que no soy escritor en el sentido dado generalmente a esta palabra.

—Sin embargo —replico yo—, quien ha escrito *El proletariado militante*, *El banquete de la vida* y *Via libre*, bien puede —y debe— conceputarse escritor..., ¡y de enjundia!

—Verdad es que algunos libros o folletos y muchos artículos andan por ahí con mi nombre; pero esos escritos responden exclusivamente a la necesidad que he sentido siempre de exponer las doctrinas emancipadoras del proletariado en su lucha contra la dominación capitalista, sin lo cual, simple obrero tipógrafo, no hubiera tomado jamás la pluma al soltar el compenedor o la prueba tipográfica tras mi forzada tarea diaria de jornalero.

Me determinó a satisfacer esa necesidad un episodio de mi vida, que tuvo para mí carácter de investidura, de misión ineludible.

Hasta ahora nuestra conversación ha sido lenta, pausada, cual conviene a un hombre sobre cuya frente han nevado sesenta y cuatro inviernos. Pero, a partir de este momento, el oro de sus recuerdos va reanimando aquel rostro de antiguo luchador y su palabra se hace cada vez más ágil.

—Cuando Fanelli fue a Madrid en 1868 a fundar La Internacional, formé parte de la veintena de jóvenes que constituyeron el núcleo fundador de aquella Asociación. Lo que aprendí en tres o cuatro sesiones en que aquel emisario hizo crítica de la sociedad y exposición del ideal social, me impresionó tan profundamente, que juzgué necesario, o más bien me sentí impul-

* No hemos podido sustraernos al deseo de publicar el presente trabajo que ha aparecido en *El Liberal* de Barcelona. Nuestros compañeros leerán con interés esta sugestiva interviú de nuestro querido *abuelito*, del incansable luchador que ha dedicado su existencia a la defensa de los oprimidos con abnegación y benevolencia dignas de todo elogio. El *abuelito* habla. Oigámosle los jóvenes con respeto y cariño para aprender lo mucho bueno que nos dice siempre con sus razonadas cuartillas.

sado por la necesidad de que se impresionaran igualmente todos los trabajadores, y no poseyendo la ciencia ni la elocuencia de aquel hombre extraordinario, que, con mejores títulos que el legendario Santiago, podría ser considerado como apóstol y patrón de España, ni siendo posible reunir a todos los trabajadores en una velada en una sala para deslumbrarlos allí con el brillo de la verdad, tomé mi pluma y empecé un paciente trabajo de hormiga desde las columnas de *La Solidaridad*, de Madrid, en 1869, que he continuado como he podido hasta el presente, en que, a fuerza de insistencia y repetición, he llegado a parecer escritor, no siendo otra cosa que un propagandista libertario que quiere para la plebe desheredada su correspondiente participación en el patrimonio universal, y para los patricios privilegiados, la satisfacción de vivir dignamente sin causar la desdicha de nadie; y todo esto sin la menor idea de lucro, sin pensar jamás que un escrito mío pudiera valer una peseta, porque en toda mi vida no he contado con más recurso que el jornal, penosamente ganado en Madrid, en Burdeos, en Marsella, en París, y en Barcelona; y si mis últimos libros me han valido algún dinero, su cuantía dista mucho de representar el gasto de correo para envío de artículos gratuitos y de compra de periódicos si quería verlos impresos; en cambio ha ganado con ello alguna murmuración calumniosa.

Resulta, pues, que las preguntas que usted me hace como dirigidas al escritor profesional no puedo responderlas. Expondré, no obstante, algunas consideraciones que, en lo que tengan de adaptables al caso, podrá usted aplicar al cuestionario.

... Cada vez que tomo la pluma para hacer una afirmación, procuro demostrarla para que sea bien comprendida y aceptada. Al efecto, lo pienso bien previamente, discuto el pro y el contra, y más de una vez he desechado por malo un asunto que al principio me había parecido bueno y fácil.

En mi mesa de corrección de la imprenta de la casa Riera, de la Academia, de la casa Espasa o de la Casa provincial de Caridad, en un periodo de mi vida que comprende desde 1874 hasta 1896, y aprovechando la experiencia y la práctica que se adquiere, corrigiendo, con el trato de los escritores, descubriendo sus recursos literarios y comparando unos con otros, los que producen de primera intención y los que componen a fuerza de remiendos en las pruebas, me formé mi técnica, y en posesión de ella,

muchas veces interrumpía mi trabajo de asalariado para formar el croquis de un artículo, consistente en la nota breve de un pensamiento y de los argumentos demostrativos, con lo cual tenía luego bastante para revestir aquellos datos de forma literaria. Trabajando de esa manera, tras diez horas diarias de corrección tipográfica, tuve la dicha de contribuir activamente a la publicación, entre otros periódicos obreros, de *La idea libre*, *El productor* (primera época), *Acracia* y *Ciencia Social*, lo que me valió verme preso y desterrado por el tristemente procesado de Montjuïc, como por estar incluido en la lista inquisitorial de la policía y contribuir a la publicación de otros periódicos obreros me alcanzó la persecución que siguió a la huelga general de Barcelona en 1902.

Una idea me ha inspirado toda mi vida: el derecho y el deber de todos a participar en el patrimonio universal y a contribuir a su conservación y fomento; y esa idea no se ofreció a mi mente por la palabra de Fanelli; podría atribuirle más antiguo origen con la lectura de la campaña socialista de Pi y Margall en *La Discusión* y del gran libro *La Reacción y la Revolución*, si no fuera más antigua, ya que, niño aún, penetró en mi entendimiento oyendo una conversación entre mi padre y mi tío acerca de *La Icaria*, de Cabet.

Comunista, pues, de toda mi vida, dando siempre carácter comunista al colectivismo de La Internacional, consideré y considero cada vez con mayor convicción al comunismo como la única manera de sacar a flote el derecho inmanente, inalienable e ilegible del individuo, y como vi siempre que los republicanos hablan de este derecho con el propósito de legislarlo, es decir de negarlo, tuve enemiga constante contra la democracia y la república que no es ni será jamás el gobierno del pueblo por el pueblo, sino una oligarquía apoyada por los que en el régimen capitalista representen como sucesores a los antiguos esclavos.

Se ha confirmado y fortalecido mi criterio comunista cuando, no ya por sentimiento, sino estudiando la propiedad he visto al mundo dividido en dos clases una que goza del uso y abuso propietario, usurpando los llamados frutos naturales, frutos industriales y frutos civiles, constituyentes de una riqueza transmisible por herencia, y otra que vive a merced de la acepción, sujeta a las oscilaciones de la oferta y la demanda, que, en beneficio del usurpador propietario, despoja al verdadero productor del fruto de su

trabajo, mediante una ficción absurda, según la cual todas las obras, siembras y plantaciones, se presumen hechas por el propietario.

Como esta noción comunista, tan axiomática como «dos y dos son cuatro», es legal y universalmente negada desde burgués arriba, la literatura en todas sus manifestaciones, por lo que tiene de mercancía, sale impregnada de error, y, cuando no es francamente retrógrada o estacionaria, hace una mezcla de pensamientos progresivos y de preocupaciones atávicas que sólo desaliento y escepticismo producen. Tan obstinada es la persistencia en el error, tan profunda es la ceguera que impide rendirse a la evidencia, que un sabio eminente de nuestros días, Haeckel, sintetizando ese estado de ignorancia de los inteligentes profesionales, hace suyas estas palabras de Alfred Wallace: «Comparados a nuestros admirables progresos en las ciencias físicas y sus aplicaciones prácticas, nuestro sistema de gobierno, nuestra justicia administrativa, nuestra educación nacional y toda nuestra organización social y moral, han quedado en estado de barbarie».

Creo al entendimiento y al sentimiento humanos capaces de conocer y seguir aprendiendo muchas y grandes verdades; de fundar instituciones sociales necesarias y justas; de resolver las dificultades y conflictos económicos que se presenten; de comprender, en sintético y grandioso conjunto de armonía y de belleza, la humanidad, el mundo, el universo, pero mientras el dinero divide a los hombres en poseedores y desposeídos, no habrá más que caciquismo y servilismo. Pío X, en reciente encíclica, ha definido así la iglesia católica: «La iglesia es, por esencia, una sociedad desigual, es decir, una sociedad que comprende dos categorías de personas: los pastores y el rebaño; los primeros tienen el derecho y la autoridad para promover y dirigir, mientras que la multitud tiene el deber de dejarse conducir y, como rebaño dócil, seguir a sus pastores». No ya la iglesia, esa es la sociedad humana, obra del privilegio, y cuantas agrupaciones se fundan, aunque se idealicen y eleven para seguir abstracciones científicas, filosóficas y artísticas, llamándose escuelas, el atavismo las encenaga en esa desigualdad esencial.

Elevándose sobre estas consideraciones, poco podemos esperar de esa literatura esencialmente misoneísta, que nos adormece actualmente en prosa y verso, en el libro y en el teatro; literatura tan misoneísta como escéptica, por ignorancia y por agotamiento de todo ideal, porque habiéndose

llegado al límite de la concepción democrática y vista su influencia y esterilidad para el bien, tiene por ilusoria toda idea de mejora.

Esperamos, no a que un genio, sino una multitud, repita las palabras atribuidas al legendario primer rebelde: *Non serviam*, y entonces cambiará el eje del mundo; pero no lo esperemos como el cumplimiento milagroso de una profecía, sino como resultado natural de una serie de hechos.

A realizar esta esperanza he dedicado constantemente mi pluma.

No dará esta manera de ser carácter de escritor, y sin duda por esto mi pluma no se cotiza en el mercado literario. Se dijo de un editor de Barcelona que dirigió un día un pliego firmado en blanco a un escritor célebre para que fijase él mismo las condiciones en las que escribiría una obra; en cambio, otro editor de Barcelona, a quien se propuso la edición de mi *Via libre*, contestó negándose, porque yo no era escritor conocido. ¡A esa concepción del negocio se halla supeditado el pensamiento! Un pensador no puede utilizar el grandioso invento de Guttenberg si antes un burgués no echa sus cuentas y se convence de que entre autor y lectores pueden producirse esos frutos industriales de que habla el art. 351 de nuestro Código Civil, dando como justa la gran iniquidad de la explotación capitalista.

Fatigado por el esfuerzo que ha hecho en mi obsequio, el Sr. Lorenzo deja de hablar. Me levanto para dar las gracias y despedirme. El amigo que me ha presentado a él le indica la conveniencia de que permanezca en su sitio. Y cuando ya íbamos a desaparecer tras la puerta, *el abuelito* —como le llama familiarmente mi introductor— añade, esforzando su voz ya cansada:

—Déjenme terminar con este pensamiento de Rousseau: «Nada vigoroso y grande puede salir de una pluma venal».

Después de lo cual se cierra la puerta de su despacho. Tengo que hacer un esfuerzo para separarme de un hombre que, a la más confiante bondad de acogida, reúne el encanto de una sonrisa impregnada de un dulce escepticismo.

F. Michel de Champourcim

Tierra y Libertad (Madrid), III, 64 (17 mayo 1906), 1.

De la propaganda



El libro y el periódico

Un profundo pensador y distinguido orientalista presenta con vivísimos colores el cuadro de las antiguas civilizaciones asiáticas; compara la exuberancia de vida que alcanzaron con el triste estado de ruina y desolación en que yacen lo que antes fueron opulentas ciudades, y llega, por la asociación lógica de las ideas, a preguntarse si un viajero del porvenir vendrá a deplorar la inestabilidad de las obras humanas sobre las ruinas de los modernos emporios de la civilización. Tan desconsoladora idea queda desvanecida ante esta consideración: «Ahora existe la imprenta».

Si analizamos el pensamiento de aquel sabio, hallaremos la serie de juicios que le llevarían a afirmar que la actual civilización no será destruida, sino encaminada por incesantes reformas a la mayor suma de bienestar y de dignidad individual y colectiva; es decir, dirigida a la práctica de la justicia social en tanto grado como sea dable adquirirla a la especie humana.

La India, bosquejo social, estacionaria por la inmovilidad de sus castas, con sus privilegiados brahmanes y sus abyectos parias, no podía servir de molde al espíritu humano.

El Egipto, místico organismo, con su casta sacerdotal monopolizadora de la ciencia y con aquel pueblo embrutecido por los mitos religiosos, tampoco podía encauzar la marcha de la humanidad.

La Persia, gráfica representación del principio de autoridad, inmenso imperio dividido en una especie de sub-imperios llamados satrapías, distaba aún de hallar solución al problema de la continuidad de la vida de nuestra especie.

Grecia, emporio del arte, cuna de la filosofía, que dio a luz la idea de libertad y entabló la lucha entre la libertad y la autoridad, no logró tampoco, como los otros pueblos sus predecesores, constituir la vida del progreso.

Roma, incoherente agregado de aventureros en su principio, república avasalladora de envejecidos imperios y de pueblos semisalvajes después, y por último absorbente centralización que derrochaba en estupendas orgías

el producto de las fuerzas vivas del mundo conocido, echó inconscientemente los cimientos de la solidaridad humana.

Los pueblos del Norte, desbordándose como impetuoso torrente por los extensos dominios del corrompido imperio romano y aceptando el cristianismo, inauguraron aquel tenebroso período que se conoce en la historia con el nombre de Edad Media.

De las ruinas del imperio romano surgieron las nacionalidades modernas, y con ellas los modernos idiomas y diversidad de costumbres y consiguientes aplicaciones del derecho.

Pero si el imperio romano había muerto, quedaba un poder creado a su imagen y semejanza; aquél había iniciado la idea de solidaridad y éste se aprovechaba de ella para reunir a todos los solidarios en la común aspiración de la salvación eterna a cambio de los bienes terrenales que aquel odioso poder, conocido con el nombre de Iglesia católica, absorbía como la astuta serpiente atrae al débil pajarillo.

Mas, reconocida la solidaridad humana universal, volvióse los ojos a la Antigüedad pagana, y a la inmovilidad católica, a aquel callejón sin salida en que la Iglesia había metido a la humanidad, a semejanza de astuto bandido que atrae a inexperto caminante, opusieron las imperecederas obras de los clásicos griegos y latinos, y alboreó el Renacimiento.

Pocas palabras se habrán inventado para expresar un nombre abstracto tan gráficas, tan adecuadas y tan expresivas coma esta: ¡Renacimiento! El que conoce algo la historia, y ve los pueblos y los imperios nacer, desarrollarse, llegar a un relativo apogeo, entrar en más o menos rápida decadencia y por último desaparecer, tiene momentos en que llega a sospechar que exista un misterioso ciclo de vida para las naciones. Consuela la consideración de que lo bueno alcanzado por un pueblo muerto acéptalo y perfecciónalo su sucesor, y llena de inefable esperanza la seguridad, no de que hayan renacido ideas olvidadas, que este renacimiento cada pueblo lo tuvo respecto a su antecesor, sino que la humanidad es la renacida, por cuanto se siente una, indivisible y ha hallado el medio de progresar sin perecer; ya no quedarán los ideales de progreso para un pueblo heredero, sino que el mismo pueblo, a lo sumo pasadas algunas generaciones, les dará debido cumplimiento; y una nación no acaparará una idea, sino que se extenderá por

todas las naciones y en todas se hará práctica; ya no habrá más naciones muertas, sino reformadas, y de reforma en reforma vendrán quizá a desaparecer denominaciones histórico-geográficas para dar lugar a las que a las colectividades del porvenir impondrán las sublimes ideas de solidaridad, justicia y trabajo destinadas a llenar el mundo; que en menos estima tenemos, por ejemplo, el nombre de españoles que nos impuso la tradición histórica por la dominación teocrática, la tiranía política y la explotación capitalista, que el de trabajadores, como quien cumple deberes, y de hermanos, como quien goza derechos.

Con el Renacimiento coincidió el descubrimiento de la Imprenta; y este poderoso medio de difusión del pensamiento vino a dar al género humano como la conciencia de su ser. Antes solo existía como medio de unión el dogma religioso y la tiranía política, y esta unión era relativa, por cuanto establecía infranqueable muralla entre los creyentes de las diversas religiones, e indigna, por cuanto separaba indefinidamente a los vasallos de los diferentes dominadores de las naciones. Pero cuando la obra de Gutenberg recogió con indestructibles caracteres el fruto del pensamiento, popularizó la ciencia y dio al individuo la conciencia de su derecho, quedaron sentadas las bases de la futura unión universal en la aspiración a la belleza, a la verdad y a la justicia.

El *libro* vino a constituir el archivo del saber: la ciencia, la filosofía, la bella literatura, la poesía, la crítica, los sistemas, las religiones, todo cuanto ha brotado del pensamiento y de la imaginación del hombre hállase consignado en él; todas las esperanzas, todas las ilusiones, todas las verdades, todas las afirmaciones formando infinitas combinaciones de los sencillos signos del alfabeto, llenan esas innumerables páginas, desafiando con su indestructible existencia el furor y el fanatismo de los impotentes Omnes del porvenir.

El *prodigio* surgió luego como consecuencia lógica cuando empezaron a sentirse los efectos de *libro*. Si la Enciclopedia produjo la Revolución, el *periódico* la impulso hasta sus últimas consecuencias, consignando los acontecimientos, discutiendo los actos y las personas, acumulando las ideas y levantando esas terribles tempestades de la pasión que, ora conmovían hasta sus cimientos las más seculares instituciones, ora presenta-

ban en brillantes espejismos las más encantadoras utopías para los tiempos venideros.

Con *el libro* almacenamos, perfectamente clasificados, todos los conocimientos; con el *periódico* luchamos diariamente por la conquista de la libertad y de la igualdad. No importa que como vestigios del pasado las clases privilegiadas quieran velar la verdad en el *libro* y dar falsa dirección a la opinión pública por el *periódico*, porque, verdadera arma de dos filos se vuelve en contra del imprudente que de ella abusa, y si por nuestro compenedor pasan cada día la elucubración mística, el sofisma económico y la filfa política, destinados cándidamente por sus autores a detener la marcha del progreso, surgen cada día nuevos campeones de la verdad a quienes no detienen viles consideraciones, y en último término las aspiraciones revolucionarias entran en el dominio de la ciencia, y como científicas obtienen el derecho al respeto y a la consideración universal y se manifiestan también por el *libro* y por el *periódico*.

Con tan valiosos elementos tenemos asegurado el porvenir, fáltanos valernos de ellos en el presente como arma de combate, y si esta nos es imposible individualmente como proletarios, es posible y hasta fácil colectivamente. En la Asociación está nuestra fuerza, nuestra ilustración y la reivindicación de nuestros derechos. Con ella, entre tan preciadas conquistas, se halla la de consignar en el *libro* la demostración de nuestro derecho y la de juzgar a nuestros enemigos por el *periódico*. Asociémonos, pues, y pronto *el libro* y el *periódico* de los proletarios al manifestar que el nivel intelectual de los desheredados es por lo menos igual al de los detentadores, establecerán aquel nivel social que ya proclama la ciencia y que mucho antes presintieron los generosos propagandistas de la idea de justicia.

Escuela Moderna (Valencia), II, 68 (19 agosto 1911), 1;
reeditado en *Vida anarquista* (1912), pp. 187-190.

In memóriam



Fermín Salvochea

Hemos recibido el siguiente telegrama:

«Cádiz, 28 de Septiembre.— *A las tres y media falleció nuestro compañero Salvochea tras breve y cruel enfermedad.*— Martínez.»

Tan triste noticia y la lectura de la prensa burguesa sobre la misma, nos ha impresionado dolorosamente, y nos inspiran estas reflexiones:

Ha muerto el gran anarquista

La prensa democrática en general y algunos personajes políticos, no sólo incapaces de imitarle, sino que consideraron sus virtudes como genialidades quijotescas impropias de un hombre del siglo, le dedican alabanzas insinceras, flores de industria que más estorban que embellecen.

Nosotros, despojando la memoria del amigo querido y del ejemplar compañero de inútil fraseología, sólo diremos que Salvochea era anarquista porque era lógico y sincero. Vino a la Anarquía porque su ansia de justicia no podía satisfacerse en la República, ese régimen político que iguala a los hombres llamándoles ciudadanos y deja subsistente el derecho de acesión, que permite, en la República modelo y a su semejanza proporcionalmente en todas las repúblicas del mundo, la existencia de burgueses milmillonarios y trabajadores, reducidos a la casi imposibilidad de vivir.

Y vino pronto; lógico siempre, después de prestar grandes servicios a la República, y cuando vio y se persuadió de que la República era todavía y no podía dejar de serlo opresión y tiranía. Si la Anarquía no hubiera sido ya reconocida como la forma racional única y definitiva de agrupación humana, él la hubiera hallado y propagado; existente ya, la aceptó, no diremos con entusiasmo, esa pasión fugaz que sienten los débiles por un momento dejándoles después sumidos en estúpida indiferencia, sino con reflexión, hasta con cálculo, sabiendo que le tocaba sufrir la persecución de los tiranos, el desdén de los cucos y hasta la compasión de los arribistas más o menos afortunados que venden honradez y dignidad a cambio de destinos y actas de diputado.

Salvochea, a semejanza de aquel cura que predicaba a sus feligreses: «¡hay que restituir, hermanos!», decía siempre: «¡hay que expropiar, compañeros!», ambos sabían que la diferencia entre pobres y ricos consiste en la usurpación que perpetran éstos contra aquéllos; pero se diferenciaban en que el creyente predicaba a tunantes que tienen en más su tesoro que su conciencia, y el ateo se dirigía a trabajadores conscientes, que hoy por hoy tienen la exclusiva en la iniciativa del progreso y van directamente a la reorganización racional y definitiva de la sociedad.

En su trato, a la par que una amabilidad exquisita para los pobres, los humildes y los ignorantes, a quienes se ha de procurar que se eleven, se dignifiquen y se ilustren, se hallaba la severidad más enérgica para poner a raya la soberbia de los poderosos, que en su presencia, como ante un hombre verdaderamente superior, se sentían subyugados.

De él puede decirse que honró el presidio, y dejó sobre las leyes y los tribunales, que no supieron hallar la excusa del legendario Pilatos, la nota de haber condenado a Fermín Salvochea, más justo que aquel galileo que, teniéndose por hijo de un dios, dios él mismo, profetizó esta gran injusticia que el progreso desmentirá: «siempre habrá pobres en el mundo».

No se tuvo por superhombre, ni alardeó de tener personalidad propia, como tantos individuos que andan por ahí justificando, con la super-hombría, su inmoralidad, y, con su propiedad personal, la terquedad de sus iniciativas irracionales y perturbadoras; fue anarquista consecuente, y no necesitó más para elevarse a lo que pudiéramos llamar estrella de primera magnitud en el cielo de la Anarquía.

Escribiendo este recuerdo del gran anarquista que acabamos de perder, acude a nuestra mente el nombre de otro noble ser, perdido también hace poco, con el que Fermín Salvochea tuvo cierta analogía, y lo consignamos aquí considerando que ambos se honran mutuamente y juntos ensalzan la Anarquía que les inspiró y animó hasta lo sublime,

LUISA MICHEL. FERMÍN SALVOCHEA.

Que el recuerdo de Luisa y de Fermín estimule a las proletarias y los proletarios que, sobreponiéndose a los afectos atávicos y a las trampas desviadoras y adormideras de los mesías democráticos, han comprendido que hoy el progreso, aparte de lo que tiene de fatalmente necesario, corre a cargo de los

que nada tienen que perder, es lo que deseamos en honra de esos respetabilísimos nombres y para bien de la humanidad.

Tierra y Libertad (Barcelona), V, 15 (17 diciembre 1908), 1; reeditado en *Vida anarquista* (1912), pp. 191-192.

Manuel Montaner

Antes, cuando para la extensión de una iniciativa se había de contar con Sabadell, dos nombres se presentaban como si ellos solos fueran la representación exclusiva de la población obrera sabadellense. Bien abundan allí los obreros ilustrados, pocas poblaciones de España aventajan a aquella en tener un proletariado capaz de discutir sobre filosofía, religión, política y economía; pero solo se veía a Agustín Serra y a Manuel Montaner, que en resumen eran los únicos que, tras tanta discusión, se comunicaban con los compañeros de Barcelona para transmitir el resultado colectivo, a veces escaso, de una suscripción, de una corresponsalía, de una participación, etc.

Agustín Serra murió ya hace tiempo. Ahora, el domingo 6 del corriente, sin enfermedad, como luz apagada súbitamente por el viento, dejó de existir Manuel Montaner.

Y se me ocurre una pregunta: ¿Quién queda ahora en Sabadell?

Que los jóvenes sabadellenses me perdonen mi extraña y dolorosa sensación, para mí hoy Sabadell está desierto.

Hay allí obreros republicanos, socialistas, espiritistas, hasta anarquistas y todo, pero hombres progresivos de esos que son humana y racionalmente dueños de sí mismos, que puedan decir como a Montaner le oí decir repetidas veces en la cárcel «¡el hombre es libre en la prisión!»; de esos que no pegan una etiqueta a su nombre y sirven a todo dogmatizante, como las botellas vacías a cualquier industrial, para envasar vino de mesa, anís del mono o zarzaparrilla refrescante; hombres que a las paparruchas de turno, tales como «solidaridad catalana», «antisolidaridad lerrouxista», «conquis-

ta de los poderes públicos», que se reparten como pueden la comparsaría de las masas, opongan el veto de su razón y alumbren con su verdad y su justicia las tinieblas en que vive tanto infeliz, intelectual y volitivamente desmedrado, sumergido en atávicas rutinas. De esos —¡ojalá me equivoque!— muerto Montaner, no queda ni uno; y si ni uno queda, ¿qué valen ni para qué sirven cuantos, agitándose en nombre del progreso se rebullen en Sabadell?

Sabía yo que Montaner me leía y me aprobaba, y esto reforzaba mi confianza en mi propio criterio, debido a las pláticas que habíamos celebrado en las alturas de Montjuïc, en las prisiones militares y en las estrechuras del dormitorio n.º 5 de la cárcel vieja, donde la brutalidad autoritaria nos retuvo mucho tiempo, y donde Montaner sabía hacer el buen compañero, y ahora, falto de aquel apoyo, en lucha con tanto perturbador y desviador como descarrían a los infelices carneros proletarios que, negándose a sí mismos, buscan siempre un redentor y aceptan como tal el primer lobo audaz que se les presenta, no tengo más remedio que reconcentrar mi pensamiento y buscar en mí mismo la garantía de mi acierto. ¡Qué pena! ¡Qué responsabilidad!

No sé cómo expresar mejor lo que para mí representa la pérdida de Manuel Montaner.

Era viejo, pero, vigoroso y fuerte, nadie podía sospechar el día 5 que no existiría el día 6: ¡mejor para él! que se ahorro sufrimientos físicos y le sirvió de compensación contra la carga de dolores morales que hubo de soportar en su larga vida.

Pero la pérdida de Montaner, tan sensible en los momentos actuales, no es irreparable si en la juventud en general, si entre los jóvenes anarquistas de Sabadell hay quien por su vigorosa mentalidad sepa ponerse a la altura que tan digno compañero ocupaba; basta con que sobre las ambiciones más grandes que puedan concebir, adoptar otra verdaderamente superior: la de no ser jamás sectarios ni partidarios, sino hombres bien equilibrados que adoptan y se adaptan verdades y, en cualquiera posición que ocupen, humilde o elevada, se constituyen en precursores, en ciudadanos de la ciudad futura, de aquella que se halla al fin de la sociología revolucionaria; porque eso era Manuel Montaner.

¡Salvochea, Montenegro, Montaner!

Desautorizando al célebre poeta. ¡Qué tristes se quedan los vivos!

Tierra y Libertad (Barcelona), V, 15 (17 diciembre 1908), 1;
reeditado en *Vida anarquista* (1912), pp. 193-194.

Clemencia Royer

Esta mujer eminente, cuyo nombre ha honrado nuestras páginas, citado muchas veces por nuestro buen amigo y colaborador Tarrida del Mármol, acaba de morir a la edad de setenta y dos años, en el asilo Galignani, en Neuilly, cerca de París.

La publicación de donde tomo estos datos biográficos, en consonancia también con mis recuerdos, la califica de una de las más completas, de las más firmes y de las más elevadas inteligencias de la segunda mitad del siglo XIX. Renan dijo de ella que era un «hombre de genio».

Clemencia Royer nació en Nantes en 1830. Niña aún, fue a París para seguir los cursos de la Sorbona y del Colegio de Francia, y la crisis revolucionaria de 1848 contribuyó a emancipar su cerebro, orientado ya hacia las investigaciones filosóficas. Desterrada de Francia en tiempo del imperio, fue a Suiza, donde en varias conferencias espantó al auditorio por sus ataques a la Biblia en nombre de la ciencia; viajó mucho luego, deteniéndose en las grandes ciudades según el atractivo científico que en las mismas encontraba. En 1862 tradujo al francés la obra maestra de Darwin *El origen de las especies*, precediéndola de un prefacio digno de ella. En un concurso instituido en Lausana sobre la cuestión del Impuesto, presentó un estudio que obtuvo el premio en participación con Proudhon. Esta coincidencia debió molestar mucho a aquel gran escritor revolucionario, a causa del triste concepto que tenía formado de la mujer.

El volumen que contenía sus conferencias mereció la distinción de ser puesto en el índice, porque la ortodoxia se vio racionalmente desmentida por sus afirmaciones científicas.

Dedicada con amor y constancia a la ciencia, su vida fue de retiro constante, casi monacal, estudiándolo todo, profundizando todos los conocimientos y adaptándolos por un interrumpido trabajo, no siendo aún conocida la totalidad de su bagaje científico, citándose entre sus obras las siguientes: *Los Gemelos de Hellas*, novela filosófica; memoria sobre la *Doctrina de la Evolución*, *La asistencia pública en el campo*, *Historia de el Ato-mismo*, *Historia del pesimismo*, *Historia de las Religiones*, *El Orden del Mundo*, *El Origen del Hombre y de las Sociedades*, *El bien y la ley moral*, *De la naturaleza de lo bello*, destacándose sobre todas su última obra, síntesis amplísima de la evolución universal, *La constitución del Mundo*.

Filósofa, socióloga y naturalista, sobre todo altamente modesta, distó mucho de disfrutar de la gloria a que su mérito singular le daba derecho. Hasta estos últimos años, sus importantes trabajos, que atestiguan la generalización de su saber y el vigor de concepción, sólo fueron conocidos del corto número de escogidos que constituyen lo que pudiera llamarse la cima de la inteligencia humana.

El movimiento feminista le dio últimamente cierta popularidad, porque vino a ser para las buenas, para las que luchan por la verdad y la justicia, para las que cumplen el sagrado deber de emanciparse de la frivolidad y de la religión, la prueba viviente de esta gran verdad: ante la inmensidad del dominio del pensamiento humano, no hay ventaja ni inconveniente en el sexo, tan accesible es para el hombre como para la mujer.

Hacia tiempo que colaboraba en *La Fronde*, diario parisién, político y literario, dirigido, redactado, administrado e impreso por mujeres, y hasta hace pocos días aparecieron con su firma notabilísimos artículos. Por cierto, y me complazco en consignar este dato, que negando a *El Liberal*, de Barcelona, la conveniencia de recargar la legislación de España con leyes que entorpeciesen el libre desarrollo del movimiento obrero, que aquel diario burgués sostenía con hartó infeliz criterio, tuve el honor de traducir varios párrafos de un artículo de Clemencia Royer, haciéndolo constar, en un artículo que publiqué en *La Huelga General*.

Clemencia Royer trabajó siempre con un desinterés y una modestia que fueron consecuencia de la oscuridad a la que vivió condenada gran parte de su vida y de la pobreza con que llegó a la muerte; porque, sépase, esta re-

dentora cuya obra es tan benéfica que trabajó toda su vida sin hacer fortuna y hasta sin llegar a ganar su pan, ha muerto en un hospital, y esta sociedad dirigida por estúpidos burgueses, que levanta estatuas, más por vanidad que por sentimiento de justicia, más por embellecer los paseos públicos que para honrar la memoria de las personas ilustres, deja a éstas que agonicen en un rincón de desperdicios sociales, que eso y no otra cosa son esos llamados establecimientos caritativos debidos al cristianismo, sufriendo hasta el último suspiro las privaciones del desamor y de la miseria junto con las impertinencias del fanatismo religioso.

Que la memoria y el ejemplo de esta gran mujer que acabamos de perder, inspire y anime a sus sucesoras, vengándola a fuerza de energía progresiva y revolucionaria.

La Revista Blanca (Madrid), V, 89 (1 marzo 1902), pp. 537-538.

Miguel Bakounine

Al emprender el trabajo de componer la biografía de Bakounine, hallo esta afirmación que lanza Urales a propósito de la de Tolstoi: «Todos los revolucionarios rusos son místicos».

Como la revolución es el único medio de salir de este pantano de injusticias en que la humanidad se halla sumida por no haber seguido racionalmente la vía recta del progreso, y, por tanto, como el título de revolucionario equivale al de salvador, y éste es tan digno de aprecio como despreciable es ya el de místico, su antagónico, con el fin de fijar exactamente los términos, recurro al Diccionario para dar a la palabra su valor preciso, y hallo: «*Misticismo*: doctrina religiosa o filosófica que enseña la comunicación inmediata y directa entre el hombre y la divinidad». «*Místico*: la persona que se dedica mucho a Dios o a las cosas espirituales». Dadas estas definiciones, que son las verdaderas, no porque lo diga la Academia, sino porque así entiende esas cosas todo el mundo, y las palabras no pueden tener la significación arbitraria que quiera darles un pensador, las comparo con la siguiente

afirmación tomada de un discurso de Bakounine en el Congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad, celebrado en Berna en 1868, repetida en no menos enérgicos términos en todos los escritos de mi biografiado: «No a la ligera, ni bajo la inspiración de un sentimiento caprichoso y frívolo vengo aquí a combatir la religión; lo hago en nombre de la moral, de la justicia y de la humanidad, cuyo triunfo sobre la tierra será imposible mientras ésta se halle aterrorizada y gobernada por los fantasmas religiosos [...] Tengamos el valor de ser lógicos y sinceros y no vacilemos en proclamar que la supuesta existencia de Dios es incompatible con la dicha, con la dignidad, con la inteligencia, con la moral y con la libertad de los hombres. Si Dios existe, mi inteligencia, por grande que pueda concebirse, mi voluntad, por poderosa que sea, son nulas ante la voluntad y la inteligencia divinas. Ante Dios, mi verdad es una mentira; mi voluntad, la impotencia y mi libertad, una rebeldía contra su omnímodo poder. Él o yo: si existe, debo anularme; si se digna enviarme profetas para revelarme su divina verdad, incomprensible siempre a mi inteligencia; sacerdotes para dirigir mi conciencia, incapaz de concebir el bien; reyes ungidos por su mano para gobernarme y verdugos para corregirme, les deberé una obediencia de esclavo. Pues quien quiere Dios, quiere la esclavitud de los hombres. Dios o la indignidad del hombre, o bien la libertad del hombre y la anulación del fantasma divino. Este es el dilema no hay término medio; escoged». Y concluyo: Bakounine, aunque revolucionario nacido en Rusia, no es místico. Bien hará Urales en rectificar sus ideas sobre este asunto.

Bakounine, prescindiendo de los accesorios de tiempo y lugar en que encuadrara su existencia, considerándole en aquello que caracteriza y distingue esencialmente su pensamiento y su acción, es cosmopolita, como Moisés, como Sócrates, como Pablo después de lo de Damasco, como Francisco de Paula, como Galileo, como Miguel Ángel, como Cervantes, como Blanqui, como lo son todos aquellos que por la libertad, por la teosofía, por la religión, por la filosofía, por la caridad, por la ciencia, por el arte, por la literatura, por la revolución o por cualquiera otra de esas concepciones universales que parten de un juicio sintético sobre el universo y sobre la humanidad, sienten sobre su frente el fuego de la inspiración y tienen la sublime osadía de lanzarse a lo absoluto.

Claro está que esos hombres guías tienen sus debilidades de carácter humano: hasta los místicos que forjaron la figura del hombre dios le presentan cobarde y temeroso en el Huerto de los Olivos, pidiendo al padre que aparte de sí el cáliz de la pasión y luego, en la cruz, se queja de su abandono. Además, todo el mundo reconoce que no hay hombre grande para su ayuda de cámara, cuando lo tiene. Por eso se toma de ellos únicamente su grandeza excepcional, sin contar para nada lo que pudieran tener de común con Juan Cualquiera.

Los que alcanzan el insigne honor de poseer personalidad con pensamiento propio y no toman del caudal de conocimientos humanos más que lo necesario para robustecer su juicio y dar forma y vida a sus concepciones, dejando a un lado como escoria los errores que constituyen el pasto intelectual del vulgo, no son vasallos, súbditos ni ciudadanos de una nación cualquiera; su propio valer les exceptúa de esa especie de solidaridad para lo malo en que viven sus contemporáneos sometidos al yugo del dogma, de la ley y de la costumbre; de esa innoble pasividad, en que, abdicando del sentimiento y de la razón vegetan las gentes que tranquilamente se dejan dominar por los que dirigen las Iglesias, los Estados y las Academias y a quienes explotan a su sabor los usurpadores de la riqueza pública. Antes al contrario, aquellos hombres eminentes acaban por imponerse a todas las Iglesias, a todos los Estados y a todas las Academias, y cuando esas entidades desaparecen, o se transforman, o sufren las peripecias que por los cismas, los progresos científicos, las guerras, las conquistas o las revoluciones consigna la historia, ellos siguen ejerciendo positiva influencia y se hallan en disposición de continuar ejerciéndola en lo porvenir, y cuando en siglos futuros se trate de otro porvenir remotísimo, sus nombres tendrán aún valor de presente y serán una gloria por la gratitud y la admiración de las generaciones a la vez que un ideal y una esperanza.

Sólo quienes viven de rutina, de preocupaciones, de convencionalismos; los que acatan sin discernimiento ni examen las ideas de bien y de mal consignadas en los códigos, en los catecismos y en los tratados de urbanidad compuestos por falsos y tiránicos mentores, sólo éstos que por desgracia son tantos que por ello y por su igualdad en la abyección y en la ignorancia merecen ser llamados *la masa*, son los nacionalistas y forman parte de esos

grupos de millones y millones de hombres que pasaron y pasan anónimos, sin personalidad definida, dejando sólo obras de carácter colectivo, destacándose entre ellos aquí, aún y de tiempo en tiempo algunos nombres que brillan como estrellas de mínima magnitud, ofuscados por los vividos resplandores de los soles del pensamiento.



Nació Bakounine en Torschok, gobierno de Tower. Hijo de un rico propietario y de una familia de la más encumbrada aristocracia, su ilustre origen y sus excepcionales aptitudes le permitieron ingresar en la privilegiada carrera de las armas, pasando en edad temprana con el grado de alférez y el cargo de abanderado a la guarnición de las sometidas provincias polacas.

Cuando vio que la nobleza de su alcurnia, su honor individual y su porvenir estaban en abierta oposición con la dignidad y la dicha de los habitantes de aquel país, y pensó que sus ascendientes, su propio ser y hasta su descendencia eran instrumentos de brutal opresión, y consideró además que no tenía más misión que desesperar a los pacientes y matar a los rebeldes, y que en pago de semejante tarea, si podía contar con ascensos tendría siempre las censuras de su conciencia y las maldiciones de sus víctimas; se horrorizó de sí mismo, aborreció a sus protectores, abominó del medio en que se le colocaba para vivir, y dimitió de su empleo de oficial del ejército. Libre por ese acto de independencia, fue, según la frase de un biógrafo, a estudiar la ciencia a Berlín y la revolución a París.

En Berlín se adhirió con entusiasmo a las doctrinas de Hegel y formó parte de la Joven Alemania; en París se relacionó con los revolucionarios que en aquella época formulaban como verdaderos apóstoles el credo democrático, libre aún de las impurezas y sofisticaciones con que le ha manchado después el oportunismo republicano gubernamental, nefando recurso de gobierno que es como una concesión al crimen y al absurdo, que se funda, por una parte, en el respeto a los intereses creados, aunque signifiquen una usurpación y por otra, en la incapacidad intelectual en que sistemáticamente se ha obligado a vivir a los despojados.

En Zurich tomó parte activa en los trabajos de las asociaciones socialistas. Vuelto a París fue de allí expulsado a petición del gobierno ruso, y se dirigió a Bruselas, donde cultivó sus relaciones con todos los revolucionarios por medio de su sistema epistolar, que constituye su principal riqueza literaria y que formaría numerosos volúmenes llenos de sabiduría y bellísimas concepciones, si fuera posible salvarle de su obligada dispersión. Hallóse en París durante las jornadas revolucionarias del 48; siempre agitador y organizador, pasó a Praga, a Berlín y por último a Dresde; y allí se puso al frente del movimiento insurreccional que, después de efímero triunfo, fue sofocado, cayendo mi héroe en poder de las tropas en Koenigstein, donde, juzgado por el consejo de guerra, fue condenado a muerte en mayo de 1850, cuya pena se le conmutó por la de prisión perpetua.

El gobierno austriaco reclamó después al preso para juzgarle y castigarle por las insurrecciones intentadas en sus dominios, y la reclamación fue atendida por el prusiano. Sometióse, pues, a nuevo consejo de guerra, que también le condenó a muerte; pero el ruso reclamó a su vez al infeliz condenado, y también se dio satisfacción a la demanda.

Por orden del Czar, debida sin duda a poderosas influencias, Bakounine fue destinado al ejército del Cáucaso en calidad de soldado raso.

Utilizando entonces el castigo que se le infligía, Bakounine transformó su tienda de soldado en foco de propaganda revolucionaria.

Una noche de agosto de 1852, en la ribera del Tchechna, en Dughestán, en el campamento de Bariatinsky, general en jefe del ejército ruso, que operaba en el Cáucaso contra los rebeldes que Schamyl había llamado a las armas para rechazar la tiranía moscovita, en el interior de una tienda que en nada se distinguía de las otras, se hallaban materialmente apiñados unos treinta hombres de todas las armas y de diferentes grados, que escuchaban con veneración y entusiasmo a un joven que ostentaba los caracteres de una vejez prematura, debidos a la grandeza del pensamiento, a la energía de la pasión, a los peligros vencidos, a los sufrimientos experimentados; aquel joven extraordinario, un soldado raso, era Miguel Bakounine, quien, terminada su conferencia, hizo saber a sus oyentes que entre ellos se había deslizado un traidor que había descubierto sus trabajos, por lo que probablemente, la

mayoría de los presentes y él mismo se verían forzados a cambiar el campamento de Tchechna por las heladas soledades de la Siberia, exhortándoles al mismo tiempo a confiar en la Revolución y comunicándoles estas líneas que su amigo Herzen le había dirigido secretamente desde Francia. «Es preciso extirpar radicalmente toda vana esperanza, toda ilusión falaz, sometiéndolas al tribunal incorruptible de la razón. La libertad será una vana palabra sin valor positivo mientras todo lo religioso y político no sea sencillamente humano y no quede, por tanto, sometido a la crítica y a la negación».

Pocos días después, en efecto, la mayor parte de aquellos revolucionarios formaban una cuerda y se dirigían al presidio polar, llevando consigo un ideal y una fundada esperanza.

Cinco años duró el cautiverio de Bakounine. Grande debía de ser la influencia de su familia cuando el autócrata permitió la atenuación de la pena del condenado, que fue admitido como escribiente en las oficinas del gobernador.

De allí se escapó Bakounine, logrando un éxito rayano en lo imposible, único tal vez en el mundo en lo pasado y en lo porvenir, consistente en recorrer las inmensas regiones árticas del Asia, a pie, donde todo es hostil a la vida humana: selvas vírgenes, heladas estepas, escabrosas montañas, fieras hambrientas, frío insufrible; sin más guía que su valor, su inteligencia, su fuerza hercúlea, su energía de apóstol. Allí, solo, a centenares de leguas de toda vivienda humana, en lucha con todo el mundo, trocando el significado de los términos, debilidad y fuerza; puesto que él en su pequeñez individual resulta vencedor, y el mundo, con sus grandezas, queda vencido, se ofrece a la fantasía como el genio de la libertad enseñando a todos los oprimidos que el poder de la tiranía y del privilegio es nulo ante el indomable esfuerzo que lleva consigo la idea hecha voluntad. Aquella preciosa vida, sometida a tan rudas contradicciones que el héroe hollaba con firme planta, sustentaba aquel cerebro que era como el arca santa de la libertad.

Al admirar tan tremenda hazaña, con entusiasmo que hace temblar la mano que sostiene la pluma con que escribo y arrasa de lágrimas mis ojos, siento gratitud inmensa hacia aquel filósofo mártir, y me conforta la esperanza de que sus trabajos, son cimientos indestructibles de la sociedad libre y justa que nos promete el progreso.

Llegado a las costas del Pacífico sano, firme, templado, como si lo que acababa de realizar no excediese los límites de un mediano *sport*, tomó pasaje en un barco ballenero, pagando con sus servicios y con su inspirada palabra, y arribó a San Francisco de California. Pasó corto tiempo en los Estados Unidos donde se ganó la vida enseñando idiomas y matemáticas, volviendo a Europa y fijando por entonces su residencia en Londres, después de haber dado la vuelta al mundo, realizando así aquella inconcebible odisea revolucionaria.

Lejos de agotar su extraordinaria energía, dedicóse con nuevo ardor a la propaganda de su ideal. Recorrió después, y siempre con el mismo objeto, varias poblaciones de Europa y cuando el movimiento insurreccional de Polonia en 1863 intentó, sin éxito, levantar los aldeanos de Lituania contra el Czar, tampoco consiguió, aunque no por culpa suya, lanzar a la revolución la Sociedad Tierra y Libertad, que bajo sus auspicios se fundó en Rusia y países por ella dominados. Frustradas esas tentativas, se dirigió a Italia con el propósito de organizar los antiguos elementos revolucionarios, pero habíales ganado la indiferencia y el escepticismo y no pudo conseguir nada de provecho; sin embargo, fundó, en Nápoles, en unión de Cafiero y algunos pocos que permanecieron fieles a las convicciones honradas, el periódico *Libertad y Justicia*, digno continuador del *Kolokol*, que antes fundara con Herzen y Ogareff.

Formó parte de la Asociación denominada Liga de la Paz y de la Libertad, con el intento de impulsar a los demócratas burgueses que la constituían por la vía francamente revolucionaria, y asistió al Congreso de dicha Asociación celebrada en Berna en 1868; pero, las preocupaciones y los escrúpulos de los reaccionarios allí dominantes le obligaron a separarse de ella, lanzando una protesta que ha quedado como la marca infamante que acusa la incapacidad progresiva de la democracia universal.

Hela aquí: «Considerando que la mayoría del Congreso de la Liga de la Paz y de la Libertad se ha declarado, apasionada y categóricamente, contra la igualdad económica y social de las clases y de los individuos, y que todo programa y toda acción política que no tenga por objeto la realización de este principio no pueden ser aceptados por demócratas socialistas, esto es, por los amigos lógicos y convencidos de la paz y libertad, los que suscriben

creen de su deber separarse de la Liga». Precedió a esta declaración y a la votación consiguiendo un discurso de Bakounine, del que entresaco los siguientes conceptos: «Todos los que nos hallamos aquí reunidos no somos reyes, ni gobiernos, ni representantes de la burguesía. No tenemos ni debemos tener interés opuesto al de los trabajadores. Estamos reunidos en nombre de la paz y de la libertad, no para negociar con los trabajadores ni para engañarlos y explotarlos, sino para proclamar los principios que puedan asegurar la paz, la libertad y el bienestar de los hombres. No les debemos concesiones, sino justicia. ¿Queremos como ellos, con ellos, francamente la igualdad económica y social, o lo que en lenguaje burgués se llama el mejoramiento de la condición de los obreros? [...] Y digámoslo claro [...] Si, como mercaderes de mala fe, vendemos partículas de justicia, los trabajadores no querrán de nuestra mercancía ni de nosotros...»

No sé con qué argucias saldrían del paso los retóricos de la democracia. Castelar se hallaba presente, y hablando un día, inspirado en su terror pueril y en su odio irreflexivo a todo lo que reúne y amalgama en su fantasía con el nombre de socialismo, presentó como un monstruo capaz de devorar el orden social al «¡bárbaro comunismo moscovita!» e hizo con espanto la descripción de un gigante vestido de mujik que ostentaba luega barba, melena de león y facciones reveladoras de poderosa energía.



La minoría del Congreso de la Liga de la Paz de Berna formó la Alianza de la Democracia Socialista, agrupación destinada a impulsar el estudio de la sociología y a activar la asociación y organización de los trabajadores. Sus afiliados se comprometieron al sacrificio de sus privilegios para la realización de sus ideales, y sugestionados por el ejemplo y por la elocuencia de Bakounine, en sesión solemne arrojaron al fuego cuantos títulos y documentos poseían acreditativos de sus grados académicos y privilegios de toda clase.

A partir de este momento, la vida de Bakounine sale del periodo brillante para entrar en otro más tranquilo y fructífero. Antes, impulsado por su bravura y sus convicciones, emprendió las más atrevidas aventuras; desde

aquí solo se ocupó en dar el fruto de su poderosa inteligencia al nuevo factor revolucionario creado con la Asociación Internacional de los Trabajadores.

La creación de aquella Asociación fue para Bakounine como la revelación de un mundo. Tuvo antes como colaboradores de su obra la juventud precedente de las clases privilegiadas que aún conservaba nobleza de sentimientos y razón libre de preocupaciones de clase. Después vio que la última capa social, aquella a quien parecía preciso emancipar a pesar de su inconsciencia, se emancipaba de hecho y de derecho por sí misma y tomaba por cuenta propia la realización de sus propósitos de justicia social; vio que muchos obreros a pesar de sus privaciones y de la falta de condiciones regulares en que vivían, se agigantaban hasta las cumbres de la inteligencia, como lo atestiguaba la prensa obrera y los congresos internacionales, y esto, no solo confirmó sus convicciones, sino que además robusteció sus esperanzas.

Marx vio con desagrado la intervención de Bakounine en La Internacional, que juzgó peligrosa para sus propósitos, y aquel desagrado frente al prestigio del que consideraba como competidor, produjo una escisión que anticipó los resultados del autoritarismo marxista.

No me toca historiar aquellos sucesos ni juzgar sus consecuencias, me limito a consignar el hecho.

Bakounine fijó su residencia en Ginebra en 1869, desde donde activó vigorosamente la propaganda. Trabajó en *L'Egalité*, de Ginebra, y en *Le Progrès*, de Locle, y asistió como delegado al Congreso de Basilea en 1869. En aquel Congreso, que señala el apogeo de La Internacional, Bakounine se mostró el apóstol del colectivismo, doctrina que ha tenido la poca fortuna de ser despreciada por los que se han valido de su nombre para ocultar una forma nueva de individualismo, y también por los que han necesitado anularla para que a sus expensas brillara el comunismo¹. Para que los sinceros y desapasionados formen juicio exacto, cito este pasaje de su citado discurso en el dicho Congreso: «El hombre más extraordinario, si hubiese vivido

1. Kropotkin, en su folleto *Le Salariat*, publicado por *La Révolte* en 1892 dice en una nota: «Los anarquistas españoles, conservando el nombre de *colectivistas*, entienden por *colectivismo* la posesión en común de los instrumentos de trabajo, y la libertad, para cada agrupación, de repartir los productos del trabajo como mejor le parezca, según los principios comunistas o de cualquier otro modo.

desde su infancia en un desierto, nada hubiera producido. La propiedad individual no ha sido ni es más que la explotación y la apropiación individual del trabajo colectivo [...] La concesión de la propiedad al individuo es una pura ficción; ha sido obtenida en su origen por las armas, por la conquista, por la brutalidad; después por la venta y compra, que no son en sí mismas sino brutalidades enmascaradas [...] Todo trabajo productivo es ante todo un trabajo social, necesariamente colectivo y el trabajo que impropriadamente se llama individual es también un trabajo colectivo, puesto que él sólo es posible gracias al trabajo de las generaciones pasadas y presentes».

Obligado por las insidias de la policía se retiró a Locarno, y desde allí partió para Lyon, en cuya ciudad tomó parte en el movimiento comunalista.

Poco tiempo después se retiró a Berna y allí murió en 1.º de julio de 1876.

Tal fue Bakounine: inteligencia poderosa, voluntad ilimitada, energía indomable. Filósofo, economista, guerrero, poeta, no podía acomodarse a esa filosofía según la cual la evolución y la transformación progresiva de los periodos históricos no son más que simples variaciones en la manera de efectuarse la iniquidad social. Eso lo confundía él en su desprecio con el famoso «valle de lagrimas» de los cristianos, y trabajaba por un ideal de justicia y de felicidad perfectamente definido y concreto, que es el resultado racional del curso que lleva la humanidad, que expresaba en estos términos: «Después de la antropofagia vino la esclavitud y a continuación la servidumbre de la gleba, después el salariado, al cual debe poner término el día terrible de la justicia para entrar definitivamente en la era de la fraternidad.»

Bakounine es muy poco conocido en la actual sociedad, que olvida sistemáticamente a los grandes hombres y eleva estatuas a medianías, a quienes antes dejó perecer de hambre. Se comprende: atacaba con rudeza muchos intereses ilegítimos e infinidad de preocupaciones arraigadísimas.

Si se tratara de buscar una analogía conocida de todo el mundo para comparar a Bakounine, habría que recurrir a Jesús, a quien se asemeja muchas veces en el sermón de la montaña; nunca, cuando mandaba que se diera a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, menos en el acto de profetizar que siempre habrá pobres en el mundo; siempre en aquel

rasgo de indignación que le impulsó a arrojar a zurriagazos del templo a los burgueses de la época.

Termino afirmando que la obra de Bakounine es imperecedera del mismo modo que la reacción conservadora es impotente. Y así como por atavismo reaparecen cada vez más degenerados y a más largos intervalos los tipos de especies ya desaparecidas, los pensamientos honrados por los precursores de la verdad y de la justicia se encarnan cada vez más y con mayor intensidad en los que vienen después; por eso podemos congratularnos de ver sus efectos en todas las manifestaciones de la inteligencia humana, a pesar de la mala voluntad de los tiranos.

La Revista Blanca (Madrid), I, 16 (15 febrero 1899), pp. 449-455;
reeditado en *Vida anarquista* (1912), pp. 34-45.

Alfredo Calderón

La burguesía está de luto: ha perdido un hombre bueno, un sincero, un burgués de los que no abundan y en cuyo sepulcro puede ponerse esta inscripción: «fue un sabio y murió pobre».

No fue propietario, ni accionista, ni cobró rentas, ni usurpó por derecho de accesión el fruto del trabajo a nadie; antes al contrario, como cualquier tercero —según denomina el Código al trabajador—, por accesión unió el producto de su trabajo a la propiedad de muchas publicaciones, y con su grandioso talento quedó pobre y legalmente despojado, mientras sus explotadores, seguramente inferiores a él en todos sentidos, sobre todo en sabiduría y probidad, podían atesorar frutos civiles (dinero, rentas o cosa que lo valga), todo porque al legislador romano, hace ya muchos siglos, se le ocurrió disponer que «todas las obras se presuman hechas por el propietario»; y también porque todos los reformadores que desde entonces han agitado el mundo han tenido el mal acuerdo de dejar subsistente tan inicua e irracional anomalía; más aún, prometen prolongarla por los siglos de los siglos, y que ya quedaba subsistente en el Mani-

fiesto de Pí y Margall de 22 de junio del 94, documento considerado como la promesa más radical hecha por un político a los pobres para que se conformen con serlo y vayan sufriendo la carga de la accesión.

Sí; en un principio Calderón fue burgués meritorio y ha acabado siendo burgués honorario: hizo méritos para dedicarse a la cátedra, a ser factor y dependiente en la Universidad, bazar burgués dónde el privilegio dominante vende ciencia concordada con el Génesis y con el Derecho Romano, bajo la dirección del Estado, y su gran saber y más que toda su ingenua probidad le sirvieron de obstáculo ante el tribunal de oposiciones, que vio en él un perturbador democrático, y dio la cátedra de Derecho Natural al marqués de Vadillo, reaccionario y conservador, considerándole más adecuado para la enseñanza privilegiada, objetivo primordial de la institución.

Se dedicó después a repartir su saber en dosis periodísticas, con utilidad para todo aquel que sabía aprovechar para su instrucción particular la erudición en que abundaban sus escritos, y para desaliento del que aceptaba la tesis pesimista, casi cartuja, con que entre vacilaciones del pensamiento y filigranas de lenguaje repetía a diario: «¡Morir tenemos! ¡Ya lo sabemos!» o cosa parecida, y la burguesía, que tras un trabajo asiduo y enorme le escatimaba los recursos, le dedica hoy honores de ultratumba.

El abolengo y el atavismo burgués retuvieron a Calderón enredado en la burguesía, entre la cual no pudo prosperar por la impedimenta de su honradez; del proletariado le separaban las preocupaciones de clase. Con toda la filosofía moderna metida en la cabeza no podía ir de la mano con jornaleros analfabetos; pero con una sinceridad rectísima se veía imposibilitado de subir al *tretau* [tribuna] del candidato.

¡Qué lastima que el padre de Alfredo Calderón no fuera un trabajador de esos que apenas pueden costear a sus hijos la instrucción primaria! ¡Cuán buena labor hubiera realizado el difunto si, como le habría impulsado su genio y su talento, hubiera formado parte de La Internacional y hubiera vivido entre los grupos de ese proletariado que en la sociedad actual tiene exclusivamente a su cargo el progreso, la conquista de la participación de todos en el patrimonio universal y la felicidad humana!

Por desgracia no fue así, y suyos son estos dos párrafos:

Socialistas y ácratas pretenden el absurdo de transformar radicalmente de arriba abajo y de la noche a la mañana el actual orden de cosas; quieren los unos hacer el capital cautivo del trabajo; los otros, más utopistas aún, quieren destruir la sociedad hasta en sus cimientos.

Estas dos formas de la protesta del proletariado, de acuerdo en su oposición irreconciliable contra el capital, son contradictorias: el socialismo es todo organización, reglamentación, disciplina; el anarquismo disolución, independencia, autarquía. El socialismo amenaza la libertad; el anarquismo niega el orden.

Bien se ve ahí la repulsión al proletariado, efecto del atavismo burgués. El hombre de poderosa inteligencia, que se ofusca de tal modo para sintetizar, falseándolo como lo hace, lo que denomina dos formas de la protesta del proletariado no podía emular la gloria de Reclus. Pero nada podía esperar tampoco de la burguesía el escritor que en el mismo artículo que contiene las anteriores afirmaciones, dice lo siguiente:

Bajo apariencias democráticas, en la sociedad burguesa domina de hecho una verdadera plutocracia: el oro ha sustituido al rango, a los pergaminos, a la tonsura, al derecho divino, a todos los antiguos títulos de dominación y de preeminencia. Todo lo puede el rico.

Habiendo llegado un día a preguntarse «¿si seré yo anarquista?» después de un resumen crítico de la sociedad actual, duro, enérgico, razonadísimo, no pudo acabar con una franca afirmación. Pocos días después del atentado de la Rambla de las Flores, cuando de la responsabilidad de esa clase de crímenes exceptuaba ya todo el mundo a los trabajadores, y desde las esferas de la autoridad se había hablado de «la pista de altura», sale Calderón hablando del «terrorismo anarquista» en términos impropios de su claro entendimiento.

Imposibilitado de aceptar el ideal anarquista, por ese soberbio pesimismo de los aristócratas del pensamiento, a quienes repugna siempre la idea de igualdad, no podía aceptar tampoco el utilitarismo burgués, que va directo a la ganancia con el engaño, con el fraude o con la violencia.

Por no comprender este pensamiento de Mably: «Los hombres, desiguales de hecho por sus facultades y sus necesidades, son absolutamente iguales en derechos», no aceptó el único lugar que por su talento y su nobleza le correspondía, el de sociólogo y luchador revolucionario.

Alfredo Calderón no supo hallar su centro; no halló, por no haberse creado aún, por no haberlo creado él mismo y seguramente por ser imposible, un terreno neutral entre las falanges de pobres y ricos que luchan y lucharán hasta la constitución racionalmente definitiva de la sociedad; no tuvo tierra que pisar; socialmente considerado no deja, pues, ningún vacío.

La burguesía, que para fascinar al pueblo saca con cualquier pretexto las charangas y las percalinas coloreadas, pone hoy los trapos negros, con su cuenta y razón, en honor del ilustre difunto. ¡Allá se las haya!

Los trabajadores, en mi sentir, considerando que si no fue su colaborador en la obra de su emancipación, no quiso venderse a sus enemigos y mantuvo siempre una personalidad digna, saludan, respetuosamente la memoria de Alfredo Calderón.

Tierra y Libertad (Barcelona), IV, 46 (26 diciembre 1907), 1, reeditado en *Vida anarquista* (1912), pp. 136-139.

José López Montenegro

Bien sé que hemos de acatar la muerte como una consecuencia natural de la vida; pero no es menos cierto que si tenemos razón para comprender y saber, tenemos también un organismo para sentir, y en el sentimiento está lo que pudiéramos llamar la sal de la vida, lo que disipa la monotonía mecánica del ser y da penas o alegrías según que el tal mecanismo nos afecte en bien o en mal. Gran pena me ha causado, y muchos me acompañarán en ella, la noticia de la muerte de Montenegro, cuyo nombre ha ido unido a todo lo que más me ha interesado en mi vida, por lo que me complace en dedicarle este sencillo recuerdo, ya que no he de trazar aquí su biografía.

Le conocí en Madrid antes de declararse anarquista; le vi cuando, por su participación en el movimiento obrero aragonés, era anarquista ya y trabajó en la celebración clandestina del Congreso de la F. R. española de La Internacional de 1872 en Zaragoza, antes de su presentación pública en el teatro de Novedades de aquella capital; le vi en París llevando la vida de emigrado pobre después de su participación en el cantón de Cartagena, y asistí con él a una conmemoración de la *Comune*, celebrada en Reus, donde en una especie de ágape anarquista celebrado con los compañeros reusenses en el *Maset*, hizo una especie de confesión verdaderamente sensacional.

Con aquella noble actitud que le distinguía, con su fisonomía expresiva, animada por aquellos ojos que irradiaban rayas de cólera o caricias amorosas, y con aquella voz de bajo que unas veces tenía el tono del mando y otras la expresión persuasiva del propagandista, manifestó que, militar, caballero y romántico a su manera, arrastraba el sable con aquel desenfado del que lleva la vida según el impulso recibido, pareciéndole que todo el mundo había de subordinarse a proporcionarle alegría, honores y riquezas, no importándole que otros sufrieran por causas que ignoraba, ni reparando siquiera que él mismo pudiera arrancar lágrimas a algún desgraciado; y así hubiera seguido quizá si el amor no hubiera sido para él su camino de Damasco. En efecto, amó, triunfó y quiso olvidar, pero el amor le retuvo hasta el punto de obligarle a abandonar su posición privilegiada y ponerse al nivel de la pobre mujer seducida y abandonada que tomó por compañera de su vida.

En ese nuevo aspecto de su vida es interesantísima la de Montenegro; redactor de *Los Desheredados* y maestro laico en Sabadell, maestro también en Sallent, recluso en Montjuic y residente en Barcelona después de aquella persecución que hizo tristemente célebre el Castillo Maldito, tuvo siempre su pensamiento, su pluma y su palabra al servicio del ideal redentor del proletariado.

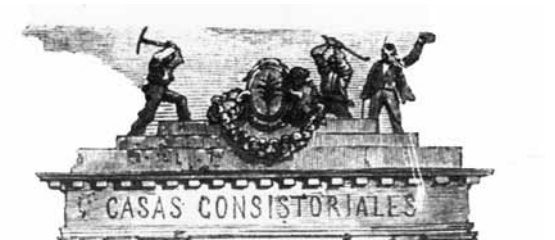
Le vi por última vez en Barcelona, poco antes de su viaje a América, y por cierto en ocasión de haber de desengañarle acerca de la publicación de una obra en verso. Si es cierto que nadie es perfecto, él pecaba por sus versos. Con grandiosidad de pensamiento y sabiendo expresarle en prosa clara, enérgica y siendo buen prosista se empeñaba en ser mediano versificador.

Quizá presentía que no nos veríamos más: al despedirnos no aceptó mi mano, sino que me estrechó fuertemente contra su pecho y me dio un beso. Conmovidos ambos, nuestra última mirada fue velada por lágrimas y nuestras palabras temblaban por efecto de una emoción intensa.

Con la misma emoción trazo estas líneas que dedico al viejo amigo y constante luchador, que en lo mucho que tuvo de bueno deseo ver imitado por los luchadores y propagandistas de la nueva generación.

Tierra y Libertad (Barcelona), V, 48 (20 febrero 1908), 1,
reeditado en *Vida anarquista* (1912), pp. 183-185.

De filosofía social



Entre dos evoluciones

Un sabio francés, al servicio del jesuitismo y, en pugna con la humanidad, tuvo la osadía de proclamar la bancarrota de la ciencia, lo cual demuestra que hay sabios que ignoran las nociones fundamentales de la dignidad y son capaces de cambiar la verdad por las gangas de una posición.

Mucho se ha discutido tan atrevido concepto: tarea inútil; siempre ha de quedar patente que la ciencia, como conocimiento cierto que es de las cosas por sus principios y sus causas, y agrupación en cuerpos de doctrina metódicamente formados y ordenados de los conocimientos que constituyen ramas particulares del humano saber, no puede quebrar jamás; pero ninguno de los contradictores del famoso Brunetiere tuvo energía suficiente para elevar la réplica a la altura de castigo merecido, proclamando a su vez con perfecto derecho y absoluta justicia la bancarrota de la revelación.

En efecto, pueden haberse desvanecido muchas hipótesis teóricas tenidas por ciertas ante la demostración patente de los hechos suministrada por la observación, y si se quiere por descubrimientos casuales, que a esta y nada más que a esta se refiere la supuesta bancarrota de la ciencia, pero nada de lo que constituye conocimiento positivo o ley general comprobada ha perdido un átomo de su prestigio; en cambio la gran hipótesis, la que invoco e invocaron constantemente todos los ignorantes del mundo, aquella hipótesis innecesaria de que habló Lalande contestando a Napoleón cuando le echaba en cara que nunca hablaba de Dios, el Dios creador y conservador, en una palabra, pierde terreno cada día a medida que los conocimientos adelantan; digan cuanto quieran los que se empeñan en establecer imposibles concordancias entre las fábulas genesiáticas y las verdades científicas.

La quiebra de la revelación, considerada desde el punto de vista histórico y social, es espantosa: el ama a los unos a los otros, para las mismas naciones cristianas, muy distantes aún de comprender el mayor número de los vivientes, se traduce por guerras perpetuas, internacionales y civiles, en que el arte y la ciencia de matar han alcanzado una perfección casi capaz de despoblar al mundo; y cuando no con las armas se produce ruina y

muerte por la imposición de alianzas que parecen asociaciones de malhechores; o con tratados comerciales que son verdaderos pactos leoninos, o con leyes expoliadoras o de excepción que ponen el patrimonio universal en manos de los privilegiados, dejando a los trabajadores reducidos a la condición de parias y el derecho general de los ciudadanos a merced de la más absurdas extralimitaciones autoritarias.

La sociedad de los individualistas, agotada toda la savia que pudo alimentarla, toca a su término. Y esto no es fraseología; ahí están los hechos que lo demuestran con toda evidencia: sus religiones, satisfacción dada a la ignorancia por si se le ocurre curiosear sobre la existencia del universo, a la vez que prolongación extraterrena del egoísmo, inspirada en la mezquina idea de alcanzar el *dolce farniente*, oyendo la música celestial; sus constituciones políticas, sistemas incongruentes basados en la necesidad de que unos obedezcan porque se les supone malos para que otros manden, legislen, gobiernen y dirijan aunque mandarines, legisladores, gobernantes y directores nunca probaron ser mejores; sus instituciones jurídicas, eternas continuadoras de las preocupaciones, errores y crímenes de primitivos o antiquísimos usurpadores; sus organizaciones de trabajo, distribución de producto, cambio y propiedad, que tienen por fundamento el fraude y por objeto la explotación del productor; su moral trasnochada, sanción de las causas del mal existente impuesta por dogmatizadores que fingen relaciones extraterrenas y conservada por irreflexiva rutina; todo descubierto ya, incapaz de sostenerse, manifiesto engaño, falacia insoportable e insostenible, sangrienta hipocresía, se desmorona, se hunde, porque a nadie satisface, nada garantiza y todo y a todos deja expuestos a esa enormidad social llamada la lucha por la existencia, que ha dejado ya de ser una explicación teórica de la vida para convertirse en una declaración de impotencia en boca de los privilegiados, y en una acerba y cruelísima censura en la de los desheredados revolucionarios.

La sociedad de los comunistas se acerca, con su régimen social de solidaridad, de apoyo mutuo, de amor, que dé a todos los individuos el medio de desarrollar todas las facultades, a fin de obtener un mundo de nuevas energías confundido en el concierto universal de las voluntades. La ciencia, positivismo humano substituye a la revelación, superchería mística; la sociolo-

gía, agregado metódico de conocimiento, reemplaza a la teología, arlequín de milagros, misterios y tradiciones.

Estamos, pues, en el término de una evolución y en el principio de otra; hemos llegado al final de la primera etapa; necesario es comenzar bien la segunda.

Entiendo por primera etapa la negación de los dogmas; la desobediencia a los poderes; la disolución de las categorías, y consiguiente elevación a la igualdad social y a la participación de todos los tiranizados y desheredados en el patrimonio universal, conjunto de riquezas naturales y de los acumulados por el trabajo de todas las generaciones; y por segunda, el futuro régimen de paz y concordia por la conformidad de intereses despojado de toda levadura atávica.

La Revolución social, la única, aquella ante la cual las llamadas revoluciones en la historia no pasan de episodios revolucionarios, camina rápidamente hacia su término, teniendo por principales agentes los proletarios, los jornaleros, los descendientes de los esclavos y siervos, aquellos a quienes Marx dio conocimiento de su fuerza y Bakounine la inspiración del ideal.

No lo olviden aquellos trabajadores que se quejan inútilmente de su miseria los que luchan contra la burguesía para arrancarle mejoras transitorias, los que buscan en la cooperación una emancipación ilusoria ni los que, desconfiando de su valer individual, despojándose de su iniciativa y aun de sus céntimos, se agrupan a la sombra de un santón de falso prestigio.

¡A la historia la evolución que perece! ¡A la vida la evolución dichosa de lo porvenir!

La Revista Blanca (Madrid), III, 55 (1 octubre 1900), pp. 197-199, reeditado en *Renovación* (San José de Costa Rica), II, 45 (10 noviembre 1912), pp. 321-322, y en *Vida anarquista* (1912), pp. 142-145.

La desesperación de Costa. ¡Ya es tarde! o ¡Ya es hora!

La gran figura actual de Costa, grande hasta en su lastimosa decadencia, diferente del Costa que hace pocos años parecía el Mesías que esperaban los burgueses españoles, suscita el recuerdo de Jeremías, y la lectura del artículo de *El Ribargozano*, tan contrario a manifestaciones anteriores de su pensamiento, me ha impulsado a tomar la Biblia para repasar las profecías y las lamentaciones, y he hallado el siguiente parangón:

Tras las lamentaciones de Jeremías, profundamente sentidas como consecuencia de no menos profundo conocimiento del mal de su época y de su país, quedaba todavía una esperanza, remotísima, pero consuelo positivo al fin: «Vuélvenos, oh Jehová, a ti, y nos volveremos: renueva nuestros días como al principio» (Lamentaciones, v, 20).

Tras las lamentaciones de Costa se cae en el escepticismo más desconso-lador: «No vale ya la pena [...] En 1898, cuando acaso no era tarde todavía [...] Por desgracia, aquel movimiento, que pudo ser una revolución salvadora y un mentís a Salisbury, se torció y apagó [...] La cazuela británica está ya en la lumbre aguardando con su acostumbrada cachaza (todas las cazuelas son cachazudas), hija de su seguridad. En un año, el buen John ha hecho tres entradas en el gallinero español, sin que España se haya dado cuenta...»

Dejo aparte lo que ha motivado las lamentaciones de Costa: igualmente distanciado de solidarios y antisolidarios, no me interesa el desahucio de la solidaridad, lo que no acepto es el de España y protesto contra el de la humanidad y me apoyo en la certidumbre de que la semilla arrojada por Fanelli no se ha perdido en España, donde sobre la incapacidad progresiva de la burguesía queda subsistente un proletariado emancipado, cuyo poder, restringido temporalmente aquí por la persecución y la arbitrariedad, se ha extendido a América, donde vibra impetuosamente revolucionario en todo el Sur, y cuya savia, transmitida a *La Revolte* por *El Productor* y *Acracia*, vigoriza hoy esa misma Confederación del Trabajo colectivista o comunista que declara el jaque a la propiedad en Francia. En cuanto a la humanidad, continúa su evolución progresiva hoy como siempre sin cui-

darse de lamentaciones pesimistas; exactamente como si no hubieran existido ni existieran Jeremías ni Costas en el planeta.

Ambos lamentadores se fundan en su convicción, en su fe, en su honradísima intención; pero la verdad no está vinculada en la convicción, ni en la fe, ni en la honradez del hombre sincero, como no lo está en la hipocresía ni en la malicia del ambicioso; los Jeremías y los Costas no son infalibles: la verdad está en las cosas, y ha de ser reconocida, no impuesta, por las personas.

Para el lamentable místico, aunque condicionada por el poder absoluto atribuido a Jehová, queda en el hombre decaído la posibilidad de su regeneración; puede volver a empezar.

Para el lamentador profano todo se anonada; ¡ya es tarde!

El horror que inspiran aquellas madres que cuecen sus hijos para comerlos (Lamentaciones, IV, 10) se atenúa, no obstante, con la esperanza de renovación de los días.

El pesimismo de Costa no horroriza a nadie; más bien inspira lástima; porque hoy sabe ya de sobra todo el que sabe algo que el progreso no se encerró jamás en ningún gallinero nacional —gallinero si lo es España, lo son todas las naciones, hasta Inglaterra—: hundiéndose Roma, que sintetizó los progresos de las civilizaciones anteriores y sobre sus ruinas se alzaron las naciones modernas, y ojalá se hubiera hundido antes de dar al mundo esa cadena llamada el derecho romano. Perdióse el imperio colonial español, en cuyos dominios no se ponía el sol, como cantan con patriotismo ridículamente llorón algunos patriotas a la antigua, pero la humanidad ha ganado las naciones progresivas de América. No olvidemos que Filipinas se ha sacudido los frailes, lepra española que parecía eterna, curada ya radicalmente, ni que Cuba se ha limpiado e higienizado a última hora, hasta el punto de haber desaparecido, para vergüenza de nuestros gobernantes, el vómito y la fiebre que antes causaban numerosas víctimas.

La asociación de ideas suscitada por aquel cocimiento horrible y la cazuela británica, me ha hecho caer en la cuenta de que el místico y el profano eran al fin nacionalistas, y como tales no abarcaban la humanidad ni se elevaban al conocimiento del hombre: uno hablaba de los judíos, el otro hablaba de los españoles, y lo que en tiempo de aquél era un mal para los

suyos se convertía en gloria para los romanos, capitaneados por Tito, que si fue el vencedor y el demoleedor de Jerusalén, era a la vez el filósofo que cuando pasaba un día sin haber hecho un bien exclamaba *Diem perdidit*, he perdido mi jornada. Así como si se realizaran los temores que el buen John inspira a Costa, sería una gloria para esos gringos ingleses que ven impasibles su rica y poderosa patria manchada por el pauperismo más extenso y más miserable del mundo.

Pero ello es que judíos y españoles son tan hombres como los romanos antiguos y los ingleses modernos, y que si están separados por el dogmatismo místico de cada religión y por el autoritarismo nacional de cada Estado, se hallan en cambio unidos en vínculo indestructible por la gran solidaridad humana.

Podrán estar en pugna los caciques, podrán condenarse recíprocamente las religiones y las sectas, pero toda creación artística, todo conocimiento científico, toda aplicación industrial pasa al instante a formar parte del patrimonio universal, constituido por la observación, el estudio, la metodización y el trabajo de todos los sabios, de todos los pensadores y de todos los trabajadores del mundo, que por los medios creados por la cultura de cada época se ponen en comunicación directa, sin distinción de fronteras ni de latitudes, con todos los hombres, sin más limitación que una, la que impone la falta de dinero, ese tirano que favorece a los propietarios y esclaviza a los trabajadores, esa iniquidad social que divide a los hombres harto más profundamente que las patrias y las religiones, ya que entre compatriotas y correligionarios existen las clases sociales, con sus archimillonarios y ricos de diversas categorías, detentadores de la riqueza social, y sus hambrientos, infelices expoliados a quienes la sociedad abandona en el abismo de la pobreza; limitación que hará desaparecer el comunismo anarquista, tras la última huelga general triunfante, que vienen preparando los trabajadores internacionales.

Sí; al extremo a que han llegado las cosas, al ver el derecho de accesión a punto de ser derogado definitivamente, y, por tanto, a la propiedad tradicional y legal en inminente peligro de ser anegada por la ola comunista que avanza arrogante y amenazadora, puede Costa en España y todos los Jermías del mundo en sus naciones respectivas exclamar en nombre de la asus-

tada y torpe burguesía ¡ya es tarde!, que a esa exclamación de impotencia, desechando las inutilidades y las mentiras democráticas, y oponiendo al privilegio que sucumbe la razón que renace y se fortifica, responden los trabajadores internacionales ¡ya es hora!

Tierra y Libertad (Barcelona), IV, 27 (27 junio 1907), 1, reeditado en *Vida anarquista* (1912), pp. 157-160.

La solución del problema social

Hablase de la solución del problema social como de una esperanza mesiánica.

Parece que, a semejanza del Mesías bíblico, que había de encarnarse en la tierra de una virgen cuando llegase la plenitud de los tiempos, aparecerá un día una inteligencia privilegiada, que enseñará al mundo la fórmula social, justa y perfecta, según la cual el mundo se convertirá de la noche a la mañana en un paraíso ideal, semejante al que los poetas denominaron con el nombre simpático de «edad de oro».

Los que tal especie echaron a volar, tuvieron la suerte de los grandes sofistas. En la historia se registran multitud de frases huecas, desprovistas de todo sentido racional, y casi siempre en contradicción con la doctrina y con el criterio de sus inventores y de sus sectarios, que tienen el poder de apasionar a las gentes hasta el punto de constituir origen de determinados movimientos, que unas veces detienen y casi paralizan el avance progresivo de la humanidad, otras le dan dirección desviada de su recto camino, y también en ocasiones le ha servido de poderoso impulsor.

«¡Dios lo quiere!» dijo Pedro el ermitaño, atribuyéndose el conocimiento de la voluntad del ser que consideraba como incognoscible, allá en la Edad Media, y, reyes, nobles, sacerdotes y pueblos, en confuso tropel de hombres vigorosos, mujeres, niñas y ancianos, repitiendo Dios lo quiere y pintándose una cruz roja en el pecho, se lanzaron como un aluvión a la conquista del Santo Sepulcro, que por cierto, después de los siglos transcu-

ruidos y del sacrificio de millones de víctimas, aún se halla en posesión pacífica de los llamados infieles, que lo explotan para sacar un Potosí de oro a fanáticos peregrinos.

«¡Está escrito!» dicen los árabes, suponiendo sujeto el orden de los acontecimientos a una fatalidad pesimista, y esas dos palabras, como si fueran una maldición eficaz, han hundido en la barbarie marroquí a los descendientes de los sabios que en las tinieblas de la Edad Media cultivaban en España con sobresaliente predilección las matemáticas, la astronomía, la medicina, el arte, la industria y la agricultura, siendo, respecto de ellos, los bárbaros nuestros ascendientes. Maldita frase que causa profunda pena al que ha visto las maravillas creadas por el ya muerto genio árabe en el Cristo de la Luz, en Santa María la Blanca y en la Puerta del Sol, en Toledo; en la Alhambra de Granada y en la catedral de Córdoba.

«Santo Oficio» se denominó el oficio más vil y criminal que ha podido inspirar la idea del mal, puesto que se apoyaba en las cosas tenidas por santas para destruir el pensamiento, anular las iniciativas, violentar las conciencias y esparcir el terror con el rumor de los tormentos secretos y con el cruento espectáculo de la hoguera.

«Igualdad ante la ley» —incongruencia irresoluble de términos opuestos, toda vez que si *igualdad* se quiere que signifique justicia, *ley* es siempre sanción de preocupaciones y errores y justificación de desigualdades—, tal fue la fórmula resultante de la revolución francesa, expresión concreta de la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, que después de conmociones tremendas, causantes de víctimas casi infinitas, nunca como en la actualidad pudo simbolizarse la ley en la forma desigual del embudo.

«¡Trabajadores del mundo, asociaos!», dijo un día, hace aún pocos años, Carlos Marx, y surgió la Internacional, y con ella el actual proletariado militante, que en todo el mundo civilizado, en todos los idiomas, con sangre de todas las razas, bajo el imperio de todos los regímenes políticos, supeditado a todos los absurdos religiosos, frente a frente de todos los dioses, de todos los reyes, de todos los presidentes, de todos los privilegios, proclama: «¡no hay deberes sin derechos, ni derechos sin deberes!»

Etc., etc., etc.,...

Pero el sofisma no suelta su presa: aleccionado por la historia pretende convertir en enemigos a los partidarios de la víspera, y —así como los fariseos resultaron los primeros enemigos del Cristo profetizado en las Escrituras, los discípulos de Jesús constituidos en Iglesia católica fueron la negación del Evangelio, no dudando nadie que éstos serían los primeros que le crucificarían si apareciera de nuevo—, ha surgido el posibilismo oportunista declarando que las aspiraciones proletarias son justas, pero como ideal realizable... allá en los tiempos futuros, cuando se halle la fórmula, universalmente aceptada y consentida, denominada: «solución del problema social».

Hallada la rémora, dificultada la marcha del progreso, apretados los tornillos legales que oprimen a los trabajadores, habiéndose hecho uso conveniente del terror aplicando en todo el mundo civilizado, en monarquías y en repúblicas, según los usos, costumbres y circunstancias, la metralla, las bayonetas, los pelotones de ejecución, la guillotina, la horca, la electricidad, el linchamiento, el hacha, el garrote vil, el presidio, la deportación, el extrañamiento, la barra del barco de guerra y el calabozo inquisitorial, creyeron los actuales dueños del mundo que podían tumbarse a la bartola, porque de aquí a que se halle la solución del problema social puede transcurrir el tiempo suficiente para que se cumpla el plazo que, según la mitología cristiana, ha de reunir a todos los descendientes de Adán y Eva en el valle de Josafat al son de la trompeta apocalíptica, o para usar una frase grata a un anarquista amigo mío, esa buscada y esperada solución del problema social se hallará el día del juicio final, al anochecer.

Los que al venir al mundo encuentran la higiene imposibilitada por la miseria y la ignorancia, ¡que se mueran! Y así lo hacen, toda vez que la estadística demográfica evidencia que la mortalidad en las clases pobres, desde el nacimiento hasta los siete años, alcanza cifras enormes, ¡más de un 70 por 100!, lo cual no es culpa de nadie, porque aún no se ha descubierto la solución del problema social.

Los que entre los 18 millones de españoles —alguno menos después de las últimas guerras y de las recientes persecuciones contra los trabajadores ilustrados—, forman parte de los 11 millones y medio que no conocen la O, y el no pequeño número de los que habiendo aprendido a leer y escribir

lo olvidan por falta de ejercicio y quedan sumidos en la mayor ignorancia, y también los que en otras naciones donde hay enseñanza primaria obligatoria se contentan con el pasto intelectual que les dan sus explotadores, bien pueden servir de burros de carga, toda vez que aún no se ha descubierto la solución del problema social.

Los que ante la riqueza natural, la riqueza producida y el grandioso adelanto científico realizado quedan absolutamente desheredados sin participar de los bienes naturales, ni de la riqueza social, ni tocarle más parte en los beneficios científico-industriales que ser despedidos del taller por inútiles, en razón de que la máquina les sustituye con ventaja, que tengan paciencia hasta que se descubra la solución del problema social.

Los que arrancados del seno de sus familias, separados de la producción y amaestrados en el cuartel y en el campo de tiro sean lanzados a la guerra a devastar campos, arruinar poblaciones y a morir matando para crear tiránicas hegemonías, favorecer jugadas de Bolsa y dar grados y condecoraciones a sus jefes y señores, que sufran con patriótica resignación hasta que se descubra la solución del problema social.

Esas pobres mujeres que llevan sobre sí el peso de todas las iniquidades sociales, como los hombres, más las que les impone por añadidura la brutal supremacía hombruna, consuélense, si pueden, con el vasallaje que, obligados por la lujuria, les rinden sus dominadores; no es posible otra cosa hasta que se descubra la solución del problema social.

Sieyes dijo un día en la Asamblea constituyente de 1789: «¿Qué es el tercer estado? Nada. ¿Qué debe ser? Todo». Y lo fue, y lo es: tanto que en dos solemnes ocasiones los soberanos de Inglaterra y de Rusia, en sus tronos y acompañados de sus cortesanos respectivos, se despojaron, por decirlo así, de la majestad característica, para oír en pie y con todas las señales de respeto los acordes de la Marsellesa en el acto de recibir a los embajadores de la burguesía francesa, constituida en oligarquía republicana. Suceso grave y trascendental, por cuanto evidencia que los augustos primos de Luis XVI, los descendientes de los que formaron la coalición europea, la Santa Alianza y el bloqueo continental para dominar a la burguesía triunfante en Francia, se han hecho burgueses y se allanan a tratar de igual a igual con los hijos de los regicidas.

Si las palabras del cura Sieyes eran un problema, no hay duda que han tenido solución completa y satisfactoria; pero conste que no ha sido por obra de una revelación sobrenatural, ni por inspiración de un talento privilegiado, sino merced a las osadías revolucionarias primero, y a las astucias reaccionarias después; algo parecido a recorrer el trayecto que separa a Danton de Cánovas del Castillo, o, si se prefiere, a Mirabeau de Silvela.

Que los trabajadores aprovechen la lección es lo que importa, y que en lugar de esperar que un Azcarate cualquiera venga a probar por $A + B = X$ que el que tiene la sartén por el mango es el amo de la sartén y los demás han de acatarlo por la religión, por la ciencia, por la filosofía, por la ley y por el sable, lo que debe hacerse es no pedir ocho horas, ni leyes sobre accidentes del trabajo, ni sobre el trabajo de mujeres y niños, ni menos contentarse con tonterías cooperativas, ni con gazmoñerías de patronatos y círculos católicos, ni con votar diputados obreros, sino armar zaragata encaminada a echar a rodar el privilegio y a imitar a la burguesía en lo de la expropiación y la desamortización; pero con la extensión adecuada al caso, sin cuidarse gran cosa de las fórmulas teóricas, recordando este pensamiento de Fourier: «Tomad una cierta cantidad de guijarros, metedlos en una caja, agítadla después, y por sí mismos se arreglarán en un mosaico, que no se obtendría nunca, aunque se encargase a un artista el cuidado de disponerlos armónicamente».

La Revista Blanca (Madrid), III, 42 (15 marzo 1900), pp. 503-506.

¿Qué es el pueblo?

Definición

La palabra *pueblo*, como la casi totalidad de las que constituyen los idiomas modernos, tiene varias acepciones. En una de ellas, en la que se le da generalmente, es de excepcional importancia en política y en sociología, mas como la tal palabra se usa frecuentemente con significación vaga e indeterminada

por políticos, economistas y hasta por sociólogos, a pesar de que estos últimos tienen por su superioridad científica necesidad de mayor precisión en las ideas, conviene fijar su verdadero significado, para que los desheredados del patrimonio universal (la plebe, el proletariado, la masa general de jornaleros) conozca, tanto como su legítima significación, la intención con que se aplica y la interpretación que ha de darle cuando la usan los privilegiados, los que en la humanidad representan, abusiva y fraudulentamente el carácter de herederos exclusivos de la riqueza natural y de la riqueza social.

Me abona, no ya una razón de conveniencia, sino de estricta justicia: es preciso que esa entidad llamada *Pueblo Soberano* pueda extraer la verdadera sustancia de las promesas contenidas en programas, discursos y manifiestos de cuantos, anulándole o reduciéndole a la condición de masa explotable, se erigen en sus redentores.

Veamos ahora las definiciones generales de que la palabra *pueblo* dan los diccionarios: «Cualquier población, en sentido general; lugar habitado menos importante que una villa, en sentido más restringido; el conjunto de gentes que pueblan un lugar, región o país; el conjunto de gentes que pueblan una nación regida por el mismo Gobierno; el territorio de esta misma nación; la patria; el conjunto de todas las clases que constituyen la sociedad; el cuarto estado; el estado llano, o las clases media o ínfima, si habla un aristócrata; la clase trabajadora, si habla un rico plebeyo; la parte general de la población, a distinción de los nobles y poderosos; el brazo popular, separado del de la nobleza, el clero y el ejército; la plebe; la clase baja; el proletariado; las masas; el populacho; el salariado».

Pueblo, según los etimologistas, y precisando su significación, participa de las ideas *plebe*, *populacho*, *multitud*, *número*, lo inferior que se reúne, que se aglomera, que se amasa falto de individualidad propia; tiene además el significado del *Demos* griego y del *Populus* latino, como origen de la democracia, base nominal de esa especie de oligarquía burguesa a que se da el nombre de soberanía popular.

Dejo aparte en esas definiciones tan variables en significado y extensión las acepciones y significaciones vagas y absurdas que confunden ideas humanas y geográficas, como *población*, que significa personas o edificios; *territorio*, distrito o comarca; *nación*, personas, territorio y conjunto de institucio-

nes nacionales y sociales; *país*, nación, provincia, región, territorio, comarca, villa, aldea, etc., y lamento que la evolución progresiva no suministre hasta el día mejor medio de entendernos y relacionamos que esos idiomas modernos tan apropiados para discusiones estériles y tan deficientes para la precisión científica.

Insuficiencia del lenguaje

«Limpia, fija y da esplendor», tiene como lema la corporación que representa la autoridad, siquiera moral, respecto del idioma, y todavía, dando preferencia a la retórica y sobre la lógica, no han comprendido los sabios que la forman, y creo que ni la inmensa mayoría de los que piensan, hablan y escriben, que sin precisión en los nombres de las ideas no pueden formarse juicios, lo mismo que con números heterogéneos no pueden hacerse operaciones aritméticas.

A causa de esa vaguedad, necesitó un día Salmerón hacer la declaración siguiente: «Cuando hablo de pueblo pongo mi mira en el conjunto, en lo que integra un estado social, no el pueblo de los elementos populares, del elemento obrero, del cuarto estado, sino el pueblo por lo de arriba, por lo de abajo, por lo del medio, de todos lados».

Clases sociales

Haré notar, por último, que para el conocimiento y debida apreciación de las partes en que se divide un todo nacional humano, el *pueblo*, según Salmerón, a diferencia del todo nacional geográfico, la nación —que según definición reúne los hombres que habitan un mismo territorio y tienen un mismo origen, un idioma oficial e intereses comunes y se hallan sometidos a un mismo Gobierno— se ha dividido en otros tiempos, y aún se divide actualmente en países de civilización rezagada, en castas, condiciones, estados y brazos, según que los individuos eran brahmanes o parias, libres o esclavos, nobles o plebeyos, señores o siervos, casados, viudos o célibes; y en la civilización moderna, a pesar de la democrática igualdad ante la ley, se divide todavía en clases que representan rancias jerarquías y categorías:

hay clase rica, media y pobre; la primera comprende en general los detentadores de la riqueza natural y social por origen, por herencia y también por explotación indirecta; la segunda, los que, de origen pobre, conquistaron o van conquistando la riqueza por la explotación de los inferiores; la tercera, los despojados del patrimonio universal, los desheredados que viven en la condición ínfima de trabajadores asalariados, sometidos, en lo económico, al régimen de la accesión; dedicados a producir, recolectar, conservar y cambiar en beneficio exclusivo de los propietarios, y a defender sus personas y sus propiedades con las armas y bajo la disciplina militar; y en lo político, con el sufragio universal, sirviendo con su número y sus votos de ficticio sustentáculo al Poder.

Por mi parte y para mi objeto he de tomar la palabra *pueblo* en su acepción académica moderna de gente común y humilde y sus similares históricas, para venir a la conclusión de que lo que por naturaleza es uno no debe ser dividido por la sociedad.

El ciudadano

Y no se pretenda cohonestar, con la supuesta igualdad del título de *ciudadano*, las enormes diferencias con que se manifiesta la desigualdad en nuestros días, porque el título tiene la desigualdad como vicio de origen: el ciudadano ateniense era un filósofo más o menos charlatán, que vivía en la holganza, reposando sobre el trabajo de 400.000 esclavos; el ciudadano lacedemonio era un rústico guerrero que oprimía y explotaba cruelmente a los desgraciados ilotas; el ciudadano romano era un bandido disoluto y feroz que hacía la guerra a todo el mundo conocido para robar el producto del trabajo y reducir a la esclavitud a los productores, y en el día son ciudadanos el noble, el cura, el militar, el propietario, el industrial, el rentista, el hombre de carrera, el obrero, el labrador, el peón y el gañán, es decir, todo el *maremagnum* de la desigualdad más repugnante.

La definición salmeroniana de la palabra *pueblo* está hecha con arte, brilla con el pulimento, con el afeite, ya que no con la espontaneidad de la sinceridad, como corresponde a la elocuencia del gran técnico de la palabra, que decía brillantemente lo que quería decir, aunque ello no fuera siempre

lo que debiera decirse. Así, a creerle por su palabra, su *pueblo*, parece ser el verdadero, el legítimo, no el de «los elementos populares», no el del «cuarto estado». ¡Lástima que Salmerón no hubiera sido académico! A serlo, habría podido reformar o proponer la reforma de la definición a su gusto, y no que ahora, con el diccionario en la mano, aunque se digan disparates, todo el mundo tiene razón.

El hombre

Lo cierto es que la nación, en cada nación regida por un derecho legal, igual teóricamente para todos los ciudadanos, ya lo hemos visto, hay clases, cuyas diferencias afectan a las condiciones esenciales de vida, y por tanto, a la participación en los beneficios de ese derecho legal, y que, sólo por el hecho de existir esas diferencias, hay contradicción entre ese derecho amañado artificialmente por los privilegiados para que sea admitido y respetado y el derecho natural, inmanente, que es de tanto arraigo y de tanta extensión, que sobre él ha podido Pi y Margall escribir estas palabras que la humanidad no olvidará jamás, y que probablemente, cuando todos los libros santos, perdida toda eficacia ética y coercitiva, formen parte del saber humano a título no más de documentos histórico-literarios, se repetirán como palabras de salud y de vida:

Homo sibi Deus —*ha dicho un filósofo alemán*—: *el hombre es para sí su realidad, su derecho, su mundo, su fin, su Dios, su todo. Es la idea eterna, que se encarna y adquiere la conciencia de sí misma: es el ser de los seres, es ley y legislador, monarca y súbdito. ¿Busca un punto de partida para la ciencia? Lo halla en la reflexión y en la abstracción de su entidad pensante. ¿Busca un principio de moralidad? Lo halla en su razón, que aspira a determinar sus actos. ¿Busca el universo? Lo halla en sus ideas. ¿Busca la divinidad? La halla consigo.*

Un ser que lo reúne todo en sí es indudablemente soberano.

El hombre, pues, todos los hombres son ingobernables. Todo poder es un absurdo. Todo hombre que extiende su mano sobre otro hombre es un tirano. Es más: es un sacrílego.

Tras la igualdad política persisten las clases

Sí, hay clases; y siguiendo el estudio que sobre este asunto hace Malato en *Las clases sociales*, tenemos que medio siglo antes de la Revolución francesa, la sociedad feudal, agonizante entre el peso de la monarquía centralizadora y los esfuerzos de la clase media e inferior para emanciparse, se descomponía en alta nobleza, pequeña nobleza, burguesía, artesanos, obreros y siervos.

La variación ocasionada por la Revolución consiste en la supresión de dos clases de la antigua clasificación, la nobleza y la servidumbre.

Hay nobles todavía, pero como si no existieran; bien es verdad que en las naciones monárquicas dan comparsa al trono, servidumbre íntima y lacayuna a las personas reales y entre sí se reúnen para rendir culto a la vanidad, pero sólo a condición de conservar sus riquezas, porque sin ellas toda noble estirpe se disuelve, se liquida, se evapora en la inutilidad social; un noble pobre es un ente ridículo y despreciable, del que nadie hace caso. En las naciones republicanas a la clase noble, como tal clase en decadente descomposición, casi no le queda ya más recurso que proveer de maridos a las millonarias americanas que tienen el capricho de cubrir con blasones y títulos nobiliarios el origen usurario de sus millones, haciendo el mismo efecto que aquellos libros malos que se venden como papel viejo para envolver mercancías de mínimo valor.

Ya no hay siervos; porque libres los ricos con la posesión de su dinero y de su crédito, y mejor organizada la nación para la defensa y el ataque, ya no necesitan el trabajador sujeto al terruño ni el individuo para sus mesnadas; el trabajador, libre por su cuenta y riesgo, aunque careciendo de tierra que pisar, y el soldado regimentado en esa institución férrea llamada el ejército, representan para el rico un gran cuidado menos y una libertad ilimitada, porque sin el coste de la bazofia ni el rancho tienen aseguradas la accesión y la renta, la defensa y la tranquilidad. Ofuscados ante la realidad y cerrando los ojos a la evidencia, vienen los radicales políticos a negar la existencia de las clases, y a eso tiende la definición antes citada de Salmerón, porque así conviene a la justificación que quieren dar a la supuesta soberanía del pueblo, que es la especie de derecho divino, la ficción democrática, que sustenta el poder político en nuestros días.

Y sin embargo, las clases sociales se definen sencillamente; cada uno conoce la suya, aunque por la hipocresía dominante y por los convencionalismos corrientes quiera disimularla aparentando lo que no es a costa de mayores sufrimientos: son grupos sociales separados por una línea divisoria constituida por la propiedad. A ambos lados hay subclases que responden a las diferencias que pueden existir en el poseer y en el no poseer, dando vida al derecho que formuló Mr. Guizot en el Sinaí burgués con este único mandamiento: «¡Enriqueceos!», y que confiesan los burgueses con este brevísimo credo: «Tanto tienes, tanto vales».

La Riqueza

Bien decía José Selgas:

¡La Riqueza! He ahí, en efecto, la deidad definitiva de la edad presente. Pero no sólo hemos creado un dios poderoso, sino que también le hemos consagrado el honor de toda una ciencia. No; no es una divinidad empírica, caprichosa, hija de la superstición y de la ignorancia; no es un dios fantástico, quimérico, sino un dios real y positivo; dios cuya teología es la economía política que profesamos, cuyo gran templo es la Bolsa, dios al que se le debe el culto de todos los placeres.

¿Qué promete?... ¡Ah! Promete el Paraíso en la tierra, todas las comodidades imaginables, la satisfacción de los más refinados apetitos, el cumplimiento de los deseos más voluptuosos... Promete lujo, prosperidad, abundancia... Contar con él es contar con todo. ¿Qué pide en cambio? En realidad, nada... Cierta insensibilidad... cierta dureza de corazón... la frialdad del número, la dureza de la cantidad...

Ya queda dicho: la teología de ese dios práctico, utilitario y positivo es la economía política, esa ciencia nueva, cuyo dogma fundamental es éste: «Lo que no vale dinero, no vale nada»; la ciencia del crédito permanente y de la deuda eterna. La Bolsa es el gran templo; más aún, el gran oráculo. ¿Qué dicen los dioses?, preguntaban los antiguos paganos. Nosotros preguntamos: «¿Qué dice la Bolsa?» Puede asegurarse que ella es el centro de la vida, donde palpita el corazón de la sociedad moderna.

Sí; rige hoy la religión del dinero, cuyos fieles son los ricos, y ante la cual los réprobos son los pobres, y el conjunto de ellos, confundidos en el *pueblo*, bajo el peso de la accesión, están como en el verdadero infierno terrenal.

Ya hemos visto que el carácter distintivo de la época, el resultado del predominio de la burguesía, consiste en la simplificación del antagonismo de clase por la absorción de la nobleza en la clase rica y por la fusión de la esclavitud y la servidumbre en el proletariado, en esa gente «común y humilde» de que habla la Academia; pero de esa simplificación a la abolición de las clases, al establecimiento de la igualdad, a que la sociedad responda por su constitución y organización a la unidad esencial de la especie, hay un abismo infranqueable.

Ved el alma de la burguesía en este pensamiento de Leroy-Beaulieu: «Conviene que haya pobres y ricos, para que los pobres luchen para hacerse ricos, porque así se hace el progreso social, y no de otra manera».

Pero esa guerra perpetua, ¿es un estado normal o un estado patológico? —pregúntanse los que, impulsados por cierto pesimismo, quieren demostraciones experimentales para todo, más allá del límite racional que ha de tener la experimentación, hasta para aquello a que únicamente puede responder el raciocinio.

A esa duda sólo cabe responder que mientras en las costumbres y en las instituciones exista el dualismo social, la usurpación propietaria y el autoritarismo, es decir, en tanto que la causa subsista, durará el efecto: la paz social no existirá. Esto es de sentido común.

Tenacidad de los usurpadores

Se ha visto, además, que la tenacidad de los usurpadores es incorregible, quienes, faltos de fe en un porvenir de justicia, a sus propiedades se atienen, y dejan morir sin piedad al que carezca de lo necesario. Pues de ahí ha surgido la idea de abrir paso a la vida, cortando por lo sano con la expropiación, socializando los medios de producción, con lo que se justifica la lucha del proletariado contra los monopolizadores capitalistas, contra la clase media en general, contra sus defensores religiosos, jurídicos y políticos; en resumen, contra todos los detentadores de la propiedad y sus cómplices.

Si, como ya reconoce todo el mundo en teoría, hay un derecho humano inmanente, preciso es aceptar su consecuencia práctica, y no sólo ha de reconocerse que entre un archimillonario y un obrero sin trabajo de nuestra civilización hay unidad de derecho, sino que es preciso que estos tipos, producto del irracional e inicuo dualismo que impuso la ignorancia y conserva el privilegio, se fundan y confundan en la bella y justa igualdad social.

La lucha por la existencia es excepcional

No se pretenda justificar el hecho de una desigualdad absurda como resultado de la llamada *lucha por la existencia*, porque, aparte de que el significado de esa frase de sentido figurado, de que tanto han abusado los privilegiados por herencia o por explotación, se halla neutralizado por el de esta otra, la *ayuda mutua*, resulta que la palabra *lucha* en sentido recto, que es como ha de tomarse para que tenga valor científico, significa conflicto pasional entre dos inteligencias y dos voluntades, que se resuelve por la fuerza y en que puede aceptarse una solución pacífica o resultar un vencedor y un vencido, lo que indica una anormalidad que puede haber sido precedida y aun ser seguida de un estado normal de paz y tranquilidad.

Lo experimental, lo cierto, lo racional, es que todo lo que vive conserva su existencia acomodando su manera de ser al medio en que se halla, buscando un medio más favorable, adaptándose lo que le favorece y puede alcanzar, y rechazando, si puede, lo que le perjudica; pero eso no es luchar. Luchan dos seres o dos colectividades entre sí impulsadas por el deseo o por la necesidad de obtener una cosa única: una hembra, una comida, una distinción, una ventaja, una hegemonía; no las cosas y los seres por las adaptaciones y combinaciones de lo inconsciente, de lo desapasionado, de lo incapaz de luchar que necesitan y encuentran a su alcance, ni, aunque difícil de alcanzar, logren o no obtenerlo.

Los seres vivientes viven, y no luchan esencialmente por y para vivir, sino excepcionalmente cuando otro ser, rival o concurrente, le disputa algo que considera necesario a su existencia.

La *lucha por la existencia* es una frase fantasma, no existe en realidad.

No es soberano el pueblo, lo es el individuo

Otra negativa para terminar: Pi y Margall ha dicho:

La soberanía del pueblo es una pura ficción, no existe. La idea de soberanía es absoluta; no tiene su menos ni su más, no es divisible ni cuantitativa ni cualitativamente. ¿Soy soberano? No cabe, pues, sobre mí otra soberanía, ni cabe concebirla. Admitida, por lo tanto, la soberanía individual, ¿cómo admitir la colectiva?

¿No se rebela mi inteligencia a cada paso contra las determinaciones de esa pretendida soberanía de los pueblos? Si las leyes no me dejan la esperanza de poder renovar pacíficamente estas determinaciones, ¿no apelo, acaso, a la violencia? Admitida por un momento la posibilidad de dos soberanías, la colectiva sería lógicamente superior a la del individuo; ¿en virtud de qué principio podría nunca protestar ésta contra la acción de aquélla?

Mas hasta la hipótesis es terriblemente absurda; la soberanía nacional no necesita otro golpe; dejémoslos de luchar contra un cadáver.

Entre soberanos no caben más que pactos. El contrato, y no la soberanía del pueblo, debe ser la base de nuestras sociedades.

¿Lo ves, trabajador? Te llaman *pueblo* para enaltecerte, te llaman *pueblo* para envilecerte, te llaman *pueblo* para explotarte. Unas veces el que te llama *pueblo* se une a ti con el halago cuando te necesita; otras se separa de ti con desprecio cuando goza; otras veces te amenaza con rabia cuando te teme. Y tú, entretanto, abajo, en la última capa social, olvidado de ti, de los tuyos y del mundo, o te consumes en la mansedumbre, o exhalas doloridas quejas, o aplaudes a tu peor enemigo, que es ambicioso disfrazado de redentor, que sobre tus sufrimientos y con tus aplausos y tus votos adquiere prestigio e influencia y se eleva remachando tus cadenas.

Ya has leído lo que escribió Pi y Margall cuando no ostentaba más título que el de pensador: tú, tú sólo eres soberano de ti mismo, como todos tus compañeros, y la lógica añade como todas las mujeres, y entre soberanos no caben más que pactos. Pero discierne: también Pi fue luego político, y como tal, a través de radicalismos de oropel, sometió tu intangible derecho al régi-

men social imperante, y habló del Estado, de la soberanía nacional, del Parlamento, del ejército, del tesoro, de la deuda, del presupuesto, de las ocho horas y del *minimum* de dos salarios, olvidando la lógica de los principios. No diré de él que fue de esos políticos que empiezan poniéndose a tu lado en mangas de camisa esperando el momento de ponerse el frac para jurar el cargo de ministro; respeto mucho la memoria del autor de *La Reacción y la Revolución*; pero deploro que haya ofuscado el brillo inextinguible de aquel libro con el oportunismo político de su *Programa del Partido Federal*, utopía del presente que no será jamás la realidad del porvenir (bien alto lo proclaman la vieja Suiza y todas las repúblicas federales de América), y siento que no haya mantenido hasta su último momento, ocurrido en 16 de noviembre de 1901, el vigor intelectual y la rigurosa lógica sustentada en 1854; no se explotaría hoy su nombre y la austeridad de sus costumbres en contra de los trabajadores que van a la transformación revolucionaria y científica de la sociedad sin dejar tras sí un quinto estado irredento.

Tierra y Libertad (Barcelona), III, 6 (20 diciembre 1906), 4, reeditado en *El pueblo (Estudio libertario)* (s.a.>1909), pp. 11-19.

Vía libre al Progreso

El dinero

Encanta leer lo que los economistas escriben acerca de las ventajas producidas por el descubrimiento y uso de la moneda, completado algunos siglos después por el de la letra de cambio y más recientemente por el billete de banco.

Antes, el que quería deshacerse, por ejemplo, de un buey y necesitaba un pan, un pedazo de cinta o un puñado de sal, se vería negro para verificar la transacción, y más de cuatro veces le ocurriría quedarse con su buey, habiendo de alimentarle, además, hasta mejor ocasión, y con la túnica desatada habría de comer sin pan y sin sal los poco suculentos comestibles que

tenía a mano; y si esto ocurría al individuo del ejemplo mientras permanecía en su tierra, las dificultades aumentarían hasta lo inconcebible si, esquilmando un territorio, tenía que viajar para hallar nuevos recursos vitales en un terreno virgen, imposibilitado como se hallaba de fraccionar y meter en una bolsa los objetos de su propiedad para efectuar los cambios a medida que se presentasen las necesidades, aunque es natural que entonces se tuvieran ideas muy diferentes de las actuales sobre la propiedad, y rigiera el concepto urgentísimo de «tomar donde haya», sin las ceremonias de la compraventa.

Después la cosa varió por completo: con las monedas, chicas y grandes, que sintetizan y fijan el valor, el adinerado pudo comprar lo mismo cosas de valor ínfimo que las más costosas y trascendentales, desde un ochavo de azafrán para sazonar la olla, hasta la salvación de su alma que permitiera al adinerado comprador de indulgencias, misas y sufragios de todas clases asistir eternamente al concierto de la música celestial. Luego, como un descubrimiento trae otro consigo, con el crédito consiguiente a la posesión del dinero y lógica suposición de la solvencia, surgieron multitud de industrias y recibieron gran impulso las ciencias y las artes; pero con la facilidad del cambio vino lo que no se había previsto, y aunque se previera, no pudo evitarse: el tráfico, el negocio, el agiotaje, la explotación, la usura y el monopolio, o sea las operaciones gananciales inspiradas por el egoísmo, individualismo o como quiera llamársele.

Y he aquí cómo la moneda, positivo progreso, facilitó al rico la ventaja temporal y eterna, quitándole el cuidado consiguiente a la posesión antigua, por ejemplo, de grandes rebaños, que necesitaban mucho espacio y grandes cuidados —sobre todo si se le compara con un millonario de la libre América, cuya firma es siempre dinero en todas partes— y tranquilizando su católica conciencia con un importante y oportuno legado a la Iglesia, mientras que en forma de salario deja a los trabajadores en la duda de si su estado es mejor o peor que la esclavitud y la servidumbre antiguas.

Callejón sin salida

De hecho, a la vista está, toda la riqueza natural y la producida se halla (acaparada iba a decir, pero la Academia califica de bárbaro y afrancesado el verbo *acaparar*) monopolizada precisamente por los que, dueños de la tierra, de las minas, de las fábricas, de los talleres, de los laboratorios, de los almacenes y de los medios de comunicación y transporte, alquilan mediante el jornal o sueldo a los que con sus brazos, su inteligencia o ambas cosas a la vez les sirven o convierten la primera materia en producto adaptable a las necesidades, a los caprichos y aun a los vicios humanos, y distribuyen la producción por todas partes. De modo que los que menos títulos racionales ostentan para el caso, aunque en posesión de los títulos legales, porque tienen dinero y lo acumulan sin cesar con sus ganancias, son los amos, mientras que los provistos de más legítimos derechos, los positivamente productores, se consumen en el abismo de la privación.

Y no se califique de exagerada esta consideración, porque ahí están los economistas, sosteniendo que el origen de la propiedad es el trabajo, y en tanto que los holgazanes son los propietarios, los trabajadores carecen de tierra que pisar. Más aún: para disimular esa iniquidad, Santo Tomás, el llamado ángel de las escuelas, y, más tarde, León XIII, ilustrado por los economistas burgueses, siguiendo a aquel angélico doctor y al Espíritu Santo, proclamaron que se ha equivocado el alcance y significación de la moneda, la cual no da derecho a la posesión absoluta y exclusiva de las cosas adineradas o adquiridas por el dinero, porque nadie puede poseer de sobra aquello de que los otros carecen y es indispensable para su subsistencia, y, por tanto, los ricos no son poseedores con derecho al uso y al abuso, sino como tutores y administradores de los pobres; y, sin duda, en previsión de que hubiera ricos que en eso de la tutoría y administración barriesen hacia dentro, según la gráfica expresión del padre Coloma, se dijo aquello del camello y del ojo de la aguja, que por sí solo pondría piel de gallina al creyente, si los hubiera de veras, si pudiera haberlos, si no hubiera venido la ciencia a última hora a llenar la conciencia de los ricos, quienes siempre salen ganando, a negar la posibilidad de una vida ultraterrena y espiritual, y si hu-

biera positivamente quien antepusiera la salvación de su alma a la posesión del céntimo extraído por la explotación.

Y resulta que bien quisiera el pobre dar amplísima instrucción a sus hijos, aplicar a sus enfermos la asistencia de la eminencia científica o el uso de las aguas de la estación balnearia reconocidamente útil, pero lo impide la exigüidad del jornal.

Quisiera el pobre dar satisfacción cumplida a sus necesidades morales y materiales y darse el tono correspondiente a su jerarquía en la escala animal, compartiendo sus derechos con todos los demás individuos de su especie; pero ¿dónde va el que sólo cuenta con el jornal, y a veces sin ni siquiera, cuando se inventa una máquina o cuando no hay pedidos y están llenos los almacenes?

Por último, todo aquello que el pobre produce por un jornal irrisorio, en análogas condiciones a todos los trabajadores, lo encuentra en el mercado recargado con el tanto por ciento destinado a formar la fortuna del industrial, del almacenista, del propietario, del tendero, del rentista, y, además, con la parte correspondiente del presupuesto que se dedica a alimentar y a sostener la vida, las necesidades y los vicios de toda clase de funcionarios civiles, religiosos y militares, por lo que le cuesta carísimo y ha de reducirse a lo preciso, a la privación sistemática, que causa debilidad física y moral, y, por último, tras una vida limitadísima y deficiente, acaba en una muerte prematura, en tanto que todo lo que sirve para lujo, comodidad y refinamiento del gusto lo disfrutan los otros, los adinerados, los que no trabajan, los que, careciendo de productos propios que cambiar, poseen en abundancia el signo de cambio. Y por contra nos quieren hacer creer que lo absoluto cabe dentro de lo relativo, que lo infinito se halla contenido en lo limitado, como quien arroja la casa por la ventana, diciéndonos que un Dios hecho hombre... ha dicho que ¡siempre habrá pobres en el mundo!

Y resulta, en resumen, que el dinero, que se inventó para facilitar las transacciones y no debió tener nunca más significación que la que legítimamente le corresponde de signo de cambio, algo así como el cartón o la chapa con el número acreditativo de propiedad en un guardarropa, se halla en poder de los improductivos, que poseen chapas a millones, y por esa

posesión, racionalmente inadmisible e injustificada, se convierten en señores de vidas, honras y haciendas.

Y he aquí que en vez de proseguir la humanidad libre y amplia vida progresiva, como seguiría si sólo atendiéramos a la razón, por habernos desviado por un falso utilitarismo, nos hallamos en un callejón sin salida... entendámonos, sin salida fácil, ya que salida progresiva no ha de faltar, porque la cosa ha de reventar por un lado o por otro mientras la humanidad subsista, si no de manera cómoda y corriente, atropellada y revolucionaria; ello es que se han de allanar los obstáculos por separación o extravasación de la fuerza contentiva, cayendo privilegios y errores y haciendo práctico e indestructible el unitarismo social, complemento lógico, necesario, fatal, del monismo científico.

El derecho romano

Sí; en un callejón sin salida nos hallamos, y no de hoy. Léase esta cita de Reclus, de *El Hombre y la Tierra*, apoyada en otra de Duruy, de *La historia de los romanos*: «La fuerza de Roma no se gastaba por completo en el acrecentamiento de su imperio, sino que empleaba gran parte de ella en disensiones intestinas. Los diversos pueblos que se habían reunido en la ciudad del Tíber no se distinguían únicamente por el origen, diferían también por las condiciones de fortuna y la posición social; constituían otras tantas clases que, por la fuerza de las cosas, se fundieron gradualmente en dos sociedades de intereses distintos y necesariamente hostiles, los patricios y los plebeyos. La historia interior nos refiere ciertas peripecias de la continua lucha. La usura agravaba las relaciones entre las dos clases, porque el deudor se convertía en la presa, en la cosa del acreedor. La terrible ley de las Doce Tablas, destinada a dar a las costumbres locales un carácter de eternidad, demuestra cuán fácilmente caía el pobre plebeyo en las manos de su acreedor. «Que el rico responda por el rico; por el proletario quien quiera [...] Al tercer día del mercado, si hay varios acreedores, que corten el cuerpo del deudor. Si cortan más o menos, que no sean responsables por ello. Si quieren, pueden venderle al extranjero, al otro lado del Tíber». El Shylock de Shakespeare no era más que un resucitado de la antigua Roma.

Esa ley atroz, que puesta en acción en el teatro nos espanta, es nuestra ley, es nuestro «derecho romano».

La burguesía

Al trabajador cándido que en la cita anterior no vea más que la afirmación y la negación que en ella se hallan contenidas, y sin comprender bien su sentido confíe todavía en la burguesía republicana radical, expongo, únicamente a título de ejemplo demostrativo, porque al fin se trata de un parlamentario, los siguientes datos y razonamientos suministrados por un inteligente socialista francés, Allemane, antiguo combatiente de *La Commune*, deportado a Nueva Caledonia y actual diputado:

Nuestra burguesía, por avanzada que se suponga en política y en filosofía, se muestra pusilánime y reaccionaria en cuanto se trata de la menor reforma económica.

A ese miserable estado mental se debe que la Francia republicana sea casi la única nación, en el mundo industrializado y con tendencia a civilizarse, que ignore que los Municipios y el Estado pueden proporcionarse recursos sin recurrir constantemente al impuesto. De ese modo se llegará, por exigirle la fuerza de las cosas, a que los presupuestos del Estado, de los Departamentos y de los Municipios alcancen proporciones tan inquietantes que amenace la bancarrota.

Más de 7.000.000.000 (¡siete mil millones en números redondos!) se extraen anualmente del trabajo en Francia por los Municipios, los Departamentos y el Estado, sin que se piense en la reorganización autónoma de los servicios públicos. La república, como la monarquía y el imperio, se opone a toda innovación que perturbe lo más mínimo el agio del gran capital, la apropiación por algunos privilegiados de la riqueza nacional, social, humana. En vano algunas plumas independientes y aun desde la tribuna se ha clamado que la república, precisamente porque pretende ser la emanación libre del país, era doblemente culpable por entregarle indefenso al Moloch capitalista; nada... el monstruo continúa hartándose de carne y sangre de

trabajadores, hasta el punto de amenazar con el fin de la raza... La tisis por sí sola causa más de trescientas mil víctimas anuales, debido al estado de miseria y de falta de higiene en que viven las multitudes laboriosas, y a pesar de tan espantosa hecatombe, nuestra egoísta burguesía no le conmueve. ¡A qué hablar de humanidad a Shylock!

El muro contentivo

La Cámara, el Senado y la mayor parte de las asambleas municipales y departamentales se oponen a toda reforma esencial que modifique la vida económica del país, que le alivie de sus cargas, que aumente algo su bienestar; no quieren más que el *statu quo*, el dominio de la bancocracia...

Ved ahí claro el muro contentivo del impase, el atasco del Progreso. ¿Quién lo romperá? ¿Quién dejará vía libre?

Fin de la burguesía

No será la burguesía, representada en el inhumano símbolo de Shylock, porque se halla incapacitada para progresar. He ahí su imagen, admirable de verdad y de oportunidad, trazada por Prondhon hace ya más de cuarenta años:

No hay ya energía en su conciencia, no hay ya autoridad en su pensamiento, no arde ya su corazón, no hay ya en ella más que la impotencia de la senectud y el frío de la muerte. Y nótese bien lo que voy a decir ahora. ¿A quién debe la burguesía contemporánea ese esfuerzo sobre sí misma, esas demostraciones de vano liberalismo, ese falso renacimiento que nos haría tal vez creer la minoría parlamentaria, si no se reconociera su vicio de origen? ¿A quién hay que atribuir esa luz de razón y de sentido moral que no ilumina ni es ya posible que resucite al mundo burgués? Sólo a las manifestaciones de esa joven conciencia, que niega el nuevo feudalismo; sólo a la afirmación de esa plebe de jornaleros, que ha tomado decididamente la delantera a sus antiguos patronos; sólo a la reivindicación de esos trabajadores, a quienes ineptos políticos de oficio niegan la

capacidad, precisamente cuando acaban de recibir de ellos su mandato político.

Que la burguesía lo sepa o lo ignore, su papel ha concluido: no irá ya más lejos, ni es posible que renazca.

¿Habría todavía quien niegue que la emancipación social de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos?

Cuando Hernán Cortés, en la famosa *noche triste*, seguido de su reducido ejército, hubo de abandonar la capital de Méjico, muchos soldados cargados de riquísimo botín perecieron ahogados en el foso por no abandonar su tesoro. Así es la burguesía en general: antes morirá en la conflagración revolucionaria que despojarse de su ambición y de su soberbia ante el progreso y la justicia.

Pero la burguesía dista mucho de ser la humanidad; no es sino una fracción hasta cierto punto mínima, una especie de secta dominante por la usurpación, y su dominio se funda tanto en los recursos poderosos que acumula como en el atávico servilismo de las multitudes dominadas, y eso no ha de durar siempre, ni siquiera mucho; los desaciertos de los usurpadores y la conciencia y la energía de los revolucionarios despojados indican ya un término relativamente próximo.

El Hombre Nuevo

A despecho de tanta injusticia social, la ciencia labora con independencia, y ha producido esa abstracción que Malato denomina el Hombre Nuevo, capaz de medir una milésima de milímetro, de comunicar su pensamiento por el espacio sin aparato visible, de levantar sin esfuerzo pesos de millones de kilos, de recorrer en un día más de dos mil kilómetros, de romper istmos, de taladrar montañas, de intentar el dominio de la atmósfera y de los polos, de analizar la composición de los astros, de hacer tabla rasa de lo sobrenatural; sabe, además, que todo es materia sólida, líquida, gaseosa o radiante; que calor, fuerza y luz son distintas maneras de ser de la materia en vía de perpetua transformación con arreglo a leyes fijas, y se da cuenta de que él mismo es un producto del conocimiento parcial de esas leyes de transfor-

mación, que hace funcionar según sus necesidades a medida que avanza conscientemente en el campo del inmenso Desconocido. Por ello ha alcanzado un poder grandioso, esterilizado aún por los errores tradicionales, pero del cual ha de salir la sociedad racional y justa, inspirada en este criterio de economía perfecta: realizar, con el mínimo de esfuerzo, el máximo de ventajas posibles en vista de la mayor felicidad de todo el mundo.

La acción social, la vida social es un engaño infame si el patrimonio universal, compuesto de todo lo que da la Naturaleza y sabe aprovechar la humanidad, no alcanza a todos sin distinción y no procura a cada uno la mayor suma de bienestar realizable en cada época; porque materialmente el Hombre Nuevo puede producir al presente alimento para que todos se harten; vestido y calzado para que nadie sufra desnudez; habitaciones cómodas, alegres e higiénicas para habitación de todos; ciencia y arte para que todas las inteligencias y todos los sentimientos se desarrollen en la amplitud propia de su ser. La humanidad ha adquirido una facultad nueva que no tuvo en ninguna otra época de su evolución: posee la facultad de producir la abundancia.

En ese Hombre Nuevo renace la humanidad sin dualismo posible.

Declaración científico-racional

El hombre envilecido, el trabajador maldito se levanta, rechaza todos los vilipendios, se purifica, se coloca en el grado natural de la igualdad social, anula todas las distinciones que servían de fundamento artificial al privilegio y se constituye en núcleo de regeneración y de nueva vida, a su nivel se van elevando los humildes y van descendiendo los soberbios, y esa agrupación selecta, adaptándose el pensamiento de grandes pensadores que coinciden en sus conclusiones. después de haber estudiado el mundo a través de sus poderosas inteligencias desde diversos puntos de vista y diferente orden de ideas, declara:

- 1.º Que en el presente régimen social, el progreso no corre por igual para todos, sino que es causa de mayor desigualdad (Carlos Marx);
- 2.º Que la esclavitud ha renacido por la absorción capitalista (León XIII);
- 3.º Que nuestra organización social ha quedado en estado de barbarie (Ernesto Haeckel).

Debido a que:

- 1.º Existe la propiedad individual de la tierra y de los medios de producir (Congreso Obrero Internacional de Bruselas, 1868);
- 2.º Existe la transmisión hereditaria de la propiedad individual (Congreso Obrero Internacional de Basilea, 1869);
- 3.º Como consecuencia existe el salariado (Congreso Obrero Internacional de Ginebra, 1866).

Y partiendo de estos principios:

- 1.º La emancipación social de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos;
- 2.º Los esfuerzos de los trabajadores para conquistar su emancipación no han de tender a constituir nuevos privilegios para sí mismos ni para nadie;
- 3.º La emancipación de los trabajadores es un problema internacional (Estatutos de la Internacional).

Reconoce que la Sociedad ha de fundarse en la reciprocidad del derecho y del deber, expresada en este conciso aforismo que desde la Internacional ha adoptado el proletariado emancipador: «No hay deberes sin derechos, no hay derechos sin deberes.»

He ahí en profecía, como visión anticipada e ineludible de la evolución progresiva, roto el muro de contención del progreso y afirmados los cimientos de la sociedad racional y científica.

Confirma la anterior afirmación este pensamiento de Paul Deschanel en un discurso en la Academia francesa:

Las causas profundas de los grandes cambios humanos no se hallan en los círculos de letrados: radican en las aspiraciones de los sencillos. Son los desheredados de la tierra quienes han perseguido más enérgicamente el ideal y quienes han elaborado el bien en que vivimos. Son los infinitamente pequeños, en lo profundo del sombrío mar de los pobres, quienes fundan el porvenir.

Sólo falta que una minoría obrera prepare suficientemente su inteligencia y determine su voluntad para que la profecía se convierta en ese rápido momento presente iniciador del futuro que transformará en pasado, en evolución cumplida, el comunismo anarquista, que ha de dar efectividad mientras la humanidad exista al derecho inmanente, inalienable e ilegislable del individuo.

Tierra y Libertad (Barcelona), IV, 16 (21 marzo 1907), 4, reeditado en *El pueblo (Estudio libertario)* (s.a.>1909), pp. 65-73.

El proletariado invencible

La ley, como los iconos católicos durante algunos días de la luna de marzo, ha estado cubierta.

Si no con la misma periodicidad suele cubrirse esa ficción escultórico-legal del derecho humano.

El proletariado, último mono social, ha sacado naturalmente la peor parte.

Pero ¿quién ha dicho que el proletariado ha sufrido una derrota?

¿Qué saben los mezquinos adoradores del éxito de achaques de lucha por el ideal?

La organización proletaria ha quedado quebrantada; la arbitrariedad gubernamental ha hecho de las suyas: ha suspendido las garantías constitucionales, ha suprimido periódicos obreros; ha cerrado centros; se ha incautado de listas, libros administrativos y correspondencia; ha dado cargas en las calles; ha aprisionado a los inteligentes y activos inscritos en los registros policíacos; ha incoado procesos destinados a ser sobreesidos; ha aterrorizado a los débiles y asustado a los prudentes; pero todas esas injusticias más o menos duras que pesan sobre gran número de trabajadores no alcanzan sino a una mínima parte del proletariado.

Si los trabajadores no han podido plantear la huelga general, no había de plantearla la burguesía: los privilegiados que comen, holgazanean de todas

maneras y se engolfan en todos los vicios de la ociosidad, no habían de forzar su pasión de cruel venganza hasta producir ellos la huelga general con su persecución a los trabajadores, porque ¿qué comerían al día siguiente? Cerradas las fábricas, paralizados los trenes, sin asalariados que les dieran riqueza por accesión, ¿de dónde sacarían esos inútiles improductivos las cosas diariamente indispensables para la vida?

Pasado el episodio de la lucha de clases la gran máquina de la producción, movida por el número necesario de productores, se ha puesto nuevamente en marcha. Pues sepa cada privilegiado o cada adulator o servidor de la burguesía privilegiada, que cada productor asalariado e injustamente explotado y oprimido es un hombre y en cada hombre vejado y retenido bajo la línea natural del derecho alienta la dignidad manifestada por ardiente rebeldía, y cada vacío dejado en las huestes proletarias que ansían su emancipación, se cubre con nuevos combatientes que vienen de refresco con más vivo entusiasmo, con más vivificante pasión, con más poderosa energía, dispuestos a dar su pensamiento, su actividad y su vida por la emancipación del proletariado.

Rira bien qui rira le dernier, dice el sentido común de los franceses. En la lucha de clases, latente siempre y declaradamente emprendida desde los primeros días de La Internacional, el proletariado lleva perdidas muchas batallas; pero ¡hay de la burguesía el día en que el proletariado gane una! Con tantas victorias la burguesía no ha aniquilado ni vencido a su enemigo porque le necesita. Incapacitada para producir y para servirse, tiene enemigos en su misma casa, en el escritorio, en su almacén, en su tienda, en su oficina, en su taller, en su fábrica, en su mina, en su tren, en su barco, en su quinta de recreo, en donde quiera que ha de cubrir su incapacidad productiva y su sed de placeres con el salario, con el jornal, con el sueldo, con la propina; porque el dinero, resumen de los frutos naturales, frutos industriales y frutos civiles con que por accesión despoja a todo trabajador del fruto de su trabajo, no le da la fraternidad, ni la amistad, ni la concidadanía, ni la tolerancia del trabajador a quien oprime, a quien explota, a quien despoja: ni siquiera le sirve para establecer solidaridad entre los de su clase, por más que en ocasiones parezcan unidos los burgueses para constituir centros patronales contra las reivindicaciones obreras, o pactos del hambre para negar

trabajo a los obreros conscientes, o lockouts para cortar la retirada a los huelguistas parciales, porque la ambición y la concurrencia les enemista y les obliga a traicionar a sus compañeros.

Los trabajadores, por el contrario, tienen comunidad de aspiración, fraternidad positiva, solidaridad práctica en toda la extensión del mundo, sin que las fronteras, las religiones, los idiomas ni las razas los separen: un triunfo obrero en Alemania es celebrado como triunfo propio por los obreros franceses; una ventaja alcanzada por los trabajadores de Melbourne se festeja por sus antípodas de la Bolsa del Trabajo de París; en un congreso obrero internacional celebrado en Holanda se han abrazado un delegado ruso y un delegado japonés. Kotoku ha immortalizado en la horca de Tokio la magna obra de Kropotkine, *La Conquista del Pan*. Desde el extremo Oriente (China y Japón) hasta el extremo Occidente (Méjico) se predica y aun se practica revolucionariamente el comunismo.

La fuerza de los fragmentados egoístas, por poderosos que sean sus ejércitos, por absorbentes que sean sus instituciones centralizadoras, por tiránicos que sean sus sistemas políticos, por opresora que sea su legislación, se sostiene en equilibrio forzado y violento contra todo lo humanamente racional y progresivo, representado por esa aspiración proletaria a la conquista de su natural y social derecho a la evolución, que se desliza por la vía progresiva, cada vez más amplia, más llana y en más suave pendiente, y con tendencias más noblemente altruistas.

Ni el zar con su sevicia, ni el kaiser con su soberbia, ni los reyes constitucionales, ni los presidentes democráticos con sus estadistas previsores o amenazadores con sus leyes *scélérates* pueden comparar la fuerza de los ejércitos y de las marinas a su disposición y dispuestos a destrozarse mutuamente con la fuerza proletaria que puede desarrollarse un día en el mundo por un incidente minúsculo, quizá sólo porque un patrón brutal o un capataz servil despida injustamente a un obrero, que puede representar la gota de agua que produzca el desborde de los sufrimientos y de las justas reparaciones.

El proletariado no tiene regimientos, ni escuadrones, ni acorazados, ni cañones, ni fusiles, pero tiene a su disposición algo más fuerte, poderoso y eficaz que todo eso; tiene la espita de la producción, y puede cerrarla a su

antojo cuando la determinación racional y el acto volitivo, es decir, cuando la inteligencia y la voluntad de los trabajadores solidarios se perfeccionen para llegar a la posible realización de acto tan sublime y trascendental.

Y que estamos en camino de lograrlo, no cabe duda.

He aquí por qué afirmo que el Proletariado es invencible.

Tierra y Libertad (Barcelona), VIII, 81 (1 noviembre 1911), 1, reeditado en *Vida anarquista* (1912), pp. 200-202.

De la Violencia

Indiferencia y sensacionalismo.— Chiquillos viejos.— La masa y sus burujones.— Los «ismos» de «terror» y «matón».— No hay terrorismo anarquista.— El equilibrio de las naciones.— En resumen.

En la general ignorancia de las causas de fenómenos naturales y de acontecimientos vitales, oscilan las gentes entre la indiferencia y el sensacionalismo; es decir, las cosas no importan o importan demasiado.

Ese hecho cuyas causas por su extensión no pueden condensarse aquí por ser generadoras de lo que en síntesis se denomina la cuestión social, produce una mentalidad tan deficiente, tan impropia de hombres y mujeres en la plenitud de su desarrollo, que para darle su verdadera y justa calificación puede denominarse mentalidad infantil; como si dijéramos: considerando el valor mental de hombres y mujeres de nuestra generación y de nuestro medio, hombres y mujeres no son personas, son chiquillos, con la desventaja de que los niños pueden ser corregidos si tuvieran la dicha de tropezar con una educación racionalista, en tanto que el chiquillo viejo, que tiene los atavismos endurecidos y es fatalmente misoneísta, es materia inerte que va rodando por la pendiente de la decadencia al abismo de la incapacidad y de la rutina, donde, con todos sus congéneres, como muertos que tuvieran la facultad de hablar y moverse, no hacen nada digno del cerebro humano, de ese cerebro que, no obstante, cuenta ya con un

maravilloso capital de conocimientos, que contiene la ciencia recogida por la humanidad a través de los siglos y de las distancias, y que es capaz de abarcar con su juicio desde esa cosilla ínfima que se llama el neón —elemento gaseoso que se halla en inconcebible pequeñez en el aire—, hasta las grandiosidades de la vía láctea.

Y esos chiquillos viejos, que por atrofia intelectual no llegan, no pueden llegar, a ser mujeres ni hombres íntegramente sensatos, no deben considerarse como siéndolo únicamente el vulgo, la masa, el pueblo, los desheredados, sino que lo son también ciertas figuras que parecen sabios, filósofos, escritores, grandes oradores parlamentarios y ateneístas y que tampoco son personas, que no han podido tampoco alcanzar personalidad racional, sino que son como pegotes o burujones de la masa y solamente de modo tan poco lucido sobresalen de ella.

Y vamos al asunto. Ocurren los sucesos llamados del terrorismo y del matonismo: para los de la masa, cada caso produce una irritación nerviosa pasajera; su repetición casi convierte esa irritación en hábito. Los pegotes de la masa, en su empeño de singularizarse, discurren sobre las causas, y dicen lo que hemos leído en sus discursos en el Parlamento o en sus crónicas en la prensa, o sea nada que indique causa verdadera ni positivo remedio, ni siquiera sinceridad de pensamiento. Para unos todo se reduce, en último término, a una gacetilla más con monigotes del periódico *Los Sucesos*; para otros la cosa no pasa de motivo de exhibición, de insano anhelo de hacerse ver aunque sea puestos en berlina, de recurso para obtener de soslayo determinado efecto.

Entendámonos ahora sobre las palabras *terror* y *matón*, con esos *ismos* que se les enganchan a la cola para generalizarlas, dándoles carácter de sistema. Por lo pronto distan mucho de ser lo que esa mentalidad infantil, aficionada al misterio, y a la exageración, quieren que sean, ya que en realidad no pasan de hechos que en el curso ordinario de los sucesos son como especie de verrugas propia de todas las épocas de la historia, no en manera alguna exclusiva de la presente ni menos aún en lo referente al terrorismo que quiere hacerse exclusivo de las ideas anarquistas. Sin salir de Barcelona, la historia contemporánea y moderna suministra ejemplos de terrible terrorismo, como: el pacto del hambre puesto en vigor por la bur-

guesía contra los obreros abnegados y conscientes, que ha causado muertes, destierros y cobardías o muertes morales en gran número; persecuciones gubernamentales cuyo recuerdo sanguinario, siempre restringido a Barcelona, suscitan los nombres. de Montjuich, el pontón, la ciudadela, el general Zapatero, el conde de España. Y no queremos hacer erudición varía, sino presentar argumentos a carretadas, y para eso sobra con escribir estas palabras: las guerras civiles, las guerras religiosas, las revoluciones políticas, la Inquisición, las sectas, las colonias, y para final esa misma masa burguesa, que canta el repugnante *bon cop de fals*. ¿Qué demuestra todo eso sino que en materia de terrorismo nadie en el mundo puede tirar la primera piedra?

Y en cuanto al matonismo, que no es exclusivamente barcelonés, ni siquiera español, sino universal, baste decir que mientras haya privilegiados —caciques, explotadores, usureros, etc.— que por sus infamias se atraigan el odio de muchos, siempre habrá quien necesite un matón que le defienda y hombres que se presten a esos menesteres luciendo los conocimientos adquiridos en las aulas del hampa. Sin contar que cierta musa canallesca canta, por ejemplo, «El Mocito del barrio», canción típica entre muchas en que se ensalza en castellano una fanfarronería casi tan estúpida como la de los *Segadors* en catalán.

No puede, pues, sostenerse que haya terrorismo anarquista, porque el conjunto de las ideas anarquistas representa el ideal más perfecto de paz y de economía, que es como decir de amor y de justicia. Lo que puede haber es individuos que por su modo de ser, resumen de muchas causas circunstanciales, obren a impulsos de un determinismo en que ni ellos ni las doctrinas tienen responsabilidad. Bien sabe esto todo el que sabe que existe una ciencia que se llama antropología. Recuérdese que el Evangelio habla de Pedro, considerado, sin duda, como el mejor cristiano, puesto que estaba en mayor contacto con un maestro divino o divinizado, y fue designado como el fundador y representante de la Iglesia, que en un acceso de rabia corto de una cuchillada la oreja de un soldado, el cual tuvo la chiripa de que aquel hombre a quien iba a premiar, especie de anarquista de la época, se la pegase milagrosamente. Y si se quiere un ejemplo más decisivo, capaz de acallar sentimentalismos fingidos en punto al empleo sistemático de la

violencia ahí está con sus enormes consecuencias de injusticia, despilfarro y horrores, la gran violencia llamada «equilibrio de las naciones», fundado en esta máxima: *Si vis pacem, para bellum* (si quieres la paz prepara la guerra), con sus millones de hombres improductivos, desviados del cargo natural y social de su desarrollo natural y físico, que con sus costosos armamentos, se hallan dispuestos constantemente, en obediencia de una orden, a matar y destruir en las espantosas proporciones que muestran las guerras que para mayor horror son también progresivas —como acaba de suceder entre España y los Estados Unidos, entre el Japón y Rusia, como está a punto de suceder, a pesar de la conferencia del Haya, entre los Estados Unidos y el Japón—. Más aún, inspirados los gobernantes de todas las naciones en el funesto error de esa paz guerrera, permítaseme, por lo gráfica, la brutal incongruencia de la expresión, vemos las potencias de primer orden empeñadas en sostener una armada que iguale a la de Inglaterra, y el gobierno inglés empeñado en tener un barco más que el que tenga, no una nación, sino el conjunto de las naciones unidas en una alianza, en cuyo deplorable error sigue, y aun supera ridículamente a todos los gobiernos, el gobierno español, quien, según la frase de un diario de oposición, «acaba de crear una escuadra y rebajar el sueldo a los maestros de escuela», por cuyo medio pronto llegaremos otra vez a que el sol no se ponga en los dominios españoles.

En resumen, ¿qué? Pues nada: que mientras la razón y la justicia sean, como los trabajadores, esclavos de la burguesía, todo irá ordenadamente patas arriba.

¿Se ha de perder por eso la esperanza de arreglo? —¡Cá!!! Despiéñese la burguesía en el abismo fatal de las consecuencias de sus errores y de sus injusticias, sufra que un Jeremías de la clase le diga ¡ya es tarde!, que la humanidad pasará esta crisis como ha pasado otras más gordas, y si desde especies inferiores pudo llegar hasta las alturas del pensamiento en que se halla, si pudo desprenderse de la animalidad primitiva hasta la altura en que rayan los genios de nuestros días, también se desprenderá de la grasa burguesa y volará libre, acercándose cada vez más a las grandezas de la Verdad, de la Belleza y de la Justicia en el régimen de la Anarquía. ¡Cómo no!

En el Haya se celebra una conferencia; otra se celebrará en Ámsterdam.

Tierra y Libertad (Barcelona, IV, 29 (11 julio 1907), 1, reeditado en *Vida anarquista* (1912), pp. 103-106.

Contra un sofisma

La injusticia social es muy antigua. La protesta consiguiente tampoco es moderna. El sofisma para excusar la una y atenuar la otra para que continuaran las cosas en tal estado debió ser su contemporáneo.

Ya un sabio de la antigua Grecia, que hubiera querido abolir la esclavitud, faltándole quizá sabiduría y energía para anteponer la justicia a la conveniencia, dicen que dijo: «La esclavitud no puede desaparecer hasta que las herramientas se forjen por sí solas, las mieses se almacenen en el granero sin la intervención del hombre, los telares nos den espontáneamente la fibra convertida en ropa, y todas las necesidades de la vida humana se satisfagan sin trabajar».

¿Se ha de trabajar? Pues el trabajo, como imposición maldita, exceptuándose de él los privilegiados, queda para los inferiores, los desheredados, los esclavos, los siervos, los jornaleros.

Pasaron muchos siglos hasta que la lógica hizo decir a un revolucionario en la Convención: «Piérdanse las colonias, pero sálvense los principios».

Mas ese grito puramente humano lanzado por un burgués no podía tener eco en la burguesía, y si después esa clase vencedora contra sus opresores ha querido detener en beneficio propio el movimiento eterno, ahí está, para contrarrestar tan torpe propósito y continuar la vida, el proletariado presentando, cada vez con mayor energía, sus legítimas reivindicaciones.

Porque ello es que lo que aquel sabio de la antigüedad pedía como un milagro de realización imposible, se ha realizado con creces, hasta el punto de que, para unos 1.600 millones de habitantes que cuenta nuestro globo, tenemos o debíamos tener a nuestra disposición, porque existen, más de

2.000 millones de fuerzas humanas artificiales, que son como 2.000 millones de obreros de hierro animados por el vapor, la electricidad, el aire comprimido, etc., que con un trabajo mínimo de dirección y vigilancia sirven con asiduidad y esmero al consumidor.

Y ese señor consumidor, en cuanto hombre, eres tú, lector, por pobre que seas, con tanto derecho como cualquier privilegiado; y en concepto de trabajador, con mucho más derecho que ningún holgazán explotador.

La profecía del sabio griego se ha realizado: el trabajo se hace mecánicamente, pero la esclavitud no ha desaparecido.

Ni porque se haya predicado que hemos de amarnos como hermanos, ni porque una revolución triunfante haya proclamado que todos somos iguales, ni porque la fuerza artificial productora se haya multiplicado maravillosamente, ni porque esté probado por la estadística que, dada la producción general, tocamos cada ser humano a tres raciones alimenticias y a cinco raciones industriales, nada destruye la iniquidad social; en la misma lista nacional de los ciudadanos constan el millonario y el hambriento.

Semejante desequilibrio necesita un fuerte contrapeso, y ese contrapeso lo constituyen el temor a la fuerza y el crédito a la mentira.

Fuerza pública para contener al que protesta, sofismas para engañar al que juzga, y la cosa insostenible se aguanta hace siglos.

No quiero hablar hoy de la fuerza.

Me ha impresionado un artículo titulado «La Revolución», publicado en el *Heraldo de Madrid* con la firma de Morato, y he sentido necesidad de decir algo sobre sofismas. ¿Qué? Diré como los que proponen ciertos acertijos: ya queda dicho; que el lector lo desentrañe.

Para mí, una de las cosas más perniciosas respecto de asuntos sociales, consiste en que algunos individuos —burgueses o aburguesados, y peor cuando siguen llamándose obreros, y archipeor si gozan fama de obreros ilustrados—, se den título de maestro y enseñen a la multitud, a la masa, y lleguen a escribir cosas por el estilo de esto que se lee en el citado artículo:

Hay que decir a los obreros que ninguna clase social debe intentar una revolución mientras no sea la clase más fuerte; y no ya por su ideal, sino por

su superior inteligencia, por su mayor moralidad, y esto no de un modo relativo, sino absoluto.

Porque el obrero que lea eso y lo crea se pierde para siempre para el compañerismo, para la acción común, para el progreso, para la justicia y queda hecho un desperdicio humano, útil sólo para aquel contrapeso antes mencionado.

Esa afirmación sofística, absolutamente contraria al espíritu de la historia, donde resplandece el valor moral y material de las minorías como únicos agentes progresivos, es peor que el sablazo del civil, el atestado del polizonte, la despedida del burgués o el lamento enervador de la mujer que tira a uno de la chaqueta para que no se comprometa.

La Enciclopedia, gran obra intelectual precursora y causante en gran parte de la Revolución francesa, oiga Morato lo que quiera, la escribieron unos cuantos sabios, y no sólo no brillaba entonces la burguesía en general por su superior inteligencia, sino que hoy, transcurrido más de un siglo, abundan que es un contento los gahnápiros en esa adinerada clase.

El proletariado actual no asiste a la universidad, ni casi a la escuela, pero sabe que es explotado, que se le alambica la vida por medio del jornal, que la accesión es la línea divisoria que rompe la unidad humana para sostener la división de pobres y ricos, y como quiere participación racional en el patrimonio universal, pasa de largo ante consejos impertinentes y tira directamente a romper el equilibrio facticio de la actual sociedad.

No diré que eso sea bastante para el triunfo de la revolución; pero tan lejos estoy de creer en la superioridad intelectual y moral de la burguesía, que tengo para mí que lo que falte de sabiduría a los obreros lo completarán con su torpeza los burgueses.

Y es muy posible que el ideal revolucionario se cumpla sin permiso de quienes miden las grandezas humanas, con la pequeñez de sus preocupaciones.

Tierra y Libertad (Barcelona), V, 57 (18 junio 1908), 1, reeditado en *Vida anarquista* (1912), pp. 59-62.

La columna de Vendôme

Considerando que la columna imperial es un monumento de barbarie, un símbolo de fuerza bruta y de falsa gloria, una afirmación del militarismo, una negación del derecho internacional, un insulto permanente de los vencedores a los vencidos y un atentado continuo a la fraternidad, uno de los tres grandes principios de la Revolución francesa, la columna será derribada.

(Decreto de la Commune)

Si la Commune de París no tuviese otros títulos a la justificación y glorificación de la historia, bastaría el decreto del derribo de la columna imperial para constituir una gloria del proletariado militante. El decreto en que se dispone, es por sí solo un resumen de la historia, un símbolo del derecho y un acto de abnegación heroica. He aquí la demostración:

Un pueblo oprimido por cuantos vejámenes pudo acumular el privilegio en el curso de muchos siglos, se levanta justiciero y potente, derriba el trono y el altar y proclama los derechos del hombre y del ciudadano.

Una clase media egoísta desvía al pueblo de su objetivo, monopoliza para sí la Revolución, y se esteriliza en luchas intestinas.

Un soldado audaz, que es respecto de los burgueses lo que el lobo respecto de los conejos de la fábula, se hace dueño del poder, enciende el fanatismo patriótico y emplea las armas que debieran haber servido para defender la libertad, en tiranizar a las naciones, poseído de la idea de fundar un imperio universal para satisfacer su ambición.

Mortandad, incendio, devastación, manchan las naciones en la inmensa extensión de territorio desde Cádiz a Moscú, horrible tragedia desarrollada en mil cruentos cuadros desde Egipto a Waterloo, cuyo desenlace asaz raquítico se verifica en Santa Elena.

Pues este hecho nefando, cuya criminalidad no puede calificarse, porque es imposible hasta para la imaginación más poderosa condensar la

cantidad de sangre, de sufrimiento y de lágrimas que representa, se hallaba glorificado por la odiosa columna. Por eso le apellidó la *Commune* monumento de barbarie, símbolo de fuerza bruta y afirmación del militarismo.

La tendencia del progreso a la perfección de los hombres y, por consecuencia, a la concordia primero y a la armonía después, se veía dificultada por aquel horrible altar de la patria, en que se hallaban escritos como en un padrón de ignominia los nombres de ominosas jornadas en que muchos miles de hombres, nacidos para el trabajo, para la paz y para la felicidad, se habían convertido en feroces salvajes, cuyo recuerdo se perpetuaba en mengua de los sacrificados y para exaltación de los verdugos.

Por eso dijo la *Commune* que aquel monumento era la negación del derecho internacional, un insulto permanente de los vencedores a los vencidos y un atentado continuo a la fraternidad de los pueblos. La *Commune* no se limitó, pues, a proclamar: la tierra al agricultor, el instrumento de producción al obrero, el trabajo para todos. Era necesario ofrecer al mundo un gaje de amor y fraternidad a todas las razas; no bastaba la serenidad de la justicia, necesitaba la expansión del sentimiento; el reconocimiento y la práctica del derecho necesitaba la sanción de la felicidad.

Allí estaba la columna que mantenía vivo el odio de Inglaterra, de Prusia, de Austria, de Rusia, de Italia, de España contra Francia, y de ésta recíprocamente, contra aquéllas.

Pues la *Commune* pone un dogal al cuello de la estatua de Napoleón, el pueblo de París tira, el ídolo patriótico cae deshecho en mil pedazos sobre el pavimento, y un inmenso clamor anuncia al mundo que el pueblo de París reconoce como hermanos a todos los habitantes de la Tierra.

Era aquello como el jubileo de la fraternidad humana hecho sin precedente en la historia por su alcance y por su universalidad. Se había visto poderosos reyes de naciones enemigas abrazarse cordialmente y llamarse primos mientras sus vasallos se mataban en los campos de batalla; diplomáticos representantes de pueblos enemistados tributarse recíprocamente los mayores agasajos para exprimir y tiranizar a sus propios representados, pero un pueblo que abomina y pisotea su tradición patriótica y ofrece al mundo el ramo de olivo, se vio por primera vez en la Tierra en París, en marzo de 1871. Si la musa burguesa escribió:

*Qu'on est fier d'être français
quand on contemple la colonne!*

el decreto de la *Commune* manifiesta que vale más ser miembro libre de la familia humana que francés sometido al privilegio.

La buena nueva se extendió por el mundo junto con la noticia de la sangrienta victoria de Versalles.

Todos los trabajadores supieron que los generosos apóstoles de la fraternidad habían sido cazados y ametrallados con una ferocidad sin ejemplo. El Luxemburgo, el Panteón, el Père Lachaise, el cuartel Lobau, Satory, son nombres que quedarán eternamente unidos a la historia de la reivindicación del proletariado; son como la Tierra Santa de nuestra redención regada con la sangre de innumerables mártires proletarios.

El pacto quedó aceptado y sellado: por eso en este día todos los trabajadores del mundo se unen en un sentimiento unánime, y en todos los idiomas se tributa el homenaje de la gratitud al pueblo apóstol, al pueblo mártir que dio la fórmula de la Revolución Social.

¡Qué importa que el triunfo de efímera reacción haya reconstruido la columna!

Las consecuencias del derribo son permanentes, imperecederas: la fraternidad de los pueblos en la integridad del derecho.

¡Gloria, pues, a la *Commune* de París!

El Productor (Barcelona), IV, 191 (1 abril 1890), 1-2 (leído en la velada del 18 de marzo celebrada en el Teatro Circo barcelonés), reeditado en *Tierra y Libertad* (Madrid), VI, 372 (17 marzo 1904), 1; *Tierra y Libertad* (Barcelona), VII, 5 (24 marzo 1910), 1; *Renovación* (Costa Rica), I, 6 (30 marzo 1911), 81-82; *Suplemento semanal a La Protesta* (Buenos Aires), I, 11 (20 marzo 1922), 2 y *Vida anarquista* (1912), pp. 62-65.

Mi patria

Es mi patria un hogar cariñoso, un palacio esplendente, un jardín hermosísimo, un rico museo, una Universidad sapientísima, un taller de actividad incesante.

El amor, las comodidades, las delicias, la contemplación de las maravillas naturales y artísticas, la sabiduría, el trabajo, tienen en ella su natural y perfecto desarrollo.

Me aman los que me engendraron, mis consanguíneos, mis maestros, mis discípulos, mis compañeros, mis émulo, mis compatriotas, todos y yo, correspondiendo a esa inmensidad de amor de que soy objeto, enamorado de mi patria, absorto en la contemplación de su grandeza y de su justicia, contribuyo a ese torrente amoroso que a todos llega, que todo lo vivifica, semejante a la circulación de la sangre en el cuerpo humano, que toca a todas y cada una de las células que le constituyen.

La placentera calma de los campos, la frondosidad de los bosques, el aroma de las flores, el armonioso gorgorito de las aves, la impetuosa corriente de los ríos, la pintoresca grandiosidad de los montes, la misteriosa profundidad de los abismos, el rítmico movimiento de las olas, que besan las costas y las playas, sublime conjunto natural embellecido por el arte y santificado por el trabajo, dan al suelo de esta patria querida majestuosa belleza.

Formo parte de una comunidad federada con otras innumerables esparcidas por el territorio de extinguidas nacionalidades; la gran casa que le sirve de morada hallase situada al pie de una colina que le resguarda de los vientos del Norte, y a su frente se extiende una vega cruzada por caudaloso río. En aquel edificio, monumento erigido a la fraternidad humana, de arquitectura en que los artistas han sabido reunir en beneficio de un pueblo la gracia que en tiempos pasados se empleó para adular a los tiranos, halla el individuo y la colectividad cuanto puede necesitar una comunidad de hombres inteligentes y libres. En sus múltiples departamentos disfruto de la soledad cuando de ella necesito para el descanso o para el estudio; de la compañía preferida, para las dulces expansiones de la amistad; de la

general, para las refacciones, para el recreo, para los ejercicios corporales exigidos por la higiene y para el trabajo.

Grandes modelos en las inmediaciones y talleres escuela en el mismo edificio para la infancia, donde los niños de ambos sexos aprenden directamente de las cosas y de las manipulaciones y maniobras de la producción, y de la ciencia práctica, todo lo que es objeto de conocimiento; laboratorios y talleres con sus correspondientes herramientas, artefactos y maquinaria, que transforman la primera materia en productos de toda clase destinados al consumo, y de cuyo funcionamiento cuidan jóvenes obreros, de aspecto sano y rostro alegre, que desempeñan sus tareas entonando canciones que son himnos a la paz, el amor, la patria y a la humanidad en señal de gratitud por los beneficios actuales, debidos a sacrificios infinitos durante la larga evolución del progreso; espaciosas, limpias y bien ventiladas cocinas que esparcen ese vivificante aroma que despiden los alimentos bien condimentados, conservadores de la vida, reparadores de las pérdidas que el organismo experimenta en el ejercicio de sus facultades, y que, convertidos en materia humana, son futuros motores y agentes de nuestra actividad, de nuestros sentimientos y de nuestra inteligencia; vastos y suntuosos comedores donde se disfrutan de manera tangible y práctica las delicias de la igualdad por la comida en común, ágape cariñoso, manifestación inequívoca de la fraternidad; higiénicos dormitorios, hermosas piscinas, museos, bibliotecas, salas de conciertos y de conferencias, teatros, y cuanto para el bien moral y material puede reunirse en un edificio comunal, todo se encuentra aquí, científico, adecuado perfectamente a su objeto, embellecido por un arte exquisito, cuya contemplación termina siempre por plantearos el problema de hallar la línea divisoria entre lo útil y lo bello, y todo lo bello, hasta lo que alcanza las más elevadas cumbres de lo sublime, es, no sólo útil, sino necesario, indispensable, dado el alcance infinito de las facultades intelectuales y morales a que ha llegado el ser humano.

Aquí todo lo que se sabe se enseña a todos y a todas, y cuanto se aprende se practica. Todos son maestros y alumnos a la vez, y no hay problema científico, económico o de otro género que no sea acometido con enérgica voluntad, claro entendimiento, absoluta despreocupación y ánimo alegre por miles de inteligencias, que le arrancan la solución al momento, a la fuerza,

por honda y secreta que se halle; tal es el poder invencible del cálculo y de la inducción.

Todo el mundo tiene aquí un sitio en el hogar, en la satisfacción de las necesidades, en el trabajo, en el recreo, en la enseñanza, y si alguna vez falta-se puesto o se sintiera estrechez, inmediatamente se emprenderían las obras de ensanche, no sólo para la necesidad del momento, sino también en previsión de futuro.

La correspondencia, solidaridad y reciprocidad con las comunidades federadas, extendiendo el comunismo en lo material a la vez que consagrando la absoluta libertad de los individuos, realizan un cambio constante de personal: hijos del Mediodía que desean visitar las regiones del Norte, pagando la fraternal hospitalidad que reciben en el país de las brumas y de los fríos con las chispas de la gracia y del ingenio que los ardores del sol produjeron en su imaginación ardiente; naturales de las comarcas circumpolares que ansían gozar de la exuberancia de luz, color y movimiento de las zonas templada y tórrida; habitantes del centro de los continentes que se dirigen a las costas deseosos de cambiar sus ordinarias ocupaciones por la sugestiva novedad de la vida marítima; geólogos que recorren los campos, las montañas y las cavernas para leer en un libro abierto la historia de las evoluciones de nuestro globo; observadores que husmean la tierra en busca del minúsculo insecto y de la ignorada hierbecilla, para completar el catálogo de la historia natural; arqueólogos y anticuarios que estudian las ruinas buscando inscripciones y residuos de todo género de las sociedades muertas para fijar la exactitud histórica; para los sedentarios y para los transeúntes, para todos hay aquí lugar, ocupación, participación y amor, y si acaso llega alguno procedente de aquellos países refractarios al progreso, estacionarios en un régimen atrasado, de aquellos que cierran los ojos a la luz por temor que se desvanezcan sus preocupaciones, es objeto de los más solícitos cuidados y de esmeradísimas atenciones, produciéndose un caso de atavismo colectivo que reviste caracteres sublimes; surge repentinamente la caridad, sentimiento ya desvanecido como propio de la extinguida sociedad del privilegio, con el que los buenos atendían a sus semejantes en desgracia; parece aquello un concurso de hijas de Vicente de Paul o de hijos de Francisco de Asís, que ansían colmar de bienes al que se presenta despro-

visto de un derecho positivo y no ostenta otro título que el de individuo del género humano.

La ciencia, después de haber arrancado el rayo de las manos de Júpiter, de haber despojado de la esencialidad a Jehová e inutilizado las virtudes teologales, negando con los hechos aquella profecía de Cristo según la cual siempre habría pobres en el mundo, ha llegado a alturas prodigiosas, tanto por lo que se sabe como por lo que se establece para saber más, y sus aplicaciones a la producción, a la economía y a la higiene satisfacen cumplidamente su objeto. Dispuestos todos por una enseñanza integral que al mismo tiempo que abarca en sus nociones elementales la universalidad de conocimientos provoca las aptitudes, las vocaciones y las especialidades por el contacto inmediato con el mundo de lo abstracto y de lo real, cada uno en su género propio de actividad es tanto como antes eran los excepcionales, los eminentes, los sabios, aquellos que en vida fueron ludibrio de las muchedumbres ignorantes y fanáticas y después de muertos recibieron los homenajes de la inmortalidad.

No hay cataclismo ni irrupción de bárbaros que arruinen monumentos y bibliotecas, ni revolución social capaz de destruir los actuales conocimientos y su consiguiente régimen social, porque el archivo principal, esencialísimo, único, indestructible, consiste en el mismo idioma. Es éste analítico y sintético. Todas las ideas representantes de las cosas, de las abstracciones y de los hechos tienen su raíz en una letra inicial, según que pertenezcan a uno de los tres reinos de la naturaleza, al orden abstracto o a las diversas partes de la oración; cada división y subdivisión científica de las ideas se representan por una letra que ocupa en las palabras que las expresan el lugar numérico que le corresponde por clasificación racional, y una sintaxis que funciona con la misma invariabilidad, fijeza y universalidad que la aritmética, infunde a las palabras y a las oraciones aquella comprensibilidad y certidumbre que para todo el mundo poseen las expresiones de los cálculos matemáticos. Son inútiles los diccionarios, porque cada palabra lleva en sí su definición, su acepción única y su clasificación científica; no puede prosperar la charlatanería, la vana elocuencia ni la poesía ficticia, porque teniendo las palabras, como las unidades, valor concreto, es imposible amañar sofismas, que quedarían al descubierto y desprestigiados tan pronto como se

expresaran. La filosofía, la Historia, la poesía, las artes, la literatura, la ciencia en abstracto y en su aplicación, y cuanto el hombre sabe y piensa, y puede llegar a saber y a pensar, vive en estado positivo o en estado latente en el idioma universal usado por estas generaciones redimidas, completado además por el conocimiento de las lenguas muertas, y no hay ya Omar posible capaz de sumir al mundo en las tinieblas de la ignorancia tras los fulgores del incendio de una nueva biblioteca de Alejandría.

Considérese como patrimonio universal que todos los usufructuarios que mueren legan sin exclusión alguna a todos los que viven los bienes naturales, como don espontáneo que la naturaleza ofrece al hombre para su estudio, adaptación y transformación con que satisfacer sus necesidades morales y materiales; la ciencia, adquirida por la humanidad por medio del estudio, la observación y la metodización de todas las generaciones precedentes; la aplicación científica a la producción, condensada en esos potentes instrumentos con que se verifica el trabajo y el cambio, y, por lo tanto, nadie es dueño de nada y todos son copartícipes de todo. Aunque sin el valor de una excepción a la regla general, y sólo para que pueda ser comprendido por los que por un lamentable atraso viven aún fuera del comunismo, puede citarse la posesión de aquellas cosas de uso absolutamente personal, las cuales, aunque tardan mucho más en consumirse, forman parte de la ración que se sirve cada uno, y son como la porción de alimento que le corresponde, y en lo cual no puede penetrar el *tuyo* ni el *suyo* después que por el uso lo he consagrado como *mío*.

Compréndese que en otros tiempos hubiese legisladores, gobernantes, jueces, sacerdotes y soldados que fijaren en leyes, decretos, sentencias y dogmas, impuestos por la fuerza, las relaciones sociales, jurídicas y espirituales; porque donde no alcanzaba el conocimiento recíproco de los derechos y de los deberes, y cuando la exposición de la doctrina, de la dignidad individual se consideraban como genialidades de un escritor o como exageraciones revolucionarias, era necesaria una especie de compensación al desequilibrio de la injusticia, y esa compensación sólo podía ofrecerla la autoridad con su cortejo obligado de tribunales, patíbulos, presidios, fuerza pública, etc. Por eso un pensamiento demoledor de antiguos y arraigadísimos errores y base fundamental de la positiva doctrina humana pasó desatendido y desprecia-

do en vida de su autor y es hoy, después de muchos siglos, nuestra Constitución y nuestro Código. Hele aquí traducido del idioma universal, tal como se halla grabado en lápidas en nuestros grandes salones comunales:

El hombre es para sí su realidad, su derecho, su mundo, su fin, su Dios, su todo. Es la idea eterna, que se encarna y adquiere la conciencia de sí misma; es el ser de los seres; es ley y legislador, monarca y súbdito. ¿Busca un punto de partida para la ciencia? Lo halla en la reflexión y en la abstracción de su entidad pensante. ¿Busca un principio de moralidad? Lo halla en su razón, que aspira a determinar sus actos. ¿Busca el universo? Lo halla en sus ideas. ¿Busca la divinidad? La halla consigo.

«Un ser que lo reúne todo en sí, es indudablemente soberano. El hombre, pues, todos los hombres son ingobernables. Todo poder es un absurdo. Todo hombre que extiende la mano sobre otro hombre, es un tirano; es más: es un sacrílego.» Francisco Pí y Margall.

Aquí, pues, nadie legisla, gobierna, manda, juzga, sentencia, castiga, perdona, dogmatiza, ni excomulga.

Las grandes colectividades de la historia, las religiones, las razas, las naciones, que de manera tan profunda y sangrienta se hallaban separadas, han venido a fundirse en plácida unión comulgando todas en la más firme e indestructible fraternidad: las razas y las naciones se disolvieron, después de cruentas guerras en que se extremaron los medios de destrucción, por la adopción de principios más racionales y humanitarios, y por los cruzamientos causados por la facilidad de comunicaciones entre los países más distantes; las religiones se desvanecieron, no tanto por el conocimiento universal y unánime de la falsedad esencial que las sustentaba, cuanto por no ser necesario ya explicar por una leyenda mística lo que todo el mundo sabe por ciencia y por experiencia.

Sirven de fundamento a las fiestas comunales la historia y la naturaleza, los grandes hombres, los beneficiosos descubrimientos, las estaciones, las operaciones de la agricultura.

En las fechas y en las épocas periódicas correspondientes, reúnen las multitudes en grandiosos salones y en espaciosos circos, donde se celebran

actos que participan de la gracia y de la poesía de las antiguas olimpiadas a la vez que de los certámenes y Exposiciones de las épocas posteriores: todas las facultades morales, intelectuales y físicas, manifestadas en portentos de utilidad y hermosura, se exhiben y se premian, terminando con la ejecución de himnos por masas corales, que recuerdan por su número los antiguos ejércitos, y por danzas colectivas en que la juventud en corporación forma hermosas figuras y artísticas combinaciones, produciendo aquel conjunto un efecto infinitamente más bello que el que los místicos soñaron como pasatiempo de los elegidos para la eterna bienaventuranza. La alegría, el entusiasmo, la felicidad se desbordan por manera inexplicable.

Renuévase allí la vida, porque, impulsado por tan bellos sentimientos y además por la gratitud, cada uno, sin distinción de edad ni sexo, se inclina a dar a la sociedad mayor suma de actividad y de inteligencia, y también porque surgiendo vivífico y exuberante el amor en aquella juventud dichosa, en perfecto concierto con la naturaleza y segura de mantenerse dentro de los límites de la dignidad, piérdense las gentiles parejas por los jardines, los prados, los bosques, las orillas de los lagos y las riberas de los ríos, y al arrullo de la tierra, madre naturaleza, que canta la eterna canción de la vida con los armoniosos rumores que forman las brisas, la corriente de las aguas, el zumbido de los insectos y el canto de las aves, se cumple la obra infinita y perenne de la creación.

Tal fue el sueño de mi primera noche de destierro.

Una patria injusta me arrojaba de su seno indefinidamente, quizás para siempre, después de un año de prisión injustificada y en virtud de una ley excepcional, a la que se dio efecto retroactivo, acaso por primera vez en el mundo de la tiranía, ya que es axioma jurídico que no hay tirano capaz de castigar por la desobediencia a una ley que no hubiese sido previamente promulgada, lo que no podrá decirse ya en lo sucesivo.

En la *mairie* de Cervère, tendido en la paja que nos servía de cama redonda a unos sesenta desgraciados, y después de un largo insomnio que me reprodujo todos los sentimientos pasados, los que me prometía el porvenir y bajo la presión de los punzantes dolores que me ocasionaba la separación de una familia amantísima, que dejaba expuesta a todos los males en la Barcelona de Montjuich, me dormí, y en aquel sueño, sobreponiéndose a

todas las penalidades físicas y morales que me agobiaban, flotó el ideal que anima mi existencia, del cual es pálido reflejo la relación anterior.

Bien quisiera dar a esa visión profética de mi febril imaginación todo el relieve y colorido con que se ofreció a mi fantasía en aquellas horas críticas; pero confío en que el lector suplirá mi deficiencia.

La Revista Blanca (Madrid), I, 23 (1 junio 1899), 650-654.

La fuerza proletaria

*No te quejes inútilmente de la sociedad en que vives;
si es mala, ahí estás tú para corregirla.*

El trabajador no tiene derecho a quejarse de la iniquidad social, abandonándose a la impotencia.

Verdad es que vive en la miseria y la esclavitud.

Cierto que carece de instrucción, de tiempo y de dinero.

Innegable que con la carencia de esos tres elementos, se halla privado de los determinantes más poderosos de una voluntad racional y fuerte.

Pero es hombre, y como tal tiene, si no en realidad, en calidad, las facultades que han distinguido a los hombres más eminentes por su saber y por su poder.

Sabido es que muchos de esos hombres han escalado las cumbres desde los más bajos fondos sociales.

Como también estamos hartos de ver necios que han salido de las Universidades para entrar en las Academias y monopolizar las grandes prebendas del Estado o de la Iglesia.

Colón, hijo de un cardador de lana, descubrió un mundo.

La Junta de Salamanca, selecta reunión de doctores, había declarado previamente que tal mundo no podía existir.



El trabajador no es ya un paria desheredado.

Muchos siglos de progreso y otros tantos de sufrimientos le han creado un patrimonio de que disfruta como legítimo heredero.

Y si hoy la burguesía intenta el imposible de levantar un dique al progreso para seguir monopolizando la riqueza social, el proletariado, rompiendo ese dique, casi esperando que se derrumbe por sí solo, constituye una fuerza progresiva insuperable.

Al abyecto paria, al vil esclavo, al villano siervo, ha sucedido el jornalero, que tiene libre acceso al sindicalismo, que impone el *label*, que sentencia al boicot, que practica el sabotaje y que paraliza el mundo con la huelga general.



El *sindicalismo* es la elevación al infinito poder del pensamiento y de la acción individual por la mancomunidad.

El *label* —no practicado pero cuya práctica urge—, imposición al burgués industrial y comerciante de la marca que acredite que su industria o su comercio se hallan tolerados por los sindicatos obreros, por el cumplimiento de las tarifas sindicales, introduce la desunión y la guerra en la burguesía.

El *boicot*, medio también de perturbación burguesa, es la sentencia a la privación de clientela a que se condena al burgués recalcitrante.

El *sabotaje*, o a mala paga mal trabajo, es la producción imperfecta, el desperdicio de tiempo y de material, y el deterioro de los instrumentos de trabajo, empleados contra el burgués, que a ello se haya hecho acreedor.

La *huelga general* es la paralización en el momento preciso de todas las actividades dedicadas al trabajo, al cambio y al transporte en todo el mundo, al que recurrirá el proletariado para derrocar al privilegio.

Aparte de esos medios de ataque y de defensa, existentes ya, practicados en diversos países, y en vías de adaptación, de perfección y de imposición triunfante, pueden adoptarse otros que la experiencia enseñe; como el trabajo esmeradísimo, que recarga el presupuesto y desvanece los cálculos gananciales del burgués; las equivocaciones en las mezclas, en las estaciones, en los horarios, en los pedidos, en las expediciones, etc., el celo exagerado y

ridículo que, con excesiva actividad, llega siempre tarde o estorba y dificulta cuando llega a tiempo, etc., etc., la huelga *perlée* de los franceses.



Es sindicalismo es aún débil.

Nótese bien la expresión de ese pensamiento:

Es *aún* débil.

Si pudiera y debiera decirse «El sindicalismo es débil» estaríamos perdidos; pero se dice: es *aún* débil, y ese adverbio *aún* significa que más débil fue ayer, más fuerte será mañana, hasta que pasado mañana sea fuerte, poderoso, triunfante.

Por oposición puede decirse:

El privilegio burgués es todavía fuerte.

Nótese bien:

Es *todavía* fuerte.

Repitamos: más fuerte fue ayer, más débil será mañana, hasta que pasado mañana decaiga y desaparezca.

El privilegio reposa sobre un dogma y sobre una autoridad; ésta de divina pasó a humana, y aún a democrática y está a punto de desvanecerse en acracia.

La igualdad social, que se impone como remedio a todos los desaciertos de la autoridad, la sentimos todos como complemento de nuestra libertad.



Frente a lo que se estaciona, fuerte todavía, está lo que avanza, débil aún; pero el movimiento, imposibilitado de servir a lo estacionario ni menos a lo regresivo, favorece a las multitudes proletarias.

He ahí la explicación racional de su fuerza.

Acción Libertaria (Gijón), II, 12 (3 febrero 1911), 1, reeditado en *Vida anarquista* (1912), pp. 174-176.

A «Clarín», el ebionista

Mirar de frente el problema social y no sacar de ello otra consecuencia que recomendar el ebionismo, coma ha hecho recientemente *Clarín* en dos números de *Progreso*, me parece peor que si se pretendiera proclamar redentor del proletariado al Sr. D. Juan de Robres.

Peor he dicho, porque si aquel señor hizo un santo hospital y también hizo los pobres, *Clarín*, que, lo juraría, ni hace pobres ni hospitales, quiere en cambio hacernos a todos herejes.

Veámoslo.

Desconocía yo —confieso mi ignorancia— el significado de la palabra *ebionismo*, y recurrí al Diccionario de la Academia, archivo de la sabiduría nacional que los españoles pagamos para que nos saque de apuros filológicos, y, en efecto, me quedé en ayunas, porque tal palabra no existe; pero buscando, encontré esta otra:

«*Ebionita* (de Ebión, heresiarca).— Hereje del siglo primero o del segundo, de la era cristiana, que creía ser nuestro señor Jesucristo, hombre nacido naturalmente de José y de María y adoptado por Dios.»

¡Qué barbaridad! Pensé. No puede ser ese el origen de la palabra *ebionismo*. Es imposible que *Clarín*, que sabe tanto y es además buena persona, quiera enredar a pobres y ricos en una herejía trasnochada que, sobre ser anatematizada por la Iglesia, no se halla abonada por la sociología, ni mucho menos.

Busqué luego en un diccionario francés, pagando ese tributo al extranjero a que nos obliga la deficiencia de nuestros sabios oficiales y también la de los particulares, y aunque tampoco hallé *ebionismo*, por ser quizá esta palabra uno de esos neologismos que inventan los que pueden y deben inventarlos, di con la siguiente, que traduzco así:

«*Ebionitas*.— Herejes del siglo primero que negaban la divinidad de Jesucristo, y sostenían que solo se salvan los pobres.»

Quedé tranquilo. Aquella palabra y su definición satisfacían plenamente mis dudas, sin que la pequeña diferencia que existe entre *ebionita*, según la Academia, y *ebionista*, según *Clarín*, signifique otra cosa que triquiñuelas

gramaticales que ellos arreglarán. Lo importante es esto: «Solo los pobres se salvan». El recuerdo de aquel pobre Ebión, heresiarca desacreditado hace ya muchos siglos, y que, según teólogos y creyentes, estará pasando la pena negra en los infiernos, ha inspirado sin duda a *Clarín*, para meter el cuenco en los dominios de la sociología, sin tener en cuenta que el ebionismo de Ebión se refería únicamente a las cosas celestiales, y no tenía nada que ver con las terrestres, ni mucho menos con la cuestión social.

Clarín goza fama —y me parece merecida, aunque esto no me conste, a causa de mi incompetencia en la materia— de gran conocedor de la literatura pasada y presente, nacional y extranjera; sobre todo, los autores que tienen nombres enrevesados llenos de *ff*, *kk* y *ww* parece conocerlos al dedillo, y cuando juzga si censura, hunde, y si alaba, el afortunado se cree en las alturas de la gloria; pero con ser de los españoles que saben más y de los pocos que no son aficionados a toros, según me asegura un clarinita o clarinista amigo mío, no ha llegado a ser una enciclopedia viviente, ni tampoco a verse libre de la tentación de meter baza en aquello que desconoce, o sabe a medias, o de lo que solo ha oído campanas.

Así se comprende que haya olvidado que Santo Tomas de Aquino, y recientemente León XIII —este ultimo con todo el peso de su autoridad infalible—, afirman que los ricos no son ricos, sino administradores de la riqueza común en beneficio de los pobres; que, a pesar de eso, la caridad evangélica, con la que durante el curso de los siglos los pobres se pasaban la gana haciéndose una cruz en la barriga, fue desenmascarada por Malthus cuando, en vista de los hechos, declaró que en el banquete de la vida no hay cubierto para todos, y el que no esté conforme, que reviente; que de ebionismo, sin saber que éste era el nombre de la cosa, estamos ya hasta la coronilla; que los pobres de ahora quieren emanciparse de toda tutela, de toda tiranía y de toda explotación, y están que trinan contra Cristo por haber asegurado, contra lo que promete el progreso, que siempre habrá pobres en el mundo.

Por eso el clarinita o clarinista antes mencionado, chico muy listo y que sabe latín por haber estudiado para cura hasta que colgó los hábitos por cierta barrabasada que le querían hacer en el seminario, me dijo lo siguiente:

—A *Clarín* se le puede aplicar ahora el proverbio latino *Ne sutor, ultra crebidam*, que equivale a este castellano: Zapatero, a tus zapatos. Y si no quiere dar que decir al ver que toma el rábano por las hojas, aténgase a lo que constituye el vasto campo de sus conocimientos y no se meta donde no le llaman, que los pobres del día no van a gusto con quien les somete a inferioridad perpetua y no les ofrece más que una lástima estéril.

Por mi parte, conforme; quedando además agradecido a mi amigo el clarinita o clarinista, que me dio ánimo para levantar mi vista de pigmeo pobre a las alturas donde brilla el gigante ebionita o ebionista, o lo que sea, que viene con el cerato de la compasión a curar las heridas de los que pelean en la gran lucha por la vida.

Suplemento a la Revista Blanca (Madrid), I, 1 (20 mayo 1899), 1, reeditado en *Vida anarquista* (1912), pp. 181-183.

De filosofía política



Mi majestad no vota

Días pasados, *El Liberal*, de Barcelona, publicó un artículo tomado de su homónimo de Madrid, titulado «Quijotes y Sanchos», en que censuraba la apatía de los electores, y muy particularmente la abstención electoral de los trabajadores, de quienes decía que eran unos ingratos con los republicanos que tan bien les quieren y tantas cosas buenas les han de traer con su república.

Fundado en la buena acogida que en otras ocasiones he hallado en aquel diario, quise en el mismo justificarme ante la acusación inmerecida de ingratitud, por la parte que me toca, pensando que mi justificación podrían ampliarla muchos para sí, pero mi escrito fue rechazado y aun perdido, y para no perder el trabajo, le reconstituyo en parte y dedico a *El Porvenir del Obrero*, deseando ser grato a su director mi buen amigo y compañero encerrado en una cárcel. Decía:

No he votado nunca: a la implantación del sufragio universal era ya mayor de edad, pero antes de las elecciones de las constituyentes de 1869 conocí a Fanelli, el Santiago del Proletariado emancipador de España, y comprendí que tenía algo mejor que hacer que confundirme en esa masa que sirve de fundamento a la ficción denominada «soberanía popular».

Nunca me he dejado timar por candidatos ni por oficiales de la política que se me acercaban dándome el título de *mi majestad* como parte integrante del pueblo soberano.

Nada, pues, tengo que ver con la apatía electorera, ni nadie puede acusarme de abstencionista, ya que a la política no he opuesto la negligencia ni la abstención, sino la negación anarquista.

Dedicado desde entonces a la organización y propaganda del proletariado para alcanzar la socialización de los medios de producir juntos con la equitativa distribución de los productos, y considerando a la burguesía

como usurpadora y detentadora de esos medios y de esos productos que constituyen el patrimonio universal, lo de todos, ¿qué podía tener de común con esos partidos, que consideran al trabajador como un inferior condenado a salario perpetuo?

Si creyera, con los liberales más o menos radicales, que el progreso consiste únicamente en una serie de reformas en sentido cada vez más liberal, implantadas por las mayorías parlamentarias, no me hubiera abstenido jamás, y considero que todo abstencionista que no ha podido en su juicio dar a la acción el valor de una aspiración racional y práctica no tiene justificación posible; mas como veo que la razón, la verdad y la justicia están siempre en minoría, que el parlamentarismo es un juego de compadres en que predominan los intereses particulares sobre los generales y que la política, en el gobierno como en la oposición y hasta en los programas más radicales, no es nunca precursora si no rezagada cuando no rémora, me aparto de ella como de lo reconocidamente inservible y hasta perjudicial para tan gran fin como es el progreso humano.

Hay todavía una razón más: la burguesía, que, según la expresión bíblica donde tiene su tesoro allí está su corazón, está incapacitada para concebir un estado social que dé amplia satisfacción al derecho inmanente personificado en todo ser humano, y por una razón de equidad suprema y perfectamente natural, lo que no pueden hacer los ricos por aquello del camello y del ojo de la aguja, lo han de hacer los pobres, y lo van haciendo, y lo harán definitivamente, a menos que un cataclismo mundial trastorne el planeta que habitamos.

Conque déjese tranquilo a los trabajadores antipolíticos que cumplen su misión humanitaria y progresiva a su manera, y conténtense los candidatos con aprovechar esos otros trabajadores más sensibles a la retórica que a la razón y a la realidad de su triste situación de desheredados. Con ellos, con los votos comprados, con los manejos caciquiles y sobre todo con el encasillado central y los pucherazos de última hora todavía puede ir tirando ese Estado que garantiza a propietarios y capitalistas el goce de ese derecho de acceso que establecieron los romanos sobre los esclavos y por el que todavía en lo presente se despoja a los trabajadores del fruto de su trabajo. Vote, pues, el crédulo que confía en su infinitesimal participación en la soberanía

del pueblo, que yo al *Homo sibi Deus* de Pi y Maragall me atengo, y por eso no he votado, ni voto, ni votaré.

El Porvenir del Obrero, 296 (22 marzo 1907), 1,
reeditado en *Vida anarquista* (1912), pp. 164-165.

A la joven España

Unos jóvenes, «que aspiran a fortalecer su conciencia individual y a contribuir a la formación de la conciencia hispana», se han asociado para realizar su aspiración.

Su Comité central ejecutivo, en reciente manifiesto, invita a que se agreguen «a su cohorte naciente» cuantos «hayan sentido la pesadumbre de la ignominia patria sobre los hombros, y la fuerza alada de una ilusión dentro del pecho; los que hayan escuchado el imperativo del deber cívico o acaso la voz desalentada de un pesimismo prematuro...».

Fundan esos jóvenes la necesidad de su Asociación y la justicia de su objetivo en «la triste certidumbre de que el ambiente espiritual de España, junto con su estado social, no permiten el entero desenvolvimiento de la personalidad humana», y en que «la desentrañada concupiscencia del actual régimen económico levanta entre pobres y ricos eminente valladar».

Con alegría y creciente entusiasmo iba yo leyendo la prosa grandilocuente y lógica a la par de tal manifiesto, hasta que tropecé con esta frase: «en adecuada medida», desdichado jarro de agua fría oportunista, que desvaneció instantáneamente mi ilusión.

¿Y cómo no se desilusionará quien tenga experiencia de la obra nefanda de todos los demófilos* adormideras que han pretendido reparar en «adecuada medida» la injusticia social?

Léase este párrafo del manifiesto: «Libertad creciente, progreso eficaz: es decir, exaltación de la justicia social —que no es otro el fruto cuajado de la

* Palabra de raíz griega cuyo significado genérico sería «amigo del pueblo» (nota del compilador).

cultura—, requiere que las clases que más huérfanas andan de ella disfruten en “adecuada medida” de la riqueza que crean y promueven».

¿Qué «medida adecuada» es esa? Ten el valor de declararlo, «Joven España», sino darás lugar a que los desheredados, los parias de la civilización, sospechen que tu medida es el respeto a los intereses creados y el imposible opuesto a la emancipación proletaria, la usurpación perenne de la riqueza social perpetrada por los propietarios y el yugo eterno de la accepción curvando la cerviz de los jornaleros.

Con un programa no menos grande y generoso existió hace unos cuarenta años una Liga de la Paz y de la Libertad, que celebraba Congresos internacionales y reunió en una aspiración común todos los grandes hombres de la democracia europea de aquella época.

De uno de los Congresos, y del inaugural de La Internacional, dio idea Castelar en su célebre discurso en defensa de aquella Asociación.

Un hombre de genio emprendedor y activo, decía, hombre verdaderamente extraordinario por sus altas cualidades de propagandista y de organizador, vino a traer el esfuerzo de su gran talento y de su gran palabra desde el fondo de la Siberia, donde se viera confinado por anteriores revoluciones políticas y de donde milagrosamente se escapara; allí presentó las fórmulas esclavas, con las cuales se hallaba unido, no sólo por un gran convencimiento, sino también por su raza, por su sangre, por su origen; que aquel hombre era ruso, era eslavo también... Yo creo que este hombre extraordinario, con todas sus apariencias de cosmopolitismo, quiere imponer a Occidente su espíritu oriental, asiático. Parece tallado en las piedras ciclópeas, según su colosal estatura. Con barbas blancas de patriarca, imperiosa cabeza de autócrata, nervudos miembros de cosaco y pequeños, agudos ojos de tártaro, lleva en su persona la fisiología de todas las razas de su inmenso imperio.

Y aquel hombre era Bakunin, un excepcional, un gran luchador, un precursor, un perseguido por la rabia de los privilegiados, por la envidia de las medianías, por la intolerancia y la soberbia de los modernos dogmatizantes, uno de aquellos hombres que tienen la nobilísima misión y el maravilloso

poder de rayar muy alto, como indicio de la elevación a que ha de llegar la Humanidad, y dijo a aquellos insignes congresistas:

Los aquí reunidos no somos reyes, ni gobernantes, ni representantes de la burguesía. Ni tenemos ni debemos tener interés opuesto al de los trabajadores. Estamos reunidos en nombre de la justicia y de la libertad, no para negociar con los trabajadores, ni para engañarlos ni explotarlos, sino para proclamar los principios que por sí solos puedan asegurar la paz, la libertad y el bienestar de los hombres. No les debemos concesiones, sino justicia. Trabajando para nosotros, queremos y debemos trabajar para y con ellos.

Mas para que esta comunidad de pensamiento y de acción sea posible, para que los trabajadores tengan fe en nuestros propósitos, para que no nos rechacen como aliados hipócritas o como falsos hermanos, debemos probarles que queremos lo que ellos quieren y que entre su objeto y el nuestro no existe diferencia.

¿Cuál es el objeto, el pensamiento soberano que domina en el fondo de todas sus aspiraciones actuales? La igualdad, no solamente la igualdad política, sino la económica y social... Si vamos, como comerciantes de mala fe, a vender partículas de justicia a los trabajadores, despreciarán nuestra mercancía y nos rechazarán con muchísima razón, y no hallaremos soldados para nuestro ejército de la paz, pereciendo nuestra obra por falta de apoyo y de poder.

Lo oyes, «Joven España»; si esa «medida adecuada» no es la participación, sin limitación ni exclusivismo, de todos los humanos en el patrimonio universal, constituido con los bienes naturales y con los producidos por los sabios y por los trabajadores de todos los tiempos y de todos los países a que tienen inmanente derecho; si, por el contrario, limitas la propiedad a la definición de los artículos 384 a 359 del Código civil, según los cuales el propietario es el antiguo patricio romano, y el jornalero es el continuador del paria, del esclavo y del siervo, tu tarea será inútil y mala. Los trabajadores se emanciparán sin ti y tal vez contra ti, y entonces, como condenación suprema, caerán sobre ti tus mismas palabras: «Necios o malos o cobardes

seremos si no logramos, ganándolo (el valladar que separa pobres y ricos), derruirlo».

Entusiastas muchachos de la «Joven España»: en la Universidad, o recién salidos de ella, provistos de un título que os permite luchar con ventaja por la vida, permitid que un viejo obrero os recuerde que por un privilegio, que hasta el diccionario de la Academia califica de odioso, habéis adquirido una ciencia que se debe a todos, mientras los jóvenes trabajadores quedan anal-fabetos y reducidos a sistemática ignorancia. Vuestro manifiesto constituye un compromiso de honor para toda la vida; no sólo malos y cobardes seréis si no lograréis vuestro objeto: seréis, además, traidores.

No se diga de vosotros que vuestros entusiasmos actuales son el «sarampión anarquista» que pasan los políticos profesionales antes de capacitarse para las indignidades del oficio.

Tierra y Libertad (Barcelona), VII, 23 (3 agosto 1910), 1-2, reeditado en *Vida anarquista* (1912), pp. 133-135.

El Estado

¿Qué es el Estado?

Decía Bakunín que la llamada ciencia jurídica ofrece gran analogía con la falsa ciencia teológica.

El principio fundamental de la teología es la revelación; el de la jurisprudencia, la apropiación. El primero es una intervención absurda; el segundo, un hecho positivo, pero inicuo.

Fundadas en el absurdo y en la iniquidad, ambas supuestas ciencias recurren a la lógica, y obrando a semejanza de operación aritmética fundada sobre datos falsos, llegan a resultados que, si materialmente son exactos, racionalmente son inadmisibles por la falsedad del principio admitido, y sobre tales cimientos se edifican el sistema teológico con su organismo la Iglesia y el sistema jurídico con su organismo el Estado, que si son lógicos

respecto de sus principios fundamentales se derrumban en cuanto la crítica racional examina sus fundamentos.

A lo dicho en otro lugar sobre lo que se cree y lo que se sabe me remito para juzgar el fundamento de la Iglesia, y acerca de su origen he de consignar esa nota de Reclus, tomada de *El hombre y la Tierra*:

La meseta del Irán, Judea, Babilonia, Egipto y Grecia suministraron a los romanos y a los bárbaros entremezclados los elementos de la fe cristiana. Del mismo modo la India envió a todo el Oriente, al otro lado de los montes, misioneros para predicar su nueva creencia a los desengañados sectarios de las religiones antiguas. Siempre en las mismas condiciones de paralelismo histórico, el budismo no logró conquistar parcialmente las poblaciones de la China hasta algunos siglos después de haber tenido su desarrollo inicial en su patria de origen, y cuando no se asemejaba ya a sus formas primitivas. La diferencia principal en la marcha victoriosa de las dos religiones se explica por las dificultades que opone el medio geográfico al vaivén de los hombres: la palabra de Jesús tardó cinco o seis siglos en recorrer las comarcas mediterráneas y en llegar a las orillas del Océano; la de Buda empleó diez o doce en pasar desde la península hindú hasta el imperio del Medio y el archipiélago del Japón. El cristianismo perseguido no triunfó hasta después de haber llegado a ser la religión de sus perseguidores...

Tócame ahora hablar del Estado. Ante todo, ¿qué es el Estado? Para Bastiat, es la gran ficción por medio de la cual todo el mundo se esfuerza en vivir a expensas de todo el mundo; para Renan,

es un autócrata sin igual que tiene derechos contra todos y nadie los tiene contra él.

Tras estas afirmaciones de carácter negativo tienen interés estas dos contradictorias:

No es posible que el Estado se encargue de nivelar, en los diversos casos de la vida, el esfuerzo y la satisfacción de las necesidades de cada uno. No

dispone de medios para tan colosal empresa [...] Los artificiosos medios de la acción coercitiva del Estado, y aun de sus procedimientos humanitarios en apariencia, son ineficaces (Pedregal). Todos los proyectos, todas las leyes que dicte el Estado podrán ser discutidos en su utilidad y en su eficacia, pero no podrá sostenerse que son contrarios a los fines del Estado, a su poder y capacidad. Todo se puede hacer y se hace en todas las naciones, bajo todos los regímenes de tutela del Estado (Azcárate).

Pi y Margall escribió en *La reacción y la revolución*, hallándose libre y en todo su vigor intelectual, este grandioso pensamiento:

Dios, poder, propiedad, expresan una sola idea: la de imposición, de autoridad, de mando; y he aquí por qué la especie conspira a la vez a la negación de la propiedad, los dioses y los reyes.

Después, oficiando de jefe político, dijo:

El Estado es el que por sus códigos mantiene la monstruosa desigualdad de condiciones que hoy existe, móvil e incentivo de la guerra; él es el que debe ir la amenguando a fuerza de corregir leyes que tienen su origen en el egoísmo de los patricios contra los plebeyos de la antigua Roma.

El verbo «mantener», aunque usado en presente en esta definición, no se refiere sólo a la época actual, sino que es presente en todas las épocas pasadas y en las futuras, mientras la institución exista; y siendo agente de la desigualdad de condiciones, ¿ha de amenguarla por medio de leyes?

Un jurisconsulto francés me suministra respuesta adecuada en el fondo, aunque no del todo pertinente en la forma:

Cuando la ignorancia domina en el seno de las sociedades y el desorden en los espíritus —dice Dalloz—, las leyes alcanzan un número infinito. Los hombres esperan todo de la legislación, y como cada ley nueva es un nuevo desengaño, piden sin cesar a los legisladores lo que no pueden esperar más que de sí mismos, de su educación y de la moralidad de sus costumbres.

Dos hombres eminentes de fines del siglo XIX, que ocuparon lugares diametralmente opuestos, coincidieron en la significación del Estado con respecto al individuo. León XIII dijo:

No existe razón para recurrir a la providencia del Estado, ya que antes de que se formara la sociedad civil tenía por la Naturaleza el derecho de proveer a sus necesidades.

Y Renán expuso este sencillo y grandioso pensamiento:

El hombre es anterior y superior al ciudadano.

Consultado Salmerón acerca de las amenazas y de los temores suscitados al iniciarse el movimiento de Primero de Mayo, dijo:

Antes, por la imposición de unas clases sobre otras, pudo haber Estado teocrático, Estado aristocrático, Estado mesocrático. El Estado que se funde con el advenimiento de los obreros a la plenitud de la vida social y política será por fuerza un Estado democrático en que, integrada la sociedad con la racional y legítima representación de todos sus miembros, haya poder de todos, gobierno de todos y no predominio de unas clases sobre otras ni imperio de la masa.

Los anarquistas españoles tenían negada, con anterioridad a esa manifestación, la posibilidad del Estado democrático en su Manifiesto de febrero de 1886, con el siguiente párrafo:

La democracia (gobierno del pueblo por el pueblo) es una ficción irrealizable; nunca el pueblo, tornando esta palabra en la acepción de los trabajadores asalariados, privados de instrucción y de medios de subsistencia, llegará a gobernar. Mientras los que le quieren hacer demócrata, los que le predicán democracia, porque los que tienen el monopolio de la ciencia y de la riqueza nunca se dejarán gobernar por su criado, por su zapatero, por su sastre, por su arrendatario, por ninguno de los que proveen a su holganza.

Considerando la pluralidad de los Estados y sus relaciones mutuas, dijo Proudhon:

De Estado a Estado, el único derecho común es el de la fuerza.

Y en concordancia con ese pensamiento, y teniendo en cuenta su consecuencia natural el patriotismo, dijo Valtour:

La popularidad de un hombre de Estado en su país se suele medir por el mal que ha hecho al resto de la humanidad.

Tan contradictorias definiciones del Estado, de que es pequeña muestra lo expuesto, debieron inspirar a Bastiat al hacer la siguiente proposición:

Quisiera que se fundara un premio, no de quinientos francos, sino de un millón, con corona, cruces y cintas, en favor de aquel que diera una buena, sencilla e inteligible definición de esta palabra: Estado. ¿El Estado! ¿Qué es? ¿Dónde está? ¿Qué hace? ¿Qué debería hacer? Todo lo que sabemos es que es un personaje misterioso y seguramente el más solicitado, el más aconsejado, el más invocado y el más provocado que pueda haber en el mundo.

Castelar dio una idea del Estado en conformidad con la fraseología democrática, que habla de libertad sin consideración a las condiciones político-sociales que la niegan o la imposibilitan:

Toda la historia moderna —dice el célebre orador— se reduce a convertir en funciones de la Sociedad aquello que antes parecía función del Estado. Y como la más social entre todas las funciones sea el trabajo, el Estado deja de regirlo por medio de reglamentaciones, como las que suponían los gremios o las leyes suntuarias, y lo regula completamente la Sociedad por medio de la libre asociación y de la libre competencia.

¿Es cierto que por desinteresarse el Estado de regir las funciones del trabajo, lo regula la Sociedad con las libertades de asociación y de con-

urrencia? Podrá serlo de burgués arriba en la esfera del monopolio y del privilegio, no para los trabajadores desheredados del patrimonio universal, porque ahí está el derecho de propiedad, legal, que es para unos apropiación y para otros expropiación, subsistente mientras haya Estado que conserve el código, hasta que la revolución social, en su moderno sentido de evolución realizada, practique la expropiación de todo lo que signifique usurpación.

Qué representa el Estado

Visto que no hay facilidad de entenderse sobre qué es el Estado, probemos de indagar qué representa, sirviéndonos de guía el método y lógica inflexible de Bakunin.

El Estado representa el conjunto de las negaciones de las libertades individuales de todos sus miembros, o el de los sacrificios que hacen todos sus miembros, renunciando a una porción de su libertad en pro del bien común. Según la teoría individualista, la libertad de cada uno es el límite o la mutilación de la libertad de todos. Sobre esa limitación o mutilación se basa el Estado, y por tanto, donde comienza el Estado cesa la libertad individual.

Cuanto se diga para justificar tal atentado a la libertad, es puro sofisma. Se dirá, por ejemplo, que el Estado democrático, basado sobre el sufragio universal, no puede ser negación de la libertad; mas aparte de cuanta falsedad existe en la supuesta justicia e igualdad de esa manifestación de la soberanía nacional, resulta que en el Estado democrático la voluntad de la colectividad gravita con toda la enormidad de su peso sobre la libertad de cada uno. Se añade que el Estado restringe la libertad de sus individuos, para evitar el mal y la injusticia; les impide defenderse, robarse, matarse, y, en general, practicar el mal, dejándole libertad para el bien; pero, ¿qué es el bien? Antes, cuando cada individuo quedaba sumergido en el aislamiento de su libertad, no podía existir la distinción entre el bien y el mal, y las únicas consideraciones que había de guardar respecto de los otros eran las que le aconsejaban su debilidad o su fuerza relativas, es decir, su prudencia o su interés propio.

Consiguientemente, juzgando según el criterio individualista dominante, el egoísmo era la ley suprema, el único derecho; el bien, pues, era

determinado por el éxito; el mal, por el fracaso, y la justicia era la consagración del hecho realizado.

La distinción del bien y del mal, para los individualistas, se funda en la supuesta celebración del contrato social: cuando todo lo considerado de interés común se proclamó bueno, y todo lo que le contrarió, malo. Los contratantes, convertidos en ciudadanos unidos por un compromiso más o menos solemne, contrajeron por eso mismo el deber de subordinar sus intereses al bien común, cuyo representante, el Estado, quedó investido del poder de reprimir todas las rebeldías del egoísmo, a la vez que con el deber de proteger cada uno de sus miembros en el ejercicio de sus derechos.

Tal fundamento se atribuye al Estado moderno, no todavía práctico, sino como aspiración progresiva, como sueño futurista, como utopía de hoy que no puede ser la realidad de mañana.

El Estado laico, más o menos emancipado del yugo de la Iglesia, por el antagonismo de intereses con los otros Estados, se emancipa también de la moral religiosa, y, por consecuencia, rechazando el principio de la moral universal o cosmopolita, no ya de una Iglesia, la católica como cualquier otra, sino puramente humana, se coloca en el terreno de la inmoralidad.

Y esa inmoralidad resulta mayor si se tiene en cuenta que en las naciones cultas los gobernantes y los privilegiados en general, según su abolengo católico o protestante, se someten al cristianismo sin convicción, sin fe, únicamente con el fin de conservar y fomentar la ignorancia pública, para alucinar a las masas populares con el misterio y el prestigio similitudinesco* de la Biblia o del Catecismo, para que los que creen y no saben se sometan a la obediencia y a la explotación.

Queda como base fundamental de la moral individual el interés del individuo, y de la moral social el interés del Estado. De ahí han partido siempre los estadistas: todo lo que sirve o se considera conveniente a la conservación, grandeza y poder del Estado, es el bien, y todo lo contrario, por racional y justo que sea, es el mal.

La existencia de un solo Estado supone necesariamente la de otro, por ser natural que los que se hallan fuera de él y por él amenazados en su

existencia y en su libertad, se asocien contra él; y así tenemos la humanidad dividida en gran número de Estados hostiles y amenazadores los unos respecto de los otros.

Entre los diferentes Estados no existe derecho común, porque si existiera cesarían de ser Estados independientes. Existen tratados que regulan las relaciones de los Estados entre sí; pero esos convenios son siempre contratos leoninos, impuestos por los fuertes a los débiles y que se conservan o se rompen según las circunstancias que hacen oscilar la fuerza o la debilidad de los Estados contratantes.

Ese Estado único de que hablan sin convicción los políticos radicales cuando quieren arrancar un aplauso o acallar la propaganda anarquista, fantaseando sobre la anulación de fronteras, destrucción de aduanas y fraternidad universal, se halla negado por su espíritu autoritario, por su sistema de monopolio y de usurpación de los bienes y las riquezas sociales, por su acatamiento a aquella legislación romana que consideran imperecedera, conjunto de errores y absurdos que trae consigo toda la caterva de obreros de la iniquidad de manto, frac, toga y uniforme.

Todo Estado tiene contra sí la hostilidad latente o declarada de todos y cada uno de los demás Estados, y por su propia naturaleza y obedeciendo la ley de su existencia procura ser inerte, el más inerte de todos: ha de devorar para no ser devorado; ha de conquistar para no ser conquistado. Para arreglarlo todo, para sacar adelante su interés contra el interés de los demás Estados, tiene diplomáticos, almirantes y generalísimos que derrochan insidias, fuerza, sangre y riqueza en cantidades asombrosamente enormes y en pura pérdida para la humanidad, hasta el punto de haber puesto sobre la libertad, igualdad y fraternidad que soñaron los revolucionarios el infame y repugnante *si vis pacem, para bellum* (si quieres la paz, prepara la guerra).

El Estado es, pues, la negación de la humanidad; rompe la solidaridad universal; cubre con su protección exclusivamente, aunque con relación a los privilegios de que disfrutan, a sus súbditos; no reconoce ningún derecho fuera de sus límites, y en ellos él sólo, que no es nadie, tiene derecho contra todos. Como consecuencia lógica, cuando llega el caso, y ese caso está llegando siempre, porque no hay día que no truene el cañón en un punto

* Neologismo, seguramente derivado de *similor*: falso, fingido (nota del compilador).

cualquiera del mundo, hace alarde de la más feroz crueldad, contra todas las poblaciones extranjeras que puede saquear, exterminar o someter, y cuando se muestra generoso, no es nunca por reconocimiento de un deber, sino por un refinamiento de crueldad, por la esperanza de obtener después un beneficio mayor que, naturalmente, ha de considerar como mayor perjuicio para quienes son las víctimas.

Sobre esa negación evidente de la humanidad se funda el patriotismo, del que ha dicho Bakunin:

Ofender, oprimir, expoliar, saquear, asesinar o esclavizar al prójimo, según la moral ordinaria de los hombres, es criminal. En la vida pública, por el contrario, cuando tales acciones se ejecutan para glorificar al Estado, para conservar o para ampliar su poderío, es virtuoso, es patriótico; y esa virtud es obligatoria para cada ciudadano patriota, no sólo contra los extranjeros, sino contra sus mismos conciudadanos cuando lo reclama el Estado. Esto nos explica por qué desde el nacimiento de los Estados el mundo de la política ha sido siempre teatro de la alta picardía y del sublime bandidaje; bandidaje y picardía altamente reverenciados como imposición del patriotismo, del interés supremo del Estado. Así se comprende que la historia de los Estados antiguos y modernos sea una serie de crímenes repugnantes; que todo mandarín y gobernante, juzgados desde el punto de vista de la simple moral, sean la inmoralidad en acción, porque no hay crueldad, perjurio, impostura, transacción acomodaticia, traición, que no realicen diariamente y que no estén dispuestos a perpetrar, siempre excusados por la razón de Estado, definida por Maquiavelo.

La lección más culminante de la historia consiste en la demostración de que el Estado ha sido siempre patrimonio de un autócrata o de una clase privilegiada cualquiera: un rey, la nobleza, el clero o la burguesía. Podrá el Estado llevar una vida lánguida o floreciente, según las circunstancias; pero es inevitable, siempre hay un dominador, sea individuo o sea clase privilegiada.

Transformaciones políticas en España

Desde la adopción por España del liberalismo han regido en ella las siguientes Constituciones: la de 1812, restaurada en 1820 y en 1836; la de 1837, la de 1845, la de 1855, la de 1869, la de 1873 y la de 1876. El catálogo de nuestros pronunciamientos, conspiraciones, guerras civiles y revoluciones triunfantes durante el curso del pasado siglo es aterrador, en el cual, a excepción de los últimos años, y por efecto del escepticismo dominante, no pasó un período de veinte años sin que el Gobierno establecido no fuera derribado por el triunfo de una rebelión, como lo demuestran los siguientes datos.

En 1808 fue destronado Carlos IV por el motín de Aranjuez. Proclamado Fernando VII, fue pronto depuesto y desterrado por el ejército francés. Entronizado José Bonaparte y sostenido por los invasores, dura su reinado tanto como la invasión. Restaurada la Constitución y la dinastía española, en 1813, el primer acto del rey, que en el extranjero felicitó al invasor por sus victorias, fue anular la Constitución en Valencia, proclamándose rey absoluto. En 1820 fue restablecida la Constitución por el alzamiento revolucionario de Riego. En 1823 fue suprimida la Constitución, dominando en España durante catorce años el terror clerico-realista. En 1837 se restableció otra vez la Constitución y, poco después, en el mismo año, otra rebelión triunfante despojó de la regencia a Cristina. En 1843 cayó del poder Espartero por el triunfo de otra rebelión. En 1854 triunfaron los progresistas por el pronunciamiento de Vicálvaro. Otro pronunciamiento dio el poder a unionistas y moderados. En 1868 fue destronada Isabel II y, tras el Gobierno provisional, la regencia y la monarquía de Amadeo, vino la República y la Restauración.

En el siglo XIX ejercieron el poder soberano en España Carlos IV, Fernando VII, José Bonaparte, Cristina, Espartero, Isabel II, Serrano, Amadeo I, Figueras, Salmerón, Pi y Margall, Castelar, Alfonso XII, otra Cristina y quedó en preparación para comenzar el siglo XX Alfonso XIII.

Durante la preparación de cada cambio de personal gobernante, necesiándose al pueblo como elemento de fuerza que se retira de lo que ha de derribarse y como instrumento y sostén de lo que ha de levantarse, se perfec-

cionó el arte de los programas o de las promesas sugestivas, de las que deciden y entusiasman a las multitudes, y el resultado fue siempre el que obtiene el que, como vulgarmente se dice, saca las castañas del fuego.

La desamortización

Un hecho notable y de gran efecto social ocurrió entre las revueltas españolas del siglo XIX: el conocido con el nombre de la desamortización.

La guerra civil ardía en las provincias del Norte y del Nordeste; el pretendiente tenía un ejército tan numeroso y disciplinado como el del poder central, y la solución del conflicto, abandonada a la suerte de las armas, era dudosa y se consideraba lejana. En tal situación, Mendizábal tuvo la inspiración salvadora: viendo que el clero era el elemento prestigioso de la facción, atacó al clero en su parte sensible, en la flor de sus privilegios, en sus riquezas, amasadas tras siglos de dominio y de propagación de fanatismo; de una plumada declaró bienes nacionales cuanto constituía la riqueza inmobiliaria poseída por ese conjunto de individuos denominado el clero, y anunció su venta a los particulares en condiciones de suma facilidad y ventaja. La Iglesia protestó, anatematizó y excomulgó, pero los creyentes adinerados o simplemente astutos acudían como moscas a las subastas, y desamortizaban o se apropiaban aquellos bienes amortizados, que cambiaban de usurpador, desequilibrando por la expropiación y nueva apropiación las fuerzas en lucha. Muchos neutros y hasta apasionados absolutistas, y cristianos viejos, convertidos en propietarios, modificaron sus convicciones según sus intereses y se hicieron liberales, terminando aquella guerra civil de siete años con un convenio-farsa que aplazó la lucha hasta futuras ocasiones más propicias. Como resultado, se creó esa burguesía conservadora o revolucionaria, según las conveniencias, impulsora de los negocios que fomentan la riqueza de clase por la explotación industrial y la sisa comercial, y el pueblo vio una vez más una revolución liberal consumada en su nombre y que no obstante le dejaba en la eterna miseria.

Quedó realizada aquella expropiación que Pi y Margall expresó en su discurso en favor de La Internacional, en los siguientes términos:

¿Qué era la propiedad antes de la Revolución? La tierra estaba en su mayor parte en manos de la nobleza y del clero. En manos de la nobleza estaba amayorazgada, en manos del clero amortizada, en unas y otras manos, fuera de la general circulación. Como quedaban todavía grandes restos del antiguo feudalismo, sucedía que la propiedad, ora estuviese en manos del clero, ora en las de la nobleza, llevaba en muchas provincias aneja la jurisdicción y el cobro de tributos, así reales como personales, a pueblos enteros.

¿Qué hicisteis vosotros, es decir, qué ha hecho la Revolución? Por un decreto devolvió al Estado la jurisdicción que había sido entregada a los antiguos señores feudales y declaró abolidos los derechos señoriales; por otro declaró libre la mitad de los bienes amayorazgados en manos de los que entonces las poseían, y la otra mitad en manos de sus inmediatos sucesores.

Después de haber ahuyentado con la tea en la mano las comunidades religiosas, declaró por otro decreto nacionales los bienes de esas comunidades, y no satisfecho con esto, se fue apoderando de los bienes del clero secular, de los de Beneficencia e Instrucción pública, de los de los municipios y las provincias.

La lección es buena, y el pueblo, la clase baja, el proletariado, la ínfima clase social, ha de aprovecharla y la aprovechará en su día. Entretanto los trabajadores neutros y los políticos, principalmente los que elevan candidatos a las alturas del parlamentarismo y del poder, se quejan y no comprenden por qué no se tienen en cuenta sus sentidas reclamaciones.

Lo que tiene el pueblo

Tiene ese pueblo gobernantes que, una vez en el Poder y dueños de todas las fuerzas vivas y de todos los recursos nacionales, le abandonan y le desprecian;

Tiene un ejército, salido de su misma clase y de su misma sangre, que representa la fuerza en defensa de las instituciones y de la propiedad, y que le amenaza con sus armas al menor signo de violencia que dé a sus reivindicaciones;

Tiene un clero a quien paga, a quien cree y al que los gobernantes toleran para que enerve la voluntad popular y se deje esquilmar tranquilamente;

Tiene una Universidad que vincula la ciencia oficial en los herederos de los ricos, que no por ese monopolio se libran de la ignorancia;

Tiene magistrados encargados de juzgarle y de aplicarle un código arcaico y absurdo;

Tiene representantes que desde el día de su elección dependen sólo de su ancha conciencia;

Tiene gobernadores que dependen del ministro;

Tiene Diputaciones y Ayuntamientos que dependen del gobernador;

Tiene polizontes que le espían y le apuntan en la lista de sospechosos;

Tiene patronos que al menor conato emancipador le asedian con el pacto del hambre;

Tiene propietarios de su inteligencia, de su actividad y de su fuerza por el goce del derecho de accesión.

Y, en tal situación, grande como la humanidad y débil como un niño, se admira de que no se cumpla su voluntad soberana.

La política

La política, pues, promete el triunfo de la justicia social, como resultado de estos dos milagros: primero, que de las urnas electorales salga una colección de hombres que representen las necesidades y la voluntad del pueblo; segundo, que esos hombres extraordinarios no encuentren delicioso aprovechar para sí propios el estado excepcional en que se les coloca.

Desengañémonos, hay que buscar las causas en lo más profundo. La mala fe de los políticos de oficio podrá agravar el mal, pero no lo crea. Malo es que un Gobierno dé órdenes reaccionarias, pero peor es que haya Gobiernos.

Nuestra suerte está en manos de los que nos gobiernan, porque el Estado es todo, y la nación, nada.

Sea cualquiera el nombre del que manda y la etiqueta que se ponga a la forma de Gobierno, no cambia el fondo de las cosas, y el Estado tendrá

siempre todo en sus manos y dependeremos de las voluntades, de las preocupaciones, de los caprichos y hasta si se quiere de la honradez que por chiripa conserve algún jefe político; estaremos a la merced de una intriga parlamentaria cualquiera, y bastará un cambio de personal, hoy liberal, mañana conservador, para obligar a la nación a avanzar o a retroceder.

A la frase de Luis XIV, «El Estado soy yo», todos nuestros liberales se indignan; pero cuando el Estado moderno dice: «Yo soy la nación», y obra en consecuencia, ¿qué diferencia existe?

Y el Estado tiene razón: le habéis dado todo; él es el más fuerte, y aunque protestéis diciendo que sois el pueblo soberano, lo cierto es que los que os gobiernan, los que os racionan la libertad, la existencia, el aire respirable, vuestros derechos, los que legiferan [sic] sobre todo; contra todo, y particularmente contra vosotros, de vosotros mismos han recibido el Poder.

Es verdad que se os concede el derecho de cambiarlos, pero es sólo en teoría, porque de hecho sois impotentes contra el encasillado y el caciquismo; eso sin contar que cuanto más se cambian, el mal persiste del mismo modo, porque tiene raíces más profundas y porque es un error creer que cambiando la investidura del Poder se cambia su esencia.

Que el Poder se ejerza en nombre del derecho divino y hereditario, o que se le haga derivar de la soberanía popular y del derecho electoral; que sea ungido por el óleo santo, por la pólvora de las barricadas, por el tumulto de la cuartelada o por la candidatura de los comicios; que sea representado por un hombre o por una Asamblea, siempre tiene las mismas prerrogativas, la misma omnipotencia, y desde el momento que habéis sancionado con más o menos conocimiento de causa, con más o menos libertad moral o material, el Poder que sale de vosotros ya no es vuestro, no os pertenece, es vuestro enemigo.

La teoría de la soberanía delegada es la que informa la política democrática-liberal, y quien estudia el asunto despreocupada y racionalmente ve con toda evidencia que el Estado no es ni puede ser liberal ni democrático, porque quien manda no obedece; en él no se hallará nunca la libertad ni la igualdad, porque es la autoridad y, por consecuencia, el privilegio, o sea la negación de la libertad y la igualdad: no se encuentra en él tampoco la justicia y la seguridad, porque la justicia no existe donde la libertad y la

igualdad son atropelladas, ni la seguridad donde los oprimidos y los desheredados levantan incesante protesta, que es como amenaza permanente.

A cada desengaño político se os dice: «Elegid mejores representantes». Luego ¿habéis escogido siempre mal? No; es que es imposible escoger mejor.

Todo el sistema dictatorial, autoritario y gubernamental —tres sinónimos, notadlo bien— se basa en la insensata idea de que el pueblo puede ser representado por otros que no sean él mismo; nadie puede representar al pueblo, porque nadie conoce mejor que él sus necesidades y sus aspiraciones. Pueden representarse intereses circunscritos, definidos, limitados, no una abstracción; se representa una sociedad, un grupo económico, una corporación productora; el pueblo, nunca.

El Estado, pues, no os representa; él no representa más que a sí mismo, es decir, a los que tienen la sartén por el mango, a los que constituyen las llamadas clases directoras; luego él y vosotros sois dos entidades, y dos no pueden ser uno.

Pues si el Estado, en sentido contrario a su etimología, es mutable en su manera de ser, a pesar de la permanencia que debe a la iniquidad y a la tiranía; si no se acomoda en la práctica a ninguna de las infinitas teorías que con fin laudable se han inventado para justificar su existencia, si bien concuerda únicamente con aquellas que inventaron los cínicos que en el mal se complacen porque a su sombra viven; si ha de perecer, como aseguran sus mismos partidarios y como lo prueba su misma decadencia, ¿qué es la política? Si pretende ser ciencia, es falsa, porque carece de principios fijos y de objeto racional; si se la considera como arte, como la definen muchos, hay que convenir en que es poco artística, y más bien es una artimaña para someter a los hombres, y por eso estuvo muy en lo firme aquel que dijo que sólo hay dos maneras de gobernar a los hombres, por la fuerza o por la farsa, o aquel otro que definía la política diciendo que no es ciencia, ni arte, ni oficio, sino artificio: luego, políticos, no hay escape: o embaucadores o cándidos, eso sois; escoged según el estado de vuestra conciencia o de vuestra ignorancia.

Hay una analogía que me parece perfecta para dar a conocer la política, y es ésta: la alquimia era una falsa ciencia que buscaba la piedra filosofal, o

sea el secreto de convertir en oro todos los metales, y la panacea universal que curase todas las enfermedades; la astrología pretendía conocer por la situación de los astros el destino de las personas, y tanto la una como la otra eran pura charlatanería; pero del estudio y de las observaciones hechas por alquimistas y astrólogos nacieron la química, ciencia que estudia la Naturaleza y las propiedades de los cuerpos simples, la acción molecular de esos cuerpos los unos sobre los otros y las combinaciones debidas a esta acción, y la astronomía, que enseña a determinar la posición relativa de los astros, su configuración, y a determinar la ley de sus movimientos. Lo mismo sucede con la política, especie de alquimia y de astrología, cuyos errores de principio y locuras de ideal en busca del buen gobierno se desvanecerán, dejando cantidad de elementos para la sociología, ciencia nueva, pero de la cual sabe ya todo el mundo que trata de las relaciones humanas en lo pasado, lo presente y lo porvenir, y que ha de determinar racionalmente y de acuerdo con la Naturaleza las bases de la futura sociedad.

En vista de este dato importantísimo, yo conjuro a cuantos tengan sana razón que dejen de pedir remedio a sus males y solución a los conflictos presentes a la política, vana ciencia y torpe arte, y de la misma manera que consultan sus enfermedades con el médico y rechazan la supersticiosa intervención del curandero, acudan a la sociología, ayuden si es necesario a su desarrollo y progreso en aquello que aún carezca de solución, y sólo de este modo se obtendrá el resultado apetecido.

Suposición previsorá

Si de la noche a la mañana se disolviera el Estado y nos quedáramos sin Gobierno, suposición a que hemos de acostumbrarnos para hacer frente a los acontecimientos que nos depara el porvenir, ¡qué lamentos lanzarían los obstinados autoritarios! ¡Estamos sin Gobierno! ¡Cómo viviremos ahora! Faltos de Poder ejecutivo, legislativo y judicial; sin un Ministerio que asuma todas las iniciativas, porque reúne en sí todos los poderes; sin una magistratura y sin tribunales que hagan funcionar la balanza de la justicia y la espada de la ley; sin un ejército que con sus coloreados uniformes y sus brillantes armas ostente con majestad nuestra bandera y ametralle de cuando en cuando

a sus compatriotas descontentos; sin esa multitud de funcionarios, desde guindilla hasta rey o presidente, que por un trabajo mínimo en lo que pueda tener de útil, si algo tiene, consumen millones infinitos, ¿qué haremos? Pues sencillamente: nosotros mismos nos defenderemos, nos administraremos, reformaremos nuestro adelanto, trabajaremos, consumiremos nuestra producción libremente sin pagar diezmos ni primicias a privilegiados holgazanes, sin consultar en nuestras decisiones más que nuestros propios intereses y nuestra propia razón, exentos ya de todo interés ajeno, sea de gobierno, sea de Estado.

Suponed, en consecuencia, que ya no existen explotadores parásitos y ociosos: ¿qué perderemos con ello los que trabajamos y producimos? La tierra y sus riquezas naturales y apropiadas estarán ahí siempre permanentes; sus bosques que nos suministran madera, sus minas repletas de carbón y hierro, sus feraces campos, sus ríos, sus mares, rodeada con su benéfica atmósfera, iluminada con su esplendente sol y entregada a ese conjunto de armonías universales que viven por sí sin tener en cuenta más errores, las preocupaciones ni los crímenes de nuestros tiranos. No moriría la humanidad de hambre, de sed, de frío ni de calor; únicamente habrían variado las condiciones de trabajo.

¿Es necesario el Estado?

¿Para qué se necesita el Estado? ¿Qué servicios nos presta que no podamos hacer todos mejor y más barato? Dícese que nos defendería contra una invasión extranjera: ¡ah! Francia, en 1793, con sus obreros y campesinos ignorantes, casi desarmados, faltos de organización y disciplina, pero inspirados por la idea de la redención humana, rechazaron la coalición europea. Esos mismos franceses aguerridos, disciplinados, valientes, ensoberbecidos por la victoria, pero dominados por un emperador soberbio, sucumbieron más tarde ante los guerrilleros españoles, ante la fuerza genuinamente popular en el Bruch, en Madrid, en Gerona, en Zaragoza, en Bailén, mientras el rey Fernando y sus cortesanos, es decir, el Estado, felicitaban a Napoleón por sus efímeros triunfos. Eso demuestra que nunca un ejército vale tanto como un pueblo, y siempre que un Jerjes vaya con sus legiones

infinitas contra un pueblo libre y que quiere serlo, encontrará nuevas Termópilas donde trescientos hombres que hayan jurado su muerte y asistido previamente a sus funerales les cierren el paso.

Dícese que con sus códigos y sus tribunales defiende la vida y la honra de los ciudadanos, pero léase esta cita de autor competente en la materia:

Me es demasiado familiar la historia de los procedimientos judiciales para mirarlos con supersticiosa veneración. Los jueces son hombres y han mostrado siempre, como tales, su debilidad. Sí; los mayores crímenes han sido perpetrados por los tribunales de justicia. La sangre de infinidad de mártires les grita y les emplaza desde la tumba. (Summer, senador de los Estados Unidos).

Véase esta afirmación de Lombroso:

No merece fe una justicia que, imponiendo pesadas cargas a las personas honradas, castiga apenas al 20 por 100 de los criminales, los cuales no suelen ser más que unos imbéciles, mientras deja a los restantes libres y con frecuencia admirados y obedecidos en medio de los débiles y de los inocentes, destinados a servir de víctimas.

Se invoca también la sabiduría y la rectitud de nuestros legisladores, pero gente del oficio dice de sus colegas:

De 750 representantes del pueblo hay 700 que votan inconscientemente, obedeciendo la orden del gobierno o la de los jefes de los partidos, y sólo 50 saben lo que traen entre manos, aunque no por eso voten a conciencia.

Kropotkin ha dicho:

La historia de la segunda mitad del siglo XIX ha dado la prueba viviente de la impotencia del gobierno representativo para cumplir las funciones que se le habían confiado. Un día se citará ese siglo como fecha del fracaso del parlamentarismo.

Un diputado francés ha dicho lo siguiente, que no es nuevo para nadie que se entere algo de los sucesos políticos:

Los hombres políticos, en su sed de riquezas, además de abusar del presupuesto y de emplear los medios más repulsivos para arrastrar al rebaño electoral, han adquirido la costumbre de mezclar sus intereses personales con la política, de intrigar en la Bolsa, en las sociedades bancarias, en las adjudicaciones de contratas, etc. De este modo exhala el Parlamento hedor insoportable de inmundicia.

También de un diputado francés es la siguiente verídica y conocida afirmación respecto de la ignorancia de nuestros legisladores y gobernantes:

En cada asamblea legislativa una treintena de diputados, todo lo más, entienden algo de los asuntos sometidos a su resolución.

Según estadísticas oficiales, en Inglaterra, en el periodo transcurrido desde el estatuto de Merton* hasta fines de 1872, se dictaron 18.000 disposiciones legislativas, de las cuales se derogaron en todo o parte cuatro quintas partes; del 70 al 72 se enmendaron 3.532 de éstas y se derogaron 6.950 del reinado de la Reina Victoria y muchas de las de otros reinados. Unas leyes fueron derogadas por perjudiciales, otras por innecesarias y no pocas por moda, o si se quiere por cambio de opinión de los legisladores.

En España no tenemos estadísticas para apreciar estos hechos, pero se comprende que han de ser más graves, porque las causas de desbarajuste son aquí mayores y más perturbadoras.

No teman, pues, los autoritarios, porque, como muy oportunamente dice Spencer, no se debe al Estado esa inmensa multitud de inventos útiles, desde la azada hasta el teléfono; los grandes descubrimientos científicos, los sorprendentes mecanismos debidos a la producción, las transacciones mer-

* El Estatuto de Merton data de 1236, bajo el reinado de Enrique III. Los datos estadísticos que utiliza Lorenzo están extraídos con toda probabilidad del que sería quizá publicado en castellano en fecha que desconozco (nota del compilador).

cantiles que facilitan el cambio de productos en todo el mundo, el perfeccionamiento artístico, hasta el mismo lenguaje de que nos servimos, todo se ha hecho por la actividad espontánea de los individuos o de las colectividades, a pesar de los gobiernos.

La preocupación autoritaria

Existe, por desgracia, y como consecuencia natural de errores tradicionales, la preocupación autoritaria, que supone absolutamente necesaria la acción providencial del gobierno enfrente de la supuesta incapacidad ingénita de los gobernados para regirse por sí mismos, sin caer en la cuenta de que gobernantes y gobernados son seres de la misma especie, y que si éstos necesitan de un guía y un freno, aquéllos, por su situación privilegiada, carecen de freno y de guía, y necesariamente han de cometer los males que a sus subordinados se atribuyen, aumentados con los abusos que su ventajosa situación les permite.

Toda nuestra educación y todas las ideas predominantes fomentan la creencia en la necesidad de un gobierno. Religión, filosofía, métodos históricos, teorías jurídicas, todo conspira al fin de hacer aceptable la servidumbre, de donde resulta que nos acostumbramos a creer que el Estado y los estadistas son todo, y nos pasa desapercibido que millones de ciudadanos pasan su vida entera sin conocer del Estado otra cosa que las cargas que les impone. En el comercio, en la industria, en el arte, en la ciencia, en la amistad, en el amor, se realizan multitud de actos y operaciones sin la intervención del gobierno, o si interviene es para dificultar, gravar y perjudicar de mil maneras. En los montes, en los valles, en las pobres viviendas de las orillas del mar y en las barcas que apenas resisten las embestidas de las olas, viven muchas familias con las cuales el gobierno carece de relación. En el interior de las poblaciones existe considerable número de habitantes que viven años y años sin tener nada que ver con los poderes públicos.

El Estado, a pesar de las infinitas definiciones teóricas que de él se han dado, tiene de hecho como principal misión mantener el orden, es decir, sostener la inmovilidad contra el progreso, asegurar la obediencia a las leyes existentes, o lo que es lo mismo, oponerse a toda reforma. De donde se sigue

lógica y evidentemente que su objeto único, o si no el resultado más positivo que produce, consiste en impedir que los vasallos o ciudadanos alcancen el bienestar ideal a que a todos nos impulsa nuestra propia naturaleza.

Disuélvase el Estado; suprimase la dictadura gubernamental, y ya los trabajadores no tendríamos frente a frente más que hombres, fuerzas económicas cuyo equilibrio se restablecería inmediatamente por la fuerza misma de las cosas, por la gravedad, por la estática, sin lucha ni desavenencia de ninguna clase. No teniendo el capitalista un ejército que le guarde las espaldas, ni el trabajador enfrente, detrás y a los lados legiones de beneméritos y polizontes, la partida se nivelaría racionalmente y la resolución sería forzosamente justa.

Fourier decía:

Tómese una cantidad de chinas y guijarros, pónganse en una caja, agítense después y por sí mismos se arreglarán en un mosaico mejor que lo haría un artista.

Kropotkin hace notar brillantemente la tendencia constante hacia la ampliación del campo de la iniciativa privada y el reciente aumento de grandes organizaciones como resultado del espontáneo y libre acuerdo, a pesar de la preocupación gubernamental y de los obstáculos que oponen los gobiernos: la red de ferrocarriles europeos, que por simples contratos de las compañías permiten el tránsito de viajeros y mercancías sin retrasos ni entorpecimientos; el *Beurden* holandés, que extiende su organización sobre los ríos de Alemania y la navegación del Báltico; las innumerables asociaciones amalgamadas y los sindicatos franceses; las asociaciones federadas de salvamento; las innumerables sociedades benéficas, científicas, artísticas, recreativas y de otra índole que se extienden por todo el mundo civilizado, prueban que por todas partes los hombres se sustraen a la tutela del Estado para desarrollar sus aptitudes y satisfacer sus aspiraciones al calor de los principios de libertad y de solidaridad.

Esos hechos tan numerosos y conocidos son uno de los rasgos más salientes de nuestra época. Esos organismos brotaron espontáneamente, se extendieron con rapidez, se agregaron con facilidad, son resultados inevita-

bles de las necesidades del hombre culto, sustituyen perfectamente la intervención del Estado y demuestran que son un nuevo factor de nuestra vida, de tal modo que la asociación libre de individuos libres lleva por sí, aparte de otros elementos de acción más enérgica, a la anulación del Estado.

¿Durará el Estado?

Además, contra el egoísmo antinatural desarrollado por el Estado y sostenido por la insolidaridad y antagonismo de intereses que el Estado crea y su protegido el privilegio conserva, hay en el fondo del sentimiento humano una tendencia altruista que en más o en menos en todos se manifiesta, gracias al cual la Sociedad subsiste, y que en todos los tiempos ha dado héroes a la historia.

¿Es sostenible la situación actual de los Estados? Para dar una respuesta satisfactoria a esta pregunta he de recurrir una vez más a los estudios de Kropotkin, quien en su libro *Palabras de un rebelde* expone con verdad los siguientes pensamientos en su capítulo «La descomposición de los Estados»:

Si la situación económica de Europa es un caos industrial y comercial y bancarota de la producción capitalista, la situación política es la descomposición y la quiebra de los Estados.

Todos, desde la autocracia soldadesca de Rusia hasta la oligarquía burguesa de Suiza, corren hacia la descomposición, y por consiguiente, a la revolución.

Viejos impotentes, consumidos por achaques constitucionales, incapaces de comprender ni asimilarse la oleada de ideas nuevas, viven a expensas de sus años ya contados y aceleran su caída arañándose mutuamente.

El Estado, esa organización en la cual se deja en manos de unos pocos la gestión en globo de todos los asuntos de todos, ha cumplido, no su misión, sino su tiempo. La humanidad elabora ya otros modos de agrupación.

Los viejos Estados de Europa, pasado ya su apogeo, ruedan por la pendiente de la decadencia, sobre todo en las naciones latinas, que quieren a todo trance libertad y autonomía, sin otros lazos que los unan más que los contratos mutuos libremente consentidos.

Tal es la fase histórica en que hemos entrado, y no hay poder capaz de impedir su realización.

Si las clases directoras y privilegiadas tuvieran conciencia de su situación, se apresurarían a anticiparse a esas aspiraciones; pero envejecidas en las tradiciones, cegadas por la avaricia y cargadas con el bagaje de la usurpación, incapacitadas moral y materialmente para el progreso, se oponen tenazmente a la corriente de esas ideas y nos conducen a una conmoción violenta, cuyo resultado será la realización del ideal humano sostenido en el día por el proletariado consciente que aspira a la correspondiente participación de todas y de todos en el patrimonio universal.

Tierra y Libertad (Barcelona, IV, 33 (22 agosto 1907), 4, IV, 36 (19 septiembre 1907), 4, IV, 38 (3 octubre 1907), 4, reeditado en *El pueblo (Estudio libertario)* (s.a.>1909), pp. 127-145.

El puente

Pasaron los entusiasmos postreros de los banquetes republicanos del 11 de febrero, no ya porque sean los últimos, sino por ser de los postres. En ellos se ha hecho consumo de los fiambres oratorios reservados para tales casos, y como no podía por menos, aquí y allí, lo mismo donde hacían pinitos los imberbes, que donde exhibían su prestigiosa persona los veteranos, se han tirado indirectas a la cuestión social y le ha hablado de aquel famoso puente que, desde las áridas riberas del privilegio, ha de permitirnos el paso a los trabajadores a aquellas otras floridas y hermosas donde moran como hadas de la paz y de la bienandanza la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad.

Aquellos de mis lectores que no hayan tenido que bregar con las preocupaciones republicanas de algunos de sus compañeros, o con las de algún burgués, redentor a ratos perdidos de los mismos a quienes explota, no tendrán noticia del indicado puente; pero los que se encuentran en el caso contrario, y éstos son numerosos, están ya de puente hasta la coronilla.

Los propagandistas republicanos, faltos en general de conocimientos sociológicos, porque si los tuvieran (y, por añadidura, de buena fe) ya no serían republicanos, suelen hablar del ideal libertario de los trabajadores como de un país situado al otro lado de un abismo profundo, más o menos ancho, según las circunstancias de lógica, de pasión y aun de paciencia de los trabajadores que les escuchan o con quienes discuten, y una vez que la suposición ha tomado cuerpo como si fuera la realidad, vienen y, ¿qué hacen? cogen y echan un puente, y en seguida desaparece el abismo y, los trabajadores se hallan a las puertas de Jauja. Ahora ya habréis caído en la cuenta: el puente es la República.

Lo menos treinta puentes de esos, entre chicos y grandes, nuevos y viejos, hay repartidos por el mundo; pero lejos de haber pasado por ellos los trabajadores de los respectivos países, dejando atrás la mísera carga de la tiranía y la explotación para entrar en el edén donde se atan los perros con longaniza, el capitalismo impera con inaudito empuje en alguno de ellos, formando esos *trusts* o compañías monopolizadoras que con sangre y sudor de los trabajadores acumulan millones en cantidades asombrosas y nunca vistas, y los restantes no envidian, en eso de explotar, a cualquier monarquía de las que ruedan por esos mundos y si en todos esos países donde hace tiempo que se echó el puente están peor que estaban, ¿puede suponerse que en España tendrá mejor éxito? Recordemos que en el año 73, bien lo saben los que acaban de festejar el 11 de febrero, se echó aquí también una miajita de puente, y uno de los republicanos más respetado y el más respetable, ya difunto, y cuyo puesto se ha declarado irremplazable a perpetuidad, expuso algún tiempo después este juicio acerca de sus amigos políticos:

Por cada hombre leal, he encontrado diez traidores; por cada hombre agradecido, cien ingratos; por cada hombre desinteresado y patriota, ciento que no buscaban en la política sino la satisfacción de sus apetitos.

Conque conste, y ojalá no hubiera necesidad de repetirlo: la cuestión social no la resuelve la República, sino que la agrava; lo del puente es una engañifa retórica sin pies ni cabeza; los redentores no redimen a nadie por

más promesas que hagan, y en cuanto a la redención verdad, aquella que ponga la riqueza pública y todas sus consecuencias a la disposición de todos y de todas, sólo pueden traerla los mismos necesitados de redimirse, y para ello no necesitan puentes ni camándulas republicanas.

Fraternidad (Gijón), II, 9 (11 marzo 1900), reeditado en *La Huelga General* (Barcelona), II, 10 (15 febrero 1902), 2-3 y *Vida anarquista* (1912), pp. 67-69.

El poder político

¡Felicitémonos! Algo con apariencia de socialismo clásico tradicional ha hecho en Barcelona una aparición ostentosa.

La larva socialista barcelonesa de tantos años se ha convertido en *La Internacional*, órgano de un Partido obrero y de una Federación catalana todavía no organizados y aún de dudosa organización.

Pero, organismos aparte, yo al menos me felicito porque el momento no puede ser más oportuno.

Dispersados por la persecución autoritaria y por el pacto del hambre en toda la América Latina y en distintas naciones europeas aquellos trabajadores barceloneses que a fines del pasado siglo elevaron a altísimo nivel la mentalidad obrera; sugestionados los neutros por un agitador demagogo que brilla con todos los oropeles del radicalismo; anemiados los anarquistas por raquitismos o reblandecimientos y deformaciones que sólo dan de sí menguada actividad con mezclas atávicas en las que el entusiasmo, la intuición y el altruismo son reemplazados por pasiones deprimentes; brillando Solidaridad Obrera con esperanzas que si pueden entusiasmar a los jóvenes produce en los viejos el triste consuelo de ver que se empieza de nuevo sobre unas ruinas que debieran ser ya esplendorosas instituciones; cuando hasta se acaricia la idea de encoger el cosmopolitismo socialista hasta reducirlo a que baile sardanas el 1.º de mayo; de la parroquia de San Pablo y de la capilla de Santo Toribio se destaca un hombre, futuro heresiarca, seguido de un grupo dispuesto a agitar al proletariado catalán.

¡Venga en buena hora! Su señuelo «el poder político», si puede seducir a algún utilitario semi-ilustrado, aspirante a prebendas o a elevarse por el sufragio universal, no atraerá a ningún obrero consciente y desinteresado, en cambio despertará y atraerá a buen acuerdo a durmientes y desviados trabajadores.

Aquí sabe todo el mundo que aspirar al poder político significa, no tanto una revolución por y para los socialistas, como llevar por el sufragio universal a los Municipios, a las Diputaciones provinciales y a las Cortes mayorías socialistas que proclamen presidente de la república social española a un carcamal prestigioso y presidente del consejo de ministros al que a la sazón desempeñe la jefatura del partido obrero español.

Lo malo es que ese socialismo, que ha dado ya la mar de diputados en muchas naciones y hasta ministros en Inglaterra, en Francia y en Austria y cuenta con grandes oradores y escritores, tiene tanto de internacional como el catolicismo de evangélico.

En los Estatutos de la Asociación Internacional de los Trabajadores se declara terminantemente que *la emancipación de los trabajadores no es un problema local ni nacional, sino que interesa a todas las naciones civilizadas, estando necesariamente subordinada su solución al curso teórico y práctico de las mismas*.

¿Es cierto ese pensamiento? En caso afirmativo, los que se llaman *La Internacional* y aspiran al poder político en España usurpan un nombre que no les corresponde, pudiendo suponerse que la tal usurpación se haga con objeto de cubrir con su prestigio lo que carece de sinceridad. ¿No es cierto? Pues combatan francamente el error denominándose más en consonancia con su objetivo.

Pero el pensamiento internacional citado es cierto, es evidente, es axiomático y no necesita demostración, dada la solidaridad humana aun en la misma sociedad actual; y la del poder político es una utopía de aquellas que no serán jamás la verdad de mañana. Eso ya no se discute entre personas equilibradas, aunque todavía pueda servir de pretexto a latas escolásticas.

Así, no para discutirlo, sino para ilustrar el asunto, tengo el gusto de traducir del *Bulletin International del Mouvement Syndicaliste*, periódico autografiado francés, lo siguiente:

La lucha de clases ante el Parlamento (Australia).— Todo socialista sabe y proclama —dice The Socialist, de Melbourne, de 18 sep.— que toda acción política que pudiera favorecer de cualquier modo a los obreros queda lentamente aniquilada por una u otra de las categorías plutocráticas...

Y el periódico cita la opinión recientemente expresada por M. Fisher, leader del Partido del Trabajo (*Labour Party*) en su discurso de Sydney; quien ha dicho del Tribunal Supremo de su país:

La nueva legislación protectora ha sido anonadada en la práctica por una sentencia del Tribunal Supremo. Una contrasentencia ha derogado la proposición introducida por M. Watson concerniente al label sindical, cuyo objeto era señalar con una marca los géneros fabricados en condiciones regulares de trabajo de modo que los consumidores, deseosos de distinguir tales géneros de los productos del sweating (explotación desenfrenada del trabajador) pudieran hacerlo.

Ese acto de aquel Tribunal es equivalente a los realizados en estos últimos tiempos en los Estados Unidos. En las naciones nuevas las plutocracias son menos escrupulosas que en la vieja Europa para destruir con sentencias judiciales las medidas legislativas que no han podido impedir directamente en el Parlamento.

Paréceme que «Un Sans Patrie» pone el dedo en la llaga en *La Guerre Sociale* con estas palabras:

Si el partido socialista en cada país dedicara todas sus fuerzas vivas a propagar y a vulgarizar la esencia del socialismo, emplearía útilmente su dinero y el fervor de sus militantes, los talentos de sus oradores y de sus escritores, en su mayoría intelectuales que no sirven para otra cosa. Pero en Francia, a juzgar por la declaración de los unánimes de Tolosa, prefiere trabajar por la acción electoral para el aumento de la potencia parlamentaria y legislativa del socialismo —que es como dedicarse al triunfo de las grandes reformas del programa radical socialista—.

Eso es más cómodo y más lucrativo para los malos pastores que renunciar a toda ambición personal, para dedicarse a mostrar a los trabajadores la posibilidad actual de la organización socialista del trabajo; es más provechoso que perseverar en la tarea difícil e ingrata de educadores de multitudes y apóstoles de la revolución social, y es menos peligroso que conservar entre las masas descontentas y dolientes el fuego de la rebeldía.

Ya lo veis, trabajadores catalanes: ¡A votar! ¡A votar! os dicen en nombre de la república o en nombre del socialismo, los que necesitan del número, de la masa, de lo impersonal, del montón anónimo que se mata por sugestión por un símbolo, por un hombre o por un nombre para sacar triunfantes sus candidaturas.

Ya sois mayores de edad en la vida social, ya sois responsables de vuestros actos, ya tenéis por eso mismo culpabilidad en vuestros sufrimientos. Ya es hora de que a los que os piden votos, u os entretienen con sus dimes y diretes les botéis enérgicamente.

En esa simple cuestión de ortografía esta vuestra sumisión o vuestra redención: *votáis* nuevos tiranos, o *botáis* a los tiranos antiguos y modernos y quedáis libres para siempre.

Tierra y Libertad (Barcelona), V, 11 (12 noviembre 1908), 1, reeditado en *Vida anarquista* (1912), pp. 171-174.

Ni Catalanistas ni Lerrouxistas

Electores catalanistas.— Electores lerrouxistas.— Barcelona cosmopolita.— Barcelonismo.— El tesoro de la república.— La cuartelada.— Ni catalanistas ni bizcarras.— Una equivocación.— Sociología burguesa.— Desengaño final.

Trabajador votante, desatiende por un momento, si puedes, a tu sugestionador, de la izquierda o de la derecha, y recurre a tu conciencia; ahuyenta los sofismas y los recursos oratorios con que han rellenado tus células cerebrales, y verás con alegría que la evidencia ilumina tu entendimiento.

Y si no, considera:

Barcelona es una ciudad necesariamente cosmopolita: sin algodón de la India y de América, sin carbón de Inglaterra o de Bélgica, y sin un arancel protector que permita aprovechar maquinaria vieja y practicar un poco de contrabando no existiría su industria; sin trigo de Rusia, de América y de Castilla tendría escasez de pan; sin todas esas cosas y otras muchas más que importa a cambio de su producción no tendría una importante colonia extranjera, principalmente francesa, ni un puerto que supera en importancia a todos los puertos españoles del Mediterráneo y quizá también a todos los nacionales del Océano. En el día es ley general, y Barcelona no se exime de ella, que no hay aldea, ni villa, ni ciudad, ni provincia, ni nación, y ahí están, en mil otros medios demostrativos, los tratados internacionales que lo prueban, que se baste a sí misma y que no contribuya por la demanda y el cambio a la producción general, porque ya todo el mundo vive de la solidaridad humana que, por la gran facilidad de los medios de comunicación y transporte, comulga en la universalidad de la justicia, de la ciencia y del arte.

En nombre de lirismos tradicionales y de fingidas aspiraciones progresivas, los que dirigen el mecanismo de la solidaridad catalana, necesitando electores que les dieran el poder político, han fabricado castillos de palabras que, como los de naipes, se los lleva el viento, para encubrir fines utilitarios indeclarables aunque lo suficientemente transparentes por lo que en el negocio electoral han puesto de manifiesto. Y resulta que los trabajadores que los

han creído, explotados como jornaleros, como consumidores y como inquilinos en la fábrica, en el campo, en el mostrador y en la casa, han sido además burlados en el colegio electoral.

En nombre de una revolución política esperada como resultado de un pronunciamiento, que por lo visto había de hacerse con millones prestados desinteresadamente por banqueros americanos y europeos, un hombre que por su imaginación, su palabra y su figura reúne excelentes cualidades de tribuno demagógico ha enredado en Barcelona a 22.000 hombres, jornaleros en su gran mayoría, hasta el punto de poder decirles: «Vosotros y Yo», «Yo seguido de Vosotros», poniendo en una balanza, que no puede ser la de la justicia, en un platillo, una unidad que representa el pensamiento y la voluntad, y en otro, 22.000 unidades formando apretado haz que valen menos que una, como en el cuerpo humano la boca, las manos y los pies valen menos que el cerebro.

¿Quién puede negar esto?

Y digo Barcelona y no digo Cataluña, porque todo ese movimiento promovido por esta burguesía más o menos francamente separatista que abomina de la centralización madrileña, más que verdaderamente catalanista, es barcelonista, que trata de convertir Barcelona en un Madrid catalán, contra cuya pretensión ya se han manifestado síntomas de protesta en Gerona, Tarragona y Lérida.

Eso por lo que respecta a los trabajadores catalanistas, que en el esplendor de la famosa perla del Mediterráneo y en el goce de sus beneficios han participado reducidos a la condición de míseros coolíes.

A los trabajadores lerrouxistas hay que tocarlos por otro registro; por lo visto existe un tesoro de la república, y a él, olvidando que el tesoro popular está ya hecho —es el patrimonio universal que detentan los privilegiados y que sólo falta rescatarlo—, habían contribuido los pobres con sus céntimos y los ricos habían de contribuir con sus millones. Con ese dinero no se había pensado en editar una nueva Enciclopedia, ni en excitar una Jacquería española, ni en promover la toma y demolición de ninguna Bastilla —cosas que se hacen a costa, no de dinero, sino de talento, de energía y de sacrificio multipersonal, y que trastornaron hace ya más de un siglo la Francia y el mundo entero—, sino en preparar una cuartelada.

¿Y una cuartelada que dé grados a los militares saltando sobre el escalafón, y garantice a los prestamistas el capital y el interés, ha de hacer una revolución que dé libertad, igualdad y fraternidad?

La cuartelada, lo mismo que el empréstito, es negocio de los de arriba, de los hombres unidades; y las masas, los miles de hombres que en política no representan uno, han de quedar abajo; esos, con tenerlos en el club las horas que les dejen libres el trabajo y la familia, dispuestos a amasarse disciplinariamente para sacar adelante el mesías candidato, basta..., el derecho de accesión que les despoja del fruto de su trabajo se encargará del resto.

No hace muchos años, en un artículo titulado «Ni Catalanistas ni Bizkaitarras» que publicaron periódicos obreros y algún burgués, se pudo escribir:

En las Provincias Vascas, lo mismo que en Cataluña, hay un proletariado numeroso, inteligente y activo, en general conocedor de las cuestiones sociales, con aspiraciones definidas y concretas, y que es una esperanza para la futura renovación social que ha de dar forma adecuada y justa a la organización del trabajo y a la distribución de los productos, y conviene que esas fuerzas no se distraigan de su objeto ni se desmembrén para servir ideales que les son por lo menos extraños, por no decir absolutamente perjudiciales.

Los trabajadores no deben luchar por un nuevo amo ni por una nueva clase de amos, y es preciso que manden a paseo a los que vengan con músicas regionales de esas que dejan subsistentes como si tal cosa el propietario, el capitalista, el explotador y el usurero; es decir, el usurpador y el ladrón legales.

Al seguir a catalanistas y bizkaitarras, los trabajadores que tal hiciesen por lo pronto sólo conseguirían desvirtuar con los hechos aquella gran verdad tiempo ha reconocida: «La emancipación de los trabajadores no es problema local (ni regional puede añadirse), ni nacional», y se harían enemigos de los trabajadores de otras regiones.

Semejante enemistad, por lo absurda y por lo inconveniente, salta a la vista; se necesita ser burgués incurable o loco de atar para sostenerla y fomentarla, y es dudosa que haya ni en Cataluña ni en las Provincias Vascas un trabajador con dos dedos de frente que la patrocine.

Por desgracia se equivocó el compañero autor del citado recuerdo*. La justicia y la verdad, invariables siempre, si pudieron ser reconocidas y proclamadas por los trabajadores hace seis años, han sido desconocidas y burladas por los trabajadores catalanistas y lerrouxistas que han brotado a última hora, y los miles de votos dados a solidarios y antisolidarios acusan un retroceso lamentable, que se explica, no tanto por el mérito de la hipérbole política, como por la dispersión de trabajadores ilustrados y activos, ocasionada por la persecución, el pacto del hambre y la crisis.

Tras esa dispersión, que ha difundido las ideas redentoras germinadas en Barcelona por otras regiones, naciones y países lejanos, quedaban los neutros, susceptibles de regimentarse tras el que les decía en puro acento catalán *setze jutges menjan fétge*, o les prometía la construcción de aquel famoso puente que ha de conducir a la república, que, según parece es un país en el que, andando andando, se llega al socialismo, y después, andando andando, se llegará al anarquismo, y allí descansaremos; tal es en resumen el contenido de la sociología burguesa solidaria y lerrouxista.

La miseria y los engaños restablecerán el equilibrio intelectual de los trabajadores barceloneses, ¡cómo no!; tan crueles maestros les enseñarán a ser hombres, y siéndolo de verdad, sin sugestión ni influencia burguesa y en plena posesión de las facultades físicas y morales que integran el ser, determinarán su voluntad y dejarán de ser catalanistas o lerrouxistas, y, no siéndolo, no sacarán las castañas del fuego para nadie, sino que lisa y llanamente y sin desviación de ninguna especie emprenderán la vía única que conduce a su emancipación. No en vano se ha reconocido que la burguesía se halla incapacitada para progresar, y que el progreso, ley suprema de la vida, corre hoy a cargo de la ínfima clase social que nada tiene que perder.

Tierra y Libertad (Barcelona), IV, 23 (16 mayo 1907), 1; reeditado en *Vida anarquista* (1912), pp. 177-180.

* En realidad el autor del citado artículo es el propio Anselmo Lorenzo; este artículo apareció en *La Protesta* de Valladolid el 29 de septiembre de 1899 (nota del compilador).

Sobre la ley y el derecho



El derecho ante la ley

La ley no es, digan lo que quieran los que la definen favorablemente por interés, «establecimiento hecho por legítima potestad en que se manda o prohíbe alguna cosa», ni menos «regla en la que se pone coto a los efectos del libre albedrío humano», como la define la Academia, y esto por estas razones: 1ª, porque para legitimar la potestad mandante, la ley necesita de la ley, y de ese modo se enreda en un mismo concepto causa y efecto, juez y parte, sujeto y objeto, es decir, lo absurdo; 2ª, porque si el adjetivo *legítima* aplicado a *potestad* ha de tomarse en el sentido de *arreglado a justicia*, según frase académica, es manifiestamente injusto, como queda demostrado por la razón anterior; 3ª, porque *albedrío*, entendido como «facultad libre del alma», como dicen que es la Academia y aun la Universidad, institución esta última donde el Estado vende ciencia concordada con el dogma católico, es una palabra vacía de sentido, y el alma una invención mística negada por la ciencia concordada con la razón.

La ley no es tampoco la justicia, porque si ésta es «una virtud que consiste en dar a cada uno *lo suyo*», por precepto de esa misma ley en España, en Europa, en el mundo todo, lo mismo en la generación actual que en todas las precedentes a través de un número desconocido de siglos, los esclavos, los siervos, los proletarios, tan hombres, tan iguales en perfecto concepto del derecho como los emperadores, los reyes, los señores, los capitalistas y los propietarios, han sido, son, somos despojados de *lo nuestro*; de hecho, por la fuerza, luego por la costumbre y después por la vil sumisión; de derecho, por esa misma ley, que vincula, es decir, autoriza, sanciona, consagra y legaliza la usurpación que la parte mínima de la humanidad, la caterva de los privilegiados perpetró siempre, perpetra aún y perpetrará hasta el triunfo de la revolución social, y solo acabará crimen tan nefando y extenso con la proclamación y conquista práctica de la anarquía.

Es más: ni el mismo concepto corriente de justicia es justo, porque formado por abstracción efectuada por inteligencia subyugada por la preocupación de los privilegiados, se habla de *dar a cada uno lo suyo*, suponiendo la existencia de algún donante que pueda dar, dejar de dar o aun quitar, sin

tener en cuenta que el derecho en abstracto, como concepto de suprema justicia, es intangible, inmanente, intransmisible, inalienable, y por tanto parte integrante de la persona humana, anterior a toda ley, superior a toda ley, opuesto a toda ley; tanto que con el solo hecho de reconocerla se empaña su límpida pureza, y con el de imponerle cuando está desconocido se comete ya un acto de negación, y esto por necesario, por indispensable que sea proceder a su implantación revolucionaria.

Por supuesto que por escrúpulos de conciencia no hemos de dejar los revolucionarios de serlo, ya que si injusto es violentar a los detentadores de la riqueza social a que suelten su presa, más injusto es tolerar un instante más la comisión de ese crimen de lesa humanidad que constituye la médula de la historia.

La ley es legal y nada más, y si esto parece una perogrullada no es culpa mía. Legisladores demócratas cometieron en casi todo el mundo civilizado, durante el pasado siglo, la insigne torpeza de subordinar el derecho natural al derecho escrito, y éste, por lo que respecta a España, quedó supeditado en circunstancias excepcionales a gobiernos tímidos, cobardes y tiránicos, que saben hacer árbitros de la libertad y de la vida de los llamados ciudadanos a cualquier generalote poco escrupuloso, que, previa la suspensión de garantías constitucionales y declaración del estado de guerra, tiene carta blanca para barbarizar a su antojo, y a eso no más quedan reducidas esas Constituciones (siete con dos reformas se promulgaron en España durante el pasado siglo, y en Francia diez y seis) que consignan con cierta ampulosidad derechos y libertades que se suspenden al menor asomo de alteración de ese orden que se pretende que sea vil sumisión y ciega obediencia, coonestando la suspensión con la fórmula del compromiso de dar cuenta los gobiernos ante las Cortes del uso que hicieren de ella; fórmula vana, hipócrita recurso; verdadero timo político, porque todo el mundo sabe lo falso y convencional que es el voto de una mayoría parlamentaria.

La igualdad de los ciudadanos ante la ley es, pues, una engañosa fórmula político-burguesa inventada para dar apariencia aceptable, evolucionista y de posibilidad y oportunidad emancipadora al despojo sistemático a que venimos sometidos los trabajadores: es engañosa por los caracteres esenciales de la ley expuestos ya, y además porque lejos de ser una norma general

de derechos no lo es siquiera nacional, y hasta para los individuos establece diferencias, como se verá; y por esto afirmo que cuando los legisladores, legistas, legalistas, leguleyos o rábulas hablan de jurisprudencia, y la definen pomposamente diciendo que «es la ciencia del derecho», inspiran risa y merecen desprecio, porque la ciencia dista mucho de ese tira y afloja legal, sino que «ciencia es lo que se sabe por principios ciertos y positivos». En apoyo de esta afirmación, que es verdad perfectamente aquilatada y no declamación inútil y estéril, expongo:

Los hombres y las mujeres en general, y en España en particular, no pueden ser, no serán jamás iguales ante la ley.

- 1.º Porque lo impide la ley misma; la igualdad ante la ley, en España a lo menos, es ilegal por el hecho de haber españoles forales y españoles codificados, que en asuntos tan importantes como la legislación sobre el hombre, la mujer, el matrimonio, los hijos, la propiedad, la prescripción, la herencia, etc., han de atenerse, según la comarca donde han nacido o el concurso de determinadas circunstancias, al Código civil o a los fueros de Cataluña, Navarra, Vizcaya, Galicia, Valencia, Aragón e Islas Baleares, y aun dentro de los mismos fueros hay privilegios especiales para localidades particulares, existiendo entre todos esos cuerpos legales disposiciones que afectan de modo diferente y aun contradictorio a los hombres, a las mujeres y a los hijos, dándose el caso de haber actos ilícitos en el Código civil que son punibles en los forales, o viceversa, o recíprocamente en los forales entre sí, y no molestaré la atención del lector con la demostración detallada y circunstanciada de aberración semejante, porque degeneraría en nimiedad de erudito; basta con lo expuesto para que rebose la evidencia.
- 2.º Porque el hombre moderno y las instituciones sociales actuales están en las leyes comprendidos tal como los entendían y juzgaban los legisladores antiguos, toda vez que el Código civil, por más que sus compiladores modernos hayan hecho milagros de espurgo y concordancia en la multitud de leyes dispersas en infinitos e intrincados libros y en el derecho romano, muy anterior a nuestra era, es un arlequín compuesto de reta-

zos en que se cierne como señor dominante el error de aquellos remotos tiempos con sus falsas y trasnochadas ideas acerca de la autoridad, el hombre, la propiedad y la familia; y respecto de la legislación foral sólo diré, como muestra, que el fuero catalán, de origen también antiguo, es una compilación hecha en tiempo de Felipe V y que tiene como derecho supletorio para los casos imprevistos, el derecho canónico, que es una mezcolanza de Biblia, cánones, concilios, santos padres y decretos pontificios, y el derecho romano con su Instituto, Pandectas, Código de Justiniano y las Novelas, monserga legal donde ni Cristo se entiende, como dicen en mi tierra, y en que, para hacer aceptable el engaño político que cobijan bajo el nombre de democracia, y que pase el otro engaño llamado sufragio universal se sustituyeron las palabras *amo y esclavo*, *señor y siervo* por otras más dulces y pasaderas: *capitalista y obrero*.

- 3.º Porque el concepto *hombre* no cabe jamás en la concepción de ningún hombre; lo que hace todo el que quiere juzgar a su semejante es medirle con la medida de sí mismo: a nada mejor que a este asunto puede aplicarse aquello de «ver las cosas del color del cristal con que se mira». Por eso el hombre de genio de edades remotas, por adelantado que fuese respecto de sus contemporáneos, no tiene comparación con el hombre término medio de nuestros días; les separan distancias inmensas en el espacio recorrido en la evolución progresiva, como son: nacimiento, desarrollo, apogeo, decadencia y ruina de naciones; explosión, dominio y abandono de creencias místicas; sistemas filosóficos que pasan todas las fases de la escala de la vida hasta hundirse en la muerte del olvido; aumento y metodización racional hasta un punto maravilloso de la ciencia; aplicación de la misma a la satisfacción de las necesidades humanas, que supera en la realidad a las más bellas concepciones poéticas del milagro.
- 4.º Porque si, como acabamos de ver, la antigua y la novísima legislación resulta además inaceptable por añeja y rancia, al cabo podía suponerse en el legislador antiguo el prestigio del saber y de la buena fe, mientras que en los legisladores de nuestros días... ¿qué decir de ellos? Basta consignar que, según la Constitución vigente, en España la potestad de hacer las leyes reside en las Cortes con el rey, que este cargo es hereditario, y que las Cortes, o sea el Senado y el Congreso de diputados, el

primero se forma de cierta manera privilegiada para que resulte moderador, en que entra en gran parte la herencia en cierto número de familias horriblemente decadentes llamadas la aristocracia; el alto clero con su intransigencia hacia todo lo que mira a lo porvenir, con su egoísmo de clase y con esa soberbia propia de ignorantes sublimizados ante la adoración de los devotos, y los representantes de corporaciones privilegiadas, no por ser más sabias, ni más virtuosas, ni más útiles que otras, ni cada uno de sus individuos, sino porque han hecho condición de vida de su servidumbre al privilegio; y respecto del Congreso, se ha convertido en el monopolio de los políticos de oficio, es decir, de los ambiciosos, de los charlatanes, de los inhábiles para otra profesión, y así se da el caso que, como dice Spencer, mientras que para ejercer una profesión cualquiera se necesita cuando menos un aprendizaje y para las de carácter más elevado se exige un título que acredite la capacidad del profesor, para legislar no se necesita más que la *sans façon* del candidato y el voto del elector o el pucherazo del cacique, y ni por broma puede compararse a Moisés, Solón, Numa Pompilio o Alfonso el Sabio con los Pérez o los López de la mayoría, o con cualquier tribuno de la minoría que, por elocuente que sea, en punto a conocimiento, no excede gran cosa del arte de agradar al elector y aun al cacique dueño del encasillado sin que el elector se entere.

En resumen: la igualdad ante la ley es imposible por ilegal, por punible; la ley es insostenible por anacrónica; la grandeza del hombre no cabe en la pequeñez de la ley, y por añadidura tenemos la incapacidad profesional de los legisladores.

De modo que la igualdad ante la ley es un señuelo, una trampa democrático-burguesa para cazar incautos, o lo que es lo mismo, electores progresistas platónicos, sumisos a la explotación, y sobre todo, para convertir en cómplices a las mismas víctimas de la iniquidad, que es lo más refinado en el arte del gran timo, del arte de engañar a la multitud.

Tierra y Libertad (Barcelona), VIII, 85 (29 noviembre 1911), 2, reeditado en *Vida anarquista* (1912), pp. 195-199.

La Reforma del Código penal

Teníamos un Código penal que, por lo visto, no era suficiente garantía para la conservación del orden y no satisfacía las exigencias de la justicia.

Tan grande debía ser esa deficiencia, que nuestros gobernantes impusieron a nuestros legisladores la tarea de remendar ese Código roto y maltrecho, que, según parece, permitía que los actos injustos pasasen como lícitos, y sus autores pudiesen codearse y alternar en sociedad con aquellos otros que practican la justicia sin intermitencias.

Y como es de ley, y, si no, como es de uso parlamentario, la parte responsable del poder ejecutivo mandó, o, si se quiere, encargó al legislativo que reparase tan grave falta.

Hállanse nuestros legisladores divididos en dos categorías. Congreso y Senado, llamadas cuerpos colegisladores o Cortes. Designase a la primera con el nombre de cámara popular; a ella van los elegidos por el voto directo de los electores, que lo son hoy todos aquellos burgueses, poseedores injustificados de la riqueza pública, o que por el monopolio del comercio y la industria imponen un tributo a los artículos de consumo como mediadores entre el consumo y la producción; en tiempos de sufragio universal nombran legisladores de esta clase hasta los mismos explotados y expoliados. Supónese que en esta cámara dominan ciertas ligerezas, ciertos ímpetus apasionados, y por esto todos nuestros hombres de Estado, desde Canovas a Pi, convienen en que no pueden elaborarse las leyes en una sola cámara. Al Senado se le designa con el nombre de alta cámara, y forman parte de él los descendientes de determinados linajes, los designados por el poder ejecutivo, los que desempeñan ciertas elevadas funciones y los nombrados por compromisarios o electores elegidos con poder de elegir.

En tiempos y en países en que se practica el sufragio universal, la alta cámara se nombra toda por compromisarios, o se busca la manera de que resulten elegidos gente sensata y de orden, porque lo que conviene sobre todo, es que los fundamentos sociales no corran el riesgo de ser detenidos por una caterva de apasionados reformadores, por falta del necesario contrapeso de la gente madura y que tiene que perder.

Nuestro poder legislativo, harto condescendiente con el ejecutivo, condescendencia motivada en que éste es el dispensador de las ricas prebendas con que el Estado remunera a sus servidores, tomó a su cargo la reforma del Código, invirtiendo los términos, es decir, empezando por la cámara moderadora, y convirtiendo su moderación en radicalismo ultramontano y reaccionario. Todos los cerebros cobijados bajo las lustrosas y venerables calvas de nuestros senadores no han sabido ver otro remedio para los males que experimentamos que restringir la libertad de la prensa, castigar la blasfemia y prohibir el trabajo en las fiestas católicas. La cámara popular, faltando por esta vez a su principal carácter, tendrá que moderar el radicalismo del Senado, a menos que el gobierno exija de su mayoría que aplaste con sus votos la pobre vitalidad de ese viejo y achacoso parlamentarismo, cosa que no dejará de hacer, por aquello de no perder cada legislador su puesto en el presupuesto o sus esperanzas de alcanzarlo.

De modo que un Parlamento así constituido prepara nada menos que una reforma al Código penal, cosa estupenda como proyecto y efímera como base. Porque hemos de reconocerlo; si el parlamentarismo se fundara en más racionales principios el pensamiento de nuestros gobernantes y legisladores sería menos malo; pero siendo lo que es, figúrese el lector dónde iremos a parar.

No sirve el parlamentarismo para estas cosas.

Un Código penal formado o reformado en un parlamento es un edificio cimentado en la arena.

Todas las razones expuestas durante la discusión contra los preceptos legales que no hayan podido ser refutadas por razones mejores, quedan en pie, a pesar de los votos de la mayoría.

Todos los castigos impuestos por infracciones de ese género son un crimen legal.

Y toda sociedad que sobre tales bases se sustenta, carece de todo positivo y racional arraigo, y se halla necesariamente asediada por las reivindicaciones revolucionarias.

Un Código penal sólo puede ser obra de un poder personal y absoluto. Sólo un ungido con el óleo santo, acatado indiscutiblemente por todos sus vasallos, puede traducir su pensamiento y su voluntad en leyes; porque su

mandamiento es sagrado y ante él no puede haber mayorías satisfechas ni minorías descontentas: todos son iguales ante la servidumbre.

Así, y sólo así, se explica y se ejerce la autoridad.

Autoridad y libertad son términos opuestos e irreductibles, y todos los ensayos de nuestros políticos burgueses se dirigen al absurdo de fundar una autoridad con elementos liberales o de conceder libertades derivadas de principios autoritarios.

Comprendemos un bando firmado por un capitán general en plaza declarada en estado sitio y el pregón ordenado por un alcalde de monterilla; pero no podemos explicarnos, porque no tiene explicación racional, que la arbitrariedad, la rutina, o el interés de clase se imponga como ley por los representantes de la nación, después de una discusión en que una mayoría parlamentaria, dispuesta a apoyar incondicionalmente a un ministerio, niegue la razón con sus votos.

Si examinamos el asunto desde otro punto de vista hallamos que la legislación pretende derivarse de lo que se llama ciencia del derecho.

En el diccionario encontramos estas definiciones: *Ciencia*.— Sabiduría de las cosas por principios ciertos como los de las matemáticas. *Derecho*.— El conjunto de leyes y principios que se pueden hacer cumplir por la fuerza.

Si la legislación tuviese una base científica todos los países tendrían un régimen idéntico, o al menos las diferencias no serían esenciales, sino únicamente en relación con el respectivo grado de cultura. El salvaje que sólo puede contar hasta diez y el matemático de nuestra civilización que resuelve los más intrincados problemas parten de un mismo principio; pero entre el salvaje que sacrifica a un prisionero de guerra para comérselo y el hombre civilizado que honra al extranjero con espíritu fraternal hay una distancia inmensa, aunque ambos practiquen el derecho a su manera. Las ciencias que se saben por principios ciertos como los de las matemáticas se saben exactamente del mismo modo en todos los países que alcanzan el mismo grado de conocimientos, y sin que altere en lo más mínimo esta sabiduría la distancia, ni la diferencia de raza, de lengua, de religión ni de régimen político. Dos y dos son cuatro aquí y en la Patagonia; pero la manera de transmitir la propiedad por herencia, no sólo es diferente en todas las naciones, sino que en España tenemos derecho catalán, castellano, vasco, etc., etcétera, etc.

Es legislador en el sistema parlamentario todo el que goza de capacidad política; puede desconocer la ciencia del derecho, puede profesar otra ciencia, puede ser artista, industrial, comerciante, puede hasta no saber leer ni escribir. La ciencia del derecho solo la cursa el que ha de cumplir y hacer cumplir las prescripciones del legislador. El caso es por demás raro. Así tenemos que si el derecho fuese verdaderamente ciencia, sería una ciencia al revés, toda vez que las ciencias se forman por el estudio y la observación de los que la profesan, y en el caso que nos ocupa, manejan esa ciencia algunos centenares de burgueses puestos al servicio de unos cuantos ministros, de los cuales alguno ha tenido la llaneza de declarar que no entendía de leyes y que no se hallaba dispuesto a morir de empacho de legalidad.

De modo que si toda ciencia ha de partir de principios ciertos como los de las matemáticas, la ley no es de procedencia científica; y si el derecho es un conjunto de arbitrariedades, solo se podrá imponer por la fuerza mientras exista la fuerza a su servicio, nunca por la evidencia racional ni menos por la persuasión.

De modo que la ciencia del derecho puede en justicia ser considerada como el conjunto de sofismas y arbitrariedades que han servido en todas las naciones para ejercer la tiranía, y la ley, como la imposición de la voluntad de aquel o aquellos que ejercen el poder político.

Y si esto es así, ¿pueden corregirse los abusos del poder político cambiando de nombre y de forma a ese mismo poder? No; solo se conseguiría que la arbitrariedad cambiase de objeto y de sujeto. Quédese esa ilusión para los que sueñan en corregir los males políticos de la sociedad con la democracia; es decir, con el gobierno del pueblo, o, para decirlo mejor, con la autoridad de la libertad, espejismo con que nuestros republicanos tratan de seducir a los incautos trabajadores, y que han querido imitar los iniciadores del partido obrero.

Y aquí deberíamos terminar nuestro trabajo, encaminando a demostrar la nulidad racional de las tentativas de reforma del Código penal así como los fundamentos de toda legislación, consecuentes, con las doctrinas acráticas que se dirigen a la negación de todo gobierno y de toda ley; mas para que no se diga que somos eminentemente demoleadores y que sólo presentamos negaciones, queremos terminar por una afirmación.

¿Con qué sustituirá el proletariado ácrata la autoridad, o sea la arbitrariedad dominante? Con el libre pacto, el cual si es eficaz para regular equitativamente las relaciones y transacciones de los individuos entre sí, es igualmente eficaz y justo para determinar las de las colectividades, y por consiguiente, tiene alcance y condiciones suficientes para constituir el más firme y justo sostén de la sociedad.

No detallamos más esta afirmación final por hoy, tanto porque ya conocen nuestros lectores nuestro criterio sobre este punto, como porque deseamos que domine el valor de nuestras negaciones.

Acracia (Barcelona), II, 15 (marzo 1887), pp. 185-188, reeditado en *Natura* (Barcelona), I, 8 (15 enero 1904), pp. 113-116 y *Vida anarquista* (1912), pp. 150-154.

¿Es justa la justicia?

El poder judicial, por medio de un alto funcionario, y en uno de sus actos más solemnes, ha hecho una declaración gravísima, que recogemos de los extractos de la prensa burguesa y aprovecharemos los desheredados del patrimonio universal como confirmación de nuestras censuras contra la actual sociedad y como justificación de nuestros ideales.

Conviene llegar al reparto de las utilidades de la industria y de la agricultura por equitativa participación de cada elemento productor, en tributo de justicia y con la mira de aliviar las estrecheces de la vida de clases integrantes del cuerpo social, como son los obreros manuales y los de la inteligencia.

He ahí lo que acaba de declarar el presidente del Tribunal Supremo en el acto de la apertura de Tribunales.

Y tenemos que no un socialista, ni un anarquista, sino un alto oficial de la justicia es quien declara que «no es equitativa la participación de cada elemento productor en el reparto de las utilidades de la industria y de la agricultura», y conviene que lo sea.

Para reparar esa falta de equidad, que afecta a un número inconcebible de trabajadores de la generación presente y de las generaciones pasadas, a contar desde que los usurpadores de las riquezas naturales y de las riquezas sociales dieron fuerza legal a sus iniquidades y los despojados consintieron en acatarlas como justas, no se usa un término justiciero, urgente, enérgico; se dice *conviene*.

El pobre verbo *convenir* es por sí de tan escasa eficacia, de acción tan lenta, tan falto de pasión activa, que bien puede aplicarse con prudencia y sin alarmar a los de arriba ni excitar a los de abajo a la acción de restituir lo usurpado, por la violencia, por la astucia, y conservado bajo la apariencia de la justicia.

No se dice al usurpador *restituye*, ni siquiera *conviene que restituyas*, sino viene a decirse *conviene repartir mejor*, ¡y eso es tan lato!...

El imperativo del verbo *restituir*, que justificaría lo presente y lo futuro, no conviene a los que Bismark denominó *Beati possidentes*, que en castellano viejo quiere decir los que tienen la sartén por el mango; esos, que siendo cristianos creen o fingen creer que las riquezas son insuperable obstáculo para su salvación eterna, no restituirán jamás por conciencia, y oyen como quien oye llover la parábola o lo que sea del dromedario y del ojo de la aguja.

Además, no se apoya el *conviene*, la acción de *convenir*, en razones de suprema justicia ni en argumentos científicos, sino en motivos de conveniencia. He aquí uno:

La velocidad del avance en busca de mejoramientos impone a las sociedades y a los Estados el ensanche, cada vez mayor, de sus medios de progreso efectivo.

He aquí otro y de peso:

Si a esos males no se atiende, si no se les dan soluciones conciliadoras, si no se atina a formular la regla jurídica reguladora de las relaciones creadas por nuevos intereses privados, si el Estado persiste en someter tales cuestiones a un anticuado femenino criterio y se contenta con proclamar el dominio efímero de la coacción, estallará, al fin, la tormenta y no habrá pararrayos

que nos preserve de la electricidad acumulada, buscándole las derivaciones oportunas.

Esperamos que las palabras del funcionario, aparte de darle fama de pensador modernista, serán perdidas entre la balumba rutinaria que nos abrumba; se construirán nuevos y numerosos pararrayos coercitivos mientras la electricidad seguirá acumulándose lentamente, hartamente por desgracia, pero acumulándose al fin, sin que impidan la acumulación las derivaciones oportunas de que habla, o sean esos pegotes de ungüento blanco que pegan al cuerpo social muchos economistas y todos los políticos que explotan la credulidad popular; y al fin la profecía se cumplirá.

Todos los escépticos y pesimistas burgueses a quienes el orador se dirigía están calvos de saber eso; pero todos están dominados por un brutal egoísmo; saben que la vida es corta y la amenaza tardará en cumplirse, y cada cual repite el famoso «después de mí el diluvio» que dijo Luis XIV y tuvo sanguinario cumplimiento llevando a la guillotina a su nieto Luis XVI.

Por otra parte, ¿a qué hablar de injusta repartición de los productos del trabajo mientras esté en vigor el derecho de accesión y cuente con el acatamiento sin la menor protesta de los que dictan, sancionan y aplican las leyes?

Tenemos una ley que da al propietario la tierra, lo que está debajo de ella, lo que produzca o se le una e incorpore artificialmente, y que presume que todas las obras, siembras y plantaciones son hechas por el propietario, no dejando para el trabajador, para el que produce los frutos, más que el salario, o sea, como dice textualmente el artículo 356 del Código, «el abono de los gastos hechos por un tercero para su producción, recolección y conservación».

¿Y qué puede resultar de esos preceptos legales más que lo que resulta? Inútil es hablar de los efectos callando las causas.

Y si todo eso fuera poco para apreciar el inmenso arraigo que el mal tiene, léanse estas tristísimas palabras que el mencionado funcionario dedica a la magistratura:

En las filas de la magistratura no se acreditan siempre las condiciones especiales científicas de singular cultura, de prudencia y de elevado sentido, de comprensión total correspondientes a funciones tan complejas, superiores y trascendentales.

A esos datos, preciosísimos por su origen, añadiremos: más de cincuenta mil causas sobreesdadas en un año; es decir, la vida, la honra y los intereses de cincuenta mil ciudadanos echados a perder por esos oficiales de la justicia cuya misión consiste precisamente en lo contrario, lo cual es indicio de que para el año próximo pueden echarse en remojo otros cincuenta mil y pico, porque la cosa, en vez de corregirse va en aumento, y un oficial de la justicia no ha de ser como un oficial carpintero, por ejemplo, que si desperdicia madera por inhábil y no produce una mesa, un armario, etc., en el tiempo regular, el burgués le despacha por torpe.

Así, pensando en estas cosas, llega el más conservador a preguntarse: ¿es justa la justicia?

Tierra y Libertad (Barcelona), V, 6 (24 septiembre 1908), 1, reeditado en *Vida anarquista* (1912), pp. 161-163.

El derecho

El derecho según el criterio individual y el colectivo

Para regular las relaciones de los hombres dándoles un fundamento de derecho y una finalidad social, admítense generalmente dos teorías: la que parte de la existencia del individuo y la que se funda en la naturaleza humana. Por la primera se entiende que el derecho, derivado de las costumbres, definido por el legislador y consignado en las leyes, sirve de norma a los gobernantes, a los oficiales de la justicia y a los individuos; por la segunda el derecho humano es ingénito en el hombre, ilimitado y absoluto, se halla en concordancia con las leyes naturales y es anterior y superior a

toda ley escrita o consuetudinaria. En un caso, el hombre resulta hechura del hombre, moldeado por el Procasto dogmático y autoritario; en el otro, el hombre es el Adán, no mítico, sino fisiológico, considerado como tipo perfecto y padre de la especie humana.

Las consecuencias de una y otra teoría, que en la sencillez de su enunciación casi se confunden, son diametralmente opuestas.

Afirmando el derecho con relación al individuo, como dependiente del Estado que le define y establece, y de la Sociedad, que le practica, resulta que siendo la parte inferior al todo, el individuo se halla supeditado a la colectividad. Por eso decían los romanos, y después de ellos todos los tiranos: la salud del Pueblo, o de la patria, o de la monarquía, o de la república, según los casos, es la ley suprema.

En concepto de antiguos jurisconsultos, el derecho civil es el que cada pueblo establece para su gobierno y es propio de cada nación. El derecho romano se llama también por excelencia derecho civil, así como Roma se llamó también la *ciudad*. Establécese ese derecho según lo exigen las circunstancias y los intereses peculiares de cada Estado, y por esta causa el derecho no es único ni universal.

Para los que así juzgan, el derecho es la ley. Como tal ley, se halla bajo el poder de la jurisprudencia, la que se define como la ciencia práctica de interpretar y aplicar bien las leyes a todos los casos que ocurran. Su interpretación, o pertenece al legislador, y entonces se llama auténtica, o al juez, y en este caso se dice usual, o a los jurisconsultos, y se denomina doctrinal. Respecto de su aplicación, se considera que un jurisconsulto ha de hallarse adornado de estas tres cualidades: saber las leyes, interpretarlas debidamente y aplicarlas con justicia; pero la práctica ha demostrado la existencia de los siguientes casos: hay *leguleyos* que saben las leyes y no las interpretan ni las aplican; *jurisperitos*, que las interpretan aunque ignoran su aplicación; jurisconsultos, que reúnen las tres cualidades requeridas, y *rábulas*, que las aplican temerariamente, ocasionando los daños consiguientes.

Para los españoles, el derecho y la ley, sinónimos en el concepto de los autoritarios, como hemos visto, rige desde que en forma de mandato legal se publica en la *Gaceta*. La ignorancia de las leyes no excusa su cumplimiento, y las leyes sólo se derogan por otras leyes posteriores.

He ahí el hombre aprisionado en el sistema protector.

Fundando el derecho en el adanismo, resulta inmanente y consustancial con nuestro ser y existe por igual en todos los individuos sin excepción. Pi i Maragall ha escrito en su libro *La reacción y la revolución*:

Todo derecho natural, sólo por serlo, reúne las condiciones de absoluto, universal, inenajenable e imprescriptible. Cualquiera limitación arbitraria, cualquier atentado contra él, merecen la calificación de crimen. Mi derecho es igual al de todos mis semejantes: ¿quién, pues, podrá nunca decir, sin violar la ley eterna, se sujetará a estas reglas? Hay una sola regla para mi derecho, y es la igualdad del derecho mismo. ¿Deseo, en virtud de mi derecho, algo que haya de ofender el de un tercero? Mi deseo es ilegítimo, y como tal, irrealizable. ¿Le cumplo, sin embargo? La Sociedad, establecida para hacer respetar el derecho de todos, está en el deber de obligarme a respetarle. Mas que, tomando este deber por pretexto, no venga nunca la Sociedad y diga: «Tienes el derecho, pero no puedes ejercerlo mientras no hayas cultivado tu entendimiento o me pagues un tributo», porque me creeré entonces con la facultad de contestarle: «¿Quién eres tú para impedir el uso de mis derechos de hombre? Sociedad pérfida y tiránica, te he creado para que los defiendas y no para que los coartes; ve y vuelve a los abismos de tu origen, a los abismos de la nada». ¿Podrá con más razón la Sociedad permitirme que ejerza el derecho, pero con sujeción a leyes? «Mi derecho —le podré contestar también— es superior a tus mandatos; tus leyes, pretendiendo salvarlo, le coercen y le matan. No tiene más que una ley mi derecho, y esta ley no necesito que la escribas, porque está grabada en mi corazón y en el corazón de todos. El derecho de los demás, si por un lado limita el mío, por otro le ensancha y fortalece; tus leyes servirán exclusivamente para limitarle. Tú, tú eres aún poder, y todo poder oprime; yo soy hombre, y no he nacido para ser tu esclavo.

He aquí el hombre en su pretendida libertad natural.

Partiendo del individuo artificial definido por las leyes, pudieron los romanos considerar a los hombres como libres o siervos: los hombres libres eran ciudadanos que gozaban de los derechos particulares de libertad, de

connubio, de contrato, de testamentifacción, de patria potestad, de familia, de propiedad, de usucapión o dominio de una cosa por el uso y por la prescripción, de tutela y de los derechos públicos de ser inscritos en el libro del censor, de servir en los ejércitos, de pagar tributos, de votar en las asambleas o juntas populares, de obtener los cargos públicos del Estado y los del rito o ceremonias del culto religioso. Los siervos, si eran hombres y también personas con respecto al estado natural, no lo eran para las leyes, que los consideraban como nulos y muertos, por no gozar del estado de libertad, de ciudad ni de familia, toda vez que la servidumbre era una institución por la que una persona se sujetaba contra la naturaleza al dominio ajeno.

Partiendo del individuo natural, opuesto al concepto jurídico del mismo en todas las naciones, el hombre es soberano; las castas, las clases, las jerarquías, productos de la ignorancia y de la iniquidad, no tienen fundamento racional, porque como dice Pi y Margall:

Mi voluntad es incoercible, la noción de mi deber irreformable, a no ser por mi propia inteligencia. En vano se me enseña una legislación dictada por Dios, adoptada por cien naciones, sancionada por los siglos: mi ley moral la juzga y pronuncia sobre ella su inapelable fallo. Si la cree injusta, la condena irremisiblemente.

Como se ve, el antagonismo de las dos teorías no puede ser mayor: de un lado, si se puede admitir rectitud de intención en un legislador y en un jurisconsulto, aunque con las consiguientes limitaciones que ante el amplísimo concepto de verdad y de justicia resulta siempre la inteligencia de un hombre, se halla el error erigido en mandato y la arbitrariedad autoritaria en regla de obediencia, hasta tal punto, que en la antigüedad romana, aunque los magistrados no fuesen legisladores, poco a poco se abrogaron la facultad de ayudar, suplir y corregir el derecho bajo pretexto de utilidad pública, y en nuestros días, prescindiendo de los desastrosos efectos del cohecho, para no citar más que el lado bueno del asunto, tenemos dos buenos jueces modernos que sentencian por autoridad propia y con intención reparadora y justiciera contra el espíritu y la letra de la ley.

En el lado opuesto está la idea del hombre y la concepción de la Sociedad como suma de unidades constitutivas de la Sociedad, que Pi y Margall expresó con estas palabras:

La constitución de una Sociedad de seres inteligentes, y por lo tanto soberanos, ha de estar forzosamente basada sobre el consentimiento expreso, determinado y permanente de cada uno de sus individuos. Este consentimiento debe ser personal, porque sólo así es consentimiento; ha de recaer de un modo exclusivo sobre las relaciones sociales, hijas de la conservación de nuestra personalidad y del cambio de productos, porque implica que recaiga sobre lo absoluto; ha de estar constantemente abierto a modificaciones y reformas, porque nuestra ley es el progreso. Busco si es verdad esta aserción, y encuentro que sin este consentimiento la Sociedad es toda fuerza, porque el derecho está en mí, y nadie sino yo puede traducir en ley mi derecho. La Sociedad, concluyo, por lo tanto, o no es Sociedad, o si lo es, lo es en virtud de mi consentimiento.

Contradicciones y absurdos

Véase ahora qué contradicciones y qué absurdos resultan de la adopción rutinaria y atávica de un principio falso, mezclado con las aspiraciones más o menos racionales de justificación inspiradas por la necesidad y por las aspiraciones progresivas. En las sociedades antiguas, antecesoras de la moderna, ciertos individuos se rodearon de cuantas ventajas pudieron a costa de otros individuos, originando para unos y otros situaciones muy distintas; sobre ellas, sancionándolas, se impuso la ley, y aquella serie de injusticias se denominó derecho, palabra altisonante a la que se atribuyen los prestigios de la justicia y la inalterabilidad de la ciencia. Pues en nuestros días, a pesar de los adelantos del progreso y de las protestas revolucionarias, subsisten aquellas mismas injusticias con variaciones accesorias que no alteran su esencialidad, impuestas según las épocas; y así, mientras se exponen ideales emancipadores e igualitarios que suelen ser acogidos con sonrisa escéptica y se relegan a un porvenir indefinido y remoto, si no son rechazados por utópicos, únicamente porque no encajan en nuestra Socie-

dad, tenemos vigente el rancio y trasnochado concepto de la propiedad de tal modo arraigado y fuerte, que todos los adelantos filosóficos y sociológicos resultan para el día letra muerta, porque o se esterilizan con falsedades y sofismas de interpretación o producen modificaciones aparentes.

Por ejemplo, para presentar un caso concreto que impresione al lector y le determine a juzgar por sí mismo: se han abolido la esclavitud y la servidumbre; tras una revolución grandiosa que derrumbó el antiguo régimen y elevó el derecho del pueblo sobre el extinguido y caduco derecho divino, se formuló una Constitución precedida de una declaración de derechos, cuya primera cláusula establece: «Todos los hombres nacen libres e iguales en derechos; el objeto de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre», *pero* rige en nuestros días en todo el mundo el llamado derecho de accesión, por el cual el propietario, continuando la antigua categoría de los amos, despoja al trabajador, ayer esclavo o siervo y hoy jornalero, del fruto de su trabajo, y tal gravedad encierra ese *pero*, que el pauperismo alcanza en el día cifras enormes y sigue en proporción ascendente en todas las naciones, siendo las más ricas y esplendentes las más castigadas por tan terrible plaga, y en Francia, en esa misma Francia democrática, que es academia universal para las ideas y liza donde continuamente luchan lo pretérito y lo futuro, se ha podido decir en la Sociedad de economía política, sin que se conmueva la república, ni en un impulso de ira popular se borre como grosero insulto y sangrienta burla la trilogía republicana que ostentan sus edificios públicos: «A Francia le sobran cinco o seis millones de trabajadores», que es lo mismo que declarar sin rodeos que en esa república, lo mismo que en todo el mundo civilizado —monarquías autocráticas o constitucionales, o repúblicas federales o unitarias—, el único ciudadano es el burgués inscrito en el Registro de la Propiedad, que en nuestros días representa aquel censo lustral en que los censores romanos inscribían cada cinco años los nombres de sus ciudadanos, de sus mujeres, de sus hijos, la extensión de sus campos, el número de sus siervos y los haberes que cada cual poseía, para imponer la contribución; mientras que los otros, los no propietarios, los reducidos a vivir de un jornal, si no se les necesita para que por accesión den al amo frutos naturales, frutos industriales y frutos civiles, no tienen derecho a vivir. El hecho positivo

y brutal es éste: se paralizan los negocios, y por tal motivo el burgués, el verdadero ciudadano, pierde o no gana, o gana poco; los almacenes están llenos, no hay pedidos; o bien se ha descubierto una máquina que simplifica el trabajo; pues los trabajadores sobran; para muchos no hay jornal; ¡a la calle, a la miseria, a la emigración, a la muerte; son un estorbo y un peligro; sus manifestaciones en demanda de pan o trabajo constituyen una alteración del orden público que ha de ser reprimida a tiros!

El hombre producto social

Hay otra teoría expuesta por Bakunin en su opúsculo *Dios y el Estado*, incluido en la recopilación de sus obras hecha por James Guillaume, y que presenta a aquel insigne revolucionario bajo un aspecto muy diferente del concepto que de él han hecho concebir ciertos escritores burgueses.

He aquí en extracto la teoría y su fundamento: la Sociedad ha precedido a todos los desarrollos de la humanidad; es anterior y a la vez sobreviviente a cada individuo humano.

Una rebeldía radical contra la Sociedad es tan imposible y absurda como lo sería contra la Naturaleza. Tan inútil es discutir si la Sociedad es esencialmente buena o mala, como lo sería poner en duda si la Naturaleza, el ser universal, es un bien o un mal, porque es más que eso, es un inmenso hecho positivo y primitivo, anterior a toda conciencia, a toda idea, a toda apreciación intelectual y moral; es la base misma de todo; es el mundo en que fatalmente se desarrolla para nosotros lo que llamamos el bien y el mal.

El Estado es otra cosa: el Estado es un mal que ha sido históricamente necesario al mismo título que la bestialidad primitiva y las divagaciones teológicas de los hombres; surgió en todos los países como resultado de la guerra y de la conquista, y convivió con los dioses creados sucesivamente por la fantasía teológica de los pueblos; ha representado desde su origen la sanción divina y patriótica de la fuerza bruta y de la iniquidad triunfante, y así vemos que hasta en los países más democráticos el Estado es el sostén del privilegio de una minoría y la cadena que sujeta a la servidumbre a la mayoría.

Sociedad y Estado

La Sociedad es natural y vivirá tanto como la humanidad; el Estado es transitorio y pasajero, tiene señalado un límite; vivirá no más mientras dure el privilegio y el consiguiente antagonismo de los intereses, y morirá por incompatible con la reorganización nacional y armónica de la Sociedad.

Los doctrinarios liberales parten del principio de la libertad individual; presentándose como adversarios del principio fundamental del Estado, dicen de éste que es un mal necesario, y que toda la civilización consiste en disminuir siempre y cada vez más sus atributos y derechos; sin embargo, en la práctica, en cuanto se trata de coartarle en lo más mínimo, se muestra como sus fanáticos defensores.

Esa defensa se explica prácticamente por el interés de clase —sus expositores y defensores son burgueses—, y teóricamente porque parten de la libertad individual, que presentan como anterior a toda Sociedad, y que todo hombre aporta al nacer con su alma inmortal como un don divino, de donde resulta que el hombre es un ser completo, y en cierto modo absoluto fuera de la Sociedad, la cual es creada por los hombres impulsados por necesidades exteriores.

Conocida es la frase sacramental usada por todos los partidarios del Estado y del derecho jurídico: el individuo en posesión de una libertad completa, en estado de naturaleza, es decir, antes de formar parte de ninguna Sociedad, al asociarse sacrifica una parte de esa libertad para que la Sociedad le garantice el resto. Al que pide explicaciones, se le responde: «La libertad de cada individuo humano no debe tener otro límite que el de todos los demás individuos».

Eso en apariencia es justo, pero en ello germina la teoría del despotismo. En efecto, según los idealistas, y en oposición con la realidad, el individuo humano aparece como un ser absolutamente libre únicamente en cuanto se le considera fuera de la Sociedad, de donde resulta que la Sociedad, considerada como institución jurídica y política, es decir, como Estado, es la negación de la libertad.

Por el contrario, los hechos, las demostraciones de lo que sucede en el mundo real, establecen que la libertad individual de los hombres procede

de la Sociedad como una consecuencia necesaria del desarrollo colectivo de la humanidad.

Procedentes, no de un Adán y Eva, tipos perfectos de la especie, que sin embargo, según la leyenda, se rebelaron pronto contra su señor y creador, sino de un gorila, el hombre no llega sino con dificultad suma a la conciencia de la humanidad y de su libertad; bestia feroz en un principio, se humaniza en el seno de la Sociedad, que es necesariamente anterior al nacimiento de su pensamiento, de su palabra y de su voluntad; de donde se sigue que el hombre no realiza su libertad individual o su personalidad sino completándose con la de todos los individuos que le rodean y sólo en virtud del trabajo y de la potencia colectiva de la Sociedad, fuera de la cual hubiera quedado reducido a la mísera condición de bestia.

La Sociedad crea la libertad

La Sociedad, lejos de disminuir y de limitar, crea la libertad de los individuos humanos; es como la raíz y el árbol, la libertad es su fruto. Por consecuencia, en cada época el hombre debe buscar su libertad, no al principio, sino al fin de la historia, pudiéndose decir que la emancipación real y completa de cada individuo humano es el verdadero y supremo fin de la historia.

Lo que sucede es que el concepto Estado ha suplantado a la Sociedad, y ésta vive fuera de su centro natural y racional por la acción de los privilegiados, resultando que en oposición con las teorías racionales del derecho predomina el hecho brutal, y así ha podido decirse que la fuerza es superior al derecho.

Del examen y comparación de estas teorías, junto con la consideración del predominio del Estado como dique opuesto al progreso y defensa de la usurpación privilegiada, el lector obrero, el desheredado, mi compañero y hermano para quien escribo, podrá deducir consecuencias, pensar por sí propio, determinar su voluntad y ejercer su acción revolucionaria contra el poder estacionario de esa burguesía que sólo concibe el progreso como medio de ganancia y como un nuevo motivo de placer.

ANTOLOGÍA

Estudiando y obrando podrán los trabajadores reunir el saber y el poder, y con ello lograr su emancipación.

Tierra y Libertad (Barcelona), IV, 18 (4 abril 1907), 4,
reeditado en *El pueblo (Estudio libertario)* (s.a.>1909), pp. 47-54.

Sobre anarquismo y sindicalismo



Fundamento y principales tendencias del anarquismo contemporáneo

—¿Quién ha destruido el antiguo ideal?
—La clase media.
—¿Quién trata de sacar los antiguos escombros
y echar los cimientos del nuevo edificio?
—El cuarto estado, su legítimo sucesor.
Salmerón

El anarquismo ha existido en otras épocas, pero sin pasar de pensamiento aislado o de agrupación sectaria transitoria, sin arraigo en la opinión pública, sin influencia progresiva. Y no hay para qué consignar aquí más extensa ni exacta filiación histórica, ya que el tema no lo exige, ahorrándome así echar mano de aquella.

*Cartilla eterna, universal registro
Que aprende al gobernar todo ministro,
de que habla Espronceda, refiriéndose al
pavoroso cuadro
Pintado tantas veces y a porfía
Al sonar el horrísono baladro
Del monstruo que han llamado la anarquía.*

En la actualidad el anarquismo es un pensamiento definido y una aspiración ideal concreta, que cuenta con personal decidido para trabajar por él, tanto en punto a su desarrollo, cada vez más racional y científico, como a su propaganda y a su implantación.

La prueba entre otras muchas, ninguna más pertinente al caso que el hecho de hallarse incluido el tema que tengo el honor de estudiar en el actual Certamen, asunto generalmente desdeñado por los intelectuales españoles de la clase privilegiada, y tratado con amenazadora, por no decir brutal, suficiencia por nuestros gobernantes y sus agentes.

Falto de competencia para dilucidar asunto tan importante, y lo declaro así libre de fingida modestia, porque concepción tan elevada del hombre y de la sociedad es superior a mis facultades, lo acepto, me lo impongo, impelido por una fuerza que me lo presenta como imperioso deber, y tomo la pluma confiado en la rectitud del Jurado.

El enunciado del tema exige su examen por el siguiente orden:

Fundamento del anarquismo contemporáneo.

Sus principales tendencias.



Fundados los primeros esbozos sociales más sobre la base del abuso del fuerte que sobre la mutualidad de los servicios; negada, o mejor, desconocida la justicia en el primer cambio de productos y en todos los sucesivos hasta el día, llegando la consecuencia de tanta injusticia a tratar de utópica cualquiera otra concepción sobre el método del cambio, por racional que sea; siendo el pacto social, no una aplicación de teorías reformistas resultado de la crítica de sistemas anteriores, sino un pacto leonino impuesto por circunstancias abrumadoras, es natural, lo anómalo, lo incongruente, lo injusto, ha venido siendo lo normal, lo constante.

Pero ese estado no satisfizo jamás la conciencia de los individuos ni de las generaciones, no halló, no podía hallar, equilibrio entre nuestra mentalidad que discierne entre el bien y el mal, y nuestras sensaciones, que distinguen entre el placer y el dolor; de ahí estas tres consecuencias: 1.^a la desgracia y la infelicidad reconocida coma señoras del mundo; 2.^a la vida ultraterrena de las religiones; 3.^a que creyentes de imaginación ardiente y creadora definirán la vida como residencia en un valle de lagrimas, y que escépticos de imaginación agitada afirmasen magistralmente la teoría de la lucha por la existencia, coincidiendo en un mismo error las inteligencias formadas por la revelación teológica y las inspiradas en el método experimental.

Por eso hubo siempre quien, resumiendo las ideas, los lamentos y las aspiraciones de todos, hombres resúmenes poseedores de la síntesis del sentimiento, de la inteligencia y de la voluntad de sus contemporáneos, de los de generaciones anteriores y aún anticipándose a las futuras formularan

religiones y sistemas sociales que compensaran el positivismo de la pena con la esperanza del goce.

Bajo el prestigio de las eminencias vegetaban las multitudes, que si daban asentimiento a sus guías era a modo plebiscitario, como resumiendo en una afirmación coincidente pensamientos complejos y variados que, más o menos definidos, fermentaban en aquellos conjuntos que carecían de órganos que los expresara.

Taumaturgos, caudillos, reformadores, santones de todas clases y de todas las épocas que escribieron libros santos, dirigieron éxodos famosos, promovieron herejías antidogmáticas o fundaron sectas, escuelas y partidos, unos como extrayendo de masas anteriores la levadura que había de dar substancialidad a las posteriores; otros encantados a la vista de seductores espejismos, todos tomaban el principio de sus energías o se encaminaban a un fin, inspirándose de modo más o menos consciente en un ideal común, que, latente o manifiesto, es el impulsor más poderoso que empuja a la humanidad por la vía del progreso: la igualdad.

Pero esa igualdad tan suspirada, condición ineludible de toda justicia en la Sociedad, ha dado hasta el día frutos negativos: peor aún, puesto que ha cubierto grandes desigualdades con una etiqueta tan hipócrita como inicua, y las ha denominado *la igualdad*. La Historia lo patentiza con toda evidencia.

1.º Que reconocida como una iniquidad que seres esencialmente iguales por el nacimiento, por el ser, por la muerte, hubiesen llegado a distanciarse tanto como lo estaban el paria y el brahmán, hubo de proclamarse que todos somos hijos de Dios y herederos de su gloria, y por tanto, hermanos e iguales, y quedó como prenda igualitaria el Sermón de la Montaña.

2.º Que visto que la diferencia de condiciones y de fortuna era la iniquidad antigua, que, tras diez y ocho siglos de cristianismo, se mantenía fresca y lozana, a pesar de la terrible parábola del elefante y el ojo de la aguja y de la amenaza más terrible aún de la prueba del fuego y del rechinar de dientes, fue necesaria, una conmoción filosófica, política y social que en una época denominada del Terror escribió la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, proclamando que todos somos igua-

les ante la ley, desvinculando los poderes públicos hasta convertirlos de delegación divina en elección democrática.

Pero ni los diez y nueve siglos de igualdad religiosa con su temor de Dios, ni el último de ellos con su igualdad política y sus múltiples constituciones democráticas dictadas por las naciones entre el fragor de las revoluciones triunfantes, han dado la igualdad a las clases eternamente oprimidas, y entramos en el siglo XX en son de guerra: las naciones armadas consumiendo sus inmensos recursos en armas, municiones y sostenimiento de guerreros; los individuos viviendo sometidos a un régimen en que cada uno vive de lo que tiene o de lo que usurpa, formando entre todos una escala que va desde el extenuado por la miseria negra hasta el millonario, y en que la víctima sanciona su propia desgracia pensando que haría lo mismo o peor que el privilegiado si se volvieran las tornas.

Y como garantía de que ese humilde juicio mío tiene autorizado fundamento, aquí pongo dos citas que cuentan ya crédito histórico: es la primera un pensamiento de Salmerón, tomado de su famoso discurso en defensa de La Internacional en las Cortes en 1871; la segunda es un párrafo del rescripto del emperador de Rusia convocando la conferencia de la Paz en La Haya en 1899.

- 1.^a «Por virtud de una evolución que ha venido rigiendo señaladamente los Estados cristianos, aquel principio trascendental que establece que sólo es ley lo que agrada al Dios de la Iglesia, al Dios impuesto y creído, no al Dios indagado y reconocido por la razón humana, ha perdido su fuerza, y la ha perdido, no solamente en el foro interno, sino también en el externo y público.»
- 2.^a «Las cargas tributarias, siguiendo una marcha ascendente, hieren a la prosperidad pública en su origen. Las fuerzas intelectuales y físicas de los pueblos, el trabajo y el capital están en parte desviados de su aplicación natural y se consumen improductivamente. Empléanse cientos de millones en adquirir espantosos instrumentos de destrucción, que, considerados hoy como la última palabra de la ciencia, están destinados a perder mañana todo valor, a consecuencia de algún nuevo descubrimiento. La cultura nacional, el progreso económico y la producción de las riquezas se encuentran paralizados y falseados en su desarrollo...»

Fracasaron, pues, los intentos revolucionarios; la igualdad, como avergonzada ante la expresión sarcástica de los escépticos, se replegó a lo íntimo de la inteligencia de los optimistas, y desde allí, regenerada con sangre pura, vigorizada con nobles y patentes energías, firme con inalterable firmeza en el fin de su reconocimiento eficaz y positivo, declaró por la pluma de Pi y Margall:

El Estado es el que por sus códigos mantiene la monstruosa desigualdad de condiciones que hoy existe, móvil é incentivo de la guerra,

y aún, ahondando más, llegó a lanzar por la pluma del mismo pensador esta tremenda y atrevida imprecación:

¿Quién eres tú para impedir el uso de mis derechos de hombre? Sociedad páfida y tiránica, te he creado para que los defiendas y no para que los coartes; ve y vuelve a los abismos de tu origen, a los abismos de la nada.

Fue siempre norma de vida, tarea constante de una fracción humana, caminar delante sirviendo de guía, allanando dificultades y señalando principalmente el ideal a que la humanidad entera había de dirigirse; últimamente desempeñó este menester aquella burguesía que, reconociéndose por boca de un convencional como tenida en menosprecio, en nada, debía de serlo todo, y todo fue: guillotiné un rey, despojó a la aristocracia de sus riquezas, desamortizó los bienes usurpados por la Iglesia, creó la industria moderna, fomentó el cambio por la facilidad de los transportes y medios de comunicación, destronó y entronizó dinastías, proclamó repúblicas, formuló constituciones políticas, etcétera, etc.; pero poco más de medio siglo después de haber alcanzado tan inmenso poderío, Carlos Marx en el famoso manifiesto anunciando al mundo la creación de La Internacional pudo escribir estas memorables palabras, infligiendo con ellas tremendo y merecido castigo a esa misma burguesía:

Es una verdad demostrada, patente para todo el que se halla en posesión de sus facultades mentales, aunque negada por los conservadores de este

paraíso de locos, que ni el desarrollo de la maquinaria, ni los descubrimientos químicos, ni la aplicación de la ciencia a la producción, ni el aumento y mejora de los medios de comunicación, ni la emigración a nuevas colonias; ni la apertura de mercados, ni el libre cambio, ni todas estas cosas juntas pueden librar de la miseria a los trabajadores, antes al contrario, en la organización social presente cada nuevo desarrollo de fuerzas productivas del trabajo tiende fatalmente a aumentar la diferencia de clases, la desigualdad.

Es claro que porque una entidad falte a su misión, como ha hecho la burguesía después de efectuada en su provecho la revolución política, por traición, por haber satisfecho su egoísmo metiendo cucharada en el privilegio, y aun acaparándolo, la misión no ha de dejar de realizarse, y el puesto del tránsito ha sido ocupado por ese proletariado que estudia, que aprende, que expone, que sufre, que lucha, que vence, que se agiganta y que un día pudiendo decir, como el galo vencedor de los romanos, ¡ay de los vencidos!, declarará vencedores y triunfantes a todos los humanos, más aún teniendo por vana aquella justicia calificada por los creyentes de divina, que, según las profecías santas, convocará a asamblea universal en el último día a todos los muertos para rechazar a los réprobos, desheredados del cielo, y premiar a los fieles, injustamente señalados como justos, será grande, magnánimo y generoso en grado superior a la divinidad misma, hasta llamar a todos y a todas a la participación del patrimonio universal.

Si las consideraciones expuestas no bastaran para justificar la existencia del anarquismo contemporáneo y la índole de este trabajo lo permitiera; podría aun presentar resúmenes históricos en demostración de que su antagonismo, el autoritarismo, no ha llenado jamás una sola de sus condiciones de existencia, no ha dejado nunca de ser una rémora perniciosísima para la marcha progresiva de la humanidad, y no dio en su vida, no ya solución justa a ninguna de las dificultades presentadas, si no ni siquiera útil o medianamente conveniente.

Para una vez que por virtud particular y personalísima el mandarín resultaba un buen hombre que cumplía sus deberes sin abusar de su posición, miles y miles de veces el mando fue, no un pretexto, sino una justifi-

cación de infamias sin nombre, de víctimas sin número y de incalculable retraso, cuando no de retroceso.

Si de las dos acepciones que de la anarquía da el léxico español dejamos la buena, la que dio Schwab ante el abominable jurado de Chicago, asesino de anarquistas, con estas palabras: «la Anarquía es el orden sin Gobierno», y tomamos la mala —la que define esa palabra como sinónimo de desorden, la única, según los que a expensas de la injusticia social viven y engordan— y la sometiéramos a una imaginación poderosa, capaz de llevar a sus últimos extremos las consecuencias del mal, y a un juicio imparcial y perfectamente ilustrado para dar un veredicto justo, es seguro que los daños de la autoridad superarían en mucho a los del des-gobierno.

Por algo deslizaría en son de protesta León XII, que es el hombre menos anarquista del mundo, este pensamiento anarquista que se halla como perdido en el arlequinesco escrito llamado encíclica *Rerum novarum*:

El hombre es anterior al Estado, ya que antes de que se formara la sociedad civil tenía por la naturaleza el derecho de proveer sus necesidades.

Pensamiento que se completa con esta sentencia noble y ampliamente anarquista de Renán:

El hombre es anterior y superior al ciudadano.



Definir la Anarquía es definir el hombre y la sociedad.

El hombre es lo que es, por sí mismo, como resumen de las causas naturales que integran su ser fisiológico, y por la sociedad, como resumen también de las facilidades y satisfacciones con que ésta colma su deficiencia individual.

Si el hombre fuera una individualidad que brotara espontáneamente formado en la plenitud de su ser, sin padre ni madre que lo engendraran, sin esos mismos padres u otros valedores que protegieran su infancia, sin tantos

auxiliares que desde lo pasado y lo presente contribuyen a la satisfacción de las necesidades de su animalidad, de su inteligencia y de su sentimientos; libre de toda deuda de solidaridad, viviría, si en tan absurda suposición puede suponerse la vida, absolutamente aislado; no necesitando gratitud filial para sus progenitores, ni amor para sus semejantes, ni siquiera odio para sus rivales, sus enemigos o tiranos, carecería de sentimiento, y la inteligencia no existiría por falta de razón de ser, quedando sin intérpretes ni admiradores ese grande y bellísimo poema universal que el conocimiento va formando con detalles tomados de la naturaleza, que la ciencia condensa en metódico conjunto y que el arte sublimiza al presentarle con su propia e intrínseca belleza. ¿Quién hablaría entonces de derecho? ¿Qué podría ser en tal caso la justicia?

Dejo esa consideración a los que, a pesar de ella, queriendo para sí lo suyo y lo ajeno —usurpación que el código legitima denominándola *su propiedad*— se llaman individualistas, por ignorar que su individuo es un agregado de condiciones de existencia, a cada una de las cuales, en su variedad infinita, deben la vida; que la falta de una sola de ellas es causa de muerte, y que si las estadísticas demográficas señalan tan enorme desproporción entre lo que se vive y lo que se debería de vivir, proviene de que hay tantos egoístas, no ya individualistas, que detentan elementos de vida de los otros y les ocasionan una muerte más o menos lenta, cometiendo de ese modo verdaderos asesinatos legales.

Contra esa suposición y contra esa doctrina, que doctrina la llaman por justificar o excusar de algún modo la perpetración de un gran crimen social, están los hechos, demostrados por la ciencia, que Castelar, aunque proclamándose individualista, resume en un elocuente período contestando a un ministro perseguidor de La Internacional:

Pero el señor ministro de la Gobernación nos decía: «¿no veis el peligro que encierra una sociedad cuyos jefes residen en el extranjero?». Señores diputados, ¿que tengan una idea más alta de la solidaridad humana los pobres trabajadores de La Internacional que un ministro de la Gobernación! Si yo poseyera el ingenio de un ilustre orador inglés, le diría al señor ministro de la Gobernación: rechace todo cuanto constituye su ser, rechace

la lengua, esta sonora lengua española, mezcla del latín y del árabe; rechace su religión, porque el Padre es judío, el Verbo alejandrino, el Espíritu Santo platónico; rechace sus instituciones, porque una parte de ellas esta copiada de los Estados Unidos, otra parte de Inglaterra, otra de Bélgica y Francia; rechace el mismo traje que viste, porque quizás se haya tejido en una fábrica inglesa; rechace el mismo pontífice a quien presta acatamiento porque ha nacido en Italia; rechace su rey y, su dinastía, porque en Italia han nacido; rechace los átomos que forman su cuerpo; porque, como la química del Universo no reconoce fronteras, no sabemos cuantos átomos tártaros y sajones tendrá, ni sabemos donde irán mañana los átomos de hoy, merced a la circulación continua de la materia: que no hay nacionalidades para la vida y la fecundidad de la tierra.

Pues qué, ¿no es individualista el señor ministro de la Gobernación? Y si lo es, ¿no comprende el gran poema de la libertad de comercio? La tierra tiene aptitudes diversas, los climas dan diversos productos; pero merced al gran Hércules moderno, merced al comercio, en esas naves que ora parecen grandes pájaros marinos, ora dejan la blanca estela en las aguas y la espesa nube de humo en los aires, reúne todos los productos: la piel que el ruso arranca a los animales perdidos en sus desiertos de hielo, y la hoja de tabaco que crece al sol ardiente de los trópicos; el hierro forjado en Siberia, y los polvos de oro que el negro de África recoge en las arenas de sus ríos; las manufacturas fabricadas en Inglaterra, y los productos nacidos del seno de la India, empapados de los colores del iris por aquellas sociedades, primeros testigos de la historia; el dátil de que se alimentaba el patriarca bíblico bajo las palmas de la vieja Asia, y los brillantes y las piedras preciosas que entraña el virgen seno de la joven América; el zumo grato de las viñas que festonan las riberas del Rhin y el ardiente vino de Jerez, que lleva disuelto en sus átomos de oro partículas del sol de Andalucía para calentar las venas de los ateridos hijos del Norte y con todas estas grandezas, el comercio, el gran hércules moderno, apropia la tierra al espíritu, reparte la copa de la vida entre todas las razas, junta Asia con África, con América y consigue que el hombre realice, como dotado de un solo espíritu, su dominio y su reinado sobre todos los ámbitos de nuestro hermosísimo planeta.

Siendo el hombre y la sociedad como son, y no como quieren que sean los ignorantes egoístas, que necesitan del oropel de la religión y de los prestigios de la ciencia para disfrazar sus indignos propósitos, resulta exactísima esta definición salmeroniana del derecho:

El derecho, ingénito en la conciencia, racional y fundado en la naturaleza humana, es absoluto;

cuya definición, absoluta y perfectamente anarquista, a la vez que destruye la preocupación y el sofisma corriente (¡ya era hora de consignarlo!) que sostiene que el derecho de uno se limita por el derecho de otro, se completa y confirma por este pensamiento de Pi y Margall:

Las personalidades humanas, se nos dice, son muchas, y desde el momento en que dos se encuentran, se limitan. Esto no es exacto: lo que hacen al encontrarse dos personalidades es reconocerse, respetarse y completarse.

Definido el derecho, queda definida la libertad, cuyas definiciones son exacta expresión de la Anarquía despojada ya de aquella negación que ha venido siendo necesaria para combatir los restos autoritarios a que recurrieron los liberales para apuntalar y hacer viable la inestabilidad de sus desmoriadas y canijas democracias, que, perfectamente lógicos, rechazamos los libertarios.



El anarquismo no tiene una tendencia particular que le aísle de la especie humana; quiere lo que quiere todo el mundo: la justicia, la verdad, el bien.

Si se consultasen todos los programas que sintetizan las aspiraciones de los grupos reunidos con el propósito de influir en el modo de ser de las relaciones de los hombres entre sí, el resultado sería concluyente en favor de mi afirmación, y con ella quedaría perfectamente contestado el tema, aunque no satisfecho su autor ni quienes del desarrollo de aquél esperen más amplias explicaciones.

Diferencias esenciales en los principios, exageraciones de la pasión, defensa de intereses; exacerbado todo ello por las preocupaciones y la intolerancia y más aún por la intervención del poder público, que, en vez de obrar como moderador, se ha juzgado siempre definidor infalible y depositario de la fuerza pública, puso siempre la espada en la balanza, llevaron los hombres a la lucha, donde divididos por todos los horrores y las abominaciones más tremendas, aún hubieran podido trocar sus banderas los ejércitos beligerantes; y si una justicia infinita hubiese de escoger los suyos entre los muertos sin distinción, como quería cierto famoso legado del papa, quizá hubiera vacilado si debía condenarlos por malos o perdonarlos por tontos. ¿Quiérese una prueba palpable y decisiva de esta verdad? En la historia de Méjico se lee que, durante la guerra de su independencia, en que ambos ejércitos eran católicos remachados contra la duda y el raciocinio, había dos imágenes muy veneradas, la virgen del Remedio, española y metropolitana, y la de Guadalupe, mejicana e independiente, las dos existían por milagro asombroso, eran representación de un mismo ser, y sin embargo, en la creencia de aquellos soldados rabiosos y hartos de sangre, cada una abusaba de su poder en defensa de sus devotos y en contra de sus enemigos de un modo traidor y reprobado por las más elementales nociones del derecho de guerra.

Puestos los anarquistas a diferenciar para aislar un criterio y dentro de él recoger inteligencias y aunar voluntades, han debido también rechazar lo que les era esencialmente contrario, y para ello han roto con cuanto, partiendo de lo presente, era absolutamente refractario a todo progreso, y únicamente admite el movimiento, indispensable condición de vida, en el retroceso.

Podrían ir unidos los anarquistas con los grupos de tendencias progresivas, porque es indudable que no pocos puntos de contacto habrían de hallar con los partidos que hablan de progreso y libertad; pero es imposible esa unión, porque los unos no quieren avanzar hasta la justificación social a que aspiran los otros, y éstos no quieren retroceder al cenagoso e infecto quietismo en que se pudren aquellos.

Mucho podría aducir aquí justificando esa actitud; ilustres escritores y oradores lo han sostenido en todos los idiomas de la civilización moderna;

en su exposición y defensa han brillado insignes obreros, gloria y honra del proletariado militante, en esa prensa obrera desdeñada por la gente graduada en la Universidad y favorecida por la explotación, la usura y la herencia; algo decisivo diría por cuenta propia, pero hallo preferible servirme del recuerdo de un gran orador, Castelar, autoritario *enragé* que para ciertos menesteres políticos pedía aumento de caballería, infantería y artillería, cuyo testimonio no puede ser sospechoso de anarquismo, y constituye, no obstante, el mejor alegato anarquista que pudiera desearse:

*Decía el Sr. Canovas del Castillo: «¿Qué trabas hay en la sociedad moderna? ¿Qué cadenas arrastra todavía el trabajador?» No quiero detenerme sobre este asunto; pero me bastaría recorrer todas nuestras instituciones para encontrar esa cadena. No hablaré de los señorios y otros restos feudales. Todavía el servicio militar es una obligación del pobre y no del rico, que se exime de ella con algo menos de lo que le cuesta su caballo de regalo. Todavía en nuestras costas hay una cadena de siervos, no del terruño, sino del viento y de las olas. Todavía existen las contribuciones indirectas, que vienen a ser contribuciones progresivas sobre la miseria. Todavía se discute aquí si debe prohibirse una asociación cuyo único objeto es mejorar de esta o de la otra suerte las condiciones del trabajo. Todavía hay un artículo en el Código penal, mediante el que se castiga el coaligarse para tratar de subir el precio del trabajo como si el trabajo no fuera una propiedad, y la propiedad, según vuestro criterio, no fuera el *jus utendi et abutendi*. Pero el propietario puede usar y abusar de su propiedad, y no puede usar y abusar el trabajador de su trabajo. ¿Qué horrible iniquidad!... Conviene a la buena fe y a la rectitud de esta discusión; conviene a su moralidad ser muy claro, muy franco. Yo, cuando el pueblo estaba en la desgracia, es decir, cuando no había llegado ni al sufragio universal ni a los derechos individuales, le dije todo lo que debía esperar, o todo lo que podía esperar de mis pobres y eternos esfuerzos... ¿No sería hoy el último de los hombres si arrojase frases huecas al pueblo para excitar su hambre, y en el día del triunfo le dijera: «yo no tengo que dar más que la libertad?» Pues no, no tengo más que darle; no puedo dar al pueblo más que su derecho. La redención debe depender de sus esfuerzos.*

¡Grandiosas palabras! Al oírlas, si aquellos burgueses no se hallasen despojados de humanos sentimientos por el *jus utendi et abutendi* propietario, debieron estremecerse de terror por escrúpulo de conciencia y por el temor de la amenaza; leyéndolas y abismándose en su consideración, no se sabe si han de tomarse por ingenua declaración de impotencia, o como sentencia formulada con resultandos y considerandos de Carlos Marx y con el brillante esplendor de justicia que halló Zola para su libro *El Trabajo*.

Redención, decía Castelar: *Emancipación*, decimos los trabajadores desde la fundación de La Internacional. Palabras sinónimas: lo importante es la exacta coincidencia del pensamiento.

«La Redención del pueblo, es decir, de los que *arrastran la cadena en la sociedad moderna*, debe depender de sus esfuerzos.»

«La Emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos.»

¡Admirable concordancia! ¡Pero que abismo de separación!

Un republicano, verbo de la democracia, anuncia al mundo que no puede dar al desheredado más que una libertad vana.

Los desheredados, anunciando a su vez que con su libertad quieren también su herencia, porque por algo se dijo en la Declaración de los Derechos del Hombre que la libertad tiene como garantía la propiedad, y el trabajador nada posee, ni en monarquía ni en república.

Unos demostrando que se hallan al final de una serie evolutiva, en la que se topa con el vacío, con la nada.

Otros haciendo patente que comienzan otra, a cuyo final se desvinculará la propiedad injustamente vinculada; en que nadie será propietario abusivo e injusto del producto del trabajo de otro, ni habrá ley que legitime abusos ni injusticias de ninguna clase, ni autoridad que obligue al cumplimiento de un derecho escrito contra el derecho inmanente, inalienable, eterno...

¿Quiérese expresión más clara de la tendencia del anarquismo moderno?

¡Allá va! Al anarquista no le duelen prendas.

El manifiesto de la Federación Barcelonesa de la Federación Regional Española de Trabajadores, de 23 de Febrero de 1886, autorizado con las

firmas de todas las corporaciones obreras diseminadas por toda la península, terminaba con esta declaración:

El objeto final de la Revolución abarca estos tres extremos:

Disolución del Estado.

Expropiación de los detentadores del patrimonio universal.

Organización de la sociedad sobre la base del trabajo de cuantos sean aptos para la producción; distribución racional del producto del trabajo, asistencia de los que aún no sean aptos para trabajar, así como de los que hayan dejado de serlo; educación física y científico-integral para los futuros productores.



En resumen: el anarquismo contemporáneo es la lógica consecuencia de lo que un crítico español que murió hace poco tiempo denominó con dudosa exactitud *ebionismo* queriendo comprender en esa denominación la tendencia manifestada a favor de los pobres por religiones, escuelas, partidos y filántropos individuales.

Observando los interesados inteligentes de las actuales generaciones que cuanto se ha escrito y hablado sobre el particular resulta letra muerta, renuncian a todo redentor y quieren redimirse por sí mismos.

Esta resolución es tardía, pero justa, necesaria.

Sin ella, admitiendo por una suposición inadmisible que tal resolución no se adoptara, sobrevendría un quietismo mortal, negación completa de la vida; porque la fe en los grandes programas de la historia ha muerto: ni el decálogo del SINAB, ni el Sermón de la Montaña, ni la Declaración de los Derechos del Hombre de la Convención inspiran ya fuerzas sociales que se dirijan a lo porvenir, y aunque existan devotos o más bien fanáticos, casi siempre supersticiosos, judíos, cristianos y demócratas, es lo cierto que judaísmo, cristianismo, católico o protestante, y democracia se han parado en su marcha y se entretienen en la adoración del becerro de oro, única religión que *religa* a los hombres del privilegio. Los que recibieron de Moisés las tablas de la ley son en la actualidad los usureros de todas las naciones; los que

convinieron en amarse como hermanos y en renunciar a los tesoros de la tierra, por esos mismos tesoros derraman torrentes de sangre o cultivan con repugnante esmero el Dinero de San Pedro, y los descendientes de los puritanos que, acaudillados por Washington, fundaron la República Modelo, son hoy los archimillonarios de los *trust*, conciudadanos de unos trabajadores que arrastran una condición tan dura como la de los infelices obreros que bajo el dominio de los faraones levantaron las pirámides de Egipto.

Sin ideal adonde dirigirse no hay vida posible en la humanidad, y hoy el único que existe, el único que atrae a los hombres de razón y de sentimientos generosos, es la reintegración de todos los seres humanos en la vida positiva del derecho; la reforma de la sociedad en el sentido de despojarla de todo lo irracional y arbitrario que, como producto de la ignorancia y de las circunstancias, contiene, para transformarla en aplicación de la verdad sociológica.

A eso va el anarquismo con una negación salvadora: *a-cracia*, no gobierno; es decir no hacer parada perdurable con leyes, autoridades e intereses que impidan continuar la marcha en lo que no es más que morada de un día; desvanecer el sofisma que consiste en poner ciegos como guías de ciegos, o sea autorizar a hombres para que sirvan de garantías contra los excesos pasionales de los hombres.

Tales son los fundamentos y principales tendencias del anarquismo contemporáneo.

(Escrito presentado al Certamen convocado por la Universidad de Valencia en celebración de su centenario, optando al tema 7.º de igual título; aunque el autor se lamenta de haberlo hecho siguiendo los consejos de los compañeros valencianos para evitar que el jurado no tomara la palabra en su sentido recto.)

La Revista Blanca (Madrid), VI, 106 (15 noviembre 1902), 297-306.

Acracia

*«El ideal no se convierte en hechos hasta que
ha llegado a ser consciente, después de haber sido
ardientemente deseado, preparado, adquirido por
el sacrificio de innumerables víctimas voluntarias.»*

Reclus, El hombre y la Tierra

A la emancipación de los trabajadores, a la destrucción del privilegio, a la reorganización racional y científica de la sociedad, más que la suma de los privilegiados y el cúmulo de poder que poseen, se opone al atavismo, ese enemigo que todos, ricos y pobres, nobles y plebeyos, ilustrados e ignorantes, hombres y mujeres, llevamos dentro de nuestro ser, especie de espíritu del mal que nos inspira indiferencia, resistencia y hasta odio, según los casos y los caracteres, hacia todas las novedades racionales y científicas que contrarían nuestras creencias o nuestras costumbres.

Contra el atavismo, raíz de la rutina, cadena que nos sujeta y retiene en un estado social que, si representa un progreso beneficioso, resulta un grave perjuicio si se estaciona, está el conocimiento, impulsor de la actividad, único y positivo redentor que destruye obstáculos y abre vía franca, iluminada por la verdad, embellecida por el arte, justificada por la ciencia.

Desvanecer atavismos y difundir conocimientos fue y será siempre el trabajo más importante que pueda realizar todo revolucionario; sin él, la revolución misma, esos movimientos que se producen en determinadas épocas para abrir paso en el callejón sin salida de un estado político-social inicuo, cae en nuevas injusticias que se cubren con la justificación del oportunismo, causante de esas grandes decepciones productoras del escepticismo y del pesimismo que consumen generaciones y generaciones perdidas para el bien y para la felicidad. ¿Quién no ve, en apoyo de tan grande y tristísima verdad, vigorosa y fuerte en nuestros días la antiquísima noción de la propiedad de la Roma pagana pasando incólume sobre el esplendor y la ruina del mundo romano, la implantación y extensión del cristianismo, la Edad Media, el Renacimiento, la Reforma, el descubrimiento de Amé-

rica, la invención de la imprenta, la Revolución inglesa y francesa, el parlamentarismo y la gran floración científica moderna? ¿Quién no ve en el jornalero y en el desocupado de hoy el paria y el esclavo de la Antigüedad? ¿Qué valor tienen, ante el *jus utendi e abutendi* del antiguo patricio y del moderno burgués, el Sermón de la Montaña y la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano?

Si un hombre representa la especie, si un hombre y una mujer pueden rehacer una humanidad en un mundo asolado, ¿qué anatema no merece esa propiedad que adula inteligencias, atrofia voluntades, convierte hombres a miles y millones a través de los siglos en máquinas dejándolos aptos sólo para la credulidad, la servidumbre, el trabajo y la guerra? ¿Qué tremenda responsabilidad corresponde a ese patriciado antiguo, medio y moderno que desvió la corriente de la riqueza social que debía fecundar por igual la vida de las generaciones para formar esos infectos remansos donde flotan una docena de mil millonarios a semejanza de aquellos monstruosos saurios de la primera y segunda época del planeta!

A combatir la mentira madre y a desarraigarla de lo más íntimo de la mentalidad popular dedicamos nuestro esfuerzo, queremos que *Tierra y Libertad* sea, no sólo un luchador contra el criterio dominante sobre el suceso cotidiano, contra la mezquindad con que se juzga el asunto puesto cada día sobre el tapete, sino un expositor de doctrina, un difundidor de conocimientos, un buen amigo que intercala las fatigas de la lucha con el plácido y saludable solaz de la contemplación de la belleza, de la consideración de aquellas grandiosas verdades que se traducen en aplicaciones prácticas para bien de la humanidad.

No somos maestros de nadie; pero, como verdaderos anarquistas, de nadie y de todo el mundo somos discípulos. En la múltiple diversidad de las iniciativas revolucionarias, tomamos la de recoger y difundir pensamientos que se malogran y desperdician en las bibliotecas o chocando con la testaruda dureza de cerebros burgueses, para ofrecerlos a la fecundidad de los cerebros obreros, con la fundada esperanza de que fructifiquen y se extienda su acción revolucionaria y creaciones ultra revolucionarias.

Somos anarquistas, repetimos, pero no utopistas. Aceptamos aquellas teorías que adquieren valor científico como resultado del estudio, de la

observación y del conocimiento del mundo y del hombre, pero desecharnos aquellos futurismos imaginativos que quieren dar a la sociedad del porvenir cierta semejanza con los edenes celestiales de las religiones. ¿Quién es capaz de concebir la futura Icaria, la bella Utopía, la brillante Ciudad del Sol, cuando apenas se conoce el hombre? Muchos siglos hace que formuló un sabio el mejor programa que debiera sintetizar el conocimiento humano: «Conócete a ti mismo». ¿Se conocen los hombres? ¿Son hombres en el perfecto desarrollo de su ser esos que mandan u obedecen, engañan o creen, explotan o se dejan explotar? ¿Ha dicho su última palabra la antropología y la sociología? ¿No? Pues a trabajar.

Queremos sobre todo, contra todo usurpador, con el apoyo de todo oprimido, que la humanidad goce, que todos los humanos gocen, sin limitación económica, sofística ni autoritaria, del derecho absoluto a la evolución. De ese modo sintetizamos nuestro ideal, así simplificamos nuestra obra, en esa unidad quisiéramos ver reunidas las iniciativas autonómicas de todos los trabajadores, y luego de todos los privilegiados, confundidos en la gran fraternidad universal.

Acracia. Suplemento a *Tierra y Libertad* (Barcelona), I, 1 (3 septiembre 1908), 1-2, reeditado en *Vida anarquista* (1912), pp. 97-100.

A los anarquistas

Dice un proverbio árabe:

Pobre del viajero que se entretenga en apedrear a todos los perros que salgan a ladrarle al camino; nunca llegará al término de su viaje.

El anarquista, que no puede aislarse en su pensamiento, que necesita la sociedad anarquista para vivir, que no ha de ser un fakir que se aísle del mundo y pase los años subido en una columna contemplando su ombligo, ha de demostrar y persuadir que es necesario, imprescindible, fatal, un

ideal de justicia y economía que dé paz y felicidad a los individuos y carácter de respetabilidad y decencia a la gran colectividad llamada sociedad humana.

Si los perros mandarines o burgueses salen a ladrar al anarquista que sigue su camino, bueno que los ahuyente cuando constituyan positivo estorbo, pero no más porque si se encoleriza y se detiene a apedrearles cada vez que le ladren, pueden ocurrir dos cosas: 1.ª, que se oscurezca la serenidad de su pensamiento con pasiones deprimentes que dificulten su potencia intelectual; 2.ª, que dé a sus enemigos y perseguidores la satisfacción de verle apartado de la vía recta, tratando sin conseguirlo de imitarlos, de devolverles mal por mal, y siendo, en la intención, ya que no en los hechos, tan malo como ellos.

Antes que todo, por dignidad propia y por respeto al ideal, hay que ser bueno en el concepto universal de la bondad, y también parecerlo; después se ha de demostrar prácticamente el valor de nuestros conocimientos en economía economizando el tiempo y, por último, se ha de conservar la lucidez de la inteligencia para retener las verdades adquiridas, descubrir otras nuevas y aplicar debidamente nuestra energía, sin perder nunca de vista que cada día de existencia del régimen autoritario que pesa sobre el mundo, es un infierno de iniquidades.

Querría yo, y no sé cómo valerme para ello, inculcar en la inteligencia y en la voluntad de todos los anarquistas del mundo esta verdad que poseo, que me ilumina, que me entusiasma y que prolonga mi juventud por encima de los achaques de la ancianidad y de los desastres de la persecución. ¡Quién poseyera en grado sumo el arte de aprovechar el inmenso poder sugestivo de las letras!

Insistamos.

El apóstol que en la posesión de sí mismo, con la razón de su fe y con la fe absoluta en su razón, sienta un principio axiomático, expone un ideal racional y juzga con lógica inflexible e incontestable un régimen social que califica de absurdo, influye en la inteligencia del que lee o le escucha, porque el estado normal de la mayoría de los humanos, a pesar de la preocupación, de la rutina, de la tradición y aun del atavismo, es cierto equilibrio mental conocido con el nombre de sentido común; por eso existe en el

mundo la evolución progresiva. Pero aquel que, a la vista de la injusticia, pierde la serenidad del juicio y poseído de rabia medita y ejecuta un acto de aquellos que reprueban, no sólo las leyes escritas, sino la conciencia humana de todos los tiempos, únicamente puede contar con la aquiescencia de los pocos que por iguales motivos estuviesen rabiosos como él; los otros, es decir, todo el mundo, por no hallarse en concordancia de sentimientos con el irritado ejecutante, tendrán por él, por su obra y por las ideas con que pretende justificarse, indiferencia o repugnancia. Eso sin contar que una venganza, que tal es generalmente el móvil de esos actos, requiere como consecuencia natural otra venganza, y que la ley de las represalias es una cadena sin fin, y en ese infinito no queda nunca lugar para comprender ni menos para implantar un ideal de amor y de bondad.

El que predica una verdad, por pequeña y débil que sea, aparecerá siempre grande y fuerte y será al fin respetado, si no en su generación en las siguientes, y aquella verdad, desprendiéndose pura de los labios o de la pluma que la pronuncien o que la escriban, se elevará majestuosa, iluminando inteligencias, alumbrando los más recónditos pliegues de las conciencias torpes y envilecidas, brillando al fin para todo el mundo como esplendente sol del medio día; en tanto que el que profiere amenazas, si no las ejecuta, queda en ridículo; y si las ejecuta, alimenta el catálogo de los sangrientos apasionamientos de dudosa o negativa utilidad para la idea, y digo dudosa y no negativa en absoluto porque pueden darle indirecta utilidad la torpeza y la crueldad de nuestros enemigos con esas represiones absurdas y ridículas que suelen poner en práctica.

Libre de todo convencionalismo y de todo temor, con la mano en mi corazón y mi vista en el espacio infinito donde como en visión profética contemplo la libre y dichosa sociedad futura, intervengo en la disputa sobre oportunismo revolucionario, y digo: *La Conquista del Pan*, *Bases científicas de la Anarquía*, *Los Productos de la agricultura* y *Los Productos de la Industria*, de Kropotkine; *Evolución y Revolución*, de Reclus; *Entre Campestinos*, de Malatesta; y mil otros trabajos de exposición y crítica, son obras imperecederas que crearán adeptos, suscitarán grandes entusiasmos y determinarán siempre poderosas energías; mientras que de los apasionados, de los que creen que la obra revolucionaria depende de una temeraria va-

lentía acompañada de una especie de santa ignorancia, sólo queda un recuerdo sin eficacia positiva.

Considérese además que es rarísimo que en un individuo concurren las facultades del pensador y del héroe para ilustrar las masas y combatir los gobiernos; no habiendo siquiera un Bakounine en cada generación en todo el mundo, no pudiendo dogmatizarse ni legislarse sobre la acción propagandista en nombre de la Anarquía, libre es cada anarquista de propagar a su manera: quien por la violencia, desatendiendo la razón; quien por la persuasión, fundándose en ella.

Por mi parte, a todo el que quiera escucharme procuro convencerle, no atemorizarle. Y si alguno que me conozca considerando mis condiciones físicas, se me burlara pensando que un viejo débil no puede atemorizar a nadie, puedo replicar que tampoco doblego mi criterio al temor.

Creo además que todo hombre, amigo o enemigo, tiene derecho a la libertad del pensamiento, y ante ese derecho el anarquista ha de inclinarse, cumpliendo el deber de persuadir para que la verdad se acepte y el error se abandone, sin olvidar que en la sociedad libertaria no habrá, no puede haber instituciones impositivas ni coercitivas, y que la imposición y la coerción son exclusivamente autoritarias.

Termino recordando a los violentos estas palabras de un pensador:

La palabra es más cortante que la espada, más rápida que el rayo, más destructora que la guerra.

Tierra y Libertad (Barcelona), VII, 24 (10 agosto 1910), 2, reeditado en *Vida anarquista* (1912), pp. 18-21.

La muerte del anarquismo o los intelectuales de pega

Ramiro Maeztu tiene fama de buen escritor, pero yo he tenido la desgracia de leer de él algo que ningún escritor bien equilibrado pondría sobre su firma.

Hace algunos meses vino a verme un amigo y me enseñó un diario diciéndome: —Mira lo que Maeztu dice de ti, y me señaló esto:

El pueblo catalán se hizo anarquista porque Anselmo Lorenzo se puso del lado de Bakunin y en contra de Marx en el congreso de La Haya.

Aquello era una enormidad inconcebible, porque yo, pobre obrero tipógrafo, muy conocido en mi casa y en las imprentas en que me he sometido al derecho de accesión, ¿de dónde había de sacar influencia y poder para semejante cosa? Además, yo no he estado jamás en La Haya, y cuando se celebró aquel congreso estaba en España, no al lado, sino a unos dos mil kilómetros de Bakunin. Para colmo del absurdo, aparte de la inexactitud, decía Maeztu en el mismo artículo:

En Cataluña, y sobre todo en sus regiones industriales, hay un pueblo que piensa por su cuenta y con independencia de sus clases directoras hace lo menos medio siglo.

¿Y un pueblo así consciente había de hacerse anarquista por la supuesta maniobra de un desconocido?

Ya tenía aquello contestado y olvidado, cuando el otro día me enseñaron un periódico con apariencia de revista, embutido de inestéticas fotografías cortesanas, que insertaba un artículo con esta nueva muestra de la sabiduría de Maeztu:

En cuanto los intelectuales catalanes han dejado de ser anarquistas, el anarquismo catalán ha quedado disuelto.

Claro es que para dejar de ser anarquista, los intelectuales catalanes, con su inteligencia y todo, habían de ser anarquistas. Pues en líneas anteriores del mismo escrito afirma Maeztu que «sólo en pueblos ignorantes, incultos, medievales crea prosélitos el sistema ácrata». Si Barcelona, dice, hubiera conocido en 1880 los libros de sociología que después han publicado sus casas editoriales, jamás habría logrado arraigar el anarquismo. Lue-

go los intelectuales catalanes, según Maeztu, eran ignorantes, incultos y medievales en 1879, y su ilustración es posterior, es postiza, aprendida en libros que otros escriben, y por tanto, el pueblo trabajador, al abandonar el anarquismo, admitiendo por un momento la desacreditada y gratuita afirmación de Maeztu, obró con más cordura que los intelectuales. ¿Pero no habíamos quedado en que el pueblo catalán piensa con independencia de sus clases directoras hace lo menos medio siglo? ¿Qué lógica es la de ese intelectual?

Lo que resulta patente en todo esto es que corren por ahí intelectuales con firma acreditada que carecen del más común de todos los sentidos, y que la burguesía editorial que los paga y la burguesía lectora que compra sus papeles, tienen buenas tragaderas y se hartan sin reparo de gato por liebre.

En los primeros tiempos de La Internacional, cuando las grandes verdades sociológicas expuestas en sus congresos aniquilaban dogmas, sofismas y convencionalismos; cuando el mutualismo cooperativo, los radicalismos políticos y todo género de desviaciones iban de baja, y no había todavía necios que se llamaran superhombres, muchos de los que ensuciaban papel con tinta y pluma se titulaban «obreros de la inteligencia», reivindicando el primer puesto entre los grupos obreros; en tanto que hoy, pasada la moda, mientras los trabajadores en lucha con la arbitrariedad autoritaria, la codicia patronal y las artimañas políticas sufren persecuciones, miseria y timos democráticos radicales a la par que señalan el ideal con certeza evidente y firmeza imperturbable, los escritorzuelos arribistas se ufanan con el título de «intelectuales». ¡Pobres chicos, los que tienen que escribir! no para extender sus conocimientos ni para dar legítima satisfacción a su conciencia, sino para obtener los garbanzos de la accesión, como cualquier ganapán, o para hacer méritos en el escalafón arribista, no siéndoles deudores del menor adelanto la ciencia, ni el arte, ni la filosofía, ni la cultura general.

Yo no sé si Maeztu, por los escritos suyos que desconozco, será o no uno de esos intelectuales de pega que tanto abundan, pero si hubiera de juzgarle por lo que dejo citado...

Sin duda Maura no concuerda con Maeztu, ni debe dar gran importancia a la acción mortífera de los intelectuales ex-anarquistas, cuando, además de pagar innumerables polizones, intenta sacar a salvo la ley de

represión del anarquismo, con la cual, sea dicho de paso, es posible que el anarquismo se purifique, regenere y fortifique.

Por todo lo cual me complace en dedicar a Maeztu este popular recuerdo:

*Los muertos que vos matáis
gozan de buena salud.*

Tierra y Libertad (Barcelona), V, 56 (21 mayo 1908), 1,
reeditado en Vida anarquista (1912), pp. 65-67.

La decadencia anarquista

No hace mucho salió un redactor o colaborador de *Le Libertaire* con un escrito con el título que acaba de leerse, haciendo con esas tres palabras una afirmación que parecía como una sentencia de muerte de un ideal, y pidiendo datos para una información en que los idealistas declarados cesantes confirmaran la sentencia y apoyaran y aprobaran el pensamiento del autor.

Decía éste, después de una larga y discutible (me ha parecido hallar alguna inexactitud, aparte de opiniones inaceptables) exposición de consideraciones y de hechos:

La exposición imparcial que dejamos hecha de las teorías y de los hechos del anarquismo durante esos treinta años de existencia, nos permiten sacar en conclusión que el anarquismo constituía en el gran movimiento socialista una secta, es decir, una asociación de individuos que tienen un fin común y un programa de acción bien definido.

Esa secta o esa asociación con tales acción y fin la ve luego el autor subdividida en otras sectas, y considerando mortal esa subdivisión y dudando que puedan reunirse nuevamente, se pregunta:

¿Será el anarquismo el producto de esos movimientos eternos, salidos de las contingencias, manifestados por las filosofías más antiguas y que se encuentran en la decadencia de todas las sociedades?

Esa duda me inspiró desdén y el escrito en cuestión me dejó indiferente. No sintiéndome directamente aludido en la excitación dirigida a que se le contestara, ni creyendo que por ese camino se adelantaba ni se retrocedía, sino, que tímidamente se perdía el tiempo, no di contestación alguna, aunque algunos amigos me pidieron que lo hiciera.

Contenía aquel escrito una afirmación que es como su base fundamental, ésta: *la verdad de hoy será el error de mañana*. Así, sin atenuación: no dice «lo tenido por verdadero», sino «la verdad» a secas, y esto es sencillamente un absurdo, porque desde que el hombre declaró lo que eran verdades eternas, que *dos y dos son cuatro*, que *el todo es mayor que la parte*, y que el hombre es ingobernable, así quedó sentado en la inteligencia humana para siempre; podrá haber quien por diferentes causas lo niegue, lo atenúe o lo mire con indiferencia, pero lo cierto es que desde el instante que una verdad entra en el tesoro de los conocimientos adquiridos, allí queda, y desde allí activa el descubrimiento de otras verdades que impulsan, a más de la inteligencia, la voluntad de los hombres, y eso es la evolución progresiva de la humanidad.

De que el anarquismo, que para el autor es la turba más o menos solidaria y consciente de los anarquistas o de los que se lo llaman, haya pasado por tales o cuales transformaciones que si interesan a la historia nada tienen que ver con la esencia de la verdad anarquista, no puede deducirse que la anarquía deje de ser la verdad que niega todos los errores autoritarios y afirma la libertad del hombre en el seno de la solidaridad social.

Que esa verdad sea reconocida por un individuo o por un millón de ellos, o que de ese millón claudiquen tantos o cuantos o se desvíen por móviles indeclarables o caigan en ridículo escepticismo... ¿qué? La verdad brilla con luz inextinguible, las leyes de la evolución se cumplen. ¡Peor para aquellos a quienes la verdad deslumbra, y empaña su inteligencia la nube de la duda!

Me ha decidido a escribir esto el hallazgo del artículo siguiente que publiqué en *El Productor* en 19 de enero de 1893, en el que, si no se respon-

den directamente a las preguntas por el autor aludido, tal vez se desvanezca lo que les sirve de fundamento y casi pudiera decir que adelanté diez años la respuesta a la pregunta. Dice así:

Del perfecto anarquista

Sin ánimo y aun en la imposibilidad de agotar el tema, y por lo que pueda contribuir a la perfección de nuestros compañeros en bien de la aspiración que perseguimos, exponemos estas consideraciones.

Lo hemos dicho repetidas veces: es preciso que cada anarquista posea una inteligencia clara y una voluntad enérgica, y sólo a esta condición se obtendrán frutos notabilísimos en todos terrenos y especialmente en el de la propaganda; lo contrario es continuar, bajo el calificativo de anarquista, los vicios y la rutina autoritarios.

Si para los partidos políticos la entidad bien organizada y dirigida es el ideal supremo, para nosotros los anarquistas lo que tiene valor preferente es la unidad, ya que la organización ha de ser secundaria, y la dirección, cosa incompatible con nuestros principios.

Se ha hablado tanto del poder y de la eficacia de la asociación, conservando en ella la plantilla que ha venido sirviendo de base a todas las agrupaciones humanas, que donde no hay un jefe inteligente y activo, seguido de una masa inconsciente y pasiva, parece que no puede haber fuerza capaz de sacar adelante un ideal, y contra esta preocupación se hace preciso machacar fuerte y constantemente, hasta conseguir que el individuo dé de sí todo lo que de él es humanamente exigible.

Reconocemos el valor de la asociación, pero sólo en el caso de que todos los individuos que la forman para un fin determinado tengan dentro de ella todo su valor intrínseco. ¿Qué son, por ejemplo, mil hombres agrupados, faltos de iniciativa, con una noción borrosa de su objetivo, que obedecen las órdenes de un presidente o de una junta directiva? Fácil es la respuesta: si no son en su mayoría una agrupación de indolentes que cotizan y no trabajan, serán a lo sumo instrumentos que reflejan la voluntad y la inteligencia de su director; en el primer caso son miembros negativos, en el segundo pasivos, nunca hombres en la formal acepción de la palabra.

Conviene recordar, y ofrecemos el recuerdo a la consideración de nuestros compañeros, que por mucho bueno que haya producido la asociación en el sentido de los ideales progresivos, mucho más han producido los genios individuales, puesto que la asociación misma ha sido reconocida como buena y practicada por la predicación previa de una inteligencia poderosa. Si tendemos una ojeada histórica a cualquiera de los ramos de la actividad humana, siempre hallamos como iniciador un individuo, sin el cual no hubiera sido dado el impulso, y por más que se pretenda atenuar el hecho diciendo que tal o cual progreso o descubrimiento también se hubiera realizado después, lo cierto es que, sin el factor de la casualidad, hubiera sido preciso otro hombre posterior, nunca esas masas rutinarias y vulgares que primero se burlan y califican de loco al hombre extraordinario, después se apasionan como enjambre de sectarios, y por último disfrutan inconscientemente del progreso realizado como si siempre hubiese existido, o celebran con festejos y algazaras un centenario, tardía reparación de la ingratitud cometida por las generaciones pasadas.

Téngase presente que para que la aurora del Renacimiento iluminase al mundo, fue preciso que los insignes filósofos y artistas de la antigüedad hubieran fijado con indestructible consistencia las bases de la ciencia y del arte, proclamándolas muchos siglos más tarde la poderosa inteligencia de Newton y Descartes y los no menos gloriosos genios de Rafael y Miguel Ángel. Sin Copérnico ni Galileo u otros observadores tan eminentes como ellos, acaso la astronomía se hallaría aún tan baja y raquítica como se encuentra en el Génesis. Si Colón no hubiera concebido la idea de llegar a la India tomando el rumbo de Occidente, quién sabe hasta cuándo hubiese sido ignorada la existencia de América. La física y la química carecerían aún de su admirable importancia si unos cuantos individuos aislados en el fondo de oscuros e ignorados laboratorios no hubieran perseguido con febril constancia el descubrimiento de la piedra filosofal. ¡Qué más! El mismo movimiento proletario de nuestros días no existiría aún quizá, y los trabajadores gemirían sin esperanza bajo la esclavitud del jornal, si Carlos Marx no hubiera concebido la creación de La Internacional, y si Bakunin no hubiera lanzado al mundo la aspiración anarquista, la declaración de guerra al Estado y su concepción del colectivismo.

Bien sabemos que no a todos es dado elevarse a las alturas del genio, pero nadie nos negará que la preocupación, la rutina y la pereza, además de la tiranía del privilegio, sostienen ese bajo nivel en que viven las muchedumbres, y si es cierto que los individuos pueden por el solo efecto de su voluntad llegar al completo desarrollo de sus facultades y con ello a la suma del poder propio de su ser, los anarquistas, que no pueden oponer excusa de ningún género, porque sus principios y aspiraciones así lo exigen, deben mostrarse con su inteligencia bien provista de conocimientos, con su voluntad franca y decidida y con su conciencia señalando el fiel entre lo que se cree y lo que se practica.

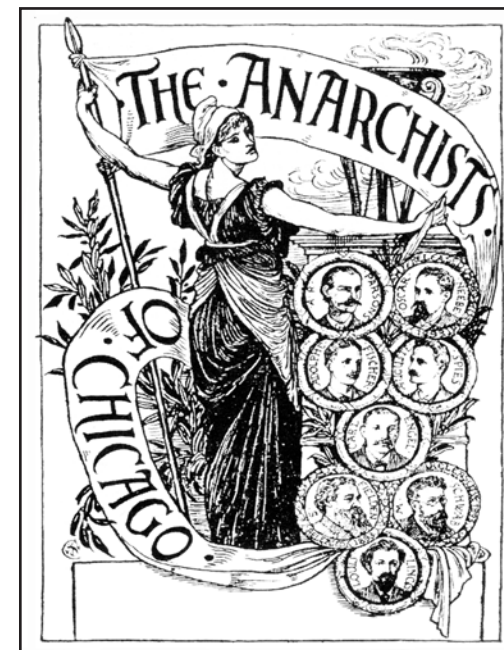
Ni aun los privilegios sociales puede invocar el anarquista como circunstancias atenuantes de su ignorancia y de su falta de energías, toda vez que se presenta frente a frente de la mal constituida sociedad como adversario y como quien posee la solución de todas las justificaciones sociales, y como esto no se obtiene por revelación extranatural, ni por la posesión de una ciencia infusa, sino por la experiencia, la observación y el estudio, claro está que ha de manifestarse por el único medio del positivo mérito personal.

Ahora bien, si todos los que hacen alarde de profesar las ideas anarquistas se encuentran en este caso y se asocian para dar a su acción la fuerza que proporciona la asociación, ésta será fecundísima y eficaz, lo contrario sería como si en una pila de monedas representando, por ejemplo, veinte duros, sólo el de encima fuera bueno y los restantes falsos, con lo cual sólo podría conseguirse dar un timo, dado que se tropezase con un burgués asaz cándido, nunca tener el valor efectivo de 100 pesetas.

Que nuestros compañeros se inspiren en estas consideraciones, las amplíen con su propio juicio, y de seguro se seguirán buenos resultados para el triunfo de nuestro ideal.

La Revista Blanca (Madrid), VI, 139 (1 abril 1904), 582-585.

Sobre el sistema de explotación capitalista



La Ganancia

Consideraciones generales según el criterio libertario
Conferencia leída en la Asociación de la Dependencia Mercantil de Barcelona el 6 de enero de 1904.

I

Compañeros

Hace muchos años, cuando aún no se hablaba en España de la Internacional y apenas se tenía otras nociones de socialismo que las propagadas por republicanos como Abdón Terradas, Sixto Cámara, Guisasola, Garrido, Pi y Margall y otros, pertenecí por algún tiempo a la dependencia mercantil. Mi tío, fabricante y mercader a la vez, me sacó de la imprenta suspendiendo mi aprendizaje, y me llevó al despacho de su almacén; sus negocios eran al por mayor, de modo que sus clientes eran comerciantes, y no tenía que luchar con el público del menudeo, sino con gentes que compraban para revender, lo que, para la situación del dependiente, no sé si era una ventaja o un inconveniente.

Aquella temporada fue para mí como una especie de curso de negociaciones revolucionarias: conocí el egoísmo burgués, se me hizo repulsivo cuanto le sirve de apoyo, le fomenta y excita su ambición, que muchos autores califican de antropofagia, porque si bien es verdad que no come directamente carne humana, come sudor de pobre y ganancia de rico, sudor y sangre de segunda mano, que no otra cosa representan esas monedas con que negocia, que atesora y de que vive. No tardé mucho en volver a la imprenta. La riqueza burguesa, el demonio de la ganancia, fracasó en su tentación, no me sedujo: lo impidió mi repugnancia a la antropofagia ganancial.

Por eso cuando nuestros economistas y nuestros políticos que quieren alcanzar patente de entendidos en asuntos sociales, hablan del comercio y de su poderoso influjo en la civilización, yo miro debajo y detrás de la de-

coración que alumbran aquellas luces de bengala, y veo el comerciante que alambica el céntimo convirtiéndose en parásito del productor y del consumidor, elaborando una ganancia que no puede atenerse al valor del servicio que presta, tanto porque ese valor es desconocido, como porque su móvil es la codicia, degenerando al uno y al otro, casi siempre en sisa, y en fraude, y con frecuencia llega a la estafa y al envenenamiento por falsificación o mixtificación de los géneros, según el artículo en que se comercie o el ansia ganancial del comerciante.

La teoría del comercio o del cambio de productos considerada en abstracto y superficialmente, es hermosa y buena, representa la parte positiva y material de la solidaridad y de la fraternidad humanas. Castelar, aquel gran artista de la palabra, lo definió así:

La Tierra tiene aptitudes diversas; los climas dan diferentes productos, pero merced al gran Hércules moderno, merced al comercio, en esos barcos que ora parecen grandes aves marinas, ora dejan la blanca estela en las aguas y la espesa nube de humo en los aires, reúne todos los productos: la piel que el ruso arranca a los animales perdidos en sus desiertos de hielo y la hoja de tabaco que crece al sol ardiente de los trópicos; el hierro forjado en Siberia y los polvos de oro que el negro de África recoge en las arenas de sus ríos; las manufacturas fabricadas en Inglaterra y los productos traídos del seno de la India, empapados en los calores del iris por aquellas sociedades primeras, primeros testigos de la historia; el dátíl de que se alimentaba el patriarca bíblico bajo las palmas de la vieja Asia y los brillantes y las piedras preciosas que entraña el virgen seno de la joven América; el zumo grato de las viñas que festonan las riberas del Rhin y el ardiente vino de Jerez, que lleva disuelto en sus átomos de oro partículas del sol de Andalucía para calentar las venas de los ateridos hijos del Norte.

Hermoso cuadro, sí; pero esos productos de los diferentes climas y aptitudes de la Tierra, reunidos y distribuidos de la manera tan brillantemente expuesta por aquel maestro de la elocuencia, están sometidos al régimen tiránico de la ganancia, y por consiguiente, no se dan, sino que se cambian por dinero, y el dinero, que se ha convenido en considerar como signo de

cambio, representación de un trabajo realizado para adquirir los productos necesarios a nuestra subsistencia, no está en manos de los productores, sino en poder de negociantes usurpadores, generalmente holgazanes, o que si trabajan, no es para el bien común, sino para el bien individual, contrario muchas veces, por no decir siempre, al general, lo que transforma la belleza de la mutualidad del cambio en los horrores y en las infamias del agio. Ni puede ser de otro modo, porque, reducido constantemente el trabajo a condición servil, los trabajadores, esclavos, siervos o jornaleros, en todos los tiempos no recibieron, en cambio de su trabajo, que es la producción de lo superfluo y lo necesario en que viven y se encenagan los poderosos, más que la sopa o el salario de la vileza, que es lo estrictamente necesario para desarrollar fuerza física para seguir produciendo.

Y es de notar una particularidad: el comercio, ya lo habéis oído, y también lo sabían todos antes que el gran orador citado hubiera compuesto en un párrafo grandilocuente el símbolo comercial de la comunión de todas las razas; el comercio lleva al Sur los productos del Norte, al Este los del Oeste y viceversa en justa reciprocidad, valiéndose de todos los medios de comunicación inventados hasta el día, sin que las distancias, ni las diferencias de raza, de religión, de régimen político, de idioma ni de costumbres sean el menor obstáculo para que los comerciantes se entiendan y se fíen como si fueran hombres de buena fe y conciudadanos; pero el agio, que es la forma positiva actual del comercio, reduce al productor de los géneros que el comerciante, por otro nombre agiotista y usurero, expende o en que negocia y de quien es vecino, a la estrechez del jornal, con lo que si el infeliz productor jornalero puede a duras penas ir estirando su miserable vida, queda sin instrucción, sin higiene, sin alegría y sin dignidad; y si la producción es tanta que supere al desaguadero del mercado, en tanto que el cliente del hemisferio opuesto, que puede ser un hereje y un enemigo patriótico, nada en la abundancia, el productor, que místicamente es un hermano y políticamente un conciudadano con quien se comparte la soberanía nacional, sufre un compás de espera sin jornal y con miseria, por la absurda razón de que los almacenes rebosan de mercancías de todas clases.

Acerca de este punto dice un anarquista inglés: todo individuo, trabajando socialmente, produce más de lo necesario para mantenerse vivo y en

buen estado. Desde que las tribus guerreras esclavizaron a sus enemigos vencidos en vez de matarlos y comérselos es decir, comiéndoselos en salsa de esclavitud por la apropiación del trabajo que elaboran, la excedencia de la producción ha ido en aumento. En la actualidad, esa antropofagia convertida en ganancia, ha aumentado la producción hasta llegar a la crisis de la superproducción. Y se pregunta: ¿qué se hará con el superproducto del trabajo que se pudre o se apolilla por falta de comprador? La respuesta categórica no se dará hasta que el productor necesitado no se persuada bien de que para comprar muchas cosas el derecho inmanente y la voluntad decidida tienen más valor que la moneda.

II

Compréndese que horrorice el canibalismo por triste, por imperiosa necesidad, por instinto de conservación, en el salvaje que habita en regiones áridas e infecundas o en el refugio horriblemente desprovisto del naufrago, donde quiera que el sentimiento de la vida se rebela contra la inminencia avasalladora de la muerte; lo incomprensible es que los trabajadores de la civilización moderna agonicen por la privación, caigan en la fosa a un término medio de edad menor de la mitad que los privilegiados, y que después de la horrible mortalidad en que sucumben en prisiones y asilos benéficos, haya aún motivo para avergonzar al mundo con la estadística oficial de los muertos por inanición en ciudades riquísimas, como Londres, por ejemplo, donde el mal es mayor porque la ganancia obra en proporción muy superior.

Y para que no se diga que tan tremendas afirmaciones son producto de exageración sectaria, que siempre lo tristemente verdadero pareció exageración fanática al pancista escéptico y estacionario, extracto a continuación varios datos pertinentes a mi tema, sacados de las obras del insigne Kropotkine, algo anticuados ya, pero por lo mismo más dignos de crédito, por nadie desmentidos, aunque negados alguna vez por periodistas escépticos de profesión, pesimistas de oficio, *esquirols* permanentes, como pagados por la burguesía para servir de testigos falsos contra el ideal redentor de los trabajadores.

Sumando la población de las naciones de Europa y la de los Estados Unidos hace quince años, descontando algunos países que por su atraso carecen de estadística, resultaba un total de unos 408 millones de habitantes.

La producción total de sustancias alimenticias de esas poblaciones, compuesta de pan de trigo y otros cereales, legumbre, frutas, carnes, leche, huevos, caza y pesca, etc., se elevaba a 439.000 millones de kilogramos y 12.000 millones de litros de vino; de modo que a cada individuo correspondía 1.075 kilogramos de alimentos y 30 litros de vino.

Según los últimos experimentos científicos, el hombre adulto y en perfecta salud debe consumir 474 kilogramos anuales de sustancias nutritivas, y si la Tierra da 1.075 kilogramos para cada uno, que es mucho más del doble, y descontando lo que consumen de menos niños, ancianos y enfermos, puede evaluarse al triple, resulta un excedente de sustancias alimenticias de 245.000 millones de kilogramos, mientras en Rusia y en la India el hambre hace unos estragos superiores a los que causaba la peste en la Edad Media, y en los grandes emporios de la civilización sucumben los trabajadores de la anemia producida por la explotación, en tanto que por la fastuosidad de la soberbia, por la ambición usuraria de los acaparadores y la falta de medios de comunicación existente aún en ciertas regiones, se desperdician incalculables cantidades de alimentos, convirtiendo en dolor y muerte lo que debiera ser vida, alegría, ciencia, arte y felicidad.

Más aún: la agricultura, aunque rudimentaria y anticientífica, da triple de lo que la humanidad necesita para su consumo, y la industria progresa de modo asombroso, ocurriendo que las manufacturas de Europa y de los Estados Unidos daban hace algunos años un producto anual de 94.000 millones de pesetas, mientras que la agricultura, con doble número de trabajadores, obtenía un valor de 78.000 millones, diferencia consistente en la superior capacidad de los obreros industriales y en los adelantos de la mecánica.

Una serie de cálculos fundados en las estadísticas oficiales demuestra que lo que pudiéramos llamar la ración industrial del individuo, representa cinco veces más que lo que el individuo necesita, lo que no extrañará a quien considere que si hay muchos que carecen de vestido y hogar, hay palacios suntuosos y refinamientos de lujo que rayan en la prodigalidad y el derroche de modo incalculable y hasta inverosímil.

¿En qué se emplea ese exceso enorme de comestibles y de productos de todas clases? No hay estadística capaz de reducir a cifras exactas tan brutal desconocimiento de las reglas más elementales de la economía. Como simple indicación confirmatoria, Kropotkine cita algunos ejemplos: hay países en que por dificultades de transporte dejan pudrirse la cosecha; en Cerdeña había bosques de naranjos en que el dorado fruto, tan apreciado y tan espléndidamente pagado en los países del Norte que de él carecen, se perdían por la distancia que les separaba de las costas; en los Estados Unidos había tiempo atrás, quizá el utilitarismo yanqui lo haya transformado actualmente, extensas regiones en que se empleaba el maíz como combustible; en España, antes de la formación de la actual red de ferrocarriles, en nuestros días, había comarcas en que se arrojaba el vino por hallarse rebosantes las bodegas, mientras en otras había escasez absoluta; se sabe de un propietario, y como éste hay muchos, que para darse importancia mantenía una jauría de cien perros de diversas castas, en cuya alimentación gastaba diariamente una cantidad de leche, carne y pan suficiente para mantener ciento veinte personas, y los labradores que trabajaban sus propiedades sufrían privaciones y encima la humillación de verse postergados a los perros del amo. Y eso no es excepcional: la aristocracia, en general, o sea los sucesores de varias o muchas generaciones de privilegiados, en su bestial degradación y degeneración, caen en la manía de criar perros, gallos luchadores y caballos, y con lo que despilfarran de sus usurpaciones para sostener a la altura de su estupidez su afición a la caza, a la riña y a las carreras, podrían alimentarse todos los hambrientos del mundo civilizado. Añádase lo que los ricos consumen en la mesa, en sus salones, en su lujuria, el valor de sus palacios y el derroche de sus extravagancias, y se verá que todo ello es como un océano inmenso donde afluye la producción como los ríos al mar.

A propósito de la doctrina conocida y abominada en la forma del famoso aforismo de Malthus «el que no encuentre cubierto en el banquete de la vida ha de retirarse», creo oportuno poner a continuación un ingenioso

* El apellido de este republicano francés era en realidad Leroux; quizá Anselmo Lorenzo lo amañó para contrastarlo con «El emperador del Paralelo», Alejandro Lerroux, que por aquellas fechas arrasaba entre el proletariado catalán (nota del compilador).

pensamiento de Pierre Lerroux*, un Lerroux muy diferente del que aquí han puesto en moda los trabajadores de la masa neutra, ¡pobres inconscientes que ya no piden el pan suyo de cada día a Dios, sino a la República, tan poco alimenticia la una como el otro!

No creamos nada; no anonadamos nada; únicamente operamos cambios. Con semillas, aire, tierra, agua y excremento producimos materias alimenticias para alimentarnos; y alimentándonos, las convertimos en gases y excrementos, que producen a su vez o contribuyen a producir otras materias nutritivas: a esto llamamos consumir.

El consumo es el objeto de la producción, pero también es su causa. Y si no, razonemos: las semillas no pueden escasear; fácilmente se concibe que una arpena de trigo, cierta medida antigua, sembrada y resembradas sus cosechas, bastaría para cubrir en catorce años la superficie entera del globo que habitamos. En cuanto al aire, la atmósfera, por su fluidez ha escapado a la avaricia de los acaparadores, y por su abundancia pertenece aún a todos los hombres. Lo mismo sucede con el agua; hay tanta en la tierra y en el aire, que no se ha pensado en detentarla en beneficio exclusivo de los señores. Y entonces, ¿por qué esos señores me prohíben vivir? ¿Por qué me arrojan del banquete de la vida? Si hay trigo, aire, tierra y agua en abundancia inagotable, y consumiendo produzco también, ¿tienen algún derecho especial a fundar una ganancia sobre mi excremento para que mi vida dependa de la benevolencia de los señores ricos?

Paréceme que, aparte de la gracia verdaderamente original con que está presentado el raciocinio, es de absoluta justicia y no ha podido hallar Malthus contradictor más lógico e irrefutable. ¿Es cierta la fecundidad del trigo? ¿Son verdaderamente inagotables y excedentes para las necesidades humanas el aire, la tierra y el agua? Pues todo acaparamiento y limitación y consiguiente ganancia es criminal, toda crisis alimenticia es, además de criminal para los que resulten responsables, una torpeza injustificable e inexcusable. Toda propaganda del ahorro es a la vez que un engaño pedir al despojado la absolución del usurpador. No se necesita más dato para afirmar con toda seguridad la realización del ideal libertario comunista en

que sin coerción de ningún género, por el poder de las fuerzas naturales sabiamente aplicadas y combinadas, se producirá sin limitación ni falsificación para satisfacer todas las necesidades, y sobre esta base, elevarse a las alturas de la sociedad racional digna de la humanidad.

III

En la antigüedad, el esclavo, completamente asimilado a la bestia de carga, no tenía ningún derecho al fruto de su trabajo. El amo le mantenía, y cuando se invalidaba se arrojaba a servir de pasto a las murenas que engordaba para su mesa, o a que se muriese en cualquier parte como pudiese. En la Edad Media, el siervo sujeto al terruño trabajaba a capricho del señor, pero esa misma dependencia le dejaba un tiempo en que trabajaba para sí: era un régimen inicuo, pero franco. El capitalismo moderno, hijo del refinamiento de la hipocresía denominada libertad del trabajo, no podía aceptar tan brutal franqueza, y acomodando el progreso con las palabras, ha inventado el jornal, que quiere que aparezca como la remuneración directa y adecuada del trabajo realizado, hallando el modo de que parezca por una parte que el trabajo sea retribuido íntegramente por su esfuerzo muscular o cerebral, y por otra, que el capital fructifica y elabora ganancia por su propia virtud.

He ahí una *verdad aparente*, una de esas pretendidas «leyes sociales» que es necesario negar y envilecer para que no justifique más la usurpación de que los trabajadores somos víctimas. Así no podrán decir un momento más los detentadores de la riqueza social que poseen con justicia, sino que roban con astucia ayudados por la fuerza. La verdad es que el jornal implica siempre cierta cantidad de *trabajo no pagado*, la cual prolonga hasta la civilización actual la era de la esclavitud, de la explotación del hombre por el hombre y constituye para el capitalista la fuente única de la ganancia.

Conformándose con el jornal, aceptándolo sin réplica, se aceptan todas sus consecuencias, y los mismos jornaleros, no me cansaré de repetirlo, son responsables del mal que sufren y del extracto de su propia vida que en forma de ganancia dan a sus explotadores. Veamos:

Se ha calculado que un trabajador norteamericano produce, un año con otro, un valor de 5.750 francos en mercancía. El jornal medio es de 1.750,

de donde resulta que se usurpa al trabajador una ganancia nada menos que de 4.000 francos anuales.

Ignoro cómo puede haberse planteado el problema, ni sé tampoco de qué datos consta, mas, considerando las cifras en este caso como detalle accesorio, tengo por racional y exacto el resultado. Basta, para tener la evidencia de ello, considerar que con el jornal no se compran fincas, ni papel del Estado, ni se levantan palacios, ni se viste con lujo, ni se come opíparamente, ni se va en coche, ni se tiene siquiera palco en la ópera, y siendo fabricante, sí se tiene todo eso, y además se disfruta de una especie de derecho de pernada con las proletarias, y se puede ser cacique político, y eso que, como dicen ellos, los tiempos están malos, que hay crisis, que se aumentan las contribuciones y que los obreros se enredan en frecuentes huelgas.

Sabido es que los economistas pretenden apoyar sus teorías sobre la ciencia y justificar la ganancia, es decir, la usurpación que verifican en perjuicio de los trabajadores, persuadiéndonos que si somos explotados, miserables y hambrientos, lo somos científicamente y nada tenemos que reclamar. He aquí el fondo de su razonamiento: toman unos cuantos hechos derivados de la organización social presente, los declaran «leyes naturales», es decir, los consideran como productos de la organización humana, contra los cuales nada puede hacerse y que han de aceptarse sin réplica, y ya tienen todo un sistema indestructible.

El valor es, para los economistas, el fundamento de su sistema, entendiendo por él la fabricación de objetos de consumo; pero como esos objetos no son productos exclusivamente humanos, ya que en ellos entran terrenos, aguas, fuego, electricidad, metales, maderas, pieles, fibras, frutos, etc., etc.; es decir, grandes fuerzas naturales, y la combinación química libre de los elementos constitutivos esparcidos sobre la superficie de la tierra, es evidente que el que se apodera de esos objetos para traficar con ellos, realiza una ganancia, pero se apropia un valor que no le pertenece más que en parte, en lo relativo a la necesidad de su subsistencia, y cuanto exceda de esto, sobre todo habiendo quien de ello carezca, cae dentro de la usurpación.

La teoría del valor inventada por economistas no pasa de sofisma, es una ley artificial con que se pretende justificar el acaparamiento de los medios de producción y la usurpación de la riqueza social.

Insistiendo, en la demostración, digo: es imposible determinar la parte de fuerzas naturales que entran en la fabricación de un producto; es injustificable que esas fuerzas naturales sean propiedad exclusiva del que, denominándose fabricante porque se lleva la ganancia, no contribuye, sino en contadísimos casos y en escasísima proporción, a la creación de un producto; es indeterminable la parte de fuerza muscular e intelectual necesaria para dar al producto forma comercial; no hay dinamómetro que pueda medir exactamente las fuerzas que entran en su fabricación para dar a cada uno de los que a su producción concurren, la parte correspondiente, y, por tanto, el valor de los objetos es puramente arbitrario, y sube o baja según las oscilaciones de la oferta y la demanda, artificiales muchas veces y con tendencia a serlo siempre, sobre todo desde que se ha descubierto la manera de formar esos *trusts* poderosos que imponen su voluntad en los mercados como los bandidos en las carreteras.

Si los primeros traficantes se hubieran limitado a cambiar objetos de consumo, claro es que no hubiera podido crearse esa ganancia a que se da el nombre de capital, y no se hubiera llegado a esta triste conclusión: el capital no se acumuló hasta que vino la moneda a facilitar el cambio; sí, facilitarle, pero también a engañar al comprador sobre el valor del objeto vendido y a especular sobre el deseo o sobre la necesidad de poseer determinados productos. La llamada ley de la oferta y la demanda y ese otro artificio a que se da el nombre de libertad de trabajo, ha reducido al obrero a renunciar, no diré a todo lo superfluo, sino a limitarse a lo absolutamente indispensable para la vida animal. Si en el perímetro donde ejerce su oficio el obrero hubiese otro que pudiese contentarse con una pitanza más escasa y miserable, aquél sería el preferido por el burgués, gananciero de profesión, y si en el lugar de uno hubiese cientos y miles de ellos, el jornal bajaría a proporción del mínimum de alimentos determinados por aquellos obreros bajistas. Por eso los obreros piamonteses, que se contentan con un plato de macarrones, reemplazan en Francia a los obreros franceses, que necesitan carne abundante, y en Barcelona, en Cataluña en general, donde tanto se ha desarrollado la industria y la aplicación mecánica, acuden los obreros llamados *pachos*, que comen pan y cebolla y almacenan sus familias en habitaciones reducidísimas con el fin de ahorrar y llevar dinero a su pueblo,

como los chinos, produciendo la rebaja de los jornales, rebaja en que se toma por tipo esa vida miserable y sin objeto elevado y digno, tendiendo a reducir al trabajador a la condición de los coolíes, infelices trabajadores asiáticos que son actualmente una amenaza para el proletariado de Europa y América, si éste no se apresura a efectuar la revolución social, en atención a que esas pobres gentes, incapaces de toda idea emancipadora, desarrollan fuerza animal a gusto del burgués a cambio de un puñado de arroz.

Gran recurso, a la vez que gran infamia, ha sido condicionar el precio del trabajo por el de las subsistencias: de ese modo se compra toda la fuerza del hombre, pareciendo comprar sólo su función, haciéndole creer que para la adquisición de las cosas indispensables a su existencia diaria, se necesitan diez o doce horas cada día, y para colmo de hipocresía capitalista, mientras en la verdadera esclavitud el trabajo del esclavo reviste la forma de trabajo no pagado, en el régimen capitalista, hasta el exceso de trabajo parece trabajo pagado, que así es y en eso consiste el arte del ganancierismo: en dar menos de lo racional, pareciendo que dan con exceso.

Lo que enriquece, pues, al burgués, es la ganancia consistente en la diferencia que existe entre lo que puede llamarse el *precio social* del trabajo, o sea, el jornal medio, y el precio de venta, de que da exacta idea el cálculo de la producción del trabajador norteamericano de que queda hecho mención, y este otro fresco y reciente, que encuentro en una correspondencia de Londres publicada en un diario belga con la firma de un corresponsal que es querido amigo mío y compañero:

Se trata de una señora Payne, viuda, con tres hijos, que durante diez años se ganó la vida (¡qué vida!) trabajando en una gran sastrería del West-End, a quien se pagaba seis farthings (15 céntimos) por una labor llamada «acabar pantalones», empleando en cada par dos horas, lo que elevaba su jornal a 1,20. Sus patronos juzgarían aún estrujable el caso, y le rebajaron el precio del trabajo, y aquella malaventurada heroína, la madre, la mujer fuerte, la que juzgo autorizada para pisotear la virtud estéril, mortalmente infecunda de las santas místicas canonizadas por la Iglesia, con la vergüenza en el rostro pidió socorro al magistrado, quien a su vez debió avergonzarse de representar ante aquella infeliz el inmenso poderío de la Gran Bretaña.

Con este motivo, M. Gilbert, que viene trabajando, en una información acerca del sweating (explotación) en la industria del vestido, dice que los casos análogos son infinitamente más numerosos que lo que se creía. La producción media de los obreros y obreras que trabajan en esa industria es de cuatro libras esterlinas semanales; el término medio de los salarios es sólo de una libra. ¿Dónde van las tres libras restantes? Liberales y conservadores, librecambistas y proteccionistas permanecen indiferentes ante iniquidad tan tremenda. Pues hoy que la alternativa entre el libre-cambio y la protección están a la orden del día en Inglaterra, bueno sería conceder alguna atención al problema del libre cambio en carne y sangre, de que el caso de la señora Payne es un doloroso ejemplo.

Véase un dato curioso acerca de este asunto:

En el período de 1860 a 1872, en Norte América, empleaba diez horas un obrero carpintero para construir una mesa especial llamada *Writing-table*, que valía lo equivalente a 20 francos en moneda francesa. El precio se establecía de esta manera: material, 8 francos; trabajo, 12; total, 20. Un ingeniero llamado Himlow inventó una máquina que podía hacer 100 mesas en diez horas, o sea una mesa en seis minutos, y en menos de dos años Himlow, explotando solo su invento, arruinó a los pequeños constructores, sin rebajar un céntimo el precio de las mesas. Vendió luego su privilegio de invención a un constructor de máquinas, y poco después no había en los Estados Unidos carpintería sin máquina Himlow. He aquí ahora una suposición de Walter-Jourde, de *L'Humanité Nouvelle*:

Por el robo o de otro modo (la posesión es lo esencial, el modo no importa, porque el resultado es el mismo, ya que el dinero es un vale al portador), poseo un duro y con él compro material para una chaqueta de moda; pero como no sé hacerla, le propongo a un sastre pobre que me la haga, ya que él sabe, pero no tiene crédito ni las 5 pesetas que el comerciante exige para entregar el paño; el sastre acepta la proposición, y como es justo (el sastre y yo convenimos en ello), yo que le suministro los medios de comer trabajando, tengo el derecho de comer viéndole trabajar. El sastre necesita un día para ejecutar su trabajo, y como el sustento de un hombre (alimentación, casa y

vestido) cuesta un duro diario, resultan para los dos 10 pesetas, 5 para el sastre y 5 para mí, y quedamos en paz... en paz a la moda capitalista, y luego vendo la chaqueta en su justo valor, a saber: 5 pesetas de material, más 5 de hechura, más 5 de anticipo de capital, más 5 de coste de tienda y de servicios prestados por el Estado, total 20 pesetas, y aún resulta barata.

En el caso que acabo de suponer he empleado un obrero solo, que disponía únicamente de inteligencia, tijeras y aguja; pero si empleo cierto número de obreros y les hago trabajar con el número correspondiente de máquinas, si uno me ha dado de comer, entre todos me harán rico, quedando probado que la ganancia se funda en ese trabajo no pagado que utiliza el capitalista desviando toda noción de justicia y de economía.

La afirmación expuesta resulta probada y evidentísima, pero los economistas, cerebros estropeados por el sofisma, no lo reconocerán nunca. Para ellos el valor de las cosas es independiente del trabajo que cuesta producirlas; es el capital que fructifica por su propia virtud, es el dinero que se reproduce por generación espontánea; el valor de un objeto cualquiera es proporcional al servicio que presta al adquirente, de cuya participación queda excluido el esclavo, que ya recibió en rancho y albergue su parte, el siervo que tiene reguladas sus relaciones con el señor, el jornalero que ya cobró su jornal.

Así se piensa, así se obra, sobre base tan irracional se funda una organización social, con una religión que pone en boca de un dios la profecía que asegura que siempre habrá pobres en el mundo, y con una ley que adjudica la riqueza al usurpador, cuando la estadística arroja datos como los siguientes que todo el mundo puede leer en *La Conquista del Pan*:

En el suelo virgen de las praderas de América, cien hombres, ayudados por poderosas máquinas, producen en pocos meses el trigo necesario para que puedan vivir un año diez mil personas...

Con las máquinas modernas cien hombres fabrican con que vestir a diez mil hombres durante dos años.

En las minas de carbón bien organizadas, cien hombres extraen cada año combustible para que se calienten diez mil familias en un clima riguroso.

Antes de terminar este asunto, expuestos los datos y argumentos racionales pertinentes a mi tesis, quiero oponerles el más fuerte obstáculo posible a su admisión; tan firme estoy en mi juicio que, seguro de mi triunfo, que es el de la verdad, quiero probarlo contra el más alto prestigio levantado en defensa de la mentira, del privilegio, de la injusticia social.

Léese en la famosa encíclica *Rerum Novarum*, edición oficial:

A la verdad, todos fácilmente entienden que la causa principal de emplear su trabajo los que se ocupan en algún arte lucrativo, y el fin a que próximamente mira el operario, son estos: procurarse alguna cosa y poseerla como propia suya con derecho propio y personal. Porque si el obrero presta a otro sus fuerzas y su industria, las presta con el fin de alcanzar lo necesario para vivir y sustentarse; y por esto, con el trabajo que de su parte pone, adquiere un derecho verdadero y perfecto, no sólo para exigir su salario, sino para hacer de éste el uso que quisiere. Luego si gastando poco de ese salario ahorra algo y para tener más seguro este ahorro, fruto de su parsimonia, lo emplea en una finca, síguese que la tal finca no es más que aquel salario bajo otra forma.

Adviértase que el papa infalible que escribió y lanzó eso al mundo con su bendición apostólica, ya sabía que el salario no podía transformarse en fincas, a no ser el salario del papa, porque algunas líneas antes se lee: «el haberse acumulado las riquezas en unos pocos y empobrecido la multitud [...] ha sucedido hallarse los obreros entregados, solos e indefensos, por la condición de los tiempos, a la inhumanidad de sus amos y a la desenfrenada codicia de sus competidores; a aumentar el mal vino la voraz usura...».

¿Para quién y para qué escribiría eso León XIII?

No quiero suscitar con mi respuesta cuestiones ajenas a mi propósito de mantenerme en el terreno de los asuntos económicos, y me limito simplemente a añadir: sólo por excepción se cuentan los que han sido jornaleros entre los propietarios; sólo por excepción se cuentan los jornaleros que ascienden a propietarios, los que no ascenderían si no empleasen medios indeclarables, porque el jornal, que es siempre insuficiente para las necesidades de la vida, no da acceso a la propiedad, y los propietarios lo son por

medios que toleran las leyes y que absuelven los teólogos, pero que repugnan a la crítica racional.

IV

He aquí llegada la ocasión de hablar del dinero, lo que haré extractando lo mejor que sepa un trabajo de Tolstoi, que me parece da su verdadera significación.

Créese generalmente que el dinero representa la riqueza, que ésta es el producto trabajo y que hay relación perfecta entre uno y otra.

Esa creencia es tan falsa como la que supone que cada organización social es resultado de un contrato previo. Dícese que el dinero no es más que un medio de cambiar los productos del trabajo: yo hago botas, otro cuece pan, un tercero cría carneros y, para facilitar las transacciones, nos servimos de moneda intermediaria. Así considerado el dinero facilita la circulación de los productos y representa el equivalente del trabajo.

Eso sería perfectamente exacto si no cometiese violencia una de las partes sobre la otra. En cuanto se ejerce una presión, cualquiera que sea su forma, el dinero pierde inmediatamente su carácter primitivo y se convierte en medio coercitivo, en representante de la fuerza injusta y brutal.

Durante una guerra, el botín obtenido por el saqueo no es producto del trabajo, tiene una significación muy distinta del dinero ganado por la construcción de unas botas. Otro tanto sucede con la trata de esclavos.

Si unas campesinas hilan y tejen unas telas y las venden, y si unos siervos trabajan para el amo y éste vende el producto y recibe el precio, las campesinas y el amo de los siervos tienen una misma clase de dinero; pero en el primer caso representa el trabajo; en el segundo, la fuerza inicua.

En una sociedad en que exista una fuerza que se apropie del dinero de los otros o que proteja y defienda la usurpación, el dinero, lejos de ser la representación del trabajo, lo es del despojo a que se somete al trabajador.

Sería el dinero equivalente del trabajo en un medio social en que existiesen relaciones mutuas completamente libres; en la actualidad y en esta sociedad, después de tantos siglos de rapiñas y detentación por los privilegiados del patrimonio universal, el dinero centralizado, no hay quien lo

niegue, es violencia y tiranía capitalizada, y el trabajo no entra en él más que en una parte mínima. Decir hoy que el dinero representa el trabajo es, no ya un error, sino una mentira.

En su significación más exacta, el dinero es un signo convencional que da al que lo posee, a título justo o injusto, el medio de servirse del trabajo de los otros.

Casi siempre el trabajador vende los productos de su trabajo pasado, presente y futuro, no ya porque el dinero presente facilidades de cambio, sino porque se le exige como obligación.

Cuando los faraones de Egipto exigían el trabajo de sus esclavos, éstos no podían dar más que su trabajo pasado y presente; pero con la aparición y generalización de la moneda y del crédito, su consecuencia, el trabajador vende su trabajo futuro.

El dinero representa la esclavitud impersonal que ha sustituido en las modernas democracias a la antigua esclavitud personal; y el salario no es otra cosa que el tugurio, el vestido y la bazofia del antiguo esclavo suministrado en numerario, con lo que si nos dejan estirar nuestra actividad hasta donde llega la cadena representada por nuestras privaciones, en cambio, en la época de crisis no tenemos, como tenían nuestros antepasados, la pitanza segura, sino que los amos del día nos dejan morir de hambre cuando los almacenes no pueden contener la sobreproducción.

Supongamos un burgués de aspecto venerable que nada ha hecho, ni hace, ni hará que tenga valor cambiante y social, es esposo de una señora caritativa que, por sadismo, porque le gusta el contacto de la miseria para mejor apreciar el confort de que disfruta y embriagarse con la lisonja de la gratitud, lleva la afrentosa limosna a la mansión del pobre, del excedente social; el tal burgués es padre de hijos que se doctoran en la Universidad y de hijas que son el encanto de los paseos, de los teatros, de los templos, de los salones de buen tono, y lleva tras sí, como perrilla bien cuidada que sale a la calle, una cohorte de gomosos callejeros que husmean la dote; éste tal corta periódicamente el cupón de la renta, el cual representa trabajo indudablemente; pero ¿de quién? No seguramente del rentista, quien en el valor de aquel cupón, como en hostia maldita consagrada en el altar del capitalismo, lleva el sudor, la sangre, la muerte prematura de muchos

desheredados, y con ello usurpa muchas, muchísimas raciones de productos agrícolas, industriales, científicos, artísticos, etc., que corresponden a tantos y tantos infelices desheredados que de ellas carecen.

He ahí lo que es el dinero, fruto de la ganancia, y ved cómo a su posesión contribuyen: la esclavitud más a menos disfrazada de los trabajadores, la explotación que ejercen los capitalistas, el mutualismo del crédito; la sanción que le prestan las leyes, la justificación que le otorga la religión bajo la palabra sagrada de un papa infalible, la moral, y hasta, no la ciencia, sino algunos científicos, cuando lo consideran como el premio de la victoria de los fuertes sobre los débiles y mal dotados en la lucha por la existencia.

A la perpetración de ese crimen social contribuyen, en primer término, las instituciones; después, por rutina, por atavismo y por ignorancia contribuimos todos. Podrá excusarse nuestra responsabilidad por la consideración de que obramos impulsados por la fuerza poderosa de la tradición; pero dada la existencia de la protesta científico-revolucionaria que desde mediados del siglo pasado agita al mundo civilizado, protesta que ha puesto en actividad grandes inteligencias creadoras de la sociología, y que ha llevado a la propagación, a la lucha económica y revolucionaria a muchísimos abnegados y nobles altruistas que dieron su libertad, sus amores y su vida por la libertad, el amor y la vida de sus compañeros, la ignorancia y la indiferencia son una complicidad que lleva como castigo el convertir a los cómplices en víctimas, de modo que, al ayudar a los tiranos, trabajan en su propio daño. Sí, los desheredados que no ayudan positiva y directamente a sus compañeros que luchan por la transformación de la sociedad, no sólo son culpables y partícipes de la iniquidad privilegiada, sino que hasta pierden derecho a la queja, porque su propia conciencia puede acusarles de traidores contra sus compañeros y contra sí mismos.

V

Vosotros, los dependientes de comercio, os halláis, en el concepto que acabo de indicar, en una condición especialísima, diferente de la de los demás explotados. Ved en qué consiste esta diferencia. Todos, o la generalidad de

los trabajadores de la industria y de la agricultura elaboran sus productos, el capitalista los toma y los entrega al comercio, pero el comerciante, al entregarlo al consumidor por medio de su dependencia, ha de sacar de él su ganancia, ya sabéis cómo, poniendo en práctica el famoso y popular «dar gato por liebre», y este es el principal servicio que el burgués vendedor, que ya ha sacado lo que ha podido del burgués llamado productor, espera de su dependiente, que ha de ser diestro en el arte del regateo, locuaz para mostrarse entendido en la producción del género que vende y sugestivo hasta el punto de persuadir al comprador que realiza un buen negocio con la compra. Vuestra profesión se halla comprendida entre las que Nettlau propone que se estudien para impedir que produzcan sus desastrosos efectos, junto con aquellas otras que fabrican géneros adulterados para estafar y aún envenenar al público y las que construyen cierta clase de edificios públicos o habitaciones higiénicas para pobres.

Sobre vuestra profesión, no he de disimularlo, y espero, compañeros, que en bien de la verdad y de la justicia a la vez que en vuestro bien me dispenséis mi franqueza, pesa, no diré un cargo, una consideración; sois de los que más reacios se han mostrado para ingresar en las legiones del proletariado militante, lo que se explica perfectamente por dos causas: primera, porque el contacto con el dinero y el conocimiento del mecanismo del crédito ha hecho de vuestra profesión una especie de noviciado comercial, a cuyo término se hallaba la consagración burguesa de comerciante; segunda, porque el adoptar un vestido y afectar unas maneras convenientes para tratar con el público, ha inspirado a muchos dependientes la idea de que eran superiores al obrero, que habla sin afectación y con cierta rudeza espontánea, y no se desdeña de presentarse en la calle con el traje del trabajo. Pero la justicia proletaria no ha de ser más dura que la cristiana, la cual, según el evangelista Mateo, paga un denario a todo obrero de la viña del Señor, tanto al que se ajustó y comenzó el trabajo a primera hora como al que comenzó cerca de la hora undécima. Lo importante es que habéis venido, que todos fraternizamos en el trabajo contra la explotación, que habéis comprendido que a la participación del capital, aunque sean muchos los llamados, y lo son todos vuestros colegas, pocos son los escogidos, sobre todo desde que el capitalismo va encontrando trilladas todas las vías

del negocio; y no hay medio de encontrarle sino con un capital previo imposible de formar con lo mezquino de vuestro salario.

Y a todo esto ¡qué vida la vuestra! ¡Qué modo de clavar sus uñas en vuestro cuerpo el monstruo de la ganancia! He leído recientemente un opúsculo de Macein, titulado *Los horrores del comercio*, en que con estilo sencillo, pero rebosando sinceridad, refiere vuestros padecimientos, y es seguro que si el sufrimiento pudiera medirse, se os pudiera parangonar con los explotados que la opinión califica de más sufridos.

De aquel escrito tomo estos apuntes:

Nada envidiable es la misión del dependiente de comercio, nada decorosa su situación. El oficio que desempeña al comienzo es bastante penoso, y sigue siéndolo hasta que se convierte en amo.

Las calamidades que pasa son infinitas, y por eso mismo que las ha sufrido y que no se las han contado, debiera extirpar, cuando se hace burgués, esos procedimientos de rutina y desconcierto que tan mal se avienen con los principios modernos, y que tan mal dicen en favor de los sentimientos humanitarios del hombre.

Sigue relatando detalladamente la serie de malos tratamientos infligidos al infeliz aprendiz de dependiente llamado «hortera», entre los cuales se cuentan el hambre, la falta de descanso, el desprecio, los castigos injustificados, etc., y añade:

Salario no se le concede hasta que no lleva uno, dos y a veces hasta tres o cuatro años; al cabo de este tiempo gana dos, tres o cuatro duros al mes.

Continúa diciendo:

Para nadie es un secreto cómo se desarrolla el comercio. La falta de iniciativas y la pobreza de inteligencia de los que dirigen las cámaras, los centros, los círculos mercantiles, los sindicatos, etc., son las causas determinantes del malestar general de las clases comerciales y de la languidez y ruina del comercio. Los dependientes trabajan para sus principales y éstos

van echando céntimo a céntimo, en el buzón de sus rapiñas, el producto casi íntegro del trabajo de aquellos.

Comerciante es sinónimo de usurero. No se preocupan nuestros comerciantes de los problemas que atañen al engrandecimiento y bienestar de sus esclavos. No estiman prudente realizar acto alguno que pueda contribuir a revestirlos de esa simpatía indispensable al mantenimiento de la paz. No buscan más que el medio de retener a los hombres bajo su torpe dominación. Se niegan a reintegrar las legítimas aspiraciones de los que, menos astutos, menos audaces o menos afortunados, no han conseguido conquistar un puesto. Oponen obstáculos y dificultades a los que pretenden salir de su postración. No quieren enlazar intereses con intereses. Más fuertes y poderosos, desvían siempre que pueden las iniciativas de los de abajo. Encuentran desatentado y temerario el derecho de asociación, y más temerario y descabellado el derecho de la huelga. Añádase a todo esto la falsificación de los géneros, la adulteración de los alimentos y el robo en el peso o en la medida, y se tendrá completo el tipo del comerciante.

He dicho antes que la justicia proletaria; y ahora quiero denominarla anarquista, no había de ser más dura que la cristiana, a propósito del hecho de que entre los explotados sois los últimos que acudís al llamamiento histórico de Marx: «¡Trabajadores del mundo, asociaos!». Pero he de añadir ahora otra consideración: si mientras ignorabais que en la viña del Señor había trabajo, nadie podía reprocharos haber acudido a última hora, y por eso se os pagó un denario como a los que comenzaron a hora prima, en estos momentos que estáis en la viña y que veis la gran labor que ha de efectuarse, vuestra conciencia, aquel sentido íntimo donde radica toda justicia, que no es ya justicia de religión, de secta ni de partido, sino justicia absoluta y perfecta, os impone el deber de contribuir al trabajo con una parte que no rebaje vuestra honorabilidad de clase ni vuestra dignidad personal.

Ved lo que dice Henri Dagan para terminar su obra *Supersticiones políticas y fenómenos sociales* de donde he tomado algunos pensamientos para el presente escrito:

Se está cerrando la era del trabajo.

Los pueblos atraviesan una crisis sin ejemplo en la historia universal: se empobrecen en el seno de la abundancia.

En los países más ricos (Estados Unidos e Inglaterra), el pauperismo es más intenso.

Hemos llegado al caso de preguntarnos si vamos hacia una nueva servidumbre o a una libertad desconocida.

Duda terrible, compañeros, a la que es preciso responder de una manera categórica enérgica.

Yo os daré mi respuesta, pero antes conviene hacer esta observación:

Todos los abusos del poder se acumularon durante la Edad Media en la autoridad de la Iglesia; sobrevino la Reforma, verdad y justicia relativas, y produjo el aborto del protestantismo que, justiciero contra el catolicismo, concuerda con él en oponer los errores primitivos y trasnochados del Génesis a las verdades recién descubiertas por la ciencia. Vino luego la revolución democrática, y tomando por unidad política el ciudadano, título que por parangonar en el derecho parlamentario al pobre y al rico encubre todas las desigualdades sociales, convirtió en ridículo sarcasmo la famosa trilogía republicana. Surge luego el socialismo, a consecuencia del fracaso de la democracia y de la república; verdadero fracaso, compañeros, tened el valor de reconocerlo, porque en ninguna de la treintena de repúblicas que hay en el mundo existe libertad, igualdad ni fraternidad, y para darse carácter práctico, huyendo de ser tenido por utópico, ha caído en un utilitarismo burgués, inculcando a los trabajadores la conquista del poder por la política, y la del capital por la cooperación, utopía pancista tan lejos de la realidad, como lo estuvo Sancho Panza de ser titulado conde, duque ni archipámpano.

Sí, verdad es que atravesamos la crisis absurda del hambre en la abundancia; pero de ello son responsables y culpables en gran parte todos esos reformadores que desvían al trabajador de la vía emancipadora, que aceptan las semiverdades, que por fuerza atávica están enganchados al pasado, y por vanidad y moda se presentan como radicales, de los cuales no saldrá jamás nada claro, concreto ni práctico, sino lo que saliere, reservándose del derecho de criticarlo después. Para mí, el temor de una nueva esclavitud,

desconociendo el valor del progreso, tiene tan escaso fundamento y merece tan escaso crédito como el que se concedería a quien profetizara que el hombre ha de retrogradar hasta convertirse en mono.

Sí, vamos a una libertad desconocida, pero prevista; vamos a la participación de todos en el patrimonio universal, y esto como consecuencia del saber y de la dignificación de los hombres, contribuyendo a la realización de este ideal los errores de los regresivos y de los estacionarios, tanto por lo menos como la energía de los progresivos.

Vamos... pero no quiero decíroslo yo; mi profecía del ideal no puede gozar del menor crédito.

Oíd lo que dice Elíseo Reclus, anarquista a quien los mismos burgueses consideran como una eminencia científica:

La sociedad anarquista es una comunidad de iguales, y será para todos una felicidad inmensa, de que no podemos formar idea actualmente, vivir reconciliados todos, porque los intereses de dinero, de posición, de casta, no harán enemigos natos los unos de los otros; los hombres podrán estudiar juntos, tomar parte, según sus aptitudes personales, en las obras colectivas de la transformación planetaria, en la redacción del gran libro de los conocimientos humanos; en una palabra, gozarán de una vida libre, cada vez más amplia, poderosamente consciente y fraternal...

Ya lo veis, compañeros, desde el abismo de la pérdida en que nos tiene sumidos el régimen de la ganancia, aspiramos a esa edad de oro que nos promete la ciencia, superior a la que del pasado forjaron los poetas. Id a trabajar por su aproximación, y en pago de vuestro trabajo disfrutaréis de la propia estimación, que es la mayor recompensa a que puede aspirarse, y por añadidura seréis recompensados con la gratitud de los desheredados a quienes hayáis roto las cadenas de la servidumbre.

Un pensamiento final para las mujeres: la mujer es susceptible de saber tanto como el hombre y de sentir más que el hombre.

Se ha dicho, y me parece que la historia lo confirma, que en el mundo no triunfa una idea hasta que las mujeres la aceptan, la sienten y son capaces de sacrificarse por ella.

Yo sé cómo sienten las mujeres, porque me lo ha enseñado la experiencia del mundo y por lo que he visto en mi familia cuando he tenido la honra de sufrir por la idea; sé, por tanto, que habéis de sufrir cuando os hiera el privilegio, y más aún cuando hiera a los que amáis.

Un consuelo y un remedio os propongo: que esforcéis vuestra inteligencia hasta conocer la verdad, la belleza, la justicia, y sobre todo la posibilidad del ideal libertario. Sentid mucho lo que sufran por la iniquidad social vuestros padres, vuestros hermanos, vuestros amigos, vuestros esposos y vuestros hijos; pero sentid más los atropellos cometidos contra la razón, porque de ese modo, con vuestra enseñanza y con vuestros consejos evitaréis muchos males. Si así no lo hacéis, sufrid, y sufrid vuestro merecido, porque en todos aquellos males os corresponde gran responsabilidad.

La Revista Blanca (Madrid), VI, 136 (15 febrero 1904), pp. 491-495, VI y 138 (15 marzo 1904), pp. 545-554.

Ciencia versus religión



La religión y la ciencia

En la esfera puramente científica, los obstáculos que la religión opone sistemáticamente al progreso suelen ser desdeñados donde quiera que se estudia la sociología, y ya nadie siente la necesidad de insistir, ni entre los iniciados en la ciencia revolucionaria hay quien reclame que se pongan a la orden del día cuestiones teológicas relacionadas con la ciencia.

Por desgracia, España es una excepción; aquí es aún necesario dedicar algún tiempo a estos asuntos en atención al gran número de ignorantes que carecen de toda instrucción, y al no escaso de privilegiados, más o menos ilustrados, pero sometidos al sugestivo influjo clerical, y que juntos forman una fuerza sometida a la dominación de los teócratas.

Por mis escasos conocimientos, poca luz propia puedo aportar para el esclarecimiento de verdades tan importantes como las que al indicado asunto se refieren; pero me queda el recurso de aportarla reflejada e, imitando a otros muchos, puedo hacerme una erudición de circunstancias con sólo tomar del montón de lo que se sabe y con ella llevar a buen término mi tesis, a saber: todo lo que se ha escrito para probar la armonía entre la religión y la ciencia ha resultado trabajo inútil.

Creyendo prestar un servicio a mis compañeros de trabajo desde las páginas de esta Revista, dedicada sinceramente a la verdad y a la justicia, entro en materia.

El Concilio Vaticano, y después la multitud de escritores en él inspirados, apoyándose en razonamientos más o menos sofisticados, que no puedo reproducir por su extensión ni tampoco lo juzgo necesario, dice:

Ninguna verdadera discordia puede haber jamás entre la fe y la razón [...] La vana apariencia de esta contradicción nace principalmente de no haber sido entendidos y expuestos los dogmas de la fe, según la mente de la iglesia, o de haberse tomado por sentencia de la razón los antojos de las opiniones.

Es cierto que la fe y la razón deben de andar acordes siempre, y así andarían si no hubieran inventado los teólogos aquella fe que clasifican entre las virtudes teologales, indispensable para creer misterios y milagros reñidos con la evidencia. Tengo fe, por ejemplo, en la redondez de la tierra; en que el día, la noche y las estaciones son fenómenos producidos por su movimiento y su relación con el sol, aunque por falta de conocimientos y de medios a propósito no pueda comprobarlo directamente; tengo fe en la existencia de América, aunque no la he visto, y la tengo también en que la injusticia dominante en la sociedad, resultado de monstruosos abusos, cometidos a la sombra de una fe ciega en el error, han de desaparecer merced a la ilustración y a la energía de los que de tal iniquidad vienen siendo víctimas, aunque tan fausto acontecimiento no pueda verle por ser futuro. Y esa fe racional, fundada en la lógica y apoyada en la evidencia, es perfectamente suficiente.

En cuanto a que los dogmas de la fe no hayan sido expuestos según la mente de la Iglesia, y por ello no hayan sido entendidos, cúlpese a la dudosa sabiduría de tanto teólogo, que, por lo visto, estaban poco fuertes en gramática, o que acaso se extraviaban algo por el peligroso terreno de los antojos de las opiniones.

Y continúa el Concilio Vaticano:

Tan lejos está la Iglesia de oponerse al cultivo de las artes y ciencias humanas, que, por el contrario, lo auxilia y lo promueve en muchas maneras. Pues no ignora ni desdeña los provechos que de ella reporta la vida humana.

Afirmación absolutamente falsa, como lo prueban, tomados entre muchos, los siguientes recuerdos históricos: el sistema de Copérnico, condenado por la Iglesia como contrario a las Sagradas Escrituras; Colón, tenido por loco por la Junta de Salamanca; Galileo, obligado a renegar de la verdad ante la Inquisición de Florencia.

Contra el valor positivo de estos datos, que el lector ilustrado ampliará, nada significa el hecho de que, especialmente en estos últimos tiempos, se hayan dedicado algunos religiosos al estudio de las ciencias, entre los cuales sobresalen nombres eminentes como el P. Secchi, por ejemplo, porque

esto sólo sirve para evidenciar la contradicción que existe entre los libros sagrados, depositarios de la revelación y la tradición religiosa, y su opuesta y antitética, la observación científica, a la vez que la incongruencia entre lo que dicen creer y manifiestan saber los místicos científicos. Teniendo en cuenta, además, que ese fervor científico pudiera muy bien tener por objeto no dejarse arrebatar el predominio y los privilegios que los teócratas disfrutaban, defendiéndolos con esa misma sabiduría que aborrecen y echando mano de ella para cegar sus fuentes con sofismas y con sus métodos especiales de enseñanza.

Aparte de la contradicción y la incongruencia entre el saber y el creer, existentes entre los teócratas, hay sabios laicos que amparan con el prestigio de su nombre verdaderas tonterías, como la siguiente:

O Moisés tenía en las ciencias una instrucción, tan profunda como la de nuestros siglo, o estuvo inspirado. (Ampère, Teoría de la tierra.)

Para demostrar que Moisés distaba mucho de tener esa instrucción científica y no tuvo otra inspiración que las preocupaciones propias del vulgo, basta saber lo que son el Sol, la Luna y las estrellas, según la ciencia moderna, y lo que respecto de los astros se lee en el Antiguo y Nuevo Testamento. Veámoslo:

El Sol es el centro de nuestro sistema planetario y el regulador del movimiento de la Tierra y de los otros planetas; origen de calor y de luz, es el principio vivificante de todos los seres organizados. Los más sabios astrónomos le atribuyen un núcleo sólido, oscuro y quizá habitado, rodeado de una atmósfera luminosa. La distancia del Sol a la Tierra es de unos 38 millones de leguas; su luz nos llega en ocho minutos trece segundos, y es 1.400.000 veces mayor que nuestro globo. Antes de Copérnico se suponía que el Sol y todo el cielo volteaba diariamente alrededor de la Tierra. (De este error participaba Moisés y con él su divino inspirador, quienes además ignoraban la redondez de la Tierra y la existencia de América.)

La Luna es un satélite de la Tierra, en derredor de la cual voltea, acompañándola en su revolución anual alrededor del Sol. Es 49 veces más pe-

queña que la Tierra, de la que dista 85.000 leguas. Tiene valles, montañas y volcanes; pero carece de atmósfera, porque no se nota en ella ninguna nube y los rasgos luminosos que recibe del Sol no experimentan refracción alguna, lo que la hace inhabitable, al menos para seres de nuestra misma naturaleza. Efectúa su revolución en torno nuestro en veintinueve días y medio, y siempre nos presenta la misma faz. (Esa es la gran lumbrera, encargada, según Moisés, de señorear la noche.)

Las estrellas son astros fijos que brillan por su propia luz, y se cree que son los soles de otros tantos sistemas planetarios, cuyo número es indefinido. Cuando por hallarse cerca de la misma línea de observación parecen próximas unas a otras, forman manchas blanquecinas, conocidas con el nombre de nebulosas. La vía láctea es una nebulosa inmensa; las estrellas están separadas de nosotros por distancias incalculables; por eso, aunque la luz que nos envían recorre más de 300.000 kilómetros por segundo, tarda en llegar a nosotros hasta tres o cuatro años, refiriéndonos, por supuesto, a las más próximas; Sirio tarda veintidós años. La ciencia supone que los rayos luminosos partidos de aquellos cuerpos en tiempos remotísimos con una velocidad de 100.000 leguas por segundo, acaban de llegar a nuestra vista.

Ante ese resumen científico, que tomo de un acreditado Diccionario francés, que por nadie puede ser recusado, véase ahora lo que se lee en el Génesis, cap. I., vers. 14-19:

Y dijo Dios: Sean lumbreras en la expansión de los cielos para apartar el día y la noche; y sean por señales para las estaciones, días y años. Y sean por lumbreras en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra, y fue así. E hizo Dios las dos grandes lumbreras: la mayor para que señorease el día, y la menor para que señorease la noche; hizo también las estrellas. Y púsolas Dios en la expansión de los cielos para alumbrar sobre la tierra; y para señorear en el día y en la noche y para apartar la luz de las tinieblas y vio Dios que era bueno. Y fue la tarde y la mañana del día cuarto.

La simple comparación de ambas citas basta para evidenciar la ignorancia del autor místico; pero los creyentes todo lo allanan para que los

absurdos de la supuesta revelación no tropiecen con el buen sentido. Así, para que no choque aquello del Génesis, I, 3-5: «Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz. Y vio Dios que la luz era buena; y apartó Dios la luz de las tinieblas. Y llamó Dios a la luz día y a las tinieblas llamó noche; y fue la tarde y la mañana un día», creando la luz antes que las lumbreras que habían de producirla, de lo que se cuidó tres días después, viene un sabio creyente y dice:

Moisés distinguió dos clases de luz: la una puesta en movimiento desde la primera época, y que no es más que el resultado de ciertas vibraciones impresas a la materia misma [...]; la otra, cuya aparición tuvo lugar a la cuarta época, y que emana de los cuerpos luminosos esparcidos en el firmamento del cielo. (Marcel de Serres, Cosmogonía de Moisés.)

Aparte de que no es muy comprensible eso de las vibraciones luminosas de la materia que iluminan durante el día solamente, y que exista el día y la noche antes de que haya sol que ilumine y movimiento y rotación que alterne la luz con las tinieblas, substituye el sabio citado la palabra *día* con *época*, recurso empleado, contra la severidad del texto bíblico, como concesión humillante que el misticismo hace a la ciencia.

Donde la discordancia entre la religión y la ciencia llega a su colmo es, cuando Jesús, profetizando el fin del mundo, según Mateo, XXIV, 29, dice estas palabras:

Y luego, después de la aflicción de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su lumbre, y las estrellas caerán del cielo...

¿Caerán las estrellas? ¿Y esto lo dice un Dios creador del Universo? ¿Y se pretende que la ciencia acate tamaño desatino? Para que el lector juzgue por sí propio, teniendo en cuenta la pequeñez de nuestro planeta, comparada con la grandiosidad de todo lo que nos rodea, apelo a nociones científicas, no de un sabio racionalista, sino de un obispo, monseñor Bougeaud, obispo de Laval, quién en su obra *El cristianismo y los tiempos presentes*, se expresa en los siguientes términos:

A simple vista se ven sobre el horizonte de París 4.146 estrellas. Pero aquí está el telescopio; y ¿sabéis cuántas se ven actualmente? Solamente en un extremo de la constelación de Géminis, en la cual el ojo mas perspicaz no ve sino seis estrellas una buena lente hace ver más de 3.000 hacinadas. ¿Qué sucederá, pues, con respecto a la inmensidad de los cielos? ¿Qué será, aun tratándose de esa pequeña mancha blanquecina llamada nuestro sistema sideral? Véanse, acerca de este punto, los cálculos más precisos de la ciencia. Arago, Lalande, Delambre y Francœur, admiten un numero total de unos 75 millones de estrellas visibles. Y, no se olvide, esos 75 millones de soles y de estrellas no forman sino uno de los grupos de la vía láctea, y vistos desde cierta distancia, aparecerían tan solo como una mancha pálida y blanca, como un borbotón de espuma en la inmensidad.

Pero la ciencia no se limita a contar los astros, sino que los pesa. Esos 75 millones de astros no son 75 millones de clavos de oro en una tapicería azul. Se sabe exactamente cuánto es su peso. Supongamos que existiese una balanza suficientemente grande para contener en sus platillos los globos celestes; he aquí los resultados adonde llegaríamos. Se vería que Saturno pesa 100 y Júpiter 338 veces más que la Tierra. En cuanto al Sol, es 1.400.000 más voluminoso que ella, y como Sirio es a su vez 12 veces mayor que el Sol, Sirio resulta 16 millones de veces más voluminoso que la Tierra. Sí, ese clavo brillante que por las tardes vemos brillar en el cielo, es 16 millones de veces mayor que la Tierra.*

Júzguese por lo dicho, de las distancias y de la inmensidad de los espacios necesarios para que puedan moverse tales masas.

Para llegar desde el Sol a la Tierra necesitaría un tren expreso, corriendo 50 kilómetros por hora, 347 años. Pues bien; esta asombrosa distancia la luz la recorre en ocho minutos y medio. Calcúlese ahora, sobre esta base, la profundidad extraordinaria del lecho estelar. Pues esa luz, que corre 75.000 leguas por segundo, que llega desde el Sol en ocho minutos, ¿sabéis que tiempo necesitaría para llegar desde el Alfa del Centauro? Tres años y ocho meses. ¿Y desde Vega? Doce años y medio. ¿Y de la estrella polar?

* La intención un tanto sarcástica de las frases de cursiva se dirige a ridiculizar la ignorancia del vulgo y también la del autor del Génesis, Moisés, y la de los evangelistas Mateo y Lucas, que ponen en boca del dios-hombre la amenaza de que caerán sobre la Tierra los tales clavos.

Treinta y un años. ¿De la Cabra? Setenta y dos. Es verdad que la estrella polar se halla a 18.000 millones de leguas de la Tierra, y la Cabra a 162 trillones de leguas; finalmente, de Alción, la más brillante de las Pléyades, quinientos años.

Pero nótese bien que la profundidad del cielo no se detiene en el grupo de las Pléyades, las cuales pertenecen por el contrario a estos lechos superficiales. Así Herschell cree que un rayo que parta de una de sus constelaciones telescópicas de que se compone la vía láctea, tardaría dos millones de años en llegar a nosotros.

La investigación científica, ¿se detendrá por lo menos ahí? No. Llega hasta esas nebulosas que existen en los confines del mundo estelar. Pero entonces la distancia resulta de tal modo que confunde la mente. A pesar de su asombrosa rapidez —dice M. de Humboldt— la luz tarda dos millones de años en salvar la distancia inconmensurable que nos separa de esos astros. La luz del Sol tarda en llegar a nosotros ocho minutos y medio; en un décimo de segundo da la vuelta al globo, ¡y en el caso apuntado necesita dos millones de años!

Y todavía no hemos concluido. La más asombrosa de las invenciones humanas, doblemente sublime, no tan sólo por la magnitud de sus resultados, sino también porque en tal descubrimiento no medió el telescopio ni instrumento alguno, sino únicamente el genio del hombre, es la ley del movimiento de los cielos. En esos espacios inmensos nada hay que se halle inmóvil; todo está en movimiento. Esos millones de astros flotan todos en igual sentido, y guardando un orden regular a distancias determinadas, describiendo todos ellos el más bello de los movimientos, girando sobre sí mismos uno en torno de otros, a la manera de los antiguos coros. ¿Y que diremos de lo suave y armónico de esos movimientos? ¿Y qué principalmente de su velocidad? La Tierra gira en torno del Sol con una velocidad de siete leguas por segundo, de 420 leguas por minuto, de 25.200 leguas por hora, de 600.000 leguas por día. Mercurio, todavía más rápido, gira con una velocidad de más de un millón de leguas por día. Y durante ese tiempo el Sol, con su séquito de planetas, describe en rededor de algún centro desconocido una curva cuyo radio es tan prolongado que aquélla parece rectilínea, y con un movimiento majestuoso y más suave, aun cuan-

do es de 10 kilómetros por segundo, de 36.000 por hora y de casi un millón por día.

¿Y sobre qué suelo se ejecutan estos movimientos, iba yo a decir vertiginosos, si no fuesen tan suaves como rápidos; cuál es, digo, el suelo sobre el cual se mueven esos millones de astros? Pues no lo hay. Se mueven en el vacío. Y no olvidemos su peso. El del Sol es de dos novillones de kilogramos; lo cual se expresa por medio del número 2 seguido de 30 ceros.

2.000.000.000.000.000.000.000.000.000. Y Sirio tiene una masa que pesa doce veces más. Y todo esto se mueve en el vacío con una velocidad, con respecto a la Tierra, de 600.000 leguas por día.

Cuando se admira tan majestuosa grandeza, no puede menos de considerarse como altamente ridícula la idea de supeditarla a la mezquindad de un sistema inventado por un hombre de los tiempos pasados en que los conocimientos no podían dar más de sí; y es además censurable en sumo grado elevarlo a dogma, oponiéndose a la verdad y queriendo reducir a la humanidad a la ignorancia, con fines de explotación y de tiranía.

Insisto. ¿Qué significación puede tener la palabra *caer* aplicada a las estrellas y atribuida a Cristo? La idea *caer* necesita complementarse con las de *arriba* y *abajo*, y éstas solo tienen aplicación al limitado espacio que ocupa la Tierra y su esfera de atracción; fuera de ella no hay alto ni bajo, principio ni fin, exterior ni interior, no hay más que el infinito. Además, sin atracción no se cae como lo demostró Newton inspirado por su genio poderoso y la caída de la célebre manzana a que se debe el descubrimiento de la ley de la gravitación universal. ¿Y qué poder de atracción ha de tener este minúsculo globo que habitamos para que caigan sobre él, como si fueran melones colgados del techo, aquellos otros globos muchos millones de veces más grandes que él y que se hallan situados a muchos millones de millones de kilómetros de distancia? ¿Y qué verbo divino es ese que pasa por expresión de la verdad absoluta y dice lo que no puede suceder y no sucederá, que *las estrellas caerán*?

Un día Donoso Cortés, queriendo dar gallarda muestra de su talento y manifestarse digno del honor de ser admitido en la Real Academia Española, dijo:

En la Biblia están escritos los anales del cielo, de la tierra y del género humano; en ella, como en la divinidad misma, se contiene lo que es, lo que fue y lo que será; en su primera página se cuenta el principio de los tiempos y el de las cosas, y en su última página el fin de las cosas y de los tiempos. Comienza con el Génesis, que es un idilio, y acaba con el Apocalipsis de San Juan, que es un himno fúnebre. El Génesis es bello como la primera brisa que refrescó a los mundos; como la primera aurora que se levantó en el cielo; como la primera flor que brotó en los campos; como la primera palabra amorosa que pronunciaron los hombres; como el primer sol que apareció en el Oriente. El Apocalipsis de San Juan es triste como la última palpación de la naturaleza; como el último rayo de luz; como la última mirada de un moribundo. Y entre este himno fúnebre y aquel idilio se ven pasar unas en pos de otras a la vista de Dios todas las generaciones, y unos en pos de otros todos los pueblos.

Pues todo eso es pura imaginación, si se dice de buena fe, y es una iniquidad si se aplica al único objeto para que sirve, que es contener las reivindicaciones de los desheredados. La ciencia nueva y verdadera; la que no crea autoridades celestiales que justifiquen categorías superiores de representantes privilegiados en la sociedad; la que se funda en la universalidad del conocimiento y tiene como consecuencia la igualdad entre todos los conocedores, esa reduce los mitos a la categoría de recuerdos históricos y se manifiesta grande, esplendorosa y sublime, siendo como auxiliar y complemento de la justicia que da a todos y a cada uno el lugar y las satisfacciones que les corresponden en la sociedad humana junto con la estimación de la propia dignidad.

Insultan, pues, a la ciencia y ofenden a la justicia los que a todo trance quieren que la verdad nuevamente descubierta se armonice con el error decrépito y culpable de todas las abominaciones históricas.

La Revista Blanca (Madrid), IV, 66 (15 marzo 1901), 564-569.

Sobre la mujer



La mujer

I. La mujer en la ley

En la legislación vigente en España se halla expresado el derecho de la mujer en los siguientes términos: «La mujer está obligada a *obedecer* al marido».

Según el artículo 57 del Código Civil, «el marido debe proteger a la mujer y ésta obedecer al marido», cuya disposición concuerda con el artículo 603 del Código Penal, que castiga con la pena de cinco a quince días de arresto a los maridos «que maltratasen a sus mujeres y a las mujeres *desobedientes* a sus maridos que les maltratasen de obra o de palabra».

Por el artículo 58 del Código Civil, «la mujer está obligada a seguir a su marido dondequiera que fije su residencia. Los tribunales, sin embargo, podrán, con causa justa, eximirla de esta obligación, cuando el marido traslade su residencia a ultramar o extranjero», y, naturalmente, considerado el hombre como superior y protector y la mujer como inferior sumisa, no puede haber otro artículo que afirme recíprocamente una obligación contraria. Un señor puede viajar llevando la sierva que le sirva, pero no se concibe que la sierva viaje por derecho propio llevando el señor que la tiranice.

Si la mujer es propietaria de una finca y en los capítulos matrimoniales no se expresa que ella es la administradora, «el marido es el administrador de los bienes de la sociedad conyugal».

Tan importante es la omisión mencionada en que puede incurrir la mujer propietaria, que puede ocurrir el caso de que el marido sea menor de dieciocho años, y entonces intervienen en el asunto el suegro, la suegra, si es viuda, o el tutor, si tampoco hay suegra, y sin el consentimiento de una de esas personas no puede el marido tomar dinero a préstamo ni gravar ni enajenar los bienes raíces, y a todo esto, la mujer, por más propietaria que sea, como si no existiera.

De modo que si la mujer va al matrimonio por amor y descuida ciertas precauciones de interés, el marido, que puede ser un tronera, si es mayor de edad, pasada la luna de miel cobra las rentas y dispone de ellas a su

voluntad, quedando la pobre mujer esclava y víctima de su misma fortuna. Ser rica y enamorada, y hallarse envuelta en tan horrenda realidad... ¡Qué hermosa perspectiva!

No puede la mujer, sin licencia o poder de su marido, adquirir por título oneroso ni lucrativo; ni enajenar sus bienes; ni obligarse, sino en ciertos casos y con limitaciones legales; ni entablar pleitos; ni comprar joyas, muebles y objetos preciosos, pudiendo aquél, en el caso de haberse realizado una compra, deshacerla y embolsarse su importe, aunque ese dinero pertenezca al peculio particular de la mujer; ni, aunque sea sabia y escriba un libro, publicarlo, si al marido, que puede ser un gazzápiro, no le parece bien. Por donde se llegan a reproducir en nuestra civilización, y tal vez en un palacio, escenas propias de las cavernas de la edad de piedra.

No puede la mujer pedir el divorcio fundada en el adulterio del marido, si éste se arregla de modo que no resulte escándalo público; pero el marido sí puede pedirlo aunque la mujer adultere sin escándalo.

El artículo 452 del Código Penal dice sin rodeos: «El marido que tuviere manceba dentro de la casa conyugal, o fuera de ella con escándalo, será castigado con la pena de prisión correccional en sus grados mínimo y medio», o sea de seis meses y un día a dos años y cuatro meses, o de dos años, cuatro meses y un día a cuatro años y dos meses. Pero si no hay escándalo... y como tampoco está bien definido y concreto qué es escándalo, siempre resulta favorecido el hombre.

Si la mujer encuentra al marido en relaciones íntimas y deshonestas con la criada, por ejemplo, tiene la esposa el derecho de despedir a la criada y reprender al marido; pero si se propasara a maltratarles sería castigada, teniendo sólo en cuenta la circunstancia atenuante del arrebato.

En cambio véase lo que dispone el artículo 438: «El marido que, sorprendiendo en adulterio a su mujer, matase en el acto a ésta o al adúltero, o les causare lesiones graves, será castigado con la pena de destierro. Si les causare lesiones de otra clase, quedará exento de pena»¹.

1. Téngase en cuenta que Lorenzo comenta aquí el Código Penal que ha regido en España hasta no hace mucho: abril de 1931. Luego las Cortes Constituyentes de la República, al promulgar la Ley del Divorcio corrigieron tamaña injusticia, sin que ello quiera decir, claro está, que se haya colocado a la mujer en el puesto de consideración y mucho menos de igualdad que le corresponde (Nota del E).

Tal es en su expresión más sencilla y clara el abismo de desigualdad y de injusticia que entre el hombre y la mujer establecieron los legisladores que fundaron esta civilización en que vivimos, análogo al que produjo la división de pobres y ricos, que hemos estudiado en otro lugar, y cuyas consecuencias son, tras siglos y siglos de existencia y de arraigo atávico, una muralla altísima opuesta al progreso y una espesa nube que ofusca las inteligencias, viéndose por ello la humanidad forzada a sufrir y retardar indefinidamente el día glorioso de su liberación.

La mujer en la filosofía

Como es natural, semejante situación no ha de ser definitiva ni eterna, y el pensamiento ha investigado, juzgado y criticado con diferentes criterios, según las épocas y las doctrinas dominantes, y deseando dar un concepto lo más preciso posible del derecho de la mujer, como parte integrante del pueblo, con cuyo concurso ha de contarse imprescindiblemente para la gran obra de la realización del ideal, como sujeto y objeto que es la mujer al igual que el hombre de la sociología, expongo en este trabajo ideas propias y adaptadas que contribuyan a la realización de un fin que tengo por noble y grande.

He aquí diversas opiniones de antropólogos de gran reputación acerca de la mujer.

Para Lombroso, la mujer es mucho menos delincuente que el hombre, y la mujer delincuente presenta muchas menos anomalías que el hombre criminal.

Según Tarde, las mujeres son cuatro veces menos inclinadas al delito que los hombres, y como consecuencia puede decirse que son cuatro veces más inclinadas al bien.

Tocqueville ha dicho:

Si se me preguntara a qué atribuyo principalmente la prosperidad inmensa y la fuerza siempre creciente del pueblo norteamericano, sin vacilar respondería que a la superioridad de sus mujeres.

Pascal Duprat cree que el fracaso de nuestras más generosas revoluciones y la lentitud de nuestro progreso político se debe a que nuestras madres, nuestras hermanas y nuestras hijas, nuestras compañeras sobre todo, no participan de los sentimientos y de las ideas que han provocado esos grandes movimientos. He ahí la causa principal de tantos fracasos políticos: hemos dejado a la mujer en la superstición y en la ignorancia.

En concepto de Bordier, la mujer, que es nuestra compañera, no es nuestra colaboradora, no es la mitad activa del género humano. Al revés, y como consecuencia de ese error de la educación femenina, en vez de ayudarnos a avanzar, emplea todas sus energías en dificultar nuestra marcha. ¡Qué esfuerzo no se imprimiría a la civilización si la mujer colaborara en beneficio de las ideas modernas! Por eso lo que más importa, si se quiere que la educación influya de una manera decisiva en los destinos de un país —y quien dice de un país dice de la humanidad, generalizando la aplicación del procedimiento, constituyendo el medio social por excelencia—, es fijarse seriamente en la educación de la mujer. Esa es la gran obra del porvenir.

La igualdad de la mujer y el hombre ante la educación, a pesar de las diferencias sexuales, que no afectan esencialmente al saber ni al poder, se halla establecida por la enseñanza racionalista, y tiene en su apoyo, además de las razones de fisiología y de derecho, esta importantísima conveniencia señalada por Condorcet:

Cuando se instruye a un niño se prepara un hombre instruido, pero cuando se instruye una niña se elabora la instrucción de una familia.

Según resúmenes estadísticos, no puede admitirse que la mujer sea menos criminal que el hombre sólo por tener menor energía, porque la verdad es que la mujer aplica la suya al trabajo en una tercera parte y su criminalidad no alcanza a la sexta. Fundados en esos datos, Tarnovsky y Morselli afirman categóricamente que la mujer tiene los instintos morales más desarrollados que el hombre, y en ella domina el altruismo, del cual, cuando la mujer sea socialmente igual que el hombre, ha de venir el fin del militarismo y la completa pacificación del mundo. Los cuidados y la práctica de la maternidad, que preparan e interesan el ánimo en la defensa de los débi-

les y desenvuelven el sentimiento de piedad, son antiquísimos en la hembra y relativamente modernos en el varón.

Estas ideas han contribuido poderosamente al desarrollo del movimiento emancipador de la mujer, no tanto por lo que en sí tienen de justificante y estimulante, como por el demoledor contraste que ofrecen con las doctrinas de los definidores de los dogmas anticuados y caducos, que han llegado a nuestros días en estado de descomposición y ruina.

La mujer en la religión

En efecto, he aquí lo que fray Luis de León pide a la mujer en *La perfecta casada*:

Por más áspero y de fieras condiciones que el marido sea, es necesario que la mujer lo soporte, y que no consienta por ninguna ocasión que se divida la paz. ¡Oh! ¡Que es un verdugo!, ¡pero es tu marido! ¡Es un beodo!, ¡pero el nudo matrimonial lo hizo contigo uno! ¡Un áspero, un desapacible!, ¡pero miembro tuyo ya, y miembro el más principal!

He aquí como botón de muestra, según citas no desmentidas que corren por periódicos y revistas, la opinión de dos Padres de la Iglesia.

Según San Buenaventura, «la mujer es un escorpión pronto siempre a picar: es la lanza del demonio».

Para San Gregorio, «una mujer buena es más rara que un cuervo blanco: la mujer tiene el veneno de un áspid y la malicia de un dragón».

En términos parecidos y excesivamente groseros se expresan muchos otros santos varones, cuyas efigies se veneran en los templos católicos y reciben aún idolátrica veneración por parte de muchas mujeres y hombres ignorantes.

A pesar de tener tan pésimo concepto de la mujer y de afirmar que no existe una sola buena, el catálogo de las santas es grandísimo; baste recordar que, acompañando a un santo a quien sin duda por imposición de las circunstancias se le pone el nombre en aumentativo, San Hilarión, se canonizaron de un golpe once mil vírgenes.

Los católicos no brillaron jamás por la lógica.

El adulterio

Letorneau, hablando del adulterio en el pasado y en el porvenir, expone los siguientes interesantísimos datos indispensables al estudio del derecho y de las reivindicaciones de la mujer:

Como todas nuestras investigaciones etnográficas, ésta, haciéndonos pasar del salvajismo a la barbarie, de la barbarie a la civilización, afirma la ley del progreso. Demuestra que el adulterio fue en un principio castigado como un robo, pero un robo execrable, castigado principalmente en la mujer, considerada como una propiedad en rebeldía. Para ella sola era obligatoria la fidelidad; el marido adúltero solo era castigado, cuando se le castigaba, como culpable de haber abusado de la Propiedad de otro hombre, no por haber faltado a la fe conyugal. Poco a poco, sin embargo, la equidad fue adquiriendo ciertos derechos al mismo tiempo que se humanizaban las costumbres; el matrimonio fue perdiendo el carácter que tenía para la mujer de «contrato de servidumbre», y a pesar del retroceso causado por el cristianismo, el progreso adquiere su fuerza y ya se entrevé el tiempo en que el matrimonio, instituido sobre bases más racionales y justas, haga desaparecer, o poco menos, de nuestras costumbres el adulterio.

Ciertamente ese tiempo es todavía lejano: de tal modo se halla impregnada nuestra conciencia de la moral rancia, que nuestra opinión pública y nuestros jurados absuelven fácilmente al marido asesino de su mujer adúltera, a la vez que se muestran muy indulgentes para los extravíos extraconyugales del tremendo y cruel justiciero. El concepto de que la mujer es una propiedad servil perteneciente al marido continúa existiendo en muchas cabezas; pero irá desapareciendo, y el contrato matrimonial acabará por ser un contrato como otro cualquiera, libremente aceptado, libremente conservado, libremente disuelto, y llegado este caso, donde toda imposición y coerción desaparece, el engaño se convierte en una indigna felonía, sin razón de existir, y cuando existiera sería como una excepción rarísima. Tal será, según toda probabilidad, la opinión de una humanidad futura más elevada

moralmente que la nuestra, y quizá no será más indulgente que lo somos en el día con el adulterio disimulado por lo que tiene de engaño vil, pero en cambio, no excusará al marido asesino.

Desarrollando la indicación hecha acerca del gran adelanto en que se halla la mujer norteamericana, y para que sirva de término de comparación con el atraso de la mujer española, incluyo la siguiente noticia acerca de los clubes femeninos:

La mujer norteamericana

La gran cultura de la mujer en los Estados Unidos la llevó a crear la asociación femenina, libre de toda influencia masculina, donde pudiera consagrarse al desarrollo de su mentalidad. De ahí la creación de clubes femeninos dedicados al cultivo de las ciencias, de las artes y de la propaganda de la emancipación de la mujer, existentes lo mismo en las grandes ciudades que en las poblaciones de menor importancia.

Hace algunos años —porque la presente información ya ha envejecido algo y carezco de datos respecto de los progresos recientes— se celebró un congreso de clubes femeninos en Chicago, con representación de delegadas de 192 Sociedades, formadas por más de veinte mil asociadas. Creerán los que rutinariamente se burlan en Europa de la capacidad intelectual de la mujer que ahí reinaría el barullo, la confusión y el desorden, semejando el acto un congreso de parleras cotorras: pues no sucedió así, sino que en todo dominó el orden y el método más admirable, y los temas tratados, después de la lectura de informes, que se hicieron por Estados geográficos, se discutieron con lógica y concisión con arreglo a las más prudentes prácticas parlamentarias. En aquel senado las faldas tenían la severidad de togas, patentizando la elevación intelectual y moral de la mujer.

Es de notar que en esas asociaciones femeninas y en esa obra de emancipación no forman parte única, aunque sí la principal, las graves matronas de cuarenta años, masculinizadas por el rozamiento con las realidades de la vida y conocedoras, acaso por experiencia personal y comparativa con sus respectivos maridos, de lo poco o nada, o menos que nada, que aven-

taja el hombre a la mujer en poder intelectual en aquel país; en el movimiento femenino y en sus clubes figuran, y no son las menos entusiastas, señoritas y niñas todavía que laboran con actividad y conciencia para derrocar el exclusivismo masculino.

Para el triunfo de ese ideal mucho han de contribuir y ya contribuyen esos clubes de mujeres, en los cuales se amaestra el entendimiento, se aprende a pensar con lógica y a discutir con método, y en resumen se prepara a la mujer para que pueda disfrutar ampliamente de sus derechos naturales y sociales, desconocidos por la ignorancia y el egoísmo, amparados, como tras vetusta fortaleza, por esas instituciones arcaicas que convirtieron la injusticia en ley y permanecen como obstáculos constantes que obstruyen la vía del Progreso.

Ridícula preocupación

Cuando se presentaron en Europa las primeras mujeres solicitando su admisión al estudio del Derecho o de la Medicina, surgió un movimiento masculino de sorpresa y de protesta: «¡Una mujer defendiendo a una acusada o curando una enferma! ¡Que absurdo!», decían.

Se comprende que un hombre venda encajes y cintas, pero es inadmisibles que una mujer defienda el derecho de una abandonada por un seductor y que la asista en las enfermedades de la maternidad: así anda la lógica por el mundo del privilegio.

La insigne escritora Concepción Arenal resumió esta lógica con terrible ironía y severa crítica en estas palabras:

Una mujer puede llegar a la más alta dignidad que se concibe: puede ser madre de Dios; descendiendo mucho, pero todavía muy alta, puede ser mártir y santa..., y el hombre que la venera en el altar y la implora, la cree indigna de llenar las funciones del sacerdocio... ¿qué decimos del sacerdocio? Atrevimiento sería que en el templo osara aspirar a la categoría del último sacristán. La lógica sería aquí escándalo e impiedad.

Si del orden religioso pasamos al civil, las contradicciones, no son de menos bulto. ¿Cómo la mujer ha de ser empleada en Aduanas o en la Deu-

da, desempeñar un destino en Fomento o en Gobernación? Sólo pensarlo da risa. Pero una mujer puede ser jefe del Estado. En el mundo oficial se le concede aptitud para reina y para estanquera; que pretendiera ocupar los puestos intermedios, sería absurdo. No hay para qué encarecer lo bien parada que aquí sale la lógica.

Y no es que los que protestan contra el avance de las mujeres se opongan a que la mujer trabaje; nada que iguale a esas protestas han producido esos protestantes para censurar la posición que tantas infelices mujeres ocupan en las minas, en los campos, en las fábricas o en las miserables buhardillas con la aguja en la mano o ante la máquina de coser.

La mujer trabajó siempre

Recientes investigaciones históricas y prehistóricas demuestran que la mujer ha trabajado siempre. Antes de la existencia de toda agrupación humana, y por consiguiente de la familia, que apareció ya muy entrada la humanidad en la vida y después de la desintegración del clan y de la tribu, la mujer atendió por sí sola con su trabajo a su subsistencia y a la de sus hijos pequeños, dando origen al matriarcado, de que quedan vestigios en países y razas que caminan rezagadas en la vía del Progreso.

Las mujeres se dedicaron y tal vez fundaron la agricultura, mientras los hombres se dedicaban a la pesca, a la caza o a la guerra y poco a poco fue esclavizada por las primeras agrupaciones, y últimamente llegó a ser la esclava del hombre en la poligamia y en la monogamia.

Esclava de un hombre que, sin consultarle sus sentimientos, muchas veces era el vencedor de un rival sacrificado en su presencia, embellecía y hacía agradable la cabaña, dedicándose en ella a aquellos trabajos más necesarios que, desarrollados después, han llegado a la gran industria, la cual, si en un principio la retenía en su vivienda, hoy la saca de ella para encerrarla en la fábrica y someterla a la explotación capitalista.

II. Intelectualidad de la mujer

Destruída la leyenda de la debilidad de la mujer y de la incapacidad para el trabajo, la historia desvanece igualmente la de su inferioridad intelectual, ya que, a pesar de habersele negado sistemáticamente la instrucción, de la existencia en todo tiempo de tantas preocupaciones sobre este asunto y hasta del sangriento ridículo con que se ha perseguido a la pobre mujer que se acercaba a las fuentes de la ciencia, pueden citarse innumerables ejemplos de mujeres que han brillado en todos los ramos del saber, y para no poner aquí una lista de nombres que, por poco generalizados por el exclusivismo masculino, causarían poco efecto en la mente del lector, me limito a repetir lo que he dicho en otra ocasión:

«Mad. Roland bastaría por sí sola para borrar la mancha de incapacidad injustamente atribuida a la mujer», y a repetir esta afirmación de la señora Sanjuán y Martínez: «Nada está negado a la mujer: ella ha manejado con encanto la lira de Apolo, con heroísmo la espada de Marte, con superior sabiduría la ciencia de Minerva, con perfección el cincel de Fidias y con asombro el pincel de Apeles».

Paréceme oportuno e interesante el siguiente dato: no hace muchos años murió en Washington la señorita Ella Carrol, hija del difunto gobernador del Maryland, Thomas King Carrol. Era una dama de educación esmerada, distinguida escritora, y sobre todo tan entendida en el arte de la guerra, que formó el proyecto y trazó el plan de la campaña del Tenesee que con la toma de Vicksburgo abrió el paso de la América del Sur a los ejércitos de Sherman.

El hecho se supo al final de la guerra de Secesión, y se tuvo por increíble, hasta que lo confirmó solemnemente el presidente Lincoln.

El tiempo pasa, el mundo marcha y el progreso se impone, a pesar de los más lentos y torpes tardígrados, y el feminismo ha ganado ya brillantes triunfos. De tal manera se impone la justicia en punto a la emancipación de la mujer, que es grande el número de las que, saltando sobre leyes y preocupaciones, han asaltado la misma ciudadela del privilegio, la Univer-

sidad, convirtiéndose las más osadas en privilegiadas, en virtud del grado de doctor, noble y valerosamente obtenido, que no puede compartir con su marido, pobre hombre que queda reducido al papel de inferior e ignorante aunque conserve el poder de matar a su mujer en un arrebato de celos, de privarla que haga uso de su sabiduría y de tenerla sometida a constante protección y obediencia.

Juzgo conveniente aquí esta cita de la doctora Aleu, tomada de su tesis del doctorado:

La organización masculina y la femenina no se distinguen en los primeros tiempos de la vida intrauterina, ni en la niñez se ven diferencias entre niños y niñas en punto a la capacidad de sus facultades. Estas diferencias se marcan precisamente cuando viene a modificar las respectivas aptitudes la instrucción, tan distinta en uno y otro sexo. Hágase si no la prueba: póngase al niño y a la niña en las mismas condiciones, tanto de instrucción como de educación, tanto del medio como de los alimentos, tanto de los hábitos como de las preocupaciones sociales, y encontraremos que unas saldrán buenas y otras resultarán inútiles; lo mismo que pasa con los hombres. Las habrá que alcanzarán poco provecho con todos sus esfuerzos; en cambio las habrá que con menos trabajo lograrán hacerse notables.

Confirma la afirmación de la doctora Aleu la teoría y la práctica de la enseñanza racional, instaurada por la Escuela Moderna de Barcelona, objeto de las iras clericales por su significación y alcance emancipador.

Además, contra todo lo sostenido por las leyes, las costumbres, el vulgo ignorante y aun la vulgaridad de los sabios, los experimentos científicos comparativos del cerebro del hombre y de la mujer, lo mismo de razas bárbaras o semibárbaras que de las naciones civilizadas, demuestran que no hay diferencia esencial entre ambos sexos, y las diferencias que se notan son única y exclusivamente resultado de las condiciones del medio en que uno y otro se hallan colocados. Los trabajos sobre el cerebro del hombre y de la mujer, efectuados por Broca y otros fisiólogos y antropólogos eminentes, no demuestran desigualdad esencial en la intelectualidad de los dos sexos; no son las dimensiones absolutas del cerebro, sino sus dimensiones relati-

vas y el desarrollo de sus circunvoluciones, lo que denotan su valor positivo. El cerebro del parisién es menos pesado que el del polinesio, ¿y quién osará sostener la superioridad intelectual de éste sobre la de aquél? Y a este propósito recojo un dato que casualmente llega a mis manos, y que suscita dudas sobre el valor de ciertas observaciones. El profesor Bischoff, catedrático de la Universidad de San Petersburgo, era encarnizado enemigo de la emancipación de la mujer, y sostenía que su cerebro era físicamente incapaz para el estudio de las ciencias, fundándose en que el término medio del cerebro femenino era de 1.250 gramos, 100 gramos menos que el del hombre. Para confirmar su teoría dispuso en su testamento que a su muerte se le extrajese y pesase la masa encefálica, seguro de que había de sobrepujar al término medio de 1.350 gramos. Se cumplió su voluntad, y se halló con gran sorpresa que los sesos de aquel sabio pesaban cinco gramos menos que los de cualquier mujer literata.

La prostitución

Hablemos de la prostitución.

La prostitución, y damos a esta palabra la acepción vulgar, no es debida a causas individuales, como suelen decir muchos moralistas de vida fácil y que con mucha menos causa que la generalidad de las más desgraciadas prostitutas hubieran caído en el abismo; la prostitución es un mal social, como lo fueron la esclavitud, la servidumbre y como lo es actualmente el salariado; resulta fatalmente de la organización de nuestra sociedad, dominada por el privilegio fundado sobre la usurpación del patrimonio universal. Lo prueba la idea que manifiestan los mismos reaccionarios o estacionarios burgueses, diciendo que la prostitución es una garantía de la castidad y del honor de las mujeres en general. Es además, según Letorneau, una supervivencia de las edades pasadas.

A este propósito dice el doctor Regnault en su libro *La evolución de la prostitución*:

El rufián, como la prostituta, el alcohólico y el tuberculoso, son frutos de un estado social perverso. Mejórense las habitaciones obreras; dénselas aire

y luz; disminúyase la duración del trabajo, tan excesiva en muchas industrias; instrúyase al obrero, mejor aún, eduquesele, y al mismo tiempo que desaparecerán la miseria física y moral, desaparecerán sus consecuencias, el rufián y la prostituta, y con ellos esas enfermedades venéreas que infectan los gérmenes de la vida humana.

Conformes en la exposición del hecho; pero ¿quién aplicará el remedio? Lo cierto es que lo que gana la mujer obrera en París, en Londres y en todas las grandes capitales, no le basta para vivir honradamente, y la burguesía, lejos de sentir impulsos altruistas sobre este asunto, cuenta con ello para realizar la ganancia que le da vida, hasta el punto de haberlo públicamente declarado un burgués parisién en nombre de la clase, contestando a las reclamaciones de las obreras, en ocasión de pedir aumento de jornal, con estas infames palabras: «Si con lo que ganáis de día no tenéis suficiente, sois libres por las noches de buscaros un suplemento».

Además, hay que entenderse sobre el significado de la palabra *prostitución*. Gayau dice a este propósito:

Es natural que entre ciertas gentes las mujeres gusten poco de ser madres; es, en efecto, el único trabajo que les queda que realizar, y esta última tarea les es tanto más pesada cuanto que la fortuna las ha librado de todas las otras. No han de criar a sus hijos, el seno de la nodriza mercenaria les reemplaza; no han de pensar en educar ni en instruir, para eso hay colegios y profesores; pero nadie puede parir en su lugar, y en medio de su vida de frivolidad, sólo ese acto han de cumplir, y protestan, naturalmente. La ambición de las mujeres del gran mundo consiste muchas veces en copiar las costumbres de las mujeres del demi-monde, contra cuya concurrencia han de luchar, y es regular que las imiten en eso como en otras muchas cosas, y que entre el matrimonio y la prostitución exista esta nueva semejanza: la infecundidad.

Para Max Nordau sólo hay dos clases de relaciones entre el hombre y la mujer: o bien se fundan en la atracción recíproca y tiene por objeto consciente e inconsciente la reproducción, o sólo se proponen la satisfacción del

egoísmo bajo cualquier forma; las primeras son justificadas y morales, las otras forman la gran categoría de la prostitución.

La criatura depravada que se ofrece al transeúnte por una moneda, se prostituye; el joven que galantea a una vieja verde mediante su cuenta y razón, se prostituye también, y la misma vileza cometen el que sin amor corteja a una rica heredera, el entretenido por su querida y la casta doncella que da su mano ante el altar al individuo que le ofrece una brillante posición, con la circunstancia agravante en este último caso de que la madre suele ser la arregladora de la boda haciendo las veces de repugnante proxeneta.

Toda alianza contratada entre un hombre y una mujer con objeto de satisfacer miras egoístas es pura prostitución, tanto si ha sido autorizada por un cura o un funcionario civil, como si en el acto ha mediado una celestina. El resultado de tales uniones es la procreación de seres degenerados, poco aptos para la vida física y faltos absolutamente de toda aptitud para las grandes aspiraciones de la vida moral.

Como se ve, hay que andar con cuidado acerca del significado de la palabra *prostitución*, que, según un diccionario que tengo a la vista, es «acción y efecto de prostituir; uso vil y criminal que se hace de una cosa», y por tanto, lo mismo puede haber mujeres prostitutas que hombres prostituidos, y aun más de éstos, ya que por el predominio masculino es enorme el número de los «que hacen uso vil y criminal de las cosas». Piense el lector, si quiere desarrollar el tema, en el uso que se hace del patrimonio universal, de la riqueza social, de las creencias, de la autoridad, del producto del trabajo, tanto por parte de los que de esas cosas se benefician, como por la de aquellos que a consecuencia de tales beneficios sufren opresión y tiranía.

Y en cuanto a la palabra *prostituta* o *ramera* aplicada a la «mujer que comercia con su cuerpo, entregada por interés al vicio de la sensualidad», como dice el diccionario, no arrojen la primera piedra de su desprecio la mayoría de los hombres que ofrecen a la prostitución las primicias de la virilidad, ni el hombre maduro y respetable por su posición que alterna entre el hogar y el gabinete de la entretenida, ni tantos y tantos padres de familia de todas las clases sociales que terminan sus francachelas en las casas de la deshonor, ni la pura doncella ni la casta matrona burguesas, que

practican la virtud fácil en medio de la comodidad y la abundancia, proporcionada por la explotación, el agio, la usura, el fraude y demás medios de acumular ganancia, discreta y legalmente empleados por su papá y su esposo. ¡Quién sabe lo que tan pudibundas mujeres harían el día que les faltase, no ya el pan y el albergue, sino la posibilidad de satisfacer algunos de sus muchos caprichos, convertidos en necesidades por la frivolidad de su manera de vivir!

Para exponer algunos datos positivos, recurro a una estadística de París que me viene a mano, en que sobre 5.183 mujeres inscritas en el registro, unas 4.000 tenían, no ya como excusa, sino como causa justificada, el horror a la muerte, el amor filial, el amor maternal, el amor fraternal, el amor a secas y hasta la caridad, todo revuelto en una confusión extraña de ideas y sentimientos debida a la ignorancia y a un conjunto desordenado e inverosímil de circunstancias imposible de desentrañar, del cual lo mejor que puede decir toda mujer que goza de la consideración de la honradez es felicitarse con alegría egoísta de no haber caído en él.

A este propósito escribió el doctor Giné y Partagás:

No tenemos por absolutamente incurable la prostitución; antes al contrario, creemos que tiene una terapéutica tan eficaz como radical. Mas lo que aquí conviene es no limitarse a la medicación del síntoma, esto es, a extinguir las mujeres públicas sin mejorar la crisis social que a la prostitución conduce; lo que importa es cumplir una verdadera indicación etiológica que destruya o a lo menos disminuya la intensidad de las causas pre-disponentes y ocasionales de esta enfermedad. Pero ¿es esto posible? No, con los groseros medios hasta el presente empleados; sí, con otros de acción más directa, más radical y moralizadora: todo consiste en perfeccionar la educación higiénico-moral de la mujer y ennoblecerla por medio del trabajo. Désele a la mujer el derecho, decimos mal, la facultad de trabajar para su provecho propio, y aspirará a la propiedad, tendrá su derecho, será independiente, y como tal, ennoblecida y honrada. La prostitución será entonces sólo un vicio pegado a seres envilecidos por sus apetitos sensuales, y no la última ratio de la miseria y el abandono.

Ni por esas: el radicalismo burgués, en este caso como siempre que examina llagas sociales, recurre a la plegaria estéril e inútil: «Dése a la mujer el derecho». ¿Quién lo ha de dar? Cuando la mujer carece de recursos y trabaja para vivir, el patrón no le paga más por su trabajo, ni el tendero le da más baratos los artículos de consumo, ni el propietario le da habitación de balde, sino que todos de común acuerdo aprietan las clavijas que la oprimen, y cuando demacrada, desaliñada y de pobre y mísero aspecto anda por el mundo, ni siquiera obtiene del hombre la caballeresca cortesía que por educación rutinaria concede a la señora.

Aún hay para el vulgo *mujeres* y *señoras*. Vedlo en un tranvía completo: subirá una *mujer*, nadie se mueve; se presentará una *señora*, el hombre más inmediato, cualquiera, se siente caballero y le cede galantemente el puesto. No se dirá con verdad aquel antiguo refrán «el hábito no hace al monje», porque el mismo que ve a las mujeres que ama, madre, hermana, esposa e hija, vestidas de algodón o de lana, se humilla ante la seda, los encajes y el sombrero emplumado de la burguesa emperifollada. El germen de la desigualdad está muy arraigado y produce naturalmente absurdos e injusticias sensibles y trascendentales.

Además, ¿quién, sino el anarquista, que abarca en toda su grandeza el concepto de la humanidad justificada, piensa en el doloroso aspecto del problema social que presenta el estado de la mujer aislada, vieja, enferma o fea? ¡Esas infelices sí que son verdaderos desechos sociales que carecen de cubierto en el banquete de la vida!

Desechos se les llama, y lo son en realidad; pero así como la química industria recoge los desechos de todo género, extrae todas las sustancias aprovechables y las convierte en productos utilizables y presentables al mercado, la caridad católica —no la cristiana, que todavía contiene bellezas de solidaridad con su amor al prójimo— recoge aquellas pobres mujeres, las somete a la explotación, las obliga a hacer ruinosos competencias al trabajo asalariado, y producen oro, que atesoran numerosas comunidades religiosas dedicadas a la odiosa tarea de obstruir la vía del Progreso.

El amor

El hombre que ama a una mujer y recibe de ella correspondencia, se cree su propietario, la posee; pero si ella cesa de amar, reivindica su independencia y dispone de sí por una nueva inspiración amorosa, el amante decaído se siente robado, y en un arranque de rabia celosa, mata. Ya hemos visto lo que acerca de este punto dispone nuestra legislación; ahí está escrito con sangre el atávico artículo 438 de nuestro Código Penal, que parece inspirado por un legislador contemporáneo del hombre de las cavernas*.

¿Y a esa soberbia de propietario se llama amor? ¿Qué posee el hombre en la mujer? ¿Qué posee la mujer en el hombre? Recíprocamente se dan mucho amor cuando mutuamente se lo inspiran, y cesa la reciprocidad cuando cesa la mutualidad de la inspiración; porque el amor no es cuestión de lealtad ni de virtud, sino de sentimiento individual y de concordia dual, y es inútil cuanto digan en contra legisladores, moralistas, poetas, hipócritas y vulgo rutinario.

La muerte de Berthelot, sabio eminente cuyo cerebro supo condensar en una unidad científica verdades más o menos seculares diseminadas, hallándose en la plenitud de salud relativa a la avanzada edad de más de ochenta años, a la vista de su esposa que acababa de morir, ha inspirado estas consideraciones:

Si un hombre ha sido grande en la vida, si esta vida ha podido ser consagrada por completo a un ideal de ciencia o de arte, débese muy frecuentemente a que logró hallar una compañera abnegada y cariñosa que, en derredor de sus meditaciones y de sus ideales, creó la atmósfera de calma propicia al desarrollo de su genio; a que halló la mujer amante y protectora que separó de su lado los cuidados mezquinos, le estimuló al estudio y le recompensó con su amor; a que fue su consejera, en muchos casos su colaboradora y su guía, y quizá en un momento de decaimiento y vacilación quien le libró de hundirse en la sima mortal del escepticismo. ¿Quién sabe a costa de cuántas

* Remitimos al lector a la nota editorial de la página 95 (Nota del E.). Se trata de la nota 1 de este artículo (nota del compilador).

privaciones, de olvido de sí misma, de sacrificio de sus gustos y de sus inclinaciones, pudo el genio crecer como un árbol y extender esa frondosidad tutelar a cuya sombra las generaciones futuras gozarán de la inefable dicha de vivir en paz y en la plena y libre satisfacción de sus necesidades morales y materiales? ¿Quién puede apreciar la participación de esa colaboradora discreta en la obra que la fama atribuye solamente al hombre?

Rechacemos, sí, la propiedad en el amor; reconozcamos el amor como nuestro ser físico y moral lo concibe y lo siente; manifestémoslo y practiquémoslo libremente sin coerción ni coacción de ninguna especie; despojémonos de la idea retórica más que real que hace del amor una cadena, para no haber de pensar siquiera en romper cadenas de preocupaciones; pero hay que reconocerlo, y me complazco en trazar estas líneas en mi vejez achacosa, contemplando esta compañera y esta familia que me rodea; yo admiro el amor que, iniciado en la juventud y sentido con intensidad constante, llega a la ancianidad; de ese amor que ilumina y fecunda todos los momentos de la vida dando hermosos frutos de descendencia, de ciencia, de arte y de justicia, que a partir de esa pareja que forma núcleo, se extiende en bellas ondulaciones para beneficiar a las generaciones futuras, y que no puede mancillar la duda expresada por aquel autor que dijo: «Afortunadamente para la sinceridad del amor, Romeo y Julieta y los Amantes de Teruel murieron muy jóvenes».

Tengo por absolutamente cierto este aforismo de Haeckel:

El hombre y la mujer constituyen, en efecto, dos organismos esencialmente diferentes que no llegan a dar perfectamente la noción genérica de hombres sino completándose mutuamente.

Creo que esa verdad se cumple en todos los estados y manifestaciones del amor, pero sus efectos se facilitan y se acrecientan cuando con toda naturalidad y sin el menor asomo de violencia, se forman esas parejas felices, relativamente a nuestro estado social, que son tan frecuentes entre trabajadores, cuya felicidad sería perfecta si no hubiera de sufrir las asechanzas de la sociedad injusta, del privilegio dominante y tiránico.

III. La libertad del amor

Las ideas modernas acerca de las dos abstracciones denominadas la libertad y el amor, despojadas por la crítica racional de todo su bagaje rutinario y tradicional y llevadas por la lógica a su verdadero terreno, llegan a establecer para la mujer a lo menos toda la libertad que se concede el hombre a sí mismo, y apurando el asunto se va mucho más lejos.

Desprecian profundamente todo lo que respecto de las relaciones amorosas significa coerción y obligación; atribuyen a la mujer, antes y después del acto de unión, el derecho de pertenecerse, permaneciendo dueña física y moral única de su persona, contra todas las servidumbres carnales, morales, sociales y sentimentales de que se le ha cargado, que representan otras tantas cadenas, frecuentemente disfrazadas bajo la forma de adornos simbólicos, collares de perlas, pulseras y sortijas; que permiten darse libremente a quien le plazca y quiera tomarla, reservándose siempre su propiedad y su libertad para conceder sus favores a otro. El hecho de haber sufrido por un momento y con placer la seducción de un hombre no significa en manera alguna donación de su persona ni título de posesión para el hombre; no hay en ello más que el acto fisiológico, de importancia secundaria individual por mucha que sea su trascendencia social, que no entraña ni mucho menos la donación del ser en su grandeza total ni justifica la vergüenza que la vieja tradición del pecado original ha inculcado en los atrasados creyentes; en esa donación de su cuerpo no hay más que un préstamo efímero, un regalo superficial, algo no más importante que un cumplimiento o un apretón de manos.

La consecuencia para el raciocinio de un atávico y de un preocupado es el desenfreno del vicio, mas para la persona de recto juicio no tiene nunca la libertad semejante resultado. Además, ese concepto de la libertad, si no es adaptable a la mujer mentalmente atrofiada de nuestras días, lo es para la mujer futura: la libertad va acompañada de la conciencia y la dignidad, y una mujer ilustrada y libre, contenida como ha de hallarse por el respeto de sí misma, el conocimiento de la higiene y el propósito de la conservación de su salud, junto con la necesidad de la propagación de la especie, sólo puede aceptar el homenaje del hombre que al atractivo físico junte una

naturaleza generosa, amplitud de ideas, rasgos de sacrificio y de energía y una poderosa inteligencia.

Los hijos

Queda la cuestión de los hijos. Pero a esto, que es una objeción fundada en el error de considerar como inmejorable y eterna la sociedad presente, la sociología responde: en un régimen racional, el hijo debe criarse y educarse a cargo y a expensas de la Sociedad. La educación y desarrollo de la infancia, que interesa a todos, no son cosas que hayan de quedar reducidas a la estrechez de recursos materiales e intelectuales de la familia. No es, no puede ser la familia el órgano que ponga a disposición de la infancia los inmensos beneficios del patrimonio universal, porque el padre de familia, cortado por el patrón del derecho romano, con su despotismo y su derecho de propiedad, o imposibilitado por la vida jornalera, por bueno e instruido que sea, es una cosa ínfima ante la bondad y la ciencia que puede y debe ofrecer la Sociedad entera a la infancia por los órganos que con sublime arte pedagógico cree al efecto.

Bien se demuestra en la práctica de la misma Sociedad actual, sometiendo la enseñanza al cargo o a la vigilancia del Estado, aunque, como toda cosa autoritaria, sea esa enseñanza sencillamente antiprogresiva o estacionaria, cuando no regresiva.

Refuézase la demostración con la necesidad que ha inspirado la fundación de la enseñanza racional, destinada a desvanecer todos los absurdos tradicionales, a contrariar y destruir los atavismos y a equilibrar las creencias con los conocimientos, o por mejor decir, a poner los conocimientos, la verdad demostrada como fundamento de las creencias, como lo demostraron anteriormente pedagogos tan insignes como Froebel y Pestalozzi, que dieron a la instrucción primaria y a la educación la extensión requerida, incompatible en absoluto con los medios paternos, a la vez que con los sistemas de enseñanza místico-dogmática.

Este importante asunto no puede dejarse pendiente al tratar de la mujer; pero antes de fijar la vista en el ideal inspirado en la razón y en la ciencia, veamos algunos hechos sociales de actualidad, que desgraciadamente

pueden generalizarse hasta tomarlos como característicos de lo que nuestra civilización da de sí respecto de la infancia.

Considérese la mujer desamparada: en ella, su hijo, desde el momento mismo de la concepción, desde aquel instante preciso en que las fuerzas vitales inician una vida más, que debiera tomarse como un acrecentamiento de riqueza humana y como un nuevo objeto del amor de la gran familia, comienza el nuevo ser a padecer la miseria de su madre; padece la infeliz por su hijo, por ese paria más al que sabe ha de legar los estigmas del trabajo servil, de la miseria y del desprecio social. Bien sabe que hay una higiene particular para la mujer que se halla en su estado, pero la higiene es cara y se halla fuera de su alcance. ¿De qué sirven los consejos higiénicos a nuestras proletarias, a nuestras obreras, a las que aman, paren y crían siguiendo irresistibles impulsos naturales, no contenidos por artificios y convencionalismos?

Estúdiese la vida de la viuda obrera con hijos menores, reducida al trabajo rudo e insoportable de lavandera y de ayuda doméstica de varias familias, por pagas mínimas y mezquinas, intercalando sus tareas con el cuidado y la educación de sus pequeñuelos, y se verá que a aquel abandono inmenso que merece las más acerbas censuras contra la sociedad, corresponde la elevación de la mujer hasta las sublimes alturas del heroísmo, grandiosidad inconcebible para las gentes rutinarias que adoptan la moral de la mujer diferente y más severa que la del hombre y son incapaces de juzgar tales enormidades sociales.

Pero las faltas a la higiene respecto de la maternidad y la infancia y el abandono de la viuda pobre, las salda la mortalidad infantil, como lo demuestra, por ejemplo, el siguiente dato, que expongo como muestra: «M. Dejeante decía un día en la tribuna de la Cámara francesa que la mortalidad de la infancia en París se elevaba a 60 por 100 entre los trabajadores y a 6 por 100 en las clases acomodadas».

Considere el lector la gravedad de esa horrible diferencia en una ciudad que ostenta el título de cerebro de Europa y del mundo; que si eso sucede allí, ¿qué sucederá en infinitas poblaciones donde sin pomposos títulos se desarrolla el régimen social con todas sus brutales consecuencias?

Se comprende —exclama León Legavre— que el siglo de acero que desmenuza el alma y el cuerpo de los hombres en el infierno de las fábricas, haya requerido a las mujeres a su vez para el duro y sórdido trabajo de la gran explotación capitalista y, cuando estremecidos de horror y de rebeldía sentimos en toda su inmensa angustia la agonía del proletariado —pueblo soberano en boca del ambicioso político, ínfimo esclavo en concepto del avaro burgués—, todavía no habíamos apurado la infamia social cobijada bajo el amparo de nuestro derecho civil; hay algo más terrible para el corazón de la mujer y para vergüenza de la humanidad atascada en la sociedad de nuestros días. «¡Tomad los niños!», dijo Pitt, estadista inglés, a sus compatriotas industriales, preocupados con la idea de producir barato, excitación que atendió la burguesía inglesa haciendo venir de lejos a las fábricas niños de nueve años, a quienes se despabilaba a latigazos.

Horroriza lo que sucede respecto a la infancia.

Pitt debía conocer su país, y con aquella citación quiso sin duda hacer una buena acción, avalorando con la demanda la oferta de niños acostumbrada en alguna comarca de su país: no conozco la extensión de esa costumbre.

En *Les va-nu-pieds* (*Los descalzos*), de Hector France, se lee:

Entre Spitalfields y Bethnal Green, en una calle formada por el aumento de la población, se celebra los lunes y los martes, durante dos horas por la mañana, un mercado de niños, en un espacio abierto, ambos sexos acompañados de sus padres, para ser alquilados por semanas o por meses. Cuando los negocios van mal vense unas trescientas criaturitas; cuando los negocios se activan no bajan de cincuenta o sesenta. Ahí se oyen estas solicitudes: «¿Quiere usted un niño? ¿Una niña para el servicio de la casa?» Los aficionados examinan como si tratara de comprar un animal de trabajo; tocan los brazos, el pecho y las piernas, y preguntan... Causa horror ver un padre y una madre que pregonan su hijo como una mercancía, que le exponen a las miradas de los transeúntes, le dejan palpar su cuerpo y le entregan para ser explotado al que ofrezca más, sin la menor garantía acerca del trato ni de la moralidad...

El doctor Burgrave, exponiendo el resultado de una investigación sobre la condición de los trabajadores y del trabajo de los niños en Bélgica (1846-1848), dice en nombre de la Academia de Bélgica:

El niño de la fábrica tiene una organización poco desarrollada en proporción a su edad; es raquítica y presenta todos los signos de un estado de degradación física, caracterizada por síntomas cloróticos, con disposición a las escrófulas. La cara pálida tiene la expresión del sufrimiento; los músculos apenas se hallan dibujados; el vientre es prominente e hinchado; las digestiones son laboriosas y reemplazadas por acideces; se queja de dolor de cabeza y de diarrea; su crecimiento es lento, frecuentemente interrumpido y estacionario, y su estatura definitiva queda siempre menor de los límites normales.

En las jóvenes púberes, los órganos generadores sufren también los tristes efectos de esa degradación física general. Aunque tengan de dieciocho a veinticuatro años, la debilidad de su constitución las incapacita para la maternidad; ¡triste garantía contra el estado de desorden en que suelen vivir! Ordinariamente sucumben a la escrófula, a la clorosis y a la tisis pulmonar.

Estas líneas, escritas hace más de medio siglo, lejos de haber perdido su característica oportunidad, son pálido reflejo de cuanto, a pesar de las leyes protectoras sobre el trabajo de las mujeres y de los niños, sucede en el día. No insistiré: podría hacer una exposición larga y abominable que equivaldría, respecto a la infancia en nuestra sociedad, a algo semejante a la matanza herodiana de inocentes de que habla la leyenda cristiana.

Apartemos la vista con horror y dirijámosla hacia el ideal, y al efecto hallo una explicación que, sin presentarla como solución definitiva, de lo que me guardaría mucho, acepto y traslado, porque me ahorra trabajo y también porque parece como una previsión del porvenir, acerca de la situación de los niños en Oneida, colonia comunista hoy disuelta, que floreció de 1848 a 1879 y que hallo en la interesante revista *L'Ere Nouvelle*:

En Oneida existía el «matrimonio plural», una suerte de «procreación consciente y limitada», donde los niños eran considerados como hijos de la comunidad, y como tal educados. La madre podía participar en la primera educación, pero no se le pedía más. Las nurserías o departamentos destinados a las nodrizas y a los niños de la primera infancia, se hallaban dispuestos con esplendidez y ciencia, y allí los niños respiraban la salud y reflejaban la alegría, siendo criados en condiciones tan excepcionalmente apropiadas, que el individuo que en ellas no prosperara revelaba por eso sólo graves taras paternas. Había extensas salas de recreo para el invierno; todas las precauciones contra los peligros de infección estaban tomadas; era de rigor una alimentación sana y sencilla, y allí no había madre ni abuela que perjudicara la digestión ni la constitución moral y física del niño con golosinas ni concesiones de caprichos irracionales; las educadoras no eran mercenarias ni podían serlo viviendo en régimen comunista, en que no hay ganancias, renta ni salario, sino donde todo es de todos.

La madre se ocupaba únicamente de su hijo hasta el destete; una vez destetado, el niño entraba en la primera sección infantil, donde todos los niños eran de la misma edad, y de quienes se ocupaban las educadoras desde las ocho de la mañana, que los tomaban de las madres, hasta las cinco de la tarde, que volvían a éstas, pasando con ellas la noche. Al año y medio o dos años, según su desarrollo, pasaban a la segunda sección, donde permanecían día y noche, quedando la madre en libertad de ver a su hijo, de llevarle a paseo o de tenerle un tiempo consigo; pero desde su entrada en la sección la madre no se preocupaba para nada del alimento, del aseo, del vestido ni de la cama del niño, y podía con plena libertad escoger su plaza en las industrias que fueran más de su agrado. Existía una tercera sección, donde pasaban los niños desde tres a catorce años, edad en que salían de la Casa de la Infancia y en la que la madre no quedaba enteramente separada de su hijo. De hecho, la comunidad se ocupaba de sus hijos según las exigencias de la conciencia más racional e ilustrada, dejando una parte equitativa a los sentimientos humanos; porque si las madres hubieran de ocuparse exclusivamente de sus hijos, la práctica del comunismo sería, no solamente muy laboriosa, sino que traería consigo gran derroche de fuerzas. Cuanto más puede asegurarse separadamente el funcionamiento de un servicio tan

especial como el de la educación, más beneficioso resulta en concepto de economía, de energía. Conviene realizar economías de este género para que el comunismo no degenera. La idea de hacer de la educación de los niños una función común no es incompatible con la posibilidad del trato frecuente de padres e hijos, y tiene en cambio la inmensa ventaja de poner a disposición de la infancia, para un desarrollo físico y racional, todo el poder perfectamente solidarizado de la comunidad.

Según el concepto de una mujer de la Colonia, el comunismo de la mujer, sin que ella se cuide de reclamarlo, el lugar deseado por toda mujer consciente como verdadera compañera libre y honrada del hombre, exceptuándola de los cuidados roedores que en la sociedad individualista consumen a la madre y a la esposa en la estrechez del hogar; la estimula y la impulsa a conseguir el desarrollo de su inteligencia y de su sentimiento, de modo que la eleva infinitamente sobre cuanto puede alcanzar en la sociedad individualista del privilegio. Libre de la maternidad forzada, siente un amor puro y noble por la infancia. Aquí ninguna mujer derrama la sangre de inocentes y pequeños seres, como por un falso concepto del honor hacen nuestras hermanas del exterior. Gradualmente, y como por efecto de una evolución natural, las mujeres de la comunidad se han elevado a una posición en que, por el trabajo de la mente y del corazón, han obtenido mucho más que todo cuanto reclaman las mujeres cuando hablan de sus derechos.

Vense ahí rotos los prejuicios tradicionales de la obediencia femenina, de la protección masculina y de la autoridad paternal, y sobre todo reconocido y practicado el derecho a la maternidad libre, y como consecuencia, desquiciada y amenazando inminente ruina la familia, indebidamente considerada por todos los antiprogresivos como la célula social; pero sobre todas estas ruinas, la ciencia promete una sociedad nueva, no conforme a una abstracción llamada justicia y de concepción plástica y sujeta a nuevos prejuicios, sino de perfecta adaptación de los hombres al medio, regida por una economía racional y matemática que, lejos de despojarla de belleza y poesía, abrirá nuevas vías al sentimiento que, libre de todas las contrariedades de la vida que inspiraron el drama y la tragedia, hallará inspiración sublime en los idilios de la felicidad.

IV. La esclavitud del lujo y la de la miseria

La ciudad del porvenir no podrá elevarse sobre las ruinas del pasado sino cuando la igualdad social entre el hombre y la mujer exista tan completamente como la Naturaleza lo permite y lo exige. La sumisión de la mujer al hombre, con su consolidación en el matrimonio, como existe hace tantos siglos, es uno de los males más graves que hemos hallado como legado de las generaciones pasadas.

Para que la procreación humana no sienta sobre sí la pesadumbre de tristeza, de dolor y de coerción que la entenebrece, es necesario que la mujer se ilustre, se dignifique y sea libre, redimiéndose de la esclavitud del lujo o de la miseria, extremos que se tocan.

En efecto, en las grandes ciudades se ha podido ver como suntuosas visiones esas mujeres a quienes la fortuna y la ociosidad han permitido desarrollar hasta un extremo ideal la gracia y la elegancia, transformadas en creaciones de arte y de lujo, entre naturales y artificiales, como flores de invernadero; pero también se ve al lado de esas mujeres privilegiadas otras infelices a quienes las exigencias de la vida en un medio hostil les roban la gracia, la belleza y hasta el deseo de agradar, marchitándose rápidamente las rosas de la juventud y marcándolas con los estigmas del trabajo servil.

Al tocar este punto se presenta a mi memoria el tipo de la mujer minera, el de la fabril, el de la campesina en general, el de la que pesca al *art* en la costa catalana, el de la que tira de la sirga en Bilbao, y se renueva la intensa y dolorosa sensación que sufrí un día viendo en un periódico la reproducción fotográfica de una vergonzosa calidad, de un hecho que revela el fondo de miseria moral y material que existe en esta España que el patriotismo enaltece con vanidades retóricas, cuando no con hipócritas declamaciones. En las llanuras de la Mancha se procedía a la operación de labrar la tierra, no a la manera que la iconografía católica representa a los ángeles conduciendo el arado mientras Isidro el labrador rezaba postrado ante el icón de su devoción, sino unidos al arado una mujer y un asno, conducidos por otra mujer. No tenía aquello la disculpa de la carencia prehistórica de medios, sino que se agravaba con la consideración de la abundancia de medios creada por la civilización. En los remotos tiempos primitivos o en

los presentes, en aquellas agrupaciones humanas que no han salido del estado salvaje se hace lo que se puede y como se sabe; pero que se trabaje de esa manera primitiva en un pueblo que vive en el concierto y la solidaridad de la civilización, y que ese hecho sirva de base al estado de esplendor y ostentación de la familia rica; que a costa de la degradación, de la fealdad y del hambre de mujeres uncidas con asnos haya mujeres que deslumbren de hermosura y de riqueza en los salones, en el paseo, en el palco de la ópera; que mientras sean despreciadas aquéllas, reciban éstas homenaje de admiración y respeto; que, según seculares creencias, unas, por una blasfemia proferida en momento de desesperación, puedan ser condenadas a penas eternas, y otras, con una virtud que no pasa de tranquila y rutinaria adaptación al medio, reciban absolución periódica, y que por la práctica de una caridad que es sólo deporte recreativo y muchas veces no representa más que ostentación de orgullo, por la absolución postrera y por la bendición papal, transmitida por telégrafo, pagada a precio de tarifa y con abundante propina para el dinero de San Pedro, suban al cielo a continuar las dulzuras terrenales con las eternas bienaventuranzas, según el concepto católico-burgués de la justicia, es cosa terrible, capaz de destrozarse el corazón del hombre sensible que no ve más allá de la moral oficial, dogmática y rutinaria, pero que activa la inteligencia y la energía del hombre racionalmente equilibrado que por el estudio de la sociología concibe la realidad del ideal y por el conocimiento de la resistencia antiprogresiva del error y del privilegio organiza y fomenta el poder revolucionario emancipador.

La concurrencia femenina

Continuando tras esa digresión hallo que desde que la humanidad entró en el período de civilización actual, la mujer apenas había iniciado la concurrencia al hombre, pero en la actualidad, y repitiendo lo expuesto en otro lugar, el camino de las pretensiones femeninas se ha ensanchado notablemente al mismo tiempo —su concurrente masculino lo consigna con sorpresa— que sus aptitudes. Una nueva vida económica la obliga a procurar su subsistencia sin la ayuda del hombre, debido en gran parte al egoísmo masculino, toda vez que nuestros jóvenes arribistas no se ca-

san o esperan alcanzar una sólida situación para declarar su amor a una heredera.

Los misoneístas, los que odian lo nuevo por arraigado atavismo, y son, por tanto, enemigos de la emancipación de la mujer, claman indignados contra esa concurrencia; consideran que hartos penan los hombres entre sí para salir adelante, y la intervención de la mujer hará la vida más difícil, más ruda, más angustiosa.

Lamentos inútiles: si vienen a la ciencia, al arte, a la industria, a todas las manifestaciones de la actividad humana, inteligencias femeninas que la sociedad había relegado a la ignorancia, a la frivolidad, el egoísmo del espíritu burgués puede ver en ello inconveniente, no el hombre recto y bien equilibrado; el intelectualismo habrá adquirido nuevos y valiosos servidores, y con ello se aumentará el capital intelectual humano.

Además, dado el régimen de salariado en que vivimos, aunque el salario sufriera por ello alguna disminución, téngase en cuenta que el hombre no trabaja solamente para sí, sino para su familia; de su jornal apenas consumirá personalmente una tercera parte, de modo que la temida concurrencia femenina todavía podría tomar aspecto de beneficio, considerando como una ayuda el salario de la mujer; con otra ventaja más positiva en el caso de viudez de la mujer y en el de la desunión o divorcio más o menos legal, en que la mujer podrá valerse dignamente por sí misma.

Por otra parte, no son las causas indicadas las únicas ni siquiera las principales de la entrada de la mujer en el salariado; existe la presión de las leyes económicas, resultado del industrialismo internacional, las que han permitido al capital erigirse en potencia de primer orden en los Estados modernos, y que como contrapeso de equilibrio han dado origen al socialismo contemporáneo.

Esos mismos misoneístas, buscando pretextos y argumentos especiosos de defensa, creen haber probado con estadísticas que en los países donde la industria es doméstica, donde la mujer no ha de salir del hogar, el jornalero gasta menos, ahorra más, tiene menos vicios, goza mayores comodidades, vive más feliz y contento, es más razonable y sencillo, y además se observa que la moralidad general y particular es mayor que en otras comarcas. Afirman que la mujer no habría de tener más profesión que los cuidados

domésticos, añadiendo que la utilidad de la economía resultante sería mayor que el jornal que pudiera ganar trabajando fuera de su casa. Añaden que separado el matrimonio todo el día, fatigados el hombre y la mujer de cuerpo y de ánimo, cuando se reúnen terminada su tarea, cada cual lleva cierta dosis de malhumor, que estalla con el menor motivo o pretexto. El marido, que no encuentra en su casa ni el atractivo de un interior limpio y bien ordenado ni el consuelo de una esposa paciente y cariñosa, busca en el café o en la taberna una pasajera distracción, y en el alcohol un narcótico que calme sus pesares. Los hijos, si existen, son una carga y un estorbo.

Pero aun admitiendo esos argumentos como positivos, ello es que las leyes económicas antes indicadas saltan sobre todo, y países hay que durante siglos han vivido en cierta calma de aspecto patriarcal y por diversas causas se modifican, se convierten en industriales y sufren las modificaciones inevitables en tales casos.

Y ha resultado que la mujer, despojada hoy en general, como lo ha estado siempre parcialmente, del carácter de ídolo celebrado por la literatura, ha formado clase, ha tomado parte en la lucha de clases y ha constituido esa entidad denominada el feminismo, que, entre vacilaciones y tanteos, va formulando sus doctrinas y su ideal, abriéndose paso hacia las reivindicaciones justicieras y racionales de lo porvenir, despreciando las burlas de los necios y recibiendo con mezcla de gratitud y de duda el apoyo de ciertas entidades masculinas.

Feminismo racional

He aquí cómo hallo definido el feminismo por una persona competente, la escritora María de Belmonte:

El feminismo, como principio de justicia, ilustrando a la mujer y recabando derechos para ella, no va contra el hombre, sobre el cual pesan hoy todas las cargas y todas las responsabilidades de la vida, sino a su favor. Trata de repartir estas cargas y estas responsabilidades entre los dos sexos, dando participación a la mujer en aquellas funciones que en armonía con sus aptitudes y sin perjuicio de la raza puede desempeñar.

Si las mujeres, atendiendo a sus especiales condiciones, no deben dedicarse a arrancar a la tierra —fuente de toda primera materia para el trabajo— sus múltiples productos, ancho campo les ofrece la industria, que transforma esos productos, y el comercio, que los cambia, para sustituir, y en algunos casos ventajosamente, a muchos hombres que, libres de esos cargos, se ocuparían, con mayor beneficio para sí y para la sociedad, en explotar la madre común, estéril en gran parte por falta de iniciativas y de brazos. No sólo en la industria y en el comercio, sino en las artes, en las ciencias y de otros mil modos puede la mujer concurrir con el hombre a su bienestar y progreso de los países, y como el trabajo intelectual y material tiene un valor que constituye parte principalísima de la riqueza de las naciones, aun suponiendo que una mujer produzca sólo la mitad que el hombre, el concurso de las mujeres aumentaría de manera considerable la riqueza pública, circunstancia muy digna de ser tomada en cuenta.

Paralelo a este concepto del feminismo se presenta otro más ruidoso, más agitador, pero no más razonado ni de efecto más seguro, el feminismo político, que se propone alcanzar el derecho de ciudadanía que dé a la mujer intervención directa en la gobernación del Estado, siendo electora y elegible, que agita más o menos a las mujeres en Inglaterra, en Francia y en todas las naciones sometidas al régimen parlamentario, y que ha llegado hasta presentar candidata a la presidencia de la República norteamericana, cosa, por otra parte, que no tiene nada de particular si se considera que si hay y ha habido reinas absolutas y constitucionales al frente de algunas naciones, no hay motivo racional para que no haya presidentas.

Resumen

En resumen: el problema del feminismo consiste en hallar el modo de que la mujer sea dichosa, siéndolo necesariamente también el hombre, ya que el problema de la felicidad designa en toda su integridad la famosa cuestión social.

Para esto ha de reconocerse que la mujer y el hombre son y deben ser unidades equivalentes e iguales para formar la organización anárquica de la sociedad.

Cuando inspirado en mi amor al pueblo me decidí a hacer el trabajo sobre la mujer que aquí termina, satisfecho por no haber galanteado en mi vida de modo que pudiera hacer infeliz a ninguna mujer, pensé en mi madre, en mis hermanas, en mi compañera, en mis hijas, en diversas buenas mujeres que he conocido y con quienes me he relacionado; me encanta la consideración del gran amor y amistad que he sentido y siento aún, y lo hago constar aquí con el vivísimo deseo de interesar a la lectora que me honre con su atención para que estimule la energía emancipadora de su compañero, para que inculque emancipadores pensamientos a sus hijos, para que extienda benéfica influencia en el círculo de sus relaciones y para que desmienta a aquel cínico fraile que desde el púlpito del templo llamado Nuestra Señora de París lanzó al mundo esta afirmación, triste por la verdad que encierra, grosera y repugnante como jactancia de criminal: «Entre laicos y clericales existe esta diferencia respecto de la mujer: vosotros poseéis su cuerpo, nosotros poseemos su alma».

Que esa infamia y todas las consiguientes pasen a ser recuerdo histórico es mi más vehemente deseo.

Tierra y Libertad (Barcelona, IV, 22 (9 mayo 1907), 4 (I); IV, 24 (30 mayo 1907), 4 (II); IV, 26 (13 junio 1907), 4 (III) y IV, 28 (4 jul. 1907), 4 (IV), 4, reeditado en *El pueblo* (*Estudio libertario*) (s.a.>1909), pp. 93-126.



Lola Iturbe. *Vida e ideal de una luchadora anarquista*

Antonia Fontanillas / Sonya Torres



La vida de Lola Iturbe (1902-1990) atraviesa casi todo un siglo de luchas sociales. Junto a las mujeres de su época, militó en el grupo Mujeres Libres para reparar el olvido histórico al que estaban sometidas en su papel social y también colaboró con sus escritos en la revista que el colectivo editaba. Su particular visión del feminismo la llevó a reivindicar la lucha por la emancipación y la capacitación, en pro de la igualdad y de la justicia social, pero evitando emular los comportamientos masculinos.

ISBN: 978-84-96044-69 | 262 páginas | 16 euros

Teresa Claramunt. *La «virgen roja» barcelonesa* (Biografía y escritos)

M.^a Amalia Pradas Baena | Prólogo de Teresa Abelló



Una de las personas más influyentes del anarquismo catalán de finales del siglo XIX y principios del XX. Propagandista infatigable, autora de numerosos artículos y animadora de publicaciones como *El Progreso* o *El Rebelde*, fiel a un anarquismo puro e intransigente, contraria al sindicalismo negociador y a los conchavos con la clase política, se convertirá en una de las voces más lacerantes contra la desigualdad de la mujer, contra la religión, contra la explotación capitalista y contra el militarismo.

ISBN: 978-84-96044-68-5 | 333 páginas | 18 euros

